

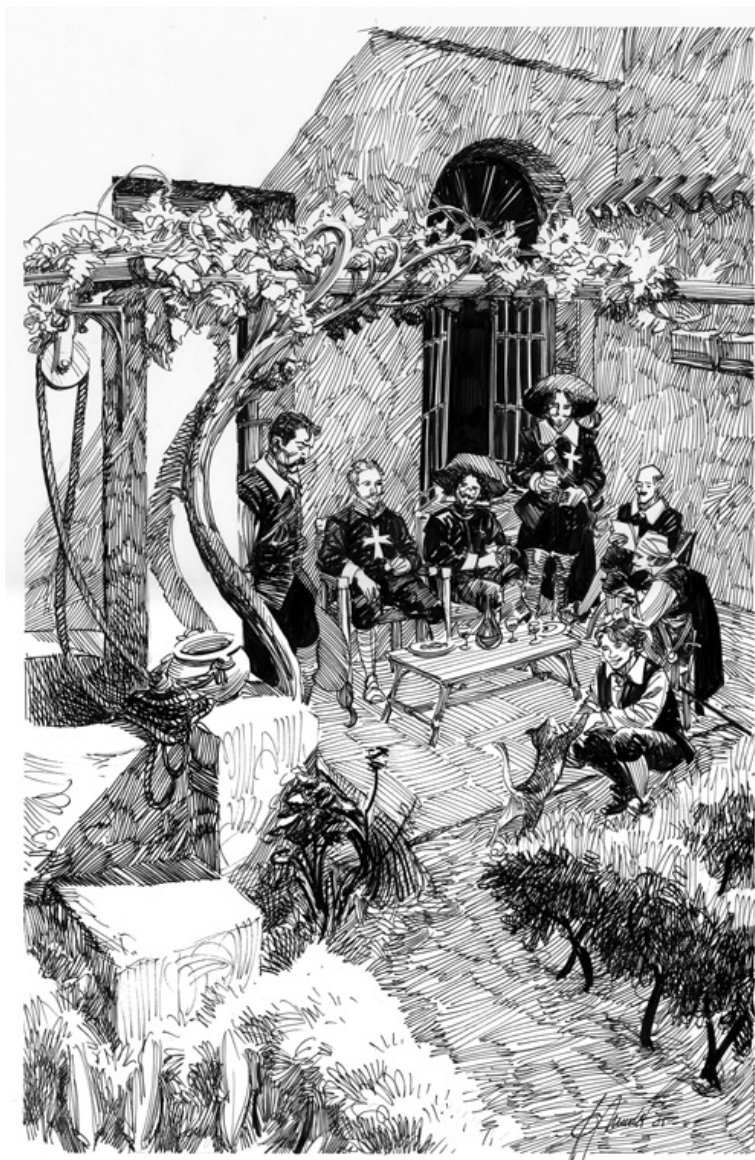
Segundo

Segado



por Iago

El Testamento



de Gadeo y Scriba



Los Sellos de Salomón

Si los Actores quieren dejar todas las tareas acabadas, o al menos hasta donde ellos pueden llegar... ¡De momento! Tal es averiguar lo conocido sobre el Demonio y el Infierno. Deberán acudir a El Escorial, que se precia de ser la mayor Biblioteca que hay en el mundo y afortunadamente, la que más información "esotérica" posee. ¡Qué casualidad es que de dicho Monasterio comenten que es réplica del Templo de Salomón! La vida es una casualidad... ¿No?



Monasterio de El Escorial

El Monasterio de El Escorial conocido también como Monasterio de San Lorenzo El Real y Monasterio de San Lorenzo de La Victoria fue concebido por Felipe II y su Arquitecto Mayor, Juan Bautista de Toledo -y luego por su sucesor en el cargo, Juan de Herrera- como un gran complejo arquitectónico multifuncional, según el paradigma de La Traza Universal, alberga: el Palacio de Felipe II o Palacio de los Austrias; la Cripta Real, Casa a Perpetuidad de La Familia Real; la Basílica; el Convento; el Museo; la Biblioteca Real; Colegio; Seminario; Hospital de Laborantes y Galería de Convalecientes; y la Botica.





LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

Descripción general del Edificio

Situado junto al monte Abantos en la Sierra de Guadarrama, este monumental complejo fue mandado construir por el Rey Felipe II para conmemorar la victoria de la Batalla de San Quintín el 10 de agosto de 1557 sobre las tropas de Enrique II, Rey de Francia y para servir de lugar de enterramiento de los restos de sus padres, el emperador Carlos V e Isabel de Portugal, así como de los suyos y los de sus sucesores. El Rey confió el monasterio a la Orden de San Jerónimo.

La planta del edificio, con sus torres, recuerda la forma de una parrilla, por lo que tradicionalmente se ha afirmado que esto se hizo así en honor a San Lorenzo, martirizado en Roma asándolo en una parrilla y cuya festividad se celebra el 10 de agosto, esto es el día que tuvo lugar batalla de San Quintín, de ahí el nombre del conjunto y de la localidad creada a su alrededor.

En realidad el origen arquitectónico de su planta es muy controvertido. Dejando a un lado la feliz casualidad de la parrilla, que no apareció hasta que Herrera eliminó las seis torres interiores de las fachadas, la planta parece estar basada más bien en las descripciones del Templo de Salomón del historiador judeo-romano Flavio Josefo, modificadas por la necesidad de adaptar esa idea a las necesidades del programa monástico y a las múltiples funciones que Felipe II quiso que albergara el edificio: panteón, basílica, convento, colegio, biblioteca, palacio, etc. Todo ello llevó a duplicar las dimensiones iniciales del edificio.

Las estatuas de David y Salomón, flanquean la entrada a la iglesia, como recuerdo a ese origen y mostrando el paralelismo con el guerrero Carlos V y el prudente Felipe II. Del mismo modo, el fresco de Salomón se sitúa en el centro de la biblioteca mostrando su imagen de mayor sabiduría: el famoso episodio con la Reina de Saba.

La obra dio comienzo, con la colocación de su primera piedra el 23 de abril de 1563.

Encargada al arquitecto Juan Bautista de Toledo, que no pudo finalizarla al morir en 1567, pasando la dirección de la misma a Juan de Herrera, discípulo del anterior, quien la llevó a término en 1584, con tanto acierto que su obra dio origen a la denominada en arquitectura escuela herreriana.

El Monasterio en números

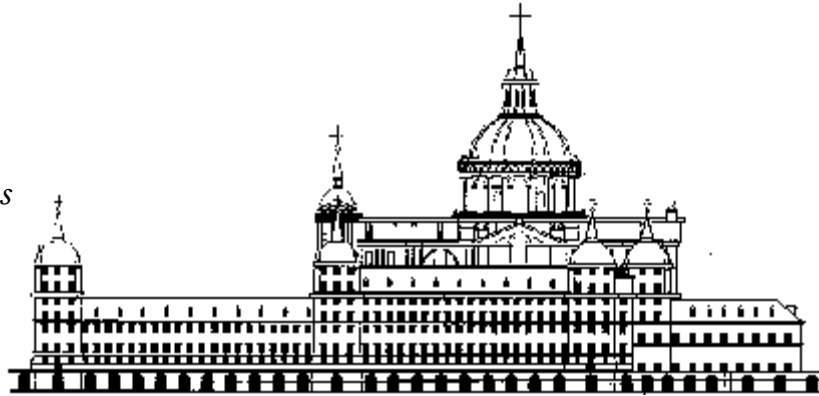
Las dimensiones generales de la forma rectangular del edificio son 207 metros por 161 metros. En él podemos encontrar:

- ❖ 15 Claustros
- ❖ 16 Patios
- ❖ 14 Zaguanes
- ❖ 5 Refectorios principales
- ❖ 13 Oratorios
- ❖ 300 Celdas

LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



- ❖ 86 Escaleras
- ❖ 9 Torres
- ❖ 9 Órganos
- ❖ 232 Libros de coro
- ❖ 73 Estatuas
- ❖ Más de 1600 pinturas
- ❖ 11 Aljibes
- ❖ 88 Fuentes
- ❖ 2673 Ventanas
- ❖ 1200 Puertas



Secciones del Edificio

Las principales secciones en que se puede dividir el Real sitio son:

La Biblioteca

A la cual Felipe II cedió los ricos códices que poseía y para cuyo enriquecimiento encargó la adquisición de las bibliotecas y obras más ejemplares tanto de España como del extranjero, fue proyectada por el arquitecto Juan de Herrera que, además de la misma, se ocupó de diseñar las estanterías que contiene. Los frescos de las bóvedas fueron pintados por Pellegrino Tibaldi.

Dotada de una colección de más de 40.000 volúmenes y de extraordinario valor, ubicada en una gran nave de 54 metros de larga, 9 de ancha y 10 metros de altura con suelo de mármol y estanterías de ricas maderas nobles primorosamente talladas.

Arias Montano elaboró su primer catálogo y seleccionó algunas de las obras más importantes para la misma. En 1616 se le concede el privilegio de recibir un ejemplar de cada obra publicada aunque nunca se llegó a cumplir de una forma demasiado rigurosa. Contiene una colección de libros incalculable por su valor histórico: destacan, por ejemplo, Las Cántigas de Santa María, de Alfonso X el Sabio, obras autógrafas de Santa Teresa de Jesús, códices mozárabes, el Códice Aureo (escrito con letras de oro) y una gran cantidad de manuscritos persas y árabes.

La bóveda de cañón del techo de la biblioteca está decorada con frescos representando las siete artes liberales, esto es: Retórica, Dialéctica, Música, Gramática, Aritmética, Geometría y Astrología.

Palacio de Felipe II

Formado por una serie de estancias decoradas con austeridad, fue el lugar de residencia del Rey Felipe II. Está formado por una serie de salas decoradas con sencillez. Las paredes están decoradas con una gran variedad de cuadros y tapices, entre los que destacan “Los pecados capitales” de El Bosco y una amplia colección de retratos. El dormitorio de Felipe II es de una



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

notable austeridad para tratarse de un Monarca de tanta importancia. Tiene una pequeña ventana junto a su cama, situada junto al altar mayor de la Basílica que le permitía presenciar la misa cuando estaba enfermo. En la sala anterior se encuentra la silla de mano, en la que el Rey se trasladaba desde Madrid a El Escorial cuando padecía de gota.

Basílica

Precedida por el Patio de los Reyes, verdadero núcleo central de todo el conjunto, en torno al cual se articulan las demás dependencias. También les sirve a los alumnos de este y otros colegios para celebrar las misas.

Lo mejor es dirigir la mirada hacia el altar y las esculturas de Carlos V y Felipe II y el Altar Mayor, dado que constituyen la mayor riqueza decorativa de la estancia. Otra de las grandes atracciones, para muchos entendidos, es la bóveda ubicada en el vestíbulo; pues pese a estar construida en piedra y poseer una gran abertura, parece totalmente llana.

Sala de las Batallas

Donde en pinturas al fresco se representan las principales batallas ganadas por los ejércitos españoles. Es un gran salón de 55 metros de largo por 5 metros de ancho y 7 metros de altura, decorado con frescos de Granelo, Castello, Tavarón y Cambiaso.

La Cripta Real

Panteón de Reyes

Consta de sepulcros de mármol donde reposan los restos de los Reyes y Reinas que lo son por derecho propio de la casa de Austria. También reposan los restos de los consortes que son madres o padres de Rey.

Existen dos Pudrideros uno para el Panteón de Reyes y otros para el de Infantes y son estancias que solo pueden ser visitadas por los monjes del monasterio. Su función es posibilitar que los restos mortales de los Personajes Reales puedan ser introducidos en una pequeña urna de plomo, que a su vez reposará en los sepulcros de mármol del panteón, después de que hayan pasado entre 20 y 30 años, tiempo que se estima necesario para que se concluya el proceso biológico de la reducción natural de los cuerpos.

Las paredes de mármoles de Toledo pulidos están decoradas con adornos de bronce dorado. Toda la madera usada en El Escorial proviene de la llamada Costa de Oro de Cuba constituida por los antiguos bosques de Sagua La Grande en el centro-norte de la Isla.

Estos son los que hasta el momento de 1.622 se encuentran “hospedados” en tan regio lugar:

- ❖ Emperatriz Isabel de Portugal (4/10/1503 - 1/5/1539) – (Esposa del Emperador Carlos V)

Por lago

LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



- ❖ *Emperador Carlos V del Sacro Imperio Romano Germánico (24/2/1500 - 21/9/1558)*
- ❖ *Ana de Austria, Reina de España (2/11/1549 - 26/10/1580) – (Cuarta esposa del Rey Felipe II)*
- ❖ *Felipe II, Rey de España (21/5/1527 - 13/9/1598)*
- ❖ *Margarita de Austria, Reina de España (25/12/1584 - 3/10/1611) – (Esposa del Rey Felipe III)*
- ❖ *Felipe III, Rey de España (14/4/1578 - 31/1/1621)*

Panteón de Infantes

Aun sin finalizar su construcción, está destinado a Príncipes, Infantes y Reinas que no han sido madres de Reyes. Con paredes y pavimentos de mármol blanco. Actualmente están ocupados:

- ❖ *Infante Fernando (1529 - 1529) – (Hijo del Rey Carlos I)*
- ❖ *Infante Juan (20/4/1539 - 20/4/1539) – (Hijo del Rey Carlos I)*
- ❖ *María de Portugal, Reina de España (15/10/1527 - 12/7/1545) – (Primera esposa del Rey Felipe II)*
- ❖ *Leonor de Austria, Reina de Portugal (15/11/1498 - 18/2/1558) – (Esposa del Rey Manuel I de Portugal)*
- ❖ *María de Austria, Reina de Hungría y Bohemia (17/9/1505 - 18/10/1558) – (Esposa del Rey Luís II de Hungría y Bohemia)*
- ❖ *Don Carlos, Príncipe de Asturias (8/6/1545 - 24/7/1568) – (Hijo del Rey Felipe II)*
- ❖ *Isabel de Valois, Reina de España (2/4/1545 - 3/10/1568) – (Tercera esposa del Rey Felipe II)*
- ❖ *Infante Carlos Lorenzo (12/8/1573 - 30/6/1575) – (Hijo del Rey Felipe II)*
- ❖ *Archiduque Wenzel de Austria (9/3/1561 - 22/9/1578) – (Hijo del Emperador Maximiliano II)*
- ❖ *Infante Fernando (4/12/1571 - 18/10/1578) – (Hijo del Rey Felipe II)*
- ❖ *Don Juan de Austria (24/2/1547 - 1/10/1578) – (Hijo natural del Rey Carlos I)*
- ❖ *Infante Duarte (12/7/1575 - 21/11/1582) – (Hijo del Rey Felipe II)*
- ❖ *Infanta María (14/2/1580 - 5/8/1583) – (Hija del Rey Felipe II)*
- ❖ *Infanta María (1/2/1603 - 1/3/1603) – (Hija del Rey Felipe III)*
- ❖ *Felipe Emmanuel, de Saboya, Príncipe de Piamonte (1586 - 1605) – (Hijo del Duque Carlos Emmanuel de Saboya)*
- ❖ *Infante Alfonso (1611 - 1612) – (Hijo del Rey Felipe III)*
- ❖ *Infanta Margarita (1610 - 1617) – (Hija del Rey Felipe III)*

Salas capitulares

Destinadas actualmente a la celebración de los Capítulos por parte de los monjes, que son una especie de confesiones mutuas para mantener la pureza de la congregación.



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

Pinacoteca

Formada por obras de las escuelas Alemana, Flamenca, Veneciana, Italiana y Española, de los siglos XV, XVI y XVII.

Museo de Arquitectura

En sus once salas se muestran las herramientas, grúas y demás material empleado en la construcción del monumento, así como reproducciones de planos y documentos relativos a las obras, con datos muy interesantes sobre las mismas.

Jardines de los Frailes

Mandados construir por Felipe II que era un amante de la naturaleza, constituyen un lugar ideal para el reposo y la meditación.

Relicarios

Siguiendo uno de los preceptos aprobados por el Concilio de Trento referente a la veneración de los Santos, Felipe II dotó al Monasterio de una de las mayores colecciones de reliquias del mundo católico. La colección se compone de unas 7.500 reliquias que se guardan en 507 cajas o relicarios escultóricos trazados por Juan de Herrera y la mayoría contruidos por el platero Juan de Arfe Villafañe. Estos relicarios adoptan las más variadas formas: cabezas, brazos, estuches piramidales, arquetas etc.

Las reliquias fueron distribuidas por todo el Monasterio concentrándose las más importantes en la Basílica. En el lado del Evangelio, bajo la protección del Misterio de la Anunciación de María, se guardan todos los huesos de las Santas y Mártires. En el lado opuesto, en el Altar de San Jerónimo, se sitúan los restos de los Santos y Mártires. Los restos sagrados se guardan en dos grandes armarios, decorados por Federico Zúccaro, que se encuentran divididos en dos cuerpos, se pueden abrir por delante, para ser expuestos al culto, y por detrás, para poder acceder a las reliquias.

El “Ars Goetia” del Monasterio de El Escorial

El “Ars Goetia” contiene las descripciones de los Setenta y Dos Demonios que el Rey Salomón dijo haber evocado y confinado en un recipiente de bronce sellado por símbolos mágicos y que él obligó a trabajar para él. Hecho muy similar a lo que se dice que Sulaymán (Salomón) realizó en contra de los Ifrit («genio») rebeldes, según la tradición árabe y en el libro de “Las mil y una noches”.



El “Ars Goetia” da las instrucciones para construir un recipiente semejante de bronce y a utilizar las fórmulas mágicas apropiadas para llamar seguramente a esos demonios. La operación dada es compleja e incluye mucho detalle. Se cree que el «rugiente» título se refiere a los conjuros hechos por el mago. El “Ars Goetia” difiere de otros textos goéticos en que las entidades convocadas deberán ser forzadas a obedecer antes de pedir por favores.

El “Ars Goetia” asigna un grado y un título de nobleza a cada miembro de la Jerarquía Infernal, y da a los demonios «firmas a las que ellos tienen que pagar lealtad» o también llamados Sellos. Las listas de entidades en el corresponder de “Ars Goetia” varían el grado, a menudo, según la edición como por ejemplo en el “Steganographia” de Trithemius hacia el año 1500 y el “Pseudomonarchia Daemonum” de Johann Weyer que es un apéndice que aparece en ediciones posteriores del “De Praestigiis Daemonum” de 1563.



El Reino Infernal

Los demonólogos que estudiaron el Infierno durante los siglos XV, XVI y XVII dieron poder a diversos Demonios, a los que encontraron un cierto reflejo en los Grimorios más importantes: el “Gran Grimorio”, el “Grimorium Verum”, el “Libro del Papa Honorio”, la “Clavícula de Salomón” o en las obras de magia natural como el “Libro de las maravillas del Mundo”, “Los secretos del Pequeño Alberto” y el “Libro de San Cipriano”. Se puede realizar una composición del Territorio Infernal considerado una Corte Feudal y de la sociedad establecida en el Infierno, de acuerdo con la existente en la Europa Occidental emanada del medievo. Así, encontramos la existencia de un Emperador, Siete reyes, dieciséis Duques, trece Marqueses, diez Condes, el mismo número de Presidentes y varias decenas de cargos menores y cortesanos.

Según lo descrito por Johannes Weyer y que publicó en 1.568, la población del Reino Diabólico tiene un total de 7.405.926 diablos, que se encuentran divididos en 1.111 Legiones con 6.666 demonios cada una.

El Demonio

El Demonio, en las creencias hebrea, cristiana e islámica, nombra el espíritu supremo del mal que durante un tiempo inmensurable ha regido el universo de los espíritus del mal y es una oposición constante a Dios. La palabra viene, a través del término daeminium del latín eclesiástico, del griego daimonion, un adjetivo que significa “calumnioso”, utilizado también en griego clásico como un nombre que identifica a una persona como un calumniador. El término se utilizó en la traducción griega de la Biblia, la Septuaginta, no para referirse a los seres humanos sino más bien como traducción del ha-satan hebreo (‘el satán’), una expresión utilizada al principio



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

como título de un miembro de la Corte Divina que actuaba de espía errante de Dios recogiendo información de los humanos en sus viajes por la Tierra. Como algunos aspectos de esta figura divina tal vez se formaron de la experiencia con los servicios secretos reales del antiguo Oriente Próximo, no es de sorprender que Satán también fuera visto como un personaje que intentara provocar la sedición punible allí donde no hubiera ninguna, actuando así como un adversario de los seres humanos para separarlos de Dios. En toda especulación en torno a Satán, el mayor problema que se presenta es el del origen y la naturaleza del mal.

En la tradición judía y por ende en el primer pensamiento cristiano, el título se convirtió en un nombre propio. Satán empieza a ser considerado como un adversario no sólo de los seres humanos sino también de Dios. Esta evolución es probablemente el resultado de la influencia de la filosofía dualista persa con sus opuestos poderes del bien (Ormuz) y del mal (Ahriman). Pero tanto en el modelo judío como en el cristiano, el dualismo siempre es provisional o temporal y el demonio en última instancia está sometido a Dios. En los escritos de la secta de Qumran el demonio aparece como Belial, el Espíritu de la Maldad.

En algunas tendencias del pensamiento rabínico, Satán está ligado al "impulso del mal" que, de alguna manera, resulta así personificado. Esta personificación es una variante judía de la suposición antigua y generalizada de que los seres humanos pueden estar sometidos a fuerzas malévolas distintas a sus conciencias. Así, tanto en el judaísmo como en el cristianismo se cree que los seres humanos pueden estar 'poseídos' por el demonio o por sus servidores, los diablos.

La esencia de las enseñanzas cristianas sobre el demonio es que Jesucristo rompió el poder que tanto él como sus diablos tenían sobre toda la humanidad (la 'posesión' de algunos es un síntoma del dominio general sobre todos) y que en la crucifixión el demonio y sus secuaces, explotando lo peor de ellos mismos, fueron, por paradójico que resulte, llevados a su última derrota.

En la Edad Media, el demonio jugó papeles importantes en el arte y el folclore, siendo casi siempre visto como un animal humano perverso e impulsivo con cola y cuernos, acompañado algunas veces por sus diablos subordinados. La idea de que estos últimos podían penetrar en los cuerpos y las almas de los seres humanos sirvió la mayoría de las veces para diferenciar al ser poseído del normal más que para indicar algo sobre el estado general de la humanidad.

La complejidad, el misterio y la naturaleza combinada del mal han llevado a algunos pensadores a creer que hay que encontrar un lugar para el demonio incluso en el pensamiento actual. El Islam, que acepta el judaísmo y el cristianismo como inspirados por Dios, extrae su concepto del demonio de las mismas fuentes. Se menciona a Iblis, el demonio, en el Corán, donde es el único ángel que se niega a inclinarse ante Adán. Por lo tanto, Alá le maldice pero le deja libre para tentar al incauto, como así hace en el relato coránico del Jardín del Edén.

Si bien es cierto que el cristianismo admite tan solo un demonio, que puede adoptar diversas formas, los demonólogos estudiosos de la realidad y de la actuación del demonio, hablan de multitud de ellos, dándole a cada uno su nombre y características propias.

LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



En 1568, Johannes Weyer realiza una clasificación, en su obra *De Praestigias*, influenciada por la sociedad feudal del medioevo. Atribuciones demoníacas y títulos que han sido tomados por muchos como una anécdota más que como una obra interesante o un estudio importante de la realidad infernal. Weyer considera que el Infierno tiene un total de 7.405.926 demonios, divididos en 1.111 Legiones de 6.666 miembros cada una. Por encima está la clase dirigente, que se encuentra formada por una pirámide en cuyo vértice superior está el Emperador y desde ahí hasta la base de los servidores, aparecen Príncipes, Caballeros, Condes. Esta clasificación es fundamental para el posterior desarrollo de nuestro trabajo y la consideración del territorio infernal como un estado imperial. Unos veinte años más tarde, en 1589, Peter Binsfield, uno de los escritores más importantes sobre el tema del demonio y la brujería, autoridad en la materia con obras tan interesantes como “Tratado sobre las declaraciones de hechiceros y brujas”, realiza una clasificación de demonios agrupándolos en función de su relación con los siete pecados capitales:

❖ Lucifer	Soberbia
❖ Belcebú	Gula
❖ Mammón	Avaricia
❖ Leviatán	Celos
❖ Asmodeo	Lujuria
❖ Belfegor	Pereza
❖ Satanás	Ira

Al comienzo del siglo XVII aparece la relación que, a petición del Obispo de su diócesis, realizó Francesco María Guazzo, conocido generalmente como Guaccio, miembro de la Congregación de San Ambrosio ad Nemos de Milán. Guaccio presenta en 1.608 una gran obra enciclopédica titulada “Compendium Maleficarum” donde describe las ceremonias de hechicería y brujería, amén de presentarnos una relación de los diferentes tipos de demonios existentes, como sintetización de la clasificación realizada por el bizantino Michael Psellos en el siglo XI. Mientras que para este último existían ocho categorías infernales, Guaccio habla solo de seis:

- ❖ Demonios que ocupan las capas superiores del aire y que jamás entran en contacto con los humanos.
- ❖ Demonios de las capas inferiores del aire que provocan las tormentas devastadoras.
- ❖ Demonios terrestres que habita en los bosques, cuevas, campos...
- ❖ Demonios del agua, que son de naturaleza femenina y destruyen la vida de los peces y animales acuáticos.
- ❖ Demonios subterráneos, que originan los terremotos, socavan los cimientos de las casas y vigilan los tesoros enterrados.
- ❖ Demonios nocturnos, que evitan la luz del día. Son negros y muy malvados, por lo que mas vale no encontrarse con ellos.





LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

Pero sí que es cierto que la clasificación más completa y la que mayor cantidad de autores toman como cierta, es la que divide la Jerarquía Infernal como una Corte Medieval, a saber:

Primer grupo

Príncipes y Dignidades, lo forman diez demonios, ocho masculinos y dos femeninos.

- ❖ *Belcebú es el Jefe Supremo del Imperio del Infierno y fundador de la Orden de la Mosca.*
- ❖ *Satanás es el Príncipe destronado, Jefe del Partido de la Oposición.*
- ❖ *Eurinomo es el Príncipe de la Muerte y Gran Cruz de la Orden de la Mosca.*
- ❖ *Moloch es el Príncipe del País de las Lágrimas y Gran Cruz de la Orden de las Moscas*
- ❖ *Plutón es el Príncipe del Fuego, Gran Cruz de la Orden de las Moscas y Gobernador de las Regiones Inflamadas.*
- ❖ *Pan es el Príncipe de los Íncubos o demonios masculinos.*
- ❖ *Lilith es la Princesa de los Súcubos o demonios femeninos.*
- ❖ *Leonardo es el Gran Señor de los Sábados y Caballero de la Mosca.*
- ❖ *Baalberito es el Gran Pontífice y Señor de las Alianzas.*
- ❖ *Proserpina es la Archidiabla y Soberana Princesa de los Espíritus Malignos.*

Segundo grupo

Cuerpo de Ministros del Despacho, lo forman cinco demonios:

- ❖ *Adramelech es el Gran Canciller y Gran Cruz de la Orden de las Moscas.*
- ❖ *Astarot es el Tesorero General y Caballero de la Mosca,*
- ❖ *Nargal es el Jefe de la Policía Secreta.*
- ❖ *Baal es el General en Jefe de los Ejércitos Infernales y Gran Cruz de la Orden de la Mosca.*
- ❖ *Leviatán es el Gran Almirante y Caballero de la Mosca.*

Tercer grupo

Embajadores, con un total de siete demonios:

- ❖ *Belfegor es el Embajador en Francia.*
- ❖ *Mammón es el Embajador en Inglaterra.*
- ❖ *Belial es el Embajador en Italia.*
- ❖ *Rimmón es el Embajador en Rusia.*
- ❖ *Thamuz es el Embajador en España.*
- ❖ *Hutgin es el Embajador en Turquía.*
- ❖ *Mautinat es el Embajador en Suiza.*

LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



Cuarto grupo

Justicias, lo integran dos demonios:

- ❖ *Lucifer es el Justicia Mayor y Caballero de la Mosca.*
- ❖ *Alastor es el Ejecutor de las Sentencias.*

Quinto Grupo

Casa de los Príncipes, con un total de doce demonios:

- ❖ *Verdelet es el Maestro de Ceremonias y Jefe de los Eunucos del Serrallo.*
- ❖ *Chamoos es el Gran Chambelán y Caballero de la Mosca.*
- ❖ *Melchom es el Tesorero pagador.*
- ❖ *Nisroth es el Jefe de la Cocina.*
- ❖ *Behemus es el Copero Mayor del Infierno.*
- ❖ *Dagón es el Gran Panadero.*
- ❖ *Mullin es el Primer Ayudante de Cámara.*
- ❖ *Roboals es el Director de los Teatros.*
- ❖ *Asmodeo es el Superintendente de la Casa de Juegos.*
- ❖ *Nibes es el Gran Farsante burlesco.*
- ❖ *Anticristo es el charlatán y Nigromántico.*
- ❖ *Boquet es el conocido como «el mono de Dios» o el Bufón.*



Salomón

El nombre Salomón (Shlomo) significa "pacífico", del hebreo Shelomoh (árabe, Sulayman). El nombre que Dios le da a Salomón en la Biblia es Jedidías que quiere decir "amado por Dios". Algunos autores consideran que Salomón sería el "nombre real" adquirido por el personaje al subir al trono.

Salomón fue el segundo de los hijos que tuvieron David y Betsabé. En la Biblia, el profeta Natán informa a David de que Dios ha ordenado la muerte a su primer hijo como castigo por el pecado del rey, quien había enviado a la muerte a Urías, marido de Betsabé, para casarse con su esposa. Tras una semana de oración y ayuno, David supo la noticia de la muerte de su hijo, y consoló a Betsabé que quedó embarazada de Salomón.



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

La historia de Salomón se narra en el Primer Libro de los Reyes, 1-11, y en el Segundo Libro de las Crónicas, 1-9. Sucedió a su padre, David, en el trono de Israel hacia el año 970 antes de Cristo. Su padre lo eligió como sucesor a instancias de Betsabé y Natán, aunque tenía hijos de más edad habidos con otras mujeres. Fue elevado al trono antes de la muerte de su padre, ya que su hermanastro Adonías se había proclamado Rey.

Adonías fue más tarde ejecutado por orden de Salomón y el sacerdote Abiatar, partidario suyo, fue depuesto de su cargo en el que fue sustituido por Sadoc. Del relato bíblico parece deducirse que a la ascensión de Salomón al poder tuvo lugar una purga en los cuadros dirigentes del reino que fueron sustituidos por personas leales al nuevo Rey.

En la Biblia se destaca la sabiduría de Salomón y se cita como ejemplo el llamado juicio de Salomón. También se destaca la prosperidad de su reino que coincidió con el momento de mayor esplendor de la monarquía israelita. Salomón se rodeó de todos los lujos y la grandeza externa de un monarca oriental. Mantuvo en general la paz con los reinos vecinos y fue aliado del rey Hiram I de Tiro, quien le auxilió en muchas de sus empresas. Consolidó el poder político de Israel en la región contrayendo matrimonio con una de las hijas del faraón de Egipto.

Emprendió numerosas obras arquitectónicas, entre las que destaca por encima de todas la construcción del Templo de Jerusalén como lugar para la permanencia del arca de la Alianza, aunque destaca también la erección de un fabuloso palacio en la que invirtió trece años y obras públicas como la construcción de un terraplén que unía el templo con la ciudad de Jerusalén. En sus construcciones participó un gran número de técnicos extranjeros, como albañiles y broncistas de Tiro o carpinteros de Geba. Entre todos ellos destaca el arquitecto Hiram y se importaron lujosos materiales procedentes de Fenicia.

Durante su largo reinado de 40 años la monarquía hebrea tuvo su momento de mayor prosperidad económica. La seguridad interna y el control de las vías de comunicación facilitaron una amplia expansión del comercio hebreo. Se dice en la Biblia que sus naves llegaron hasta Ofir, en algún lugar del Mar Rojo, donde cargaron 14.300 kilos de oro y el esplendor de su corte llamó la atención de la reina de Saba. Sin embargo, en la segunda mitad de su reinado cayó en la idolatría, inducido por sus numerosas esposas extranjeras. De acuerdo con el Libro de los Reyes, 11:3, "tuvo setecientas mujeres reinas y trescientas concubinas, y sus mujeres le desviaron el corazón."

Este pecado fue, según la Biblia, la causa de que a su muerte se dividiera el reino de Israel. Jeroboam se rebeló y fue nombrado rey de diez de las doce tribus de Israel, todas excepto Judá y Benjamín. Como rey de estas dos últimas, con capital en Jerusalén, le sucedió su hijo Roboam, cuya madre era Naamá, una amonita.

Los Setenta y Dos Demonios de la “Clavícula de Salomón”

La “Clavícula de Salomón” es uno de los libros más estimados por hechiceros y nigrománticos y si bien no se puede establecer con certeza si fue o no Salomón su autor, sí podemos indicar que esta obra fue, es y será, atribuida a este monarca hebreo.

LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



En la época de Vespasiano, en el siglo I, circulaba una obra sobre la evocación de los diablos atribuida a Salomón. Según el historiador Flavio Josefo, un judío de nombre Eleazar poseía uno de estos libros y en presencia de Vespasiano remediaba a los endemoniados.

El papa Inocencio IV hizo quemar en 1350 un manuscrito voluminoso intitulado “Libro de Salomón”, lleno de conjuros y prácticas para evocar a los demonios.

En la “Clavícula de Salomón” se encuentran diversas operaciones preparatorias para la evocación de demonios, una lista de cualidades requeridas para operar con buen éxito, así como la descripción del vestido y del calzado necesario, del cuchillo, de la aguja o buril, del anillo, del cetro, del fuego, del agua bendita, de las luces, de los perfumes, además del pergamino virgen, de la pluma, de la tinta y de la sangre que se deben utilizar para escribir los pactos...

Los nombres de los demonios (descritos más abajo) también son llamados o deletreados de diferentes formas en diversas copias existentes del “Ars Goetia” y esta descripción es la más ajustada a lo supuestamente descrito en la “Clavícula de Salomón”:



Bael

Baal
Baell
Baëll
Baël

Primer Rey del Infierno del Reino Oriental.

Manda 66 legiones.

Se presenta como un hombre con tres cabezas, de sapo, de hombre coronado y de gato. Su torso lomudo termina en patas de araña. Divinidad principal de los babilonios, de los caldeos, de los fenicios y de otros pueblos orientales. Se le sacrificaban terneras y bueyes, y las mujeres se prostituían en su honor. Hace invisibles y astutos a aquellos que le invocan.



Agares

Duque Infernal de las Regiones Orientales del Infierno.

Comanda 31 Legiones de Demonios menores.

Es descrito como un anciano benevolente que cabalga un cocodrilo y en su puño lleva un halcón. Perteneciente al Orden de las Virtudes antes de la caída.

Puede hacer que los fugitivos regresen, causar terremotos por hacer danzar a los espíritus de la tierra, enseñar las diferentes lenguas, otorga propiedades, poder, dignidades, títulos, incita al baile y encuentra enorme placer en dar a conocer expresiones inmorales.



Vassago

Príncipe del Infierno de las Regiones del Sur Infernales.

Manda 26 Legiones de Demonios.

Su apariencia puede ir desde la de un anciano calmado a la de un dragón alado rojo, pero es conocido su gusto por cambiar de forma.

Es conocido como el Demonio de las Profecías y del aire, controlando a estos espíritus.

Puede conceder a quien le invoca el conocer de los hechos pasados y futuros, descubrir lo oculto o perdido y los secretos de las mujeres.



Samigina

Gamigin
Gamygyn

Marqués del Imperio Infernal.

Manda en 30 Legiones de Demonios.

Puede aparecer como un caballo pequeño o como un hombre de voz ronca y nariz de equino y es conocido como el Demonio de los Cobardes.

Enseña todas las artes y ciencias liberales y puede hacer aparecer las almas de los que han perecido en el mar, dando cuerpos etéreos a esos ahogados.



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



Marbas
Barbas

*Presidente del Infierno.
Manda sobre 36 Legiones de Demonios.
Se presenta como un león furioso.
Revela y responde sobre cosas ocultas, otorga conocimiento de los artes mecánicas y al igual que trae enfermedades también las cura.*



Valefor
Valefar
Malephar
Malaphar
Valagar
Velefer

*Duque de la Corte Infernal.
Comanda 36 Legiones de Demonios.
A veces se presenta se presenta bajo la forma de un ángel y otras bajo la de un león con la cabeza y patas de ganso, y una cola de liebre.
Conoce lo pasado y el porvenir, también da talento y audacia a los hombres.*



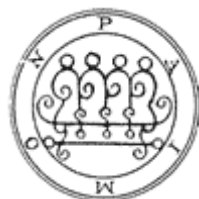
Amon
Aamon

*Marques de los Infiernos
Manda 40 Legiones de Demonios.
Acostumbra tener la figura de un lobo que vomita llamas con cola de serpiente y cuando toma la figura humana, su cabeza es parecida a la de un búho que deja ver sus dientes caninos muy afilados.
Es el más fuerte de los Príncipes de los demonios, que conoce lo pasado y lo venidero y reconcilia a los amigos que están reñidos.*



Barbatos

*Gran Conde y Duque del Orden de las Virtudes.
Manda sobre 30 Legiones de Demonios.
Aparece con la forma de cazador o arquero, precedido de cuatro Príncipes que disfrutaban tocando el cuerno.
Es el Demonio de lo misterioso, conoce del pasado y del futuro a través del canto de las aves, el mugido del toro o los ladridos del perro. Sabe donde están ocultos los tesoros y entiende los idiomas de los animales.*



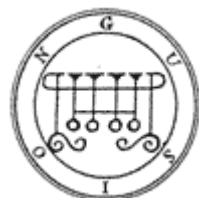
Paimon

*Rey que gobierna sobre el Reino de Occidente.
Manda 200 Legiones de Demonios.
Se aparece como un hombre de cuerpo fuerte y rostro de mujer que habla con voz ronca, con una diadema de brillantes perlas en sus sienes y montado sobre un dromedario. Suele hacerse acompañar por dos Príncipes Infernales: Bebal y Abalán.
Demonio del erotismo y la sexualidad. A la par enseña la disposición de la tierra, el agua y el viento, enseña todas las artes, ciencias y secretos, otorga y confirma dignidades.*



Buer

*Presidente de la Corte Infernal.
Manda sobre 50 Legiones de Demonios.
Se aparece en forma de estrella que gira sobre si mismo o de rueda de cinco radios.
Demonio de las plagas y de la peste.
Enseña filosofía, lógica y las virtudes de las hierbas medicinales. Otorga felicidad domestica y la salud al enfermo.*



Gusion
Gusoyu

*Gran Duque del Infierno
Tiene a su servicio 45 legiones de Demonios
Se presenta en forma de camello.
Conoce todo lo referente al pasado, presente y futuro, responde todas las preguntas que se le hagan, descubre lo oculto, reconcilia a los amigos y otorga honor y dignidad.*



Sitri
Syrtyr
Sytry
Bitru

*Príncipe de la Corte Infernal.
Tiene bajo el a 60 Legiones de Demonios.
De forma humana con la cara del leopardo y las alas de grifo.
Procura el amor entre los sexos, divulga los secretos de las mujeres y provoca a las mujeres a mostrarse desnudas.*

LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



Beleth

Bileth
Byleth

Rey de la Corte Infernal del Reino de Septentrión.

Comanda 85 Legiones de Demonios.

Antes perteneciente al Orden de los Poderes, este poderoso demonio y temido guerrero, cabalga un caballo pálido y cuando cabalga, se escuchan los sonidos de melancólicas trompetas. Se le debe de recibir cortésmente y con homenaje o su furia se hará sentir.

Puede conceder un extraordinario dominio sobre los asuntos naturales y sobrenaturales.



Leraje

Lerajie
Leraie
Loray
Oray

Marqués de la Corte Infernal.

Manda sobre 30 Legiones de Demonios.

Se aparece como un hermoso y arrogante arquero que anima en los combates.

Es el demonio de la arrogancia, que además provoca que las heridas producidas por las flechas se pudran.



Eligos

Eligor
Abigor

Duque de la Corte infernal.

Tiene potestad sobre 60 Legiones de Demonios.

Caballero hermoso, llevando una lanza en una mano y un cetro en otra, montado sobre un monstruo alado similar a un dragón.

Demonio asociado a la fuerza militar, enseña el arte de combatir, da a conocer el porvenir y conciliar a los jefes con sus soldados y procura favores de señores y de caballeros. Descubre cosas ocultas, causa la guerra, arma los ejércitos, provoca el amor mal sano y la perdición en la lujuria.



Zepar

Duque del Infierno.

Manda sobre 26 Legiones de Demonios.

Tiene el aspecto de un guerrero o soldado con ropajes rojos y armadura.

Tienta a los hombres a cometer pecados sexuales con niños, a la par puede hacer que las mujeres conquisten al varón que deseen pero este será estéril.



Botis

Otis

Presidente de la Corte Infernal.

Comanda 60 Legiones de Demonios.

Aparece como una gran víbora de grandes colmillos y dos cuernos en la cabeza, y en su forma humana tiene por igual enormes dientes y cuernos.

Contesta a todas las cuestiones del presente y del futuro, a la par que puede reconciliar tanto amigos como a enemigos.



Bathin

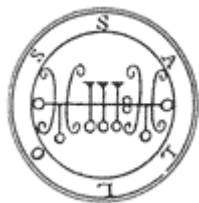
Batin
Bathym
Mathim
Marthim

Duque de la Corte Infernal.

Manda sobre 30 Legiones de Demonios.

Tiene la apariencia de un hombre fuerte con la cola de la serpiente, montando un caballo pálido.

Demonio de los magos. Entiende las virtudes de las hierbas y de las piedras preciosas, además puede transportar a los hombres a donde quiera que deseen ir con total ligereza.



Sallos

Saleos

Duque de las Regiones Infernales

Gobierna sobre 30 Legiones de Demonios

Soldado hermoso y galante con una gran corona que cabalga sobre un cocodrilo, aunque su naturaleza es pacífica.

Puede conseguir que un hombre ame a una mujer y que una mujer ame a un hombre y a su vez promueve la homosexualidad.



Purson

Pursan
Curson

Rey de la Corte Infernal del Reino de Mediodía.

Manda sobre 22 Legiones de Demonios.

Se aparece bajo forma humana con cabeza de león llevando en su mano una culebra siempre furiosa. Va montado en un oso precediéndole continuamente el sonido de una trompeta.

Conoce a fondo lo presente, lo pasado y lo futuro, descubre las cosas ocultas y los tesoros, y es padre de los buenos espíritus familiares.



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



Marax

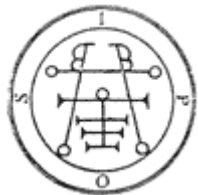
Morax
Morax
Foraii

Conde y Presidente de la Corte Infernal.

Manda sobre 36 Legiones de Demonios.

Su apariencia es la de un enorme toro con el rostro de un hombre

Hace que los hombres aprendan astronomía y ciencias liberales, gran sabedor de hierbas y de piedras preciosas y puede otorgar familiares sabios y astutos.



Ipos

Ipes
Ayporos
Ayporos

Conde y Príncipe de las Regiones Infernales.

Tiene bajo su mando 36 Legiones de Demonios.

Suele aparecerse como un Ángel con la cabeza del león, la cola de una liebre y las patas de ganso. A veces es igual pero su cuerpo es el de un león.

Sabe el futuro y más allá, a su vez puede convertir a los hombres en astutos y valientes.



Aim

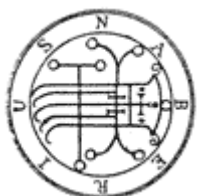
Aini
Haborim
Haborym
Aym

Duque Infernal de la Región Oriental.

Manda sobre 26 Legiones de Demonios.

Se representa como un hombre hermoso con tres cabezas: la primera como de serpiente, la segunda de hombre con dos estrellas en la frente y la tercera cabeza como de gato. Monta una serpiente y carga un látigo flameante con el que causa destrucción.

Suele dar la respuesta verdadera en cuanto a temas de importancia. Hace volver a la carga a los fugitivos del partido que protege y derrota al enemigo, da las dignidades, distribuye prelaturas, enseña todas las lenguas y proporciona el fuego a los castillos y a las ciudades.



Naberius

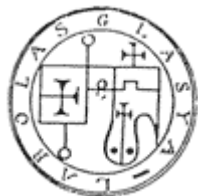
Naberus
Cerberus

Marqués del Infierno.

Comanda 19 Legiones de Demonios Menores.

Aparece con la forma de un cuervo con voz ronca pero a veces también lo hace en forma de corneja con voz chillona. Es el guardián de la puerta del Infierno aunque nada tiene que ver con Cerbero.

Hace a los hombres amables, les otorga la elocuencia y la astucia en las artes liberales. Procura la pérdida de prelados y de dignidades.



Glasya-Labolas

Caacrinolaas
Caassimolar

Presidente de las Regiones Infernales.

Bajo sus órdenes tiene a 36 Legiones de Demonios.

Se presenta como un enorme perro con las alas de grifo.

Entiende el presente y el futuro, es el inspirador de los homicidios y los asesinatos, siendo el jefe de los asesinos. Instruye en todo tipo de artes y consigue el amor de amigos y de enemigos. Pero sobre todo, puede conseguir hacer a los hombres invisibles.



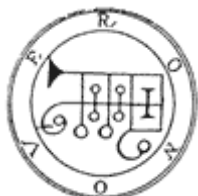
Bune

Duque de la Corte Infernal.

Manda sobre 30 Legiones de Demonios y son conocidos como Bunis, de enorme poder.

Se aparece como un temible dragón de tres cabezas, en el caso de aparecerse como un hombre, su apariencia será ordinaria y hablará solo por signos.

Normalmente enriquece a todos aquellos que le sirven, es el dominador de las prácticas necrománticas y los cementerios son su lugar favorito, donde convoca a los suyos sobre los sepulcros.



Ronove

Roneve
Romwe

Marqués del Imperio Infernal.

Le obedecen 19 Legiones de Demonios.

Se aparece en forma de un terrible monstruo.

Concede a sus adeptos el conocimiento de las lenguas y la posibilidad de llevarse bien con todos.

LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



Berith

Beall
Berithi
Bolfry
Bolfri
Berito

Duque de la Corte Infernal.

Algunos dicen que es el Secretario General del Infierno.

Tiene bajo su mano 27 Legiones de Demonios.

Suele representarse como un joven soldado con ropajes encarnados y en su frente una corona dorada, que monta un caballo. Su voz es persuasiva pero raramente dice la verdad.

Revela el pasado, presente y futuro, concede a sus seguidores una bella voz, puede transmutar cualquier metal en oro por eso es recordado con agrado por los alquimistas.



Astaroth

Archi-Duque del Occidente de los Infiernos.

Tesorero infernal.

Comanda 40 Legiones de Demonios.

Representado como un Ángel muy hermoso a horcajadas de un dragón y con una víbora en su mano.

Su función es conducir a las mujeres hasta los Aquelarres e incitarlas a copular con el macho cabrío allí presente. Suele ser ayudado por Amón, Barbatos y Pruslas.

Ve el pasado, el presente y el porvenir, detecta los deseos secretos y concede protección a los grandes. Adora platicar acerca de la gran caída de los Ángeles y dice haber sido castigado injustamente, alegando que un día recuperará su lugar entre los Ángeles del Cielo como el Príncipe de los Tronos que solía ser.



Forneus

Marqués de la Corte Infernal.

Ordena sobre 29 Legiones de Demonios.

Toma la apariencia de un temible monstruo marino.

Instruye a los hombres en los más graves asuntos, hace bien a sus amigos y mal a sus enemigos. Concede el conocimiento de idiomas, enseña las artes y las ciencias.



Foras

Forras
Forcas

Gran Presidente y Caballero del Infierno.

Comandante de 29 Legiones de Demonios.

Aparece como un hombre fuerte montado en un caballo y con una afilada lanza en su mano. También se aparece como un hombre viejo de cabello largo y barba blanca.

Conoce las propiedades de las piedras preciosas y las hierbas, enseña la lógica, la retórica, la quiromancia y la piromancia. Puede hacer a un hombre invisible e inteligente en el uso de las palabras, además de poder localizar objetos perdidos y tesoros escondidos.



Asmodeus

Asmoday
Sidonayor
Sydonay

Rey del Imperio Infernal de Mediodía y Septentrión.

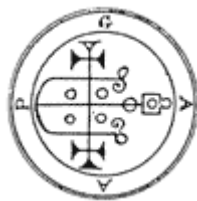
Superintendente de las Casas de Juegos del Imperio Infernal.

Comanda 72 Legiones de Demonios.

Se le suele ver como un hombre con tres cabezas que respiran fuego, una de hombre, una de toro y otra de carnero, con pies palmípedos y cola de serpiente, que cabalga sobre un dragón portando una lanza y una bandera.

Enseña geometría, matemáticas, astronomía y las artes mecánicas. Revela los tesoros ocultos y los guarda. Suele sembrar la disipación y el error.

Dicen que fue quien ayudó a Salomón a construir su Templo.



Gaap

Golpecito

Presidente y Príncipe del Infierno.

Antes de su caída, pertenecía al Coro de los Poderes.

Manda sobre 66 Legiones de Demonios.

Se muestra al mediodía tomando forma humana.

Enseña la filosofía y ciencias liberales, excita el amor y el odio, transporta con suma presteza a los hombres a las regiones que quieran recorrer.



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



Furfur

Conde de la Corte Infernal

Tiene bajo su mando a 26 Legiones de Demonios.

Toma la forma de un ángel que habla con una voz ronca y en otras ocasiones aparece como un ciervo alado con la cola ardiente.

Hablará sin mentir únicamente cuando completen el triangulo de la invocación y entonces dirá la verdad a cualquier cuestión con una voz grave. Crea truenos, relámpagos y viento, sabe respuestas a preguntas secretas y ocasiona el amor entre hombre y mujer.



Marchosias

Marchocias

Marqués de las Regiones Infernales.

Tiene bajo su mando 30 Legiones de Demonios.

Pertenecía al Orden de las Dominaciones y espera volver con los Ángeles no caídos dentro de miles de años.

Se presenta bajo la forma de un lobo con alas de un grifo y una cola de serpiente mientras por su boca vomita llamas. Es un formidable guerrero y un hechicero poderoso.

Creó a Baltzegaurd, una temible criatura que no se sabe si es Ángel o Demonio y que es conocida como el "Vagabundo de los Mundos".

Responderá la verdad a las preguntas que se le formulen,



Stolas

Príncipe de la Corte Infernal.

Manda sobre 26 Legiones de Demonios.

Puede aparecerse como un cuervo negro o como un búho coronado con largas patas.

Gran conocedor de la ciencia de las estrellas y de aquellas plantas que pueden envenenar. Ambas cosas puede dar a conocer a quien le convoque.



Phenex

Phoenix

Marqués del Imperio Infernal.

Comanda 20 Legiones de Demonios.

Se le representa como un ser con apariencia de pájaro mágico de fuego que canta como un niño. Antes de poder hablar con el se le debe convencer de adquirir forma humana.

Atiende a todas las peticiones de los magos por medio de cartas y poesía, demostrando ser un excelente poeta. También revela todo tipo de ciencias a quien le demande.



Halphas

Conde de la Corte Infernal.

Tiene mando sobre 26 Legiones de Demonios.

Se aparece bajo la forma de una cigüeña de voz estrepitosa, que algunas veces puede tornarse en gato.

Es el Demonio de la Guerra y entre sus cualidades destaca la de construir ciudades y aprovisionarlas de armas y munición, provocar guerras y envía a soldados a las guerras donde se les precise.



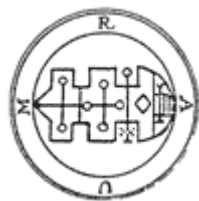
Malphas

Presidente de la Corte Infernal.

Tiene potestad sobre 40 Legiones de Demonios.

Aparece en forma de cuervo y si se transforma en humano lo hará en voz ronca.

Puede enseñar a construir edificios, grandes torres y castillos, destruir los edificios del enemigo, puede destruir los pensamientos, deseos y acciones de sus enemigos.



Raum

Raim

Conde del Imperio Infernal.

Pertenecía a la Orden de los Tronos.

Manda sobre 30 Legiones de Demonios.

Se suele aparecer en la forma de un cuervo pero puede transformarse en humano si lo desea.

Conoce del presente de las cosas y del futuro de las mismas, puede reconciliar a amigos y a enemigos, puede robar los tesoros de las arcas de los Reyes y puede destruir ciudades y a los dignatarios de las mismas.

LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



Focalor

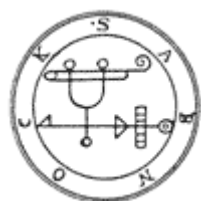
*Duque de la Corte Infernal.
Espera volver a su gloria en la Orden de los Tronos.
Manda sobre 3 Legiones de Demonios.
Suele aparecerse como un humano con las alas de un grifo.
Tiene poder sobre los vientos y el mar, ahoga a los hombres y hunde a los barcos.*



Vepar

Separ

*Duque de la Corte Infernal.
Comanda 29 Legiones de Demonios.
Suele tomar la forma de una sirena.
Gobierna las aguas y dirige los barcos de guerra cargados de munición y armas, si se le solicita puede crear tormentas, enfurecer las aguas y hacer que el mar se llene de embarcaciones fantasmas. También puede hacer que un hombre muera en tres días por heridas putrefactas de las que brotan gusanos y si es su deseo, sanar al mismo de dichas heridas.*



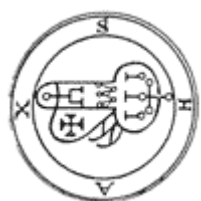
Sabnock

Sabnacke

Sabnac

Salmac

*Marqués de la Corte Infernal.
Tiene a sus órdenes 50 Legiones de Demonios.
Aparece como un soldado armado, con la cabeza del león y montando un caballo pálido.
Puede crear torres, castillos y ciudades que se llenan por completo de armas y municiones. Además provoca a los hombres heridas que gangrenan y se llenan de gusanos.*



Shax

Chax

Scox

Shan

Shass

Shaz

*Duque y Marqués de la Corte Infernal.
Tiene bajo su mando a 30 Legiones de Demonios.
Suele aparecerse como una cigüeña de voz ronca y sutil. Puede parecer fiable y obediente pero es un hábil mentiroso a menos que se le obligue a entrar en el Triángulo Mágico y si entra, su voz ronca se volverá maravillosa.
Puede controlar la vista, oído y entendimiento de los hombres, suele robar los tesoros de los Reyes, también puede robar caballos e incluso cualquier cosa que se le solicite, puede descubrir lo que está oculto y puede otorgar familiares, pero estos acabaran mintiendo a sus "amos".*



Vine

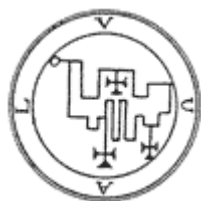
Vid

*Rey y a la par Conde de la Corte Infernal.
Comanda 36 Legiones de Demonios.
Se presenta como un león, montando un caballo negro y llevando una víbora.
Puede descubrir a las brujas, los objetos ocultos y también contar el pasado, el presente y el futuro. Puede crear aguas violentas y tormentas, derribar muros y construir torres.*



Bifrons

*Conde de la Corte Infernal.
Manda sobre 26 Legiones Infernales.
Aparece bajo la figura de un monstruo y puede tomar la forma humana a su antojo.
Hace al hombre admirable en astrología y le enseña a conocer todas las influencias de los planetas, sobresale en la geometría, conoce las virtudes de las hierbas, maderas, de las piedras preciosas, transporta los cadáveres de un lugar a otro y se le ha visto encender antorchas en los sepulcros de los muertos*



Uvall

Vuall

Wal

*Duque del Imperio Infernal.
Demonio antes perteneciente a la Orden de los Poderes.
Manda sobre 37 Legiones de Demonios.
Suele aparecerse en forma de dromedario y que mientras se transforma en humano suele hablar en un arcaico egipcio, aunque no muy correctamente.
Procura el amor de mujeres, la reconciliación entre amigos y entre enemigos, contar lo pasado, lo presente y lo que vendrá.*



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



Haagenti

*Presidente de la Corte Infernal.
Comanda 33 Legiones de Demonios.
Aparece como un enorme toro con las alas de un grifo pero puede cambiar a la forma humana a voluntad.
Convierte al hombre en diestro para todas las cosas, enseña con perfección el arte de transmutar los metales en oro y de hacer buen vino con agua clara.*



Crocell
Procell

*Duque del Imperio Infernal.
Comanda 48 Legiones de Demonios.
Tiene aspecto de Ángel tenebroso que suele hablar de manera oscura y misteriosa.
Contesta a las preguntas que se le hacen sobre las ciencias oscuras, enseñó también las artes liberales, la geometría, produce grandes ruidos y hace sentir el murmullo del agua en los parajes en que no las hay.*



Furcas

*Caballero de la Corte Infernal.
Manda sobre 20 Legiones de Demonios.
Aparece como un cruel hombre viejo, de cabello canoso y una barba muy larga, cabalga un caballo pálido y tiene en la mano derecha una lanza afilada.
Enseña la filosofía, la retórica, la lógica, la astronomía, la quiromancia y la piromancia.*



Balam

*Rey del Imperio Infernal.
Tiene bajo su mando 40 Legiones de Demonios.
Suele aparecerse como un humano con tres cabezas, una de toro, otra de carnero y otra de hombre, con cola de serpiente y montando un oso mientras lleva un gavilán en su brazo. Otras veces es representado como un hombre desnudo cabalgando sobre un oso.
Revela el pasado de las cosas, el presente de las cosas y el futuro de las mismas, también puede conceder a los hombres la capacidad de hacerse invisibles.*



Alloces
Allocen
Allocer
Alocer

*Duque de la Corte Infernal.
Comanda sobre 36 Legiones de Demonios.
Aparece como un soldado y a veces como un caballero cornudo con el rostro de un león que habla con voz grave y gangosa, montado en un caballo enorme con patas de dragón.
Otorga buenos familiares a la par que enseña los secretos del cielo y de las artes liberales.*



Caim
Caym

*Presidente de la Corte Infernal.
Comanda 36 Legiones de Demonios.
Aparece como un hombre elegante con cabeza y alas de mirlo.
Es el Demonio de la Calumnia, enseña la lengua de los animales y de las aguas y pasa por ser uno de los más sabios en el Infierno. A través de sus argumentos logra la desesperación de quienes le escuchan.*



Murmur
Murmillos

*Duque y Conde de la Corte Infernal.
Tiene bajo su mando 31 Legiones de Demonios.
Se aparece precedido de antorchas bajo la figura de un soldado que lleva ceñida una corona ducal en la cabeza, montado en un buitre y acompañado de una multitud de trompetas. Era del Orden de los Tronos.
Es conocido por ser el Demonio de la música. Enseña la filosofía, enseña música, puede obligar a las almas de los muertos a aparecerse y responder a las cuestiones que se le pregunten.*

LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



Orobas

Príncipe de la Corte Infernal del Imperio Sombrio.

Comanda sobre 20 Legiones de Demonios.

Suele aparecerse como un caballo muy bello y puede cambiar a la apariencia de un hombre a su voluntad.

Conoce el pasado, el presente y de las cosas que vendrán, habla de la divinidad y la creación, a la par concede títulos, prelados y dignidades, el favor de amigos o enemigos, no permite que ningún espíritu tiente a quien él no desea y nunca engaña a nadie.



Gremory

Gomory

Duque de la Corte Infernal.

Comanda 26 Legiones de Demonios.

Aparece como una bella mujer con una corona ducal ceñida en la cabeza y cabalgando sobre un camello.

Revela el pasado de las cosas, el presente de las mismas y el porvenir de estas cosas, descubre los tesoros ocultos y procura el amor de las mujeres y las jovencitas.



Ose

Oze

Presidente de los Infiernos.

Comanda 3 Legiones de Demonios.

Se aparece como un leopardo pero puede cambiar a forma humana a voluntad.

Hace a sus adeptos, hábiles en las artes liberales, responde sobre las cosas divinas y abstractas, transforma al hombre y lo hace insensato hasta el punto de hacerle creer que es Rey o Papa y ciertamente le trae la corona, pero su Reinado no dura más que una hora por día.



Amy

Presidente de la Corte Infernal.

Comanda 36 Legiones de Demonios.

Pertenece al Coro de los Poderes, cuando se aparece lo hace en forma de fuego que arde y si desea adoptar la forma de un humano por lo general lo hace en la apariencia de una hembra.

Enseña los secretos de la astrología, de las artes liberales y las finanzas. También se dice que le reveló a Salomón que volverá a su gloria en el cielo dentro de miles de años.



Orias

Marqués de la Corte Infernal.

Manda sobre 30 Legiones de Demonios.

Toma la apariencia de un león cabalgando un caballo que tiene una cola de serpiente y lleva en cada mano una víbora.

Demonio de los astrólogos y adivinos. Revela los secretos de la astrología, transforma a los hombres a su voluntad y les hace adquirir títulos y dignidades.



Vapula

Duque de la Corte Infernal.

Comanda 36 Legiones de Demonios.

Aparece en forma de un terrible león con las alas de grifo.

Enseña a ser diestro en la mecánica y la filosofía, otorga inteligencia y hace sabios a los hombres. Es el diablo que aconseja a los seres humanos sobre las investigaciones científicas.



Zagan

Zagam

Rey y Presidente del Infierno del Reino de Septentrión y Occidente.

Le obedecen 30 Legiones de Demonios.

Toma la apariencia de un toro con alas de grifo o de un hombre con alas de ave de rapiña y cabeza de toro.

Es capaz de transformar el cobre en oro y el plomo en plata, es el encargado de ayudar a todos aquellos que cometen fraudes, puede convertir el agua en vino y la sangre en aceite.



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



Volac

Valac

Presidente de la Corte Infernal.

Comanda 30 Legiones de Demonios.

Se aparece bajo la forma de un niño con alas de Ángel y cabalgando en un dragón con dos cabezas.

Conoce la morada de los planetas, revela donde se ocultan tesoros y el lugar a donde se retiran las serpientes.



Andras

Marqués de la Corte Infernal.

Tiene bajo su mando 30 Legiones de Demonios.

Se aparece con cuerpo ángel alado con cabeza de mochuelo, cabalga sobre un lobo negro y blande una espada afilada.

Es el Demonio de los violentos. Enseña como matar al enemigo fomentando las discordias, enseña a sus protegidos como matar a sus enemigos sin perjuicio y alimenta las pendencias entre amos y servidores.



Haures

Flauros

Duque del Imperio Infernal.

Manda sobre 20 Legiones de Demonios.

Se aparece en la forma de un leopardo con una cabeza de hombre horrible y los ojos de color rojo.

Conversa gustosamente de la creación del mundo y de la caída de los Ángeles... incluyendo su propia caída. Conoce el pasado y el porvenir y es conocido por ser gran enemigo de los exorcistas.



Andrealphus

Androalphus

Marqués de la Corte Infernal.

Tiene bajo su mando 30 Legiones de Demonios.

Se aparece como un pavo real de voz grave.

Es el Demonio que muestra el camino de la traición. Enseña geometría perfectamente, y todo lo que se relacione con cálculos y medidas, incluyendo la astronomía, a quien trata con él puede concederle forma de ave para que escape de sus enemigos.



Cimejes

Cimeries

Marqués de la Corte Infernal.

Es servido por 20 Legiones de Demonios.

Se aparece como un enorme y valiente soldado montando un caballo negro.

Es el gobernante de los espíritus errantes en África, puede encontrar tesoros y cosas ocultas, enseña la gramática, la lógica y la retórica. Puede hacer que un hombre parezca un soldado de su propia imagen (demonio).



Amdusias

Amduscias

Duque de la Corte Infernal.

Comanda sobre 29 Legiones de Demonios.

Se presenta como un hombre de gran estatura con cabeza de unicornio o simplemente se aparece como un unicornio.

Demonio del engaño. Ofrece a quien le llama la inspiración necesaria para crear conciertos y en ellos se escucha el sonido de trompetas y otros instrumentos musicales sin haberlos en la sala. Los árboles se inclinan a su voz que se puede escuchar por encima de una tormenta.



Belial

Príncipe Regente de la Zona Infernal de Oriente y Mediodía conocido como Sheol.

Le obedecen 8 Legiones de Demonios.

Antes perteneciente a la Orden de las Virtudes y de los Arcángeles, es uno de los demonios más poderosos y uno de los primeros en revelarse, ahora es el más vicioso de los demonios. El Apocalipsis le menciona llamándole "La Bestia".

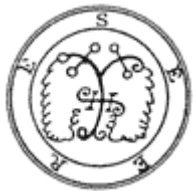
Se representa como alguien muy hermoso y atractivo sobre un carro de fuego. Induce a todo tipo de pecado, especialmente relacionados con el sexo y la lujuria.

LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



Decarabia
Carabia

Marqués de la Corte Infernal.
Comanda 30 Legiones de Demonios.
Se muestra como una estrella de cinco puntas.
El sabe de las propiedades de todas las hierbas y de todas las piedras.
Vuela como un pájaro, incluso vive como un pájaro comiendo y cantando como las demás aves, sin que nadie note su presencia. Concede el talento para domesticar aves y servirse de ellas.



Seere

Príncipe de la Corte Infernal que gobierna en el Este.
Tiene mando sobre 26 Legiones de Demonios.
Se aparece bajo la forma de un hombre hermoso montado sobre un caballo alado.
Descubre todos los engaños, puede transportar lo que sea y a donde sea en menos de un parpadeo y hace que todos los eventos pasen rápidamente.
A él no le importa el bien o el mal y realizará la voluntad de aquel que le comande.



Dantalion

Duque de los Infiernos.
Manda sobre 36 Legiones de Demonios.
Se aparece con la forma de un humano con todos los rostros de hombre y de mujer existentes, sosteniendo un libro en su mano derecha.
Enseña las artes y las ciencias, revela todos aquellos consejos secretos para todos los pensamientos humanos y también los puede cambiar a voluntad. Es un ser despiadado y puede enseñar por medio de visiones, lo que cualquier humano pudiera haber llegado a ser dependiendo las circunstancias de su vida.



Andromalius

Conde del Imperio Infernal.
Tiene 36 Legiones de Demonios bajo su mando.
Es descrito como un hombre que lleva en su mano una enorme serpiente.
Conocido como el Mago Negro, Puede capturar o entregar tanto al ladrón como los bienes robados, castiga a los ladrones y otras personas malvadas, descubre tesoros ocultos, revela la maldad y todos los tratos deshonestos.



Guertas Guestiones

Los Actores se pueden preguntar porque en los Sellos que encontraron solo disponen de Sesenta y Nueve Espíritus, o cual puede ser el motivo de la falta de los otros tres... El Presidente Marbas... El Conde y Príncipe Ipos... El Príncipe Orobas... ¿Por qué no están en el Sello de Nuestra Señora de Loreto?

La razón más simple para que no estén y por la cual Hiram lo diseñó de este modo, es que no deseaba que los “demás” conocieran un Sello de Protección y Dominación completo de todos los Espíritus que Salomón conoció. De este modo, si alguno de sus “seguidores” desease o fuese capaz de realizar una Convocación, debiera estar muy precavido de que en dicho Sello se encuentran los medios para conseguirlo.



El Árbol Genealógico

Como es obvio, los Actores siempre pueden ser más avispados de lo que uno prevé y puede que una vez que descubran la Capilla de Nuestra Señora de Loreto, decidan investigar los nombres que allí constan en las lápidas, a saber:

- ❖ *Piedrasacra por dos veces, una por Don Rodrigo que “renació” hace tiempo y por Alvar, tal y como espera el patriarca.*
- ❖ *Sotomonte.*
- ❖ *Lluna.*
- ❖ *Olmedo.*
- ❖ *Von Steiner.*
- ❖ *Crocenera.*

Pues imaginando las argucias de los Actores por conocer de los apellidos, puede que acudan a la Administración y en concreto a los muchos cuevachuelistas que pueden buscar un Árbol Genealógico de todos y cada uno de los apellidos. Pero la sorpresa será cuando descubran que todos han sido arrancados o simplemente desaparecidos. No se encontrará en toda la Villa y Corte ningún dato de estos apellidos, ni de sus linajes, ni de sus títulos o posesiones... ¡Nada!

Solo comentar en este momento que Don Rodrigo de Piedrasacra ha borrado toda su existencia y ha entrado en las sombras de los hombres, pues sabe que si nadie puede conocer nada de él o sobre él, poco daño pueden hacerle. No se puede sospechar de lo que no existe. Respecto a borrar los datos de Jimena Sotomonte, más de lo mismo. Si alguien siguiera los pasos de Jimena bien pudiera acercarse a él y eso no lo puede permitir, por lo que también la ha hecho desaparecer su historia familiar.

Respecto a Alvar de Piedrasacra, se explica con lo ya comentado. Al respecto de sus “amigos”: Lluna, Olmedo, Von Steiner y Crocenera, la misma explicación que la dada a Sotomonte. Si alguien busca datos de estos, no llevarán a ningún lado. Simplemente no han existido y no existen.





El Testamento de Tadeo Escriba

Allá por el mes de Marzo... ¡Día arriba... Día abajo! Año de Nuestro Señor de 1.622.

Y ahora comienza de verdad donde los Actores van a ver lo que realmente está sucediendo, pues la verdadera Conspiración se va a dejar entrever poco a poco y a ellos les coge en medio de una trama de siglos cómo meros peones... Pero hasta los peones pueden convertirse en la pieza que deseen... Solo si son más hábiles e inteligentes que sus rivales... ¡Y tienen suerte!



De lo que se Versa

El viejo impresor y amigo personal de nuestros Actores, cansado de un enorme peso que lleva desde que nació y viendo que cada vez le es más difícil cargarlo, ha decidido involucrar a grandes poderes y eliminar si puede a sus más acérrimos y ancestrales enemigos... ¡Los Hiramitas!

Pero empezaremos por donde hay que hacerlo, por el principio...

Salomón, hijo de David, resuelto a levantar el Templo que su padre había proyectado, rogó a Hiram, Rey de Tiro, que le proporcionara materiales necesarios para tan gigantesca empresa. Hiram aceptó gustoso y envió a un arquitecto, célebre por su raro talento, para que dirigiera la construcción. Este sabio arquitecto se llamaba Hiram-Abi y era hijo de un Tiro y de una mujer de la tribu de Nephtali.

El número de obreros ascendía a ciento ochenta y tres mil, llamados prosélitos o extranjeros admitidos, es decir, Iniciados. Hiram los distribuyó en tres clases: setenta mil Aprendices, ochenta mil Compañeros y tres mil trescientos Maestros. Cada una de estas clases tenía sus misterios y secretos, reconociéndose entre si por medio de ciertas señales, palabras y toques peculiares a cada grado.



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

Ya la construcción del Templo se hallaba casi terminada y tres Compañeros que no habían podido pasar aún a Maestros e ignoraban por consiguiente las palabras, signos y toques de este grado, resolvieron sorprender a Hiram y arrancárselos por la fuerza para pasar luego por Maestros en los otros países y tener derecho a la paga de su clase. Con este fin, sabiendo que Hiram iba todos los días al Templo a hacer sus oraciones mientras los obreros descansaban, le acecharon y cuando le vieron entrar se apostaron en cada una de las puertas: uno en la del Mediodía, otro en la de Occidente y otro en la de Oriente.

Concluidas sus oraciones se dirigió Hiram hacia la puerta del Mediodía. El oficial allí apostado le pidió las palabras y secretos del grado de Maestro. Hiram se negó y el oficial, irritado con esta resistencia, le asestó un golpe en la nuca con la Regla.

Hiram-Abi trató de huir por la puerta de Occidente pero allí encontró al segundo Compañero, que le pidió la palabra de Maestro. Rehusando Hiram responder a los deseos del oficial, este le dio un fuerte golpe en el pecho con una Escuadra de Hierro.

Entonces el Maestro, reuniendo sus fuerzas, trató de salvarse por la puerta de Oriente pero allí encontró al tercer oficial que le hizo la misma pregunta que los otros dos. Se obstinó Hiram en callar y queriendo huir, el oficial descargó con un Martillo tan fuerte golpe sobre su frente que le dejó muerto.

Pero ahora solo hay que aclarar la verdad. Todo era un plan urdido por Hiram, que tomando la poción que le proporcionó Salomón del “Velo de la Muerte” y se hizo pasar por muerto. Así comenzó un plan para preservar y ocultar la “Clavícula de Salomón”. Tanto Hiram y Joaben idearon que el Maestro había sido asesinado, por lo que junto con tres Compañeros simulaban el asesinato.

Reunidos los tres asesinos se ocuparon en hacer desaparecer las huellas del crimen. Ocultaron el cadáver bajo un montón de escombros y cuando llegó la noche le sacaron de Jerusalén y le enterraron lejos de la ciudad, en la cumbre de una montaña. Pronto fue echado de menos el sabio arquitecto y Salomón ordenó que nueve Maestros se ocupasen exclusivamente en buscarle. Tomaron éstos distintas direcciones y al día siguiente llegaron varios al Líbano. Uno de ellos, rendido de fatiga, se tendió sobre un cerrillo y observó al poco rato que la tierra estaba removida. Participó a sus compañeros de esta observación, en vista de lo cual cavaron en aquel paraje, encontrándose un cadáver que reconocieron con dolor ser el de Hiram-Abi. Depositaron de nuevo el cuerpo en la fosa, le cubrieron de tierra y regresaron a Jerusalén donde dieron cuenta a Salomón del resultado de las pesquisas. Para reconocer el sitio donde Hiram estaba enterrado, cortaron una rama de acacia que plantaron encima de la sepultura.

Salomón dispuso que los nueve Maestros hiciesen la exhumación del cuerpo y lo transportaran a Jerusalén. Les recomendó que buscasen sobre el cadáver la Palabra de Maestro y que de no hallarse pusiesen mucho cuidado en observar el primer gesto que se hiciese y las primeras palabras que se profiriesen a la vista del cadáver, a fin de que fuesen en lo sucesivo los signos y

LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



palabras de Maestro. Se revistieron los hermanos con sus mandiles y guantes blancos marcharon al Líbano e hicieron la exhumación.

Se trató inmediatamente de averiguar quiénes eran los autores del crimen. La ausencia de tres Compañeros no dejó duda acerca de los asesinos. Un desconocido se presentó a Salomón y le dijo en secreto el lugar donde se refugiaban.

En realidad, es el propio Hiram disfrazado ante Salomón quien ya conoce de todo esto y el Maestro continúa con la “representación” para que el pueblo lo vea y crea lo que ve. De esta manera, Salomón conseguirá esconder lo que atesora y teme que pueda recaer en malas manos la “Clavícula”. ¿Y qué es la “Clavícula de Salomón”? Pues simple, los nombres de los Demonios del mismo Infierno y estos nombres contienen más poder de lo que ningún hombre ha soñado.

Salomón convocó durante la noche al Consejo extraordinario de los Maestros y les dijo que necesitaba nueve de entre ellos para desempeñar una comisión delicada, pero que constándole el celo y valor de todos y no queriendo dar la preferencia a ninguno, la suerte decidiría quiénes iban a ser los Elegidos. Se hizo así y el primero designado por la suerte, llamado Joabén, fue nombrado Jefe de la Comitiva.

Pero Joaben no estaba donde estaba por casualidad y el designó quienes debían acompañarle, a quienes puso al día sobre todo lo sucedido y que correspondía con un plan mayor. Un plan para que muchas generaciones pudieran vivir en paz si el manuscrito de la “Clavícula de Salomón” se encontrase siempre seguro. Oculto de las tentaciones de los hombres. Protegido por hombres capaces y por siempre entre las sombras.

En seguida Salomón despidió a los demás Maestros y expuso a los nueve el descubrimiento que un desconocido le acababa de hacer. Los Elegidos concertaron las medidas que deberían tomar, adoptaron por palabra de reconocimiento el nombre principal de los asesinos y salieron de la ciudad antes de amanecer. Guiados por el desconocido caminaron hacia Joppa y a las veintisiete millas llegaron a la caverna de Ben-Acar donde los asesinos se ocultaban.

Dos hombres que caminaban hacia la caverna, al ver a la comitiva emprendieron la fuga por entre las rocas. Reconocidos en esto culpables, se les persiguió largo tiempo hasta que viéndose próximos a ser cogidos, se precipitaron a un barranco donde los Maestros los hallaron expirando. Mientras tanto Joabén, el jefe de la expedición, viendo que el perro del guía se dirigía a la caverna como siguiendo la pista de alguno se precipitó detrás. Una escalera de nueve peldaños le condujo al fondo de la gruta, donde a la luz de una lámpara distinguió al tercer asesino que se disponía a descansar. Viéndose descubierto este desgraciado, lleno de terror ante la visita de un Maestro a quien reconoció, se hirió con un puñal en el corazón.

Los Elegidos dejaron los cuerpos de los asesinos tendidos en el campo para que sirviesen de pasto a las fieras, llevándose las cabezas que estuvieron expuestas por espacio de tres días en el interior de los trabajos con los instrumentos que sirvieron para cometer el crimen. Después fueron consumidas por el fuego y los instrumentos hechos pedazos. Satisfecho Salomón de la conducta de los nueve Maestros, les agregó otros seis y dispuso que en adelante llevasen el nombre de Elegidos.



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

Se les concedió por diviso una banda negra que se sostenía en el hombro izquierdo y terminaban en la cadera derecha de cuyo extremo pendía un puñal con una empuñadura de oro. Las palabras, señales y toques de reconocimiento fueron análogos a la acción que iban a ejecutar. En lo sucesivo su empleo fue la inspección general de los trabajos y de los masones. Cuando era necesario proceder en juicio contra alguno de éstos, el Rey los convocaba en lugar reservado. El desconocido que les sirviera de guía en su expedición era un pastor que entró en el cuerpo de los masones, llegando con el tiempo a pertenecer al número de los Elegidos.

De esta manera, los Elegidos constituían una fachada perfecta para su verdadera misión de proteger la "Clavícula de Salomón" y durante un tiempo, todos sus planes tenían como único fin ocultar el manuscrito. El verdadero número de Elegidos constaba de los nueve primeros, los seis posteriores y a estos se añadían en secreto los tres "asesinos" y el pastor que no era otro que Hiram. Este último es bendecido con el "Elixir de la Vida" por Salomón para que pueda constituir en secreto una sociedad de Elegidos para poder proteger por siempre el manuscrito.

Para ello, cuando ya los trabajos de la edificación del Templo estaban para concluirse, cuando apenas quedaba otra cosas que hacer sino consignar en lugar seguro y secreto el nombre del Gran Arquitecto del Universo, según era conocido desde su aparición sobre el monte Oreb en un Triángulo Radiante. Este nombre era ignorado por el pueblo y se conservaba por tradición pronunciándolo el Gran Sacerdote rodeado de todos los que pudieran oírle. Durante la ceremonia se invitaba al pueblo a que gritase y aplaudiese, evitando poder ser oída la palabra por profanos.

Salomón hizo practicar en la parte más oculta del templo una Bóveda Secreta, en el centro de la cual colocó un pedestal triangular. Se bajaba a ella por una escalera de veinticuatro gradas dividida en tramos de tres, cinco, siete y nueve, y no era conocida más que del Rey y de los Maestros que en ella habían trabajado.

Hiram había grabado la palabra sobre un Triángulo de Oro puro que llevaba siempre pendiente del cuello. Cuando le asesinaron tuvo tiempo para desprenderse de este Triángulo y arrojarlo en un pozo que estaba en el extremo Oriente, hacia la parte del Mediodía. Salomón ordenó que hiciesen pesquisas para averiguar el paradero de la preciosa Joya.

Cierto día tres Maestros al pasar junto al pozo en la hora del mediodía, observaron que los rayos del sol que caían perpendicularmente en el Pozo, hacían brillar un objeto en su fondo. Uno de ellos hizo que los otros dos le bajasen y encontró el Delta que se buscaba. Llenos de alegría se presentaron a Salomón, que a la vista del Triángulo dio un paso atrás levantando los brazos y exclamando:

"Ya está aquí la palabra de ... ¡Gracias a Dios!"

Llamó enseguida a los quince Elegidos y a los nueve Maestros que habían construido la bóveda secreta y acompañado de los tres que habían encontrado el Delta descendió a la bóveda. El Triángulo fue incrustado en medio del pedestal y cubierto con una piedra de ágata de forma cuadrangular. En la cara superior de esta piedra se grabó la palabra sustituida y en la inferior todas las palabras de los diferentes grados de la Masonería. Salomón declaró a los veintisiete

Por Iago

LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



Maestros como Elegidos y recibió de ellos el juramento de no revelar lo que acababa de suceder. Se colocaron delante del Triángulo tres lámparas de nueve flameros cada una y se selló la entrada de aquel lugar, que fue conocida con el nombre de la Bóveda Sagrada.

Este secreto quedó entre los veintisiete Elegidos y sólo fue transmitido a sus sucesores. Juraron eterna alianza y Salomón, en señal, les dio un anillo de oro. Después de la muerte de este Rey se gobernaron por sí mismos siguiendo sus leyes dirigidas a la conservación de la obra.

Cuando el número de Elegidos aumento hasta los veintisiete y la Bóveda Sagrada estuvo construida, debajo del Triángulo se colocó la "Clavícula de Salomón" y de ello Hiram estuvo muy orgulloso pues todo estaba marchando tal y como había planeado junto con el sabio Rey. Todo era perfecto y nadie conocía de su importante misión.

Nabucodonosor, en el decimoctavo año de su reinado, puso sitio a Jerusalén y después de una tenaz resistencia, los habitantes rendidos de hambre y de fatiga, demolidas las fortificaciones a pesar de la vigilancia y actividad de los masones libres, la ciudad fue tomada a los dieciocho meses de sitio.

Los principales de la ciudad con sus tesoros y el Rey Sedecías con su familia, se refugiaron en el templo. Los masones intentaron una nueva resistencia, pero no pudieron resistir a la superioridad numérica de sus enemigos. Nabucodonosor ordenó a su general Naburzan que destruyese la ciudad y el Templo hasta sus cimientos y fueran los habitantes conducidos cautivos a Babilonia. Esto sucedía el año seiscientos antes de Cristo. Los vencedores, para humillar más a los vencidos les pusieron cadenas de eslabones triangulares, significando así el desprecio con que miraban el Delta.

Inmenso fue el dolor que los masones experimentaron no por verse cautivos, sino por contemplar profanado y demolido el Templo, la obra más grande y magnífica que la mano del hombre levantara hasta entonces a la gloria del Gran Arquitecto del Universo.

Después de setenta años de cautiverio, Ciro concedió libertad a los judíos y les restituyó los tesoros del templo. Zorobabel, descendiente de los primeros de Judea, honrado por Ciro con el título y distintivo de Caballero de su Orden se puso a la cabeza del pueblo judío y el veintidós de Marzo emprendió la marcha hacia Jerusalén.

Llegado a los márgenes que separan Asiría de Judea, hizo construir un puente para que el pueblo pudiese pasar. Pero entretanto los pueblos de las comarcas opuestas se coaligaron contra ellos y les atacaron a su paso por el puente. Zorobabel en la refriega perdió el distintivo de honor con el que Ciro le había condecorado pero armado de una espada que sólo con la vida podía perder y ayudado de los bravos masones que le seguían derrotó a los enemigos y entró en Jerusalén.

Muchos naturales de esta ciudad escapados del cautiverio, vagaban por todas partes en el estado más miserable. Había entre éstos algunos Elegidos que se unían en secreto a fin de practicar las ceremonias de su Orden y conservar las tradiciones. Al destruir el Templo no había sido hallada la Bóveda Secreta. Los Elegidos la buscaron y se apoderaron del Triángulo que



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

fundieron para no verlo profanado si caía en manos de los enemigos rompieron la piedra ágata y transmitieron sus secretos por tradición. Nombraron un jefe que presidiese sus asambleas y continuaron sus reuniones.

La maniobra de Hiram y los Elegidos fue rápida, pues no había otra, acceder a la Bóveda y con la disculpa de conseguir el Triángulo hacerse con el manuscrito y volverlo a ocultar lo más rápido posible. Así, Hiram seguía cumpliendo con su labor.

Zorobabel fue admitido en la confraternidad por Ananías, jefe de los masones. En seguida dispusieron reedificar el Templo y siendo molestados por los enemigos trabajaban sin abandonar las armas. A consecuencia de esto los obreros tuvieron siempre la espada en una mano y la trulla en la otra.

Posteriormente el Templo fue destruido por los romanos en el año setenta después de Cristo y los masones, si bien permanecieron ocultos, no se desunieron. Se propagaron por todo el mundo, dándose a conocer por sus nuevos trabajos.

Así transcurrió el tiempo, los Elegidos infiltrados en muchos de los estamentos de la sociedad e involucrados en la misma, dedicados a proteger el mayor de los secretos: el gran poder que se encontraba en el manuscrito de Salomón. Los Elegidos cada vez adquirían mayor poder e importancia en el mundo y dedicaban este poder a crear infraestructuras para ocultar el secreto.

Pero Hiram comenzó a cambiar sus pensamientos, pues tanto tiempo morando en las sombras entre los que llama mortales y protegiendo algo que por derecho ya debiera ser suyo, para poderlo usar en provecho de los Elegidos. Así lo expone en un Consejo de los Elegidos y el Consejo le deniega el poder leer el manuscrito de Salomón, lo cual hace estallar a Hiram que acusa a todos de “ciegos” y que solo él, sabe que es lo que se debe hacer. Unos pocos de los miembros del Consejo, por primera vez en siglos, sacan el manuscrito de su escondite y se lo llevan en secreto, de lo cual nada comentan a los demás.

Poco a poco, Hiram sabiendo que posee toda la eternidad para conseguir sus objetivos, consigue convencer a algunos miembros de los Elegidos y sometiéndolos a un Ritual que les lleva a la muerte por medio del bebedizo del “Velo de la Muerte”. Les hace renacer para conseguir darles un nuevo propósito: conseguir el manuscrito de Salomón para utilizarlo. Obviamente, utilizarlo para conseguir mayor poder entre los mortales.

Los Hiramitas como ellos se llaman a sí mismos, se infiltran en todos los estamentos de la sociedad y estos cada vez mas hábilmente, hacen crecer su red de contactos, de servidores... Su poder es enorme y no para de crecer entre los mortales hasta el punto que cuando Hiram observa el enorme Imperio en la sombra que rige, toma la decisión de enfrentarse al Consejo de Elegidos si no accedían a utilizar la “Clavícula de Salomón”. Obviamente no accedieron e Hiram los asesina, aunque no lo hace él, para eso están sus servidores. Pero la sorpresa de Hiram es mayúscula cuando accede al lugar donde se escondió el manuscrito y no lo encuentra. No pasa mucho tiempo cuando se percata de lo sucedido y ya es tarde para ponerle solución pues ahora ambas partes son

LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



conscientes de la existencia de la parte contraria. Una batalla por el manuscrito comienza y no será una batalla corta.

Y durante siglos los Elegidos lucharon una enorme batalla contra los Hiramitas por esconder de estos la “Clavícula de Salomón” y el último de los Elegidos, Tadeo, sabe que esta batalla no la puede ganar. Que la única esperanza es esconder los secretos del sabio Salomón y que los descendientes de Hiram no los encuentren jamás. Finalmente, Tadeo Escriba viendo que los Elegidos eran cada vez menos y los Seguidores de Hiram eran más numerosos y poderosos, infiltrados e involucrados con casi todo lo que sucede en el día a día de cada estamento... En cada nación... Su última oportunidad la ha tenido al ayudar a sus amigos del Claustro Dante, como él los llama, con la traducción de la maravillosa “Divina Comedia” de Dante y allí con esfuerzo ha escondido la localización de “La Clavícula de Salomón”, en doce manuscritos perfectamente trabajados y que pretende regalar a personas con importancia para él, haciéndoles prometer que jamás venderán los manuscritos pues son parte de él y el recuerdo que les deja.

El punto final de todo lo ha generado ver hace unos meses a una persona que él consideraba su amigo y también le creía muerto, el Conde Rodrigo de Piedrasacra, el padre de Alvar. Y comprendió que ya estaba muerto, que solo era cuestión de tiempo... Que lo habían estado observando y midiendo. Decidió dejar constancia de lo que él sabía oculto desde hacía siglos y que no debía caer en malas manos, pero él tampoco tenía el derecho de dejarlo perdido para siempre, por lo que ideó un método para esconderlo y que solo aquellos que lo mereciesen lo pudieran obtener. Veía que el Conde de Piedrasacra era un Hiramita, que había muerto y había vuelto a la vida, que había merecido pertenecer a esa horrible casta y sabía que se había ganado el derecho a pertenecer a los asesinos por descubrir su presencia. El último de los descendientes de Los Elegidos... El último guardián del Secreto... La última puerta antes de encontrar el gran secreto...”La Clavícula de Salomón”.

De los doce manuscritos, solo tres serán los que conducirán al secreto de Salomón, los otros simplemente confundirán y retrasarán a quien no mire más allá de lo que se ve a simple vista. Todo ello llevará a los Actores, si son capaces de descubrir el secreto, a Burgos, a su magnífica Catedral y allí encontrar “La Clavícula de Salomón”.

El siguiente paso del impresor Tadeo Escriba era hablar con quien lleva las riendas del Imperio de España, el Valido Baltasar de Zúñiga y junto a él, su sobrino el Conde de Olivares. Les citó para explicarles lo que sucedía entre las sombras y que ellos solo eran marionetas que creían dirigir el destino de España y por ello, del mundo, pero que solo eran piezas de un tablero mayor. Ni Baltasar de Zúñiga ni Gaspar Felipe de Guzmán Pimentel y Acevedo se lo tomaron como una burla pues desde hacía tiempo sabían que todo lo que decidían o creían decidir, estaba “preparado” o se veían compelidos a actuar de dicha manera, sin muchas alternativas... ¡No, no se burlaron del impresor! Todo lo contrario. Despacharon sus Correos hacia París para entregar un mensaje al Cardenal Richelieu, la persona que con brevedad llevaría las riendas de Francia y otro a Londres para entregarlo a George Villiers, Marqués de Buckingham, favorito del futuro Rey de Inglaterra. De este modo los franceses, ingleses y españoles, que rigen todo el continente y por extensión el mundo, podrían elegir sus destinos. No se hizo esperar la respuesta y pronto el Conde de Olivares



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

se reunió con el Cardenal francés y el preferido inglés en un pequeño enclave de la frontera hispano francesa donde decidieron como acabar con los denominados Hiramitas.

El plan era simple y a la par complicado por la infinidad de posibilidades que se pudieran generar, pues sabiendo lo que estos conspiradores en la sombra desean y como encontrarlo, les iban a provocar para hacerles salir de sus escondites. El cebo que siempre habían deseado... “La Clavícula de Salomón”... Fuese lo que fuese esa “clavícula”... Para ello necesitaban encontrar lo que buscaban los Hiramitas y hacerles saber que lo buscan para ponerles nerviosos y hacerles salir de sus “cavernas”. Con lo que no cuentan es que Tadeo Escriba no desea revelarles el escondite de la tan traída “Clavícula” y por ello lo encierran hasta que decida confesar, aunque sea bajo tortura. Pero el propio impresor se envenena y muere. Es un grave contratiempo, pero la partida ha comenzado y debe encontrar nuevas piezas para proseguir el juego.

El único problema es conseguir que los “peones” elegidos encuentren los manuscritos y el secreto que encierran, pero si no lo pueden lograr por sus cualidades, ellos estarán atentos para “ayudarlos” en su tarea. El fin: acabar con la milenaria Conspiración cueste lo que cueste.

Para que los Hiramitas se percaten de lo que sucede en los despachos de Palacio, el Conde de Olivares cree saber quién pudiera informar a los Conspiradores pues solo una cosa le mueve a Don Luís de Alquezar... El poder... La ambición de ser más y más poderoso... Y en ello confía. Observa. Y sabe que ha acertado. Solo le ha dicho que ha acudido y solicitado audiencia el impresor Tadeo Escriba y que le ha contado una historia inverosímil sobre un gran tesoro escondido en doce Manuscritos de “La Divina Comedia” y que ha encargado a los conocidos como Claustro Dante la búsqueda de ese secreto... De ese tesoro escondido... El motivo, fácil... Ellos fueron los traductores de dicho legajo italiano.

Lo siguiente es fácil, Don Luís de Alquezar al comprender la magnitud de lo que escucha y que conoce a Don Rodrigo de Piedrasacra, con prontitud acude a informarle y le narra todo lo que sabe. Le asegura que le seguirá informando de lo que suceda y que desea que a su vez, Don Rodrigo informe a quien deba del quehacer del Secretario Alquezar para quien lo deba saber y recompensar.

Y todo comienza a rodar...





Se Dice en los Mentideros

Donde se cuece: *Mentidero de “las Losas de Palacio”*

Quienes lo guisan: *Diversos cuevachuelistas para el Mentidero de “las Losas de Palacio”*

Si que ha sido curioso la orden que promulgo en viva voz de pregonero y de orden de Su Majestad del Señor Rey don Felipe el Cuarto de su nombre, por la que todos los criados de Su Majestad que al presente le sirven, así sean Virreyes, Consejeros, Alcaldes, así sean escribanos de provincia y del número y chancillerías y de otros cualquier género que asistan a su servicio... En fin todos los que entraron en cualquiera oficio tengan obligación de hacer inventario y de todos sus bienes, jurado y cerrado, el cual entregarán en manos de Su Ilustrísima el Señor Presidente don Francisco de Contreras antes de acabar el mes. Pero lo curioso es que por igual obliga a aquellos que desde el año 1.595 trabajaron para los Señores Reyes Felipe el Segundo y Tercero, que hayan tenido alguno de dichos cargos, les obliga ahora lo mismo, bajo pena de perdimiento de bienes y serán públicos sus delitos en la Sala de los Señores Alcaldes de Corte, con ocho Alguaciles y Juan Enrique, escribano del crimen. Este Rey no sabe qué cantidad de pliegos va a necesitar de los muchos que trabajan para él solo en la Villa y Corte.



Donde se cuece: *Mentidero de las gradas de San Felipe*

Quienes lo guisan: *Diversos poetas, clérigos y soldados para el Mentidero de las gradas de San Felipe*

Buena se preparó el mes pasado, aunque la verdad pocos saben que sucedió realmente... Muchos comentan que la locura se hizo con el administrador de la Universidad Don Arturo Manzano y ya no está en el Consejo de la Universidad. Que dicen que se obsesionó con evitar la traducción del Infierno, que al parecer es una parte de una obra de Dante llamada “Divina Comedia” que estaba realizando el profesor Lluna con otros amigos y que jocosamente les han comenzado a denominar el “Claustro Dante”. Finalmente la traducción de la obra italiana se completó y dicen que en un plazo breve se imprimirá para que lo pueda leer todo el mundo.





LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

Donde se cuece: *Mentidero de los Cómicos junto a la iglesia de San Sebastián*

Quienes lo guisan: *Diversos cómicos para el Mentidero junto a la iglesia de San Sebastián*

Comentan que la muerte del anciano sacerdote Gervasio Ferrer ha sido una verdadera tragedia, pues se le consideraba un creador diferente a los conocidos y su ambición de hacer de la tragedia teatral tan arrebatadora como las comedias que estamos acostumbrados a ver representadas en los Corrales. Y como prueba está su obra "El Vecino de la Villa", la cual toda la Villa y Corte ha deseado ver. Por ello, dicen que el Corral de la Cruz va a volver a representarla, cosa hartamente extraña pues uno de los mejores Corrales pocas veces repite una obra. Pero algo tendrá cuando va a suceder.



El "Infierno" del Doctor

Donde se cuece: *Mansión de Xacobo Lluna*

Quienes lo guisan: *Xacobo Lluna*
 Misia Crocenera
 Leonora Lluna

Una noche bastante oscura, con la luna desaparecida en el cielo de la Villa y Corte, en la mansión de Xacobo Lluna se recibe una visita bastante inesperada para los que allí moran pero muy estudiada por parte de Ruud Van Bergkamp, miembro de campo de los Hiramitas y que después de asaltar la Imprenta de Tadeo Escriba, sabe que el gallego Lluna tiene una de las copias del "Infierno" de Dante y por supuesto debe hacerse con la misma.

Para hacerse con el manuscrito, Van Bergkamp ha encargado a uno de sus mejores hombres el infiltrarse en la mansión de los Lluna y cueste lo que cueste, conseguir el legajo del "Infierno". No debe fallar, pues si no consigue el libro ahora, el profesor Lluna se protegerá y entonces sí que será difícil hacerse con el manuscrito.

El hombre elegido para dicha misión es Marcos Artero, un asesino sin ningún tipo de moral y que solo el dinero es su amo, a quien los Actores pudieron ver en la Capilla de Loreto de la Crónica del "Claustro Dante" (Primer Legado). Este, aprovechando la oscuridad se infiltrará en la mansión para registrarla meticulosamente mientras todos duermen. O eso pretende.

Si Artero no es descubierto mientras realiza el registro de la mansión en busca del manuscrito y no encuentra dicho legajo, este se hará con la pequeña Leonora y buscará a su padre,

LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



el profesor Xacobo Lluna. Una vez que esté frente al mismo, amenazará con matar a la pequeña si no le entrega el manuscrito del “Infierno”.

Aquí pueden darse diversas posibilidades y todas ellas serán rápidas, que en principio deben ser las siguientes:

- ❖ *Que Marcos Artero encuentre el manuscrito y escape como pueda. Lo hará a la carrera e intentando despistar a quien le pudiera perseguir a base de callejear y esconderse por la Villa y Corte.*
- ❖ *Que no encuentre el legajo del “Infierno” y tenga que amenazar a todos con asesinar a Leonora si no le entregan el manuscrito, pudiendo darse dos salidas:*
 - ✓ *Que le entreguen el manuscrito y escape corriendo usando a la cría como escudo para su huida.*
 - ✓ *Que no le entreguen el manuscrito y tenga que actuar más “directamente”...*

En resumen, este momento solo tiene una única intención para la trama general, que los Actores se percaten de que algo extraño está sucediendo y tiene que ver con el manuscrito que le regaló el impresor Tadeo Escriba.

Lo único que debe quedar claro al Cronista es que Marcos Artero entregará los papeles a Ruud Van Bergkamp en la Capilla de Nuestra Señora de Loreto y el tudesco los llevará a Flandes a la mayor brevedad posible o por avatares del destino y de los Actores, el pobre Artero no podrá hablar. Por un pequeño problema de muerte.

***Nota del Cronista:** Este es uno de los pergaminos que conducirán de verdad a la “Clavícula de Salomón” y es por ello uno de los tres verdaderos. En él estará oculto el mapa de España*



La Voluntad del Valido

Donde se cuece: Corral de la Cruz

Quienes lo guisan: Baltasar de Zúñiga

Al amanecer, en casa del Conde de Piedrasacra reciben a un mensajero proveniente de Palacio con una carta del Valido de Felipe IV, Don Baltasar de Zúñiga y que les cita en la mayor brevedad en el Corral de la Cruz:



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

Estimado amigo:

La necesidad me apremia y le debo citar a usted y sus amistades del Claustro Dante en la representación de la obra de su recién fallecido amigo Gervasio Ferrer, en el Corral de la Cruz.

Hoy. En la función de la noche. Sin excusas.

Agradecido por su comprensión.

Baltasar de Zúñiga

Valido de Su Majestad Felipe el Cuarto de Todas las Españas

Cuando los Actores decidan que hacer... ¡Obviamente acudir a la cita! Verán que la representación está a rebosar de personalidades y entre ellas, oculto como si de uno más se tratase, se encuentra el Valido Don Baltasar de Zúñiga, rodeado de guardias y esperando en su palco a sus invitados. Cuando los Actores acudan a la cita, el Valido les indicará que se sienten y atiendan a la representación de la obra de Gervasio Ferrer, su difunto amigo.

Sin alzar la voz y haciéndose bastante difícil el escucharle, comienza a relatarles lo que precisa de ellos, que no es poco pero en verdad apenas es nada:



"No les hago llamar por su amistad para conmigo o mis allegados, no es el motivo. Tampoco para obligarlos por medios coercitivos... ¡No! Les apremio a su espíritu y honor como españoles, les apremio a que actúen por un bien mayor al propio... el de España... Y no hay opción, pues vuestras mercedes son los únicos que conocen con profundidad la obra de ese italiano... ¿Como se llama? Si, Dante... Un amigo y colaborador de ustedes, hace unos días nos explicó una historia increíble y de ser cierto... ¡Terrible...! El impresor Tadeo Escriba ha escondido en diversas copias del Infierno, que ustedes tradujeron, un mensaje... un mensaje que les deberá conducir a algo... ¡Un secreto! No sabemos. Solo nos explicó antes de desaparecer que otros saben de la existencia del secreto y que lo buscan... Y que pueden hacerse con el secreto



para subyugar al mundo desde las sombras... No sé cómo empezar a desentrañar el misterio... ¡En vuestras mercedes dejo el futuro de todos!"

Los Actores se verán sorprendidos cuando el Valido de Felipe IV, Don Baltasar de Zúñiga, se levante de su asiento y sin más se marche del palco. Sin hablar ni una palabra más y sin responder a nadie. Un par de sus hombres se quedarán en la puerta del palco a la espera de que pasen unos minutos y su patrón esté lo suficientemente lejos para no tener problemas.

Los Actores deben comenzar a moverse y tomar decisiones... ¡Ya!



La Vieja Imprenta

Donde se cuece: *Imprenta de Tadeo Escriba*

Quienes lo guisan: *José Ruíz (alias Ierro Sombra, antes conocido como El Juglar)*

Desde hace unos meses, José Ruíz, ha estado trabajando en la imprenta de su "señor" el Conde de Piedrasacra, mas desde los desafortunados incidentes que llevaron a descubrir a Benjamín Grijalvo como un asesino... y trabajador de la imprenta. De este modo, Alvar de Piedrasacra colocaba un amigo en la imprenta y curiosamente es un trabajo que apasiona a José Ruíz.

Pero el motivo de toda esta explicación es que en la imprenta se encuentran las respuestas a las primeras preguntas ¿Dónde están los manuscritos? Y aquí comenzamos a responder poco a poco a dichas cuestiones.

Hay una pequeña libreta con hojas cosidas a mano de una manera un tanto tosca y que tiene una hoja arrancada, pero esto es lo que pueden descubrir:

❖ *En la hoja que aun se encuentra en la libreta, está anotado lo siguiente:*

*Una copia para mi amigo Xacobo Lluna
Una copia para mi soñada y deseada María de las Mercedes de Robledo
Una copia para mi admirado Gervasio Ferrer
Una copia para mi consuelo diario, Raulito... ¡Espero que no lo venda!
Una copia para el viejo Antúnez. Sé que le gustará tenerlo*



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

- ❖ *En la hoja arrancada que se encuentra en la libreta poco van a descubrir ya, pero si utilizan el truco de “sombrear” con un lapicero o carboncillo podrán descubrir lo que contenía la hoja que ya no está:*

*Una copia para el excepcional Conde Bernardo de Fonseca.
Una copia para Cecilio Sobrero, el alumno que nos defendió ante todos.
Una copia para el cómico Alberto Fernández. Tal vez la represente.
Una copia para Camino Martino. Una mujer extraña y...
Una copia para Leandro Bastida. No sé porque se la regalo.
Una copia para Hernando de Montesinos, Secretario de la Inquisición.
Una copia para el Conde de Oñate. Quien mejor para tenerlo.*

A partir de este momento es asunto de los Actores como seguir avanzando y poder hacerse con la información necesaria para hacerse con los manuscritos del Infierno de Dante... ¡Todo ha comenzado!



La Danisela

Donde se cuece: *Mansión de los Robledo*

Quienes lo guisan: *María de las Mercedes de Robledo*

Los Actores no tardarán en ponerse en movimiento y acudir a cada posible dueño de cada manuscrito del Infierno de la “Divina Comedia” y una propietaria es la viuda de Robledo, Doña María de las Mercedes, viudita joven y con gustos caros... Y algunos tórridos.

La viuda les recibirá con el ánimo encendido pues se siente muy ultrajada, debido a que su actual amante, el atractivo y galante holandés Ruud Van Bergkamp no la ha visitado en lo que lleva de día, lo cual es extraño, pues ha estado galanteándola durante ya un tiempo.

Explicar que el holandés ha estado espiando los movimientos de Tadeo Escriba desde hace tiempo y cree saber de sus pasiones y sus secretos, y que tal vez en la cama de la viudita, la lengua del impresor se suelte y deje caer lo que no haría bajo tortura. Por este motivo la ha seducido e

Por lago

LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



“interrogado” hasta que ha sabido del regalo del impresor y una vez “adquirido” el regalo, la joven y necesitada viuda de Robledo, ningún interés le produce.

La viuda de Robledo podrá contar lo “triste” que se encuentra por la muerte o desaparición de su “amigo” el viejo Tadeo Escriba, pero no dejará de hacer comentarios hirientes sobre el maldito hereje que la ha engañado y robado el libro que la regalo el impresor. Aunque la verdad, el libro bien poco la interesa y es más una cuestión de orgullo, pues dejar a un hombre es lo correcto pero es inadmisibile que la dejen a ella. Obviamente, ella no se merece dicho trato tan poco galante... ¿No?

Sobre su amante, nada sabe salvo que era él quien la visitaba y buscaba, que no sabe donde se hospedaba pero si conoce que pocos días antes encontró en su zurrón unos papeles de embarque hacia Amberes desde Santander para la primera semana del mes de Abril. El la comentó en su momento, que debía acudir a su tierra por unos problemas familiares pero que regresaría a la mayor brevedad... ¡Pobre viudita ultrajada!

***Nota del Cronista:** De la viuda de Robledo solo podrán sacar en claro el nombre del holandés, Ruud Van Bergkamp y que tiene papeles de viaje desde Santander hacia Flandes para la primera semana de Abril. Bueno, y su descripción.*

También aclarar, que el manuscrito que Tadeo Escriba regaló a su amante, tiene como valor el meramente económico y el literario, pero además servirá a aquellos que busquen más allá. Los Hiramitas en estas páginas no encontrarán nada de lo que buscan.



El Tesoro de Ferrer

Donde se cuece: Casa en las afueras de la Villa y Corte del padre Gervasio Ferrer.

Quienes lo guisan: Amalia de Nogales

Si los Actores deciden que la premura es vital en este asunto, no dejarán pasar demasiado tiempo cuando decidan visitar la casona de su difunto amigo el padre Ferrer y allí poder hacerse con el manuscrito del Infierno que se encuentra en su poder.

Cuando los Actores lleguen a la casona, les recibirá Amalia de Nogales, el ama de llaves del Padre Ferrer y su más inquebrantable amiga, que según las malas lenguas era más que amiga. Y esta les recibirá cálidamente como amigos que eran del padre Ferrer, ayudándoles en lo posible y sin ponerles ningún tipo de trabas.

De este modo la buena mujer les llevará al cuarto del difunto sacerdote, allí se alarmará al verlo revuelto y reconocerá hasta el más mínimo de los detalles de lo que se ha movido, advirtiéndolo



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

rápidamente la falta del último libro que releía el sacerdote, pues lo tenía en el atril de su mesa de despacho y que de por sí se encuentra repleta de libros y cuartillas con anotaciones.

Aquí poco queda que decir salvo que cuando Ruud Van Bergkamp advierte que el padre Ferrer es uno de los poseedores de uno de los ejemplares, rápidamente le encarga a Marcos Artero la misión de hacerse con el manuscrito. En el caso de que por azar (o los Actores) no estuviese en condiciones de hacer el encargo Artero, enviará a otro hombre de su confianza para conseguir el legajo. Ciertamente llegará antes que los Actores pero la diferencia de tiempo tampoco será tanta y eso les debe quedar claro a los Actores.

***Nota del Cronista:** De esta investigación poco más podrán averiguar los Actores y de conseguir el manuscrito, este no solo tendrá una utilidad literaria y su único fin al dejar entrever más allá, es distraer a los que sepan de la búsqueda de la Clavícula.*



Por los Servicios Prestados

***Donde se cuece:** Posada de Pablo Moratín en la calle Comadre de Granada*

***Quienes lo guisan:** Pablo Moratín*

Los Actores buscarán en la imprenta a ver quien conoce al susodicho Raulito y alguno de los empleados, podrán indicar que este es uno de los ayudantes del señor Escriba y que se hospeda en una posada no demasiado lejos de aquí, llamada "El vino de Moratín"

Como es de suponer, los Actores acudirán con la mayor brevedad posible a dicha posada y se encontrarán con un posadero gordo y bajito, amigable de los Reales y que por unos pocos les dejará hurgar en la antigua habitación de Raulito. Pero antes de nada les explicará que esta madrugada ha sucedido una gran desgracia y Raulito se ha topado de morros con la señora de la guadaña, y esta le ha hundido un palmo de acero por la espalda. Todas las pertenencias de Raulito están en una saca que tiene el honorable Pablo Moratín, pues la habitación ya la ha alquilado... ¡Que uno no puede tenerla mirando! ¡Cada minuto sin ocupar es un cristiano sin techo! ¡Y un Real de menos en la bolsa... también!

Entre las pertenencias del desgraciado de Raulito se encuentran como única cosa llamativa, una gran cantidad de cartas de préstamo a favor de Moses Ben Gurion, que suman alrededor de doscientos reales.

Si los Actores indagan sobre la muerte de Raulito, les podrán indicar la Ronda, que murió muy cerca del establecimiento del señor Ben Gurion y que no tenía signos de lucha, tan solo una

Por lago

LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



cuchillada en la espalda que le atravesó el corazón. No le faltaba nada de sus ropas pero de sus Reales nada se sabe si los tenía... ¡Que mala gente!



Donde se cuece: Casa de préstamos de Moses Ben Gurion en la calle Tribulete

Quienes lo guisan: Beatriz Ben Gurion

Como es de esperar, los Actores investigarán la pista del prestamista y les llevará hasta la casona de este, donde hay un montón de personas a la puerta cuchicheando. Si alguien pone el oído, notarán el enfado de la gente y sacarán en claro que alguien ha robado en la casa y por desdicha el dueño ha sido asesinado.

La hija del difunto señor Moses, saldrá a la puerta y agradecerá a todos los presentes la muestra de afecto al acudir allí a mostrarla sus condolencias. No tardará mucho en cobijarse en la casa y la gente en volver a sus casas.

Si los Actores deciden hablar con la desconsolada hija, podrán averiguar que ella y su padre se encontraban juntos revisando las cuentas cuando acudió el señor Raúl para ponerse al día con un dinero que debía a su padre. Como su padre era buena persona y sabiendo de las dificultades del otro para satisfacer la deuda, aceptó un libro sobre un escritor italiano que habían impreso en el lugar de trabajo del señor Raúl. Tampoco su padre era idiota y sabía perfectamente que el libro en cuestión pudiera ser revendido por una cantidad mayor, pues siempre hay gente excéntrica deseosa de hacerse con un libro que poco antes ha traído tanto que hablar por el enfrentamiento entre los traductores y la propia Universidad... ¡Que incluso dicen que asesinatos por el mismo libro se han dado! ¡Y eso, en Madrid siempre se ha vendido muy bien!

Retomando el tema, si los Actores consiguen hablar con la dolorida Beatriz, esta les podrá narrar lo que sucedió:

"Pues estábamos mi señor padre y yo acabando de arreglar ciertos asuntos mercantiles, cuando un hombre entró como un demonio en la casa y pareció que iba a preguntar algo, pero observé como reconocía el libro que mi padre tenía en las manos... Un libro que minutos antes le había entregado el señor Raúl como pago de una deuda contraída con mi padre... Mi padre era así... Le importaban las personas y no miró por el precio que pudiera tener el libro... Pues ese demonio no habló... Sin más le atravesó el rostro a mi padre con un cuchillo y se hizo con el legajo... Y cuando quise reaccionar, ese hombre corría por las calles de la Villa".



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

Cierto es que así sucedió. El hombre en cuestión no es otro que Ruud Van Bergkamp, que conociendo de los movimientos de todo el personal de la imprenta, no tarda en percatarse del ayudante del librero como poseedor de una de las copias. Sin pérdida de tiempo se dirige a la casa de este y le ve salir con "algo" metido en un zurrón pero no puede acercarse pues la calle no está vacía. Cuando le ve entrar en la casa del prestamista y salir, hay menos viandantes y decide "encontrarse" con Raulito, por quien se entera de que el libro esté en posesión del señor Ben Gurion para satisfacer una deuda contraída. El holandés no quiere contratiempos y elimina sin miramientos al impresor, dejándole tirado en un portal y corriendo a la casa del prestamista para hacerse con el manuscrito.

Cuando llega a la casa del mismo, entra con rapidez y se encuentra al prestamista con el libro en las manos y una joven tras él. Sin pensárselo dos veces le hincia el cuchillo por el ojo, dejándolo muerto al instante. Se hace con el libro y escapa corriendo antes de que la joven consiga reaccionar, pues para cuando lo hace y grita en la calle lo sucedido, él ya se encuentra alejado de la zona. Escondido para no llamar la atención en una bodega, ultimando un caldo.

Nota del Cronista: Otro libro más que conduce a pérdidas de tiempo... ¡Ah! Los Ben Gurion no son judíos ¿No? Y tampoco son prestamistas que es oficio prohibido y por tanto castigado. Que quede claro por si hubiera algún tipo de duda.



El Viejo Profesor

Donde se cuece: Casona en las afueras de Madrid de Teodoro Antúnez en el Camino a Sevilla

Quienes lo guisan: Helmut
Marcel Von Stein
Poco más... salvo seis valentones empeñados
en matar a los Actores
Si transcurre mucho tiempo también los
Alguaciles y Corchetes de la Villa

Para cuando los Actores se decidan acercar a la casona del viejo profesor, algo les vendrá a asustar... Valentones bien pagados y mucha pólvora que gastar. Estarán distribuidos por la casa con la única intención de eliminar a los "curiosos" que van tras los papeles y eso lo sabe bien Ruud Van Bergkamp, quien pagará cincuenta Reales a cada valentón (y son seis para el encargo) y otros cien mas para dos viejos conocidos de los Actores: Helmut y Marcel Von Stein que ahora trabajan para los Hiramitas, aunque de ello nada

Por Iago



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



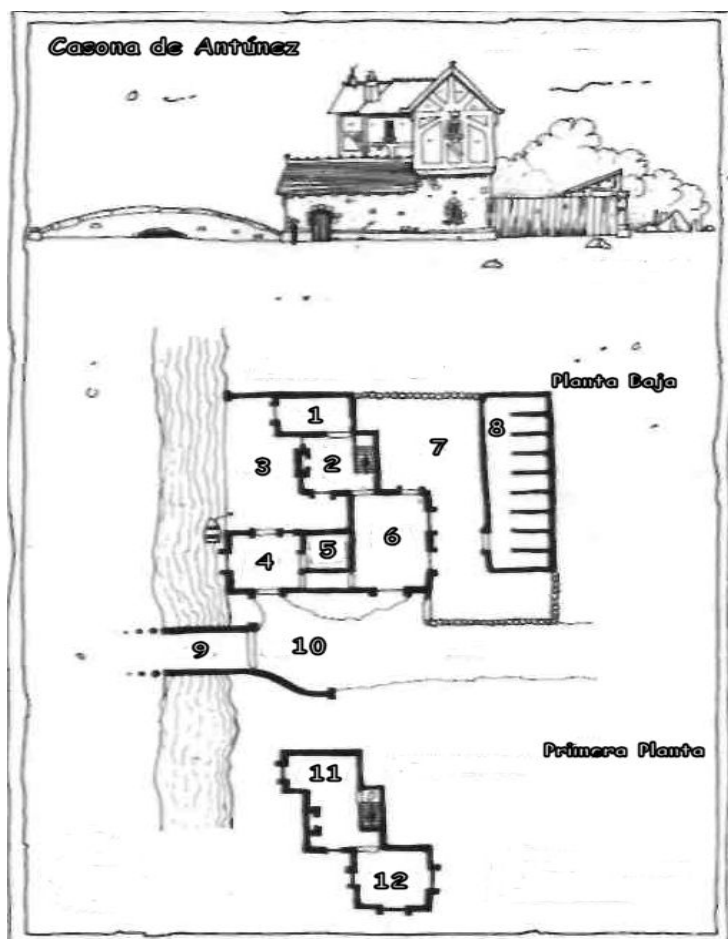
saben. Obvio es decir, que el manuscrito ya se encuentra en poder de estos dos “alegres” compañeros de Toros, si es que les conocieron en “La filosofía de las Armas” (tal y como ocurre en la Crónica del libro “Maestros de Esgrima”).

Si los Actores se dan prisa en despachar a los valentones, podrán seguir la “pista” de los dos espías escapando por el tejado de la casa hacia un carruaje que se encuentra en las proximidades, en una calleja poco iluminada.

Los Actores si consiguen dar con los tudescos, podrán despacharlos por la posta o “negociar” con ellos, pero dependerá del número de Actores que lleguen, pues si se ven superiores los tudescos, Helmut dejará claro que bien vale llevarse el dinero de los Actores y luego dejarles con una cuarta de acero en las tripas. El caso es que depende de los Actores: por la fuerza o llegando a un acuerdo que para los tudescos se refleja en Reales.

También pudiera darse que consigan los tudescos llegar a su carruaje y por azar del destino, los Actores estén prevenidos y tengan su carruaje o las monturas cerca, dándose la ocasión de una persecución por las calles de la Villa y Corte. De ser así, aprovechar la circunstancia incluyendo “tensión” como pudiera ser que se crucen con un grupo de Corchetes, un noble en un palanquín... En fin, aprovechar la circunstancia para crear una escena teatral.

Nota del Cronista: Como en los anteriores casos, este es un manuscrito que contiene alguna cosa interesante para los Actores y los Hiramitas. De no conseguirlo los Actores, dentro de poco estará camino a Flandes.



- 1.- Bodega
- 2.- Cocina
- 3.- Embarcadero al Manzanares
- 4.- Recibidor
- 5.- Biblioteca
- 6.- Salón principal
- 7.- Patio interior
- 8.- Establos y
- 9.- Puente
- 10.- Camino hacia Sevilla
- 11.- Despacho de Antúnez
- 12.- Dormitorio de Antúnez



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

Muchos Caminos...

Donde se cuece: Dependencias diversas en los Reales Alcázares

Quienes lo guisan: Cuevachuelistas de la Villa y Corte

Si los Actores buscan quien es el Conde Bernardo de Fonseca, les será bastante difícil encontrar nada y solo por medio de los burócratas de turno podrán averiguar que se trata de un noble que reside en Verín en Galicia. Nada más.

Nota del Cronista: Pero que los Actores no se preocupen... Que unos meses más adelante deberán visitar Galicia por problemas según comentan con la "fauna" local.



Donde se cuece: Casona de los Barones de Sobrero

Quienes lo guisan: Carmelo Fadón

Si acuden a la casona de la familia Sobrero les recibirá el mayordomo de los mismos, Carmelo Fadón, y les comentará que su joven señor partió ayer de madrugada a la hacienda de la familia en Salamanca, pero que sabe que en unos quince días estará de regreso para continuar con sus estudios.

Si le solicitan con amabilidad registrar los aposentos de Cecilio, el mayordomo pondrá alguna pega pero cederá con facilidad al saber del respeto y admiración de su joven señor hacia los Actores. Mas cuando cree que su señor puede estar en algún problema como ya sucedió en el mes de Enero y se evitó una desgracia mayor, gran parte gracias a los Actores... O eso piensa el pobre Carmelo.

En las dependencias del joven Cecilio Sobrero no encontrarán absolutamente nada de interés y como es obvio, el libro sobre el Infierno de Dante se lo ha llevado con él a Salamanca como si de un tesoro se tratase.

Nota del Cronista: El pobre Cecilio Sobrero a su regreso a la Villa y Corte tendrá la visita de los miembros de la Santa Inquisición y por avatares del destino, al no querer entregar el libro, se le llevarán "preso". Pero de esto ya hablaremos... El caso es que ahora no le encontrarán... ¡Qué pena!

Por Iago

LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



Donde se cuece: *Diversos Corrales de Comedias de Madrid*

Quienes lo guisan: *Ana del Belén*

Como puede ser obvio, los Actores buscarán con la mayor celeridad posible al actor Alberto Fernández pero nadie sabrá del mismo. Tan solo su compañera de reparto, Ana del Belén, sabe que hace unos días recibió un regalo de un impresor de la Villa y se emocionó con una serie de papeles que estuvo durante un buen rato leyéndolos y por la noche decidió celebrar la buena suerte para la Compañía.

Nota del Cronista: *El actor saldrá a celebrar su suerte al contar con un manuscrito tan impactante después de lo sucedido tiempo atrás y sabe que si lo representa, el Corral de la Pacheca o de La Cruz estarán a rebosar. Para ello decide que lo adecuado es representar la obra como se merece y busca quien se la pueda financiar, pero a uno de los que pide aval es un hermano lego de la Santa Inquisición y no tarda en informar a Toledo que alguien desea representar el Infierno de Dante en la Villa y Corte.*

Esto llegará a oídos del Inquisidor Bocanegra que pronto decidirá qué debe hacer una visita al señor Fernández. Pero bueno... ¡Eso todavía es pronto para narrarlo!



Donde se cuece: *Por donde quieran que busquen...*

Quienes lo guisan: *A quien quieran que pregunten...*

Nada de nada... nadie sabe nada de esta persona... Busquen y rebusquen... Nadie sabe de esta persona... Camino Martino... ¡Que le vamos a hacer! Pero que no desesperen que ella si sabe de nuestros Actores y de otros muchos...

Nota del Cronista: *La poseedora de uno de los libros es una antigua miembro de los Hiramitas y que tras conocer a Tadeo Escriba y la verdadera historia de los suyos, decide que todos somos títeres y ella no desea eso para sí. Por este motivo, desaparece a la vista de todos y es por ello que el Consejo de Hiram decide enviar a Rodrigo de Piedrasacra a ver lo que sucede en la Villa y Corte, pues la desaparición de Martino les ha extrañado.*

La astuta Camino Martino se esconde y observa los movimientos de todas las piezas, al menos de las que conoce, decidiendo que los Actores pueden ser los "peones" que cambien el destino de la partida que se juega desde hace siglos. Por este motivo les "ayudará" o más bien utilizará para conducirlos hasta lo que ella conoce de los Hiramitas, intentando su destrucción. Pero como se suele decir... ¡Eso es otra historia y será contada en su momento!





LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

Donde se cuece: Cárcel de la Villa

Quienes lo guisan: Leandro de Miranda

Si deciden hacer una visita al encarcelado Barón de Bastida, este se negará en redondo a recibirles y nada conseguirán los Actores. No los recibirá y si le obligan a hacerlo, nada les dirá. Absolutamente nada y que no piensen en la tortura, pues a la nobleza no se le aplica y estaría muy mal visto.

Nota del Cronista: *Pues más de lo que por aquí encontrarán... Hace un tiempo el Barón recibió un regalo del impresor Escriba al cual no conoce de nada y se pregunta del por qué, aunque primeramente piensa de la hilaridad del impresor de mandarle a un asesino un "mapa" del Infierno con el castigo que allí se imparte a cada pecado. Piensa que alguna de las víctimas bien pudiera ser un familiar o conocido del impresor... No encuentra otra explicación.*

Pero el día anterior recibió la visita del Secretario Luis de Alquezar para preguntarle sobre cierto libro que se encontraba en su poder y que el "Conde" deseaba poseer... Que mirarán por su "problema" desde "lo más alto" para arreglarlo todo. Sobre este punto solo cabe decir que Ruud Van Bergkamp conoce que el manuscrito lo retiene el tal Barón de Bastida y así se lo hace saber a Rodrigo de Piedrasacra, quien pone a su "peón" Alquezar en movimiento... Esto lo observa el Conde de Olivares pero queda a la espera pues no desea que sepan que conoce de la trama de los Hiramitas.

El Barón no es un idiota y sabe que algo sucede con dicho manuscrito, del cual puede sacar ventaja y tal vez, salvar además del pellejo sus posesiones y la honra de su nombre. Como no sabe qué hacer... ¡Espera! Mientras no aceleren su juicio... ¡Espera! ¡Observa! Y pronto tomará su decisión... ¡Pero ya lo narraremos más adelante!



Donde se cuece: Casa de la Santa Inquisición de la Villa y Corte

Quienes lo guisan: Nicolás Grande

Si acuden a su conocido Hernando de Montesinos, Secretario de la Inquisición, les recibirá su Ayudante Nicolás Grande, quien les comunicará que el Secretario Montesinos partió el día anterior hacia Toledo con carácter de urgencia y que no sabe cuándo regresará, pero que cuando lo haga le informará de su visita. De todos modos, Nicolás es un hombre que desea medrar y hará lo posible por enterarse de lo que sucede, que de sospechar algo "grande" no dudará en ponerles alguien que les siga e informe... Que como suelen decir, quien tiene la información... ¡Tiene el poder!

Nota del Cronista: *Pues este punto tiene su importancia en el resto de la historia al involucrar a otra de las partes en la trama: la Inquisición. Además, una serie de personas se verán claramente afectadas por ello.*

Por Iago

LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



El Secretario Hernando de Montesinos recibirá un regalo de Tadeo Escriba, al cual conoce por su relación con los Actores, por lo que se extraña y primeramente piensa que se trata de un regalo del Conde de Piedrasacra, socio del impresor y amigo del Inquisidor desde los sucesos que ocurrieron en el pasado año (esos sucesos sucedieron en la Crónica de “La Maldegollada”). Pero cuando observa el regalo con detenimiento se percata que entre sus líneas está escrito un hechizo y eso es tema de estudio por parte de la Santa Inquisición.

Con la mayor presteza se dispone a investigarlo y descubre que el impresor acudió a ver al Valido Baltasar de Zúñiga, no volviendo a salir de los Reales Alcázares. Esto sorprendió al Secretario y continuó “informándose” de lo que sucedía, descubriendo que poco tiempo después se produce una extraña reunión entre una comitiva francesa, otra inglesa y nuestro Conde de Olivares. No sabe que sucede pero sí que es algo importante.

Una vez confirmado esto, decide enviar un informe al Inquisidor Bocanegra, quien poco después le responde citándole en Toledo, por lo que Hernando de Montesinos parte con su manuscrito del Infierno hacia la cita.

A raíz del encuentro del Secretario con Bocanegra, este último decide investigar igualmente lo sucedido y por azar tendrá conocimiento de dos legajos: el de Cecilio Sobrero (a quien investiga por su apasionamiento por Dante) y el de Alberto Fernández, de quien le informan sus hombres que está buscando financiación para representar el Infierno de Dante. Pero esto... ¡Será otra historia que veremos más adelante!



Donde se cuece: Palacete del Conde de Oñate

Quienes lo guisan: Pascual Berezo

Dando por sentado que acudirán a ver al Conde de Oñate, su Secretario Pascual Berezo les atenderá con exquisita educación, informándoles que el Señor de Oñate ha tenido que partir de la Villa y Corte por asuntos de urgencia que no sabe ni puede comentarles. Les promete que a su regreso le informará de la visita y se pondrá en contacto con ellos. Gracias por su visita y adiós.

La verdad es muy distinta y el Conde no ha salido de su Palacete, pero no desea recibir ninguna visita. Hace unas semanas recibió la visita del impresor Tadeo Escriba y le regaló una serie de papeles que contenían una traducción del Purgatorio de Dante con la condición de no comentárselo a nadie y en especial a su amigo Xacobo Lluna. El impresor le comenta únicamente que los papeles son más de lo que parecen y ocultan un secreto por el que naciones darían todo el dinero de sus arcas... Pero le advierte que otros lo buscan y no dudarán en matar por conseguirlo, que no es un regalo... ¡Es un “castigo”!

Desde ese día ha estado mirando los papeles una y otra vez pero sin sacar nada en claro de los mismos, deseando no crear problemas o involucrar tontamente a su amigo Lluna, por lo cual hasta que no sepa de que versa todo esto no desea verlo y no tener que mentir al respecto. Además



LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

ha sabido gracias a sus informadores que el impresor acudió a ver al Conde de Olivares y que ya no se ha vuelto a saber del mismo, lo cual afianza su postura de no involucrar a nadie mas hasta que no sepa que sucede realmente.

Nota del Cronista: Como es obvio, aquí hay una clara diferencia con el resto de los legajos y es que este no es el Infierno de Dante, sino el Purgatorio. ¿Qué sucede? Pues es sencillo de explicar y a la par complicado. El impresor se hizo con una traducción de Luca Ramondino del Purgatorio y en ella ocultó una serie de "pistas" para hacerse con la parte necesaria del Infierno que conduciría con las otras dos hasta la misma "Clavícula de Salomón". Es de resaltar que el Conde pocas posibilidades o ninguna tiene de sacar nada en claro y más tarde o más temprano, tendrá que acudir a los Actores... ¡Pero esa ya es otra comedia!





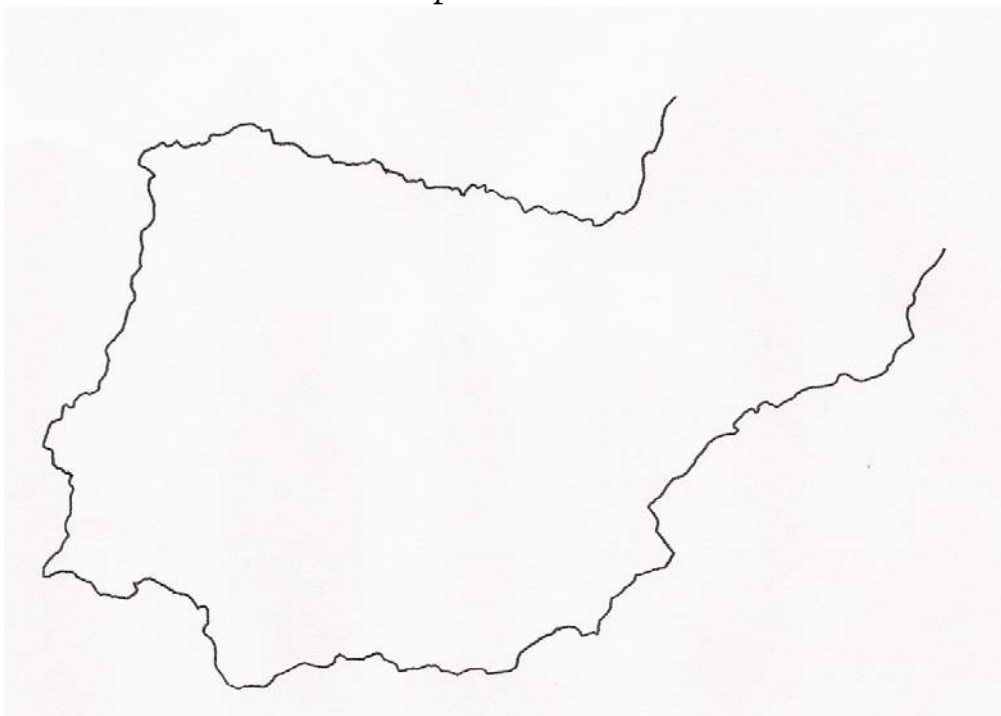
El Mensaje Oculto

Brevemente, describiré lo que se oculta en los legajos que el impresor Tadeo Escriba ha ido regalando por ahí y que ocultan bastante más de lo que en principio se pudiera observar. Tal es y a modo esquemático:

- ❖ *Todos los Manuscritos del Infierno tienen “oculto” un Hechizo y resalto “oculto” pues es bastante fácil de observar que lo hay, pues ya sea porque la letra es diferente, su tamaño, colocación... ¡Destaca! Si nos preguntamos el por qué lo concibió así el impresor, la respuesta es sencilla: si alguien descubre algo que está “oculto” no mirará más allá pues pensará que ya ha descubierto el secreto que encerraba el pergamino.*
- ❖ *De todos los pergaminos sobre el Infierno, solo tres tendrán algo que decir más por lo menudo... ¡Pues aun esconden un secreto mayor! El secreto que esconden está escrito con jugo de limón, por lo que no se podrá ver salvo que se usen los medios adecuados, a saber: trasluz para adivinar que algo más hay, “quemarlo” para que aparezca el mensaje... El mensaje que oculta cada manuscrito será el siguiente:*

✓ *El Infierno que tendrán los Actores:*

Entre sus páginas, en concreto en la número seis, ocultará un contorno, que quien lo observe atentamente, adivinará que se trata de la península ibérica, más en concreto de España.

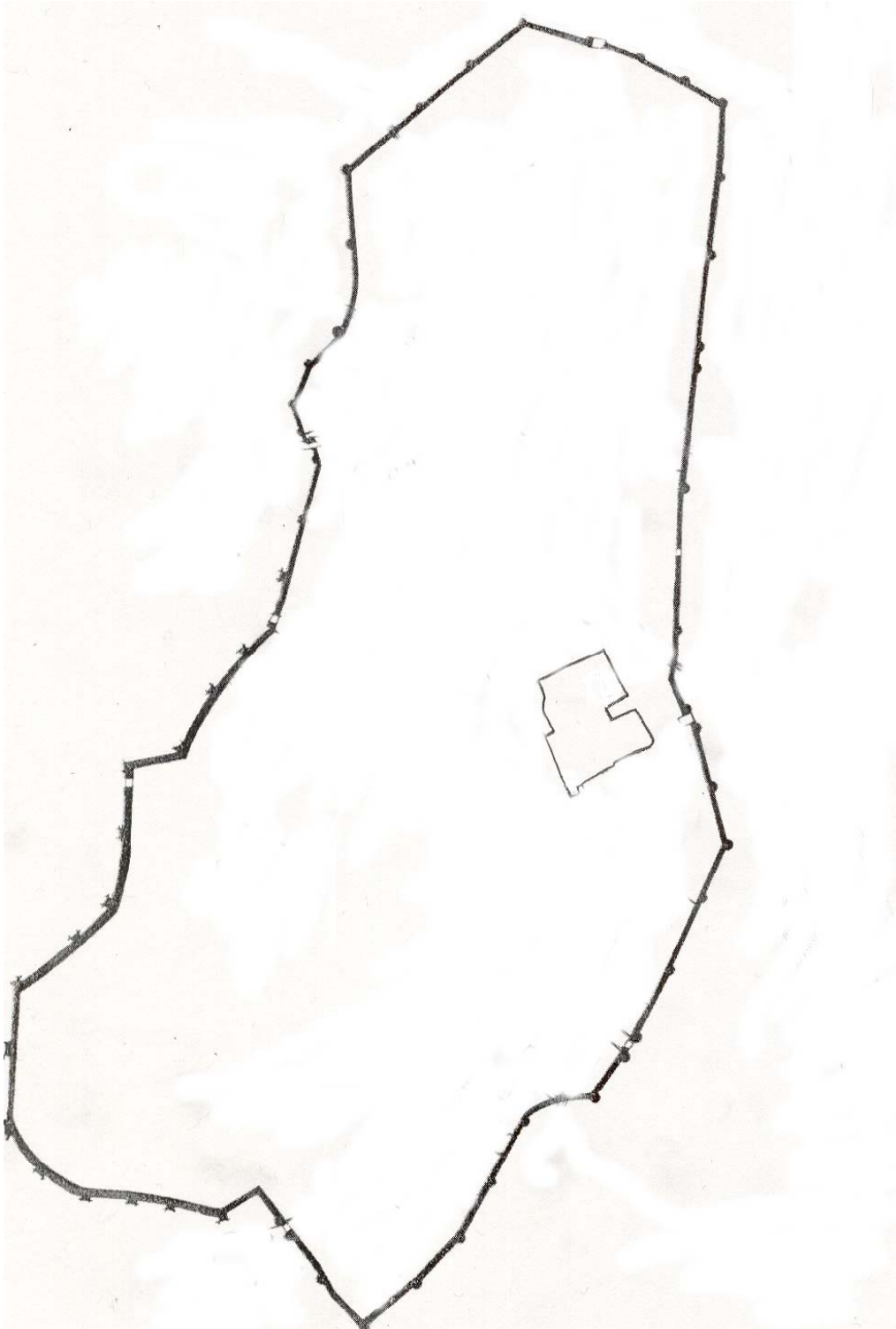




LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

✓ *El Infierno que poseerá el Conde de Fonseca:*

También en la página seis del legajo, encerrará el contorno de una ciudad y un punto dentro de la misma, que para resumirlo brevemente, será el contorno de la ciudad de Burgos y el punto reseñado será el de su Catedral. En este último lugar será donde se encuentre oculto definitivamente "La Clavícula de Salomón".

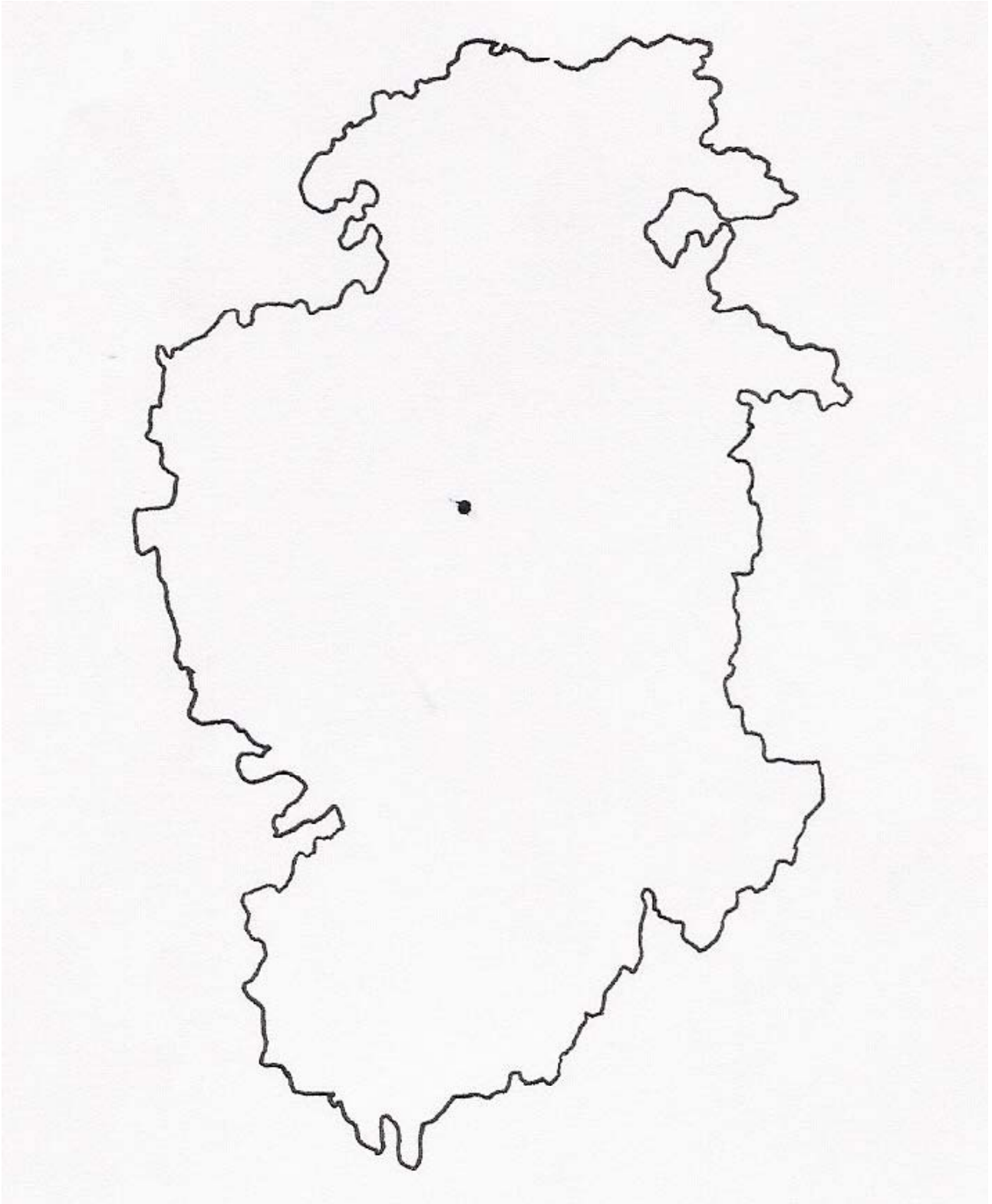


LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA



✓ *El Infierno del que conocerá el Conde de Oñate:*

Este manuscrito le encontrarán después de mucho buscar por el “purgatorio” y como no iba a ser menos, contendrá otro contorno en su interior, que no es otro que el de la provincia de Burgos y señalado el punto que señalaría la misma ciudad de Burgos. Como es obvio, también en la página seis del Infierno.





LEGADO - EL TESTAMENTO DE TADEO ESCRIBA

Además, entre los tres manuscritos y en el interior de la portada del manuscrito se encontrará otro mensaje oculto y que solo podrá ser descubierto teniendo los tres juntos, pues debieran de colocarse de una manera especial y teniendo en cuenta dos motivos que ahora explico:

- ❖ *En el interior de la portada estará dibujado el Arbol de la Vida y destacar que en todos los documentos "normales" estará prácticamente completo pero en los tres documentos que nos interesan, se completarán uno con los demás, es decir, con los otros dos.*

¿Para que sirve esto? Muy sencillo. En la portada si se juntan adecuadamente las tres formas del Arbol de la Vida y se aplica calor al documento revelará un mensaje secreto.

- ❖ *El mensaje oculto de las tres portadas de los manuscritos vendrá a decir lo siguiente:*

"Delante y tras tus ojos"

Esto solo servirá para que llegado el momento, en la última Crónica, en la Catedral de Burgos, en algún lugar de los subterrneos, podrán llegar a un lugar en el cual la respuesta a todo está tras un espejo... Delante y tras tus ojos.





Herbes de Bier



y otras Hierbas



AMALIA DE NOGALES

Un ama de llaves amiga hasta después de la muerte

Desde que era joven ha sido el ama de llaves del difunto Padre Ferrer y además su más inquebrantable amiga, que según las malas lenguas, era más que amiga. De pelo ya blanco y con un carácter afable que la hace ganarse el corazón de todos aquellos con los que habla.

Aun después del fallecimiento hace tan solo unos días, muestra la misma resolución y continúa ayudando a los pobres de su parroquia tal y como hacía cuando aún vivía el padre Ferrer. Se mostrará siempre colaboradora y nunca se enfadará, suceda lo que suceda.

ANA DEL BELEN

Una actriz en alza

No es la más alta ni tampoco la más guapa, pero si muy buena en el arte de la interpretación. Siempre es amable y trata pacientemente a quien la habla, pero intenta ser breve en su trato con quien no conoce. Ha venido hace poco de las tablas de los teatros de fuera de la Villa y en cuanto la vio actuar el productor Tomás Cifuentes, la presentó a Alberto Fernández, quien tras unas pruebas la aceptó como primera actriz de su Compañía.

En la Villa y Corte ha sido gratamente recibida la interpretación de Ana del Belén, pues han visto que en la tragedia “El vecino de la Villa” fue admirable y como también la han visto en las más tradicionales comedias, la han llevado a considerarla una actriz de primera fila.

BALTASAR DE ZUÑIGA

Valido del Rey Felipe el Cuarto

El actual Presidente del Consejo de Estado, es natural de Monterrei en Orense. Ya anciano, sirve de pantalla a su sobrino el Conde de Olivares, quien le tiene verdadero afecto. Reumático, gotoso, lleno de asma y resuellos, pero aun así es quien observa lo que sucede y sabe que no va a vivir eternamente, pero va a intentar hacer lo que nadie en muchos siglos ha conseguido: dejar de ser títere de poderes en la sombra.

Desde que conoció la implicación de un poder en la sombra, ha decidido dedicarse en cuerpo y alma a eliminar este grupo, por lo cual todos sus actos se encaminan a sacarlos a la luz y destruirlos hasta sus cimientos. Por este motivo, su idea es “conseguirles” lo que buscan y cuando se quieran hacer con ello, darles el castigo que merecen.

Confía en que los componentes del Claustro Dante consigan descubrir el secreto que Tadeo Escriba ha escondido entre los pliegos de los libros del Infierno de ese escritor que anteriormente tradujeron. Ya llegará el momento de darles a conocer mas de lo que versa todo... ¡Ahora confía en su curiosidad!

BEATRIZ BEN GURION

Preocupada por sus convecinos... que no es usura

De un aspecto seductor, cabello oscuro y ojos de un verde radiante, se muestra siempre con una sonrisa hacia el mundo y sabe que de esa manera puede conseguir prácticamente cualquier cosa, pues una palabra amable puede abrir cualquier puerta pero una actitud brusca cierra muchas que pudieran estar abiertas.

Es más que capaz de continuar con la labor de su padre, que no es “usura”, pues el proporcionar dinero a quien lo necesita, si tú lo tienes, es caridad cristiana y si la persona es agradecida devolviendo dicha



cantidad y algo más por la molestia, no puede denominarse usura... Y en eso será cuidadosa... ¡Muy cuidadosa...! No presta dinero esperando su devolución más un interés por ello, que eso es obra de judíos y está prohibido...

CARMELO FADON

Un criado fiel

Alto y fuerte, que más parece preparado para las artes que conlleven aceros de por medio que para la delicada y apacible tarea de servir, pero así es, pues Carmelo decidió continuar con el quehacer de su padre para con la familia Sobrero. Su carácter es afable y aborrece la violencia, ya sea física o verbal, por lo cual siempre intentará evitarla de la manera más cabal.

Su única debilidad es Cecilio Sobrero, hasta tal punto, que solicito al padre de Cecilio que le dejara acompañar al joven en su viaje a la Villa y Corte para estudiar, pues así estaría cerca para poderle cuidar como merece y atento por si sucediera algo que pudiera necesitar de su cuidado.

HELMUT

Un criado que es el amo

Es un tudesco o eso dice él, aunque más se parece la noche al día que Helmut a Marcel, pues es el criado persona menuda, de pelo negro, vestido con ropas de tonos pardos y grises que apenas llaman la atención, con la sencillez propia de su condición, y armado apenas con una daga al cinto, que sin duda usa más para cortar el pan y la carne que para rebanar pescuezos.... Mientras su amo sonríe a todo el mundo de oreja a oreja, sin enterarse de nada, que es su amo un Caballero del Palatinado.

En realidad ambos son agentes libres y que se dedican a cualquier trabajo que les pueda reportar beneficios y no de los morales, pues ellos solo desean Reales y cuantos más mejor... Helmut se dedica a planear todo y para realizar lo planeado está Marcel.

JOSE RUIZ

El Juglar... ¡Nada más se puede decir!

Nacido hidalgo en las tierras vascas con el nombre de Burnia Itzala (Hierro Sombra), pronto supo que su destino estaba decidido y cuando un noble italiano afincado en las cercanías de Lasarte se encapricho de su joven hermana, supo que su destino había llegado y estaba llamando a su puerta. Cierta noche, en las puertas de su caserón aparecieron varios hombres a caballo, bastante borrachos pero suficientes para asaltar su casa y conseguir asesinar a sus padres descerrajándoles varios disparos, amedrantar a los criados y hacerles huir sin mirar atrás.

El maldito noble italiano de nombre Enzo Castello, representante del Duche Veneciano en la Corte, sabiéndose sin oposición entró en la casa buscando a la joven de doce años y cuando la encontró se dispuso a consumir lo que buscaba, pero no contaba con un crío de once años de mirada fría... El niño con la espada de su padre le hincó la misma en el vientre hasta la empuñadura, este, gritó mientras descargaba su furia en la niña que tenía a su lado, dejándola muerta al instante. El joven Itzala supo que el destino ya lo había marcado por siempre.

Escapó del resto de los asesinos y vagabundeo por doquier, fue ladrón, soldado, prisionero en galeras y definitivamente asesino entre la carda sevillana. Allí conoció a Blas de Alcantara, del que pocos sabían profesión y existencia, era el asesino de asesinos: el Juglar. La amistad brotó pronto y el asesino se convirtió en maestro hasta el punto en el cual el alumno se convirtió en el Juglar... ¡El asesino de asesinos! Allí tomó el



nombre del hidalgo José Ruíz, dedicado a cuidar de su pequeña granja a las afueras de Sevilla, pero pronto dejó claro que era el Juglar. Uno de los mejores Juglares que había dado Sevilla.

Todo marchó bien hasta que uno de los Notarios de la Babilonia sevillana le mandó raptar a la joven hija de unos comerciantes sevillanos y el Juglar se negó. El destino volvía a llamar a su puerta y esta vez no iba a esperarle desarmado. Ya no era un niño. Advirtió a los Notarios que eso no lo haría y que no lo permitiría, que consideraría culpables a todos si algo sucedía a la cría.

Pero así es el alma humana y el Notario Felipe Camacho no pudo evitar sus bajos deseos, ordenando a sus hombres matar a la familia de la cría y llevarse a la niña, que él ya dispondría. Como es obvio, Itzala esperaba lo sucedido y cuando el Notario Camacho se disponía a cometer la barbarie sobre la cría, el destino le alcanzo en las tripas. Una cuarta de buen acero. Allí le dejó morir entre convulsiones y dolor, mientras el Juglar embarcó a la niña a Cádiz donde la escondió en casa de unos amigos a los que favoreció con una buena cantidad de dinero.

Poco después regresó a Sevilla y en todas las Iglesias colocó las esquelas con los nombres de los Notarios, que pronto se enteraron de que el destino les llamaba. Se reunieron y esa fue su perdición, pues es lo que el Juglar esperaba para que no escaparan. Todos murieron esa noche y también el Juglar. O eso creen los que del infierno de llamas consiguieron escapar. Ahora Sevilla tiene otros Notarios y otro Juglar para alimentar la leyenda, pero sin el conocimiento de generaciones de aprendizaje del asesino de asesinos.

Ahora José Ruiz es ayudante de Tadeo Escriba en su imprenta una vez que trabó amistad con el Conde Alvar de Piedrasacra y le explotó el corazón al conocer a la Condesa Misia Crocenera, una italiana. El destino es antojadizo y juega con dados cargados. Un asesino italiano le quitó su vida y ahora... ¡Dejemos al destino tirar los dados!

LEANDRO DE MIRANDA

Un noble... asesino

El Barón de Bastida, Leandro Miranda, desde siempre ha querido ser el mejor en todo lo que se ha propuesto y realmente si ha conseguido llegar a ser hábil en lo que hace, en la Esgrima es un diestro seguidor de Pacheco, en los rejones siempre ha demostrado su capacidad... Pero no puede equipararse en los aceros con otros diestros de la misma Villa y Corte, tampoco en el arte de la monta y muerte del toro es el mejor pues siempre ha estado el Conde de Villamediana... Pero ha intentado conseguir mejorar a través de la hechicería y ha leído, estudiado y practicado para alcanzar la maestría que le permitiera alcanzar la maestría en el resto de las artes. Ser el mejor en todo. Para ello necesitaba "materia prima" y en casi todos los grimorios que pudo encontrar, que parecían tener cierta credibilidad, todos tenían algo en común... ¡Los sacrificios! ¡Las ofrendas! Y eso realizó durante muchas noches en las callejas de la Villa y Corte... ¡Pero sin ningún resultado! Sin ningún resultado aparente hasta escuchó por la Villa y Corte la gran sabiduría del joven Barón de Castro y por ello entró en el palacete de Don David de Antón, Barón de Castro, donde encontró una serie de documentos que hablaban de una sociedad secreta en la que sus miembros se denominaban Hiramitas y podían regresar de la muerte para gobernar desde las sombras. Y decidió no hablar. Decidió sacrificarse por esos Hiramitas. Ahora sabe que entre las sombras hay más cosas y cuando consiga deshacerse del problema de estar encerrado... ¡Será el mejor! ¡Como siempre deseó!

Hasta hace poco jamás se planteó el matrimonio, pero eso provocaba que le miraran y observaran mas de lo deseado y no le dejaban dedicarse a su "estudio" de la hechicería como él deseaba. Por ello pactó su propia boda con la bella hija de Gonzalvo de Calvos, Conde de Sintra, la cual a pesar de su desconocimiento de nuestras costumbres y nuestro lenguaje, es poseedora de una innegable belleza.

El día de su boda con Asunción de Calvos, tras un caos inexplicable, un grupo de hombres a caballo raptaron a la joven portuguesa y eso hizo que el Barón estallase, pues ni en lo mundano ha conseguido destacar y una simple boda le causa mofa y burla en los corrillos. Por la rabia erró al salir a cometer un



asesinato la misma noche de su boda fallida, pues no estuvo atento y fue capturado... Pero tiempo habrá de tener venganza...

MARCEL VON STEIN

Alegría y valor sin medida

Es un gigantón de más de dos metros de altura, pelirrojo, barbudo, feo y pecoso, vestido de morado con plumas amarillas, traje violeta, jubón rojo y camisa con abundantes encajes de Flandes. Lleva ostentoso tahalí cruzado, no tanto por darse aires de valentón como para mejor llevar la pesada espada de su tierra, la pappenheimer, de la que es un consumado maestro. Nada sabe de castellano pero dicen que es un Caballero del Palatinado y por tanto de las Alemanias aliadas a España, no de las otras, herejes y traidoras. Vino con su criado hace cosa de un año a éstas, las Españas, junto con el séquito del Príncipe Elector de su nación, y tanta curiosidad le han despertado sus gentes y costumbres que ha decidido quedarse un tiempo, para conocer la península a fondo.

Aparte de que sea real que le guste la península y su “fiesta”, junto con su compañero Helmut piensa que el dinero para sus bolsos está en la nación que más secretos tiene debido a que por igual, también es la nación que domina el mundo.

MARCOS ARTERO

Asesino... asesino... y asesino

Nacido entre lo más miserable de Salamanca, pronto tuvo claro que de ratear y mal robar nunca tendría una vida mejor, por ello se enroló en los Tercios y participó en muy diversas batallas, escaramuzas y demás tretas de la guerra, ya fuera en Nápoles, Flandes o donde quisiese el destino que necesitasen soldados.

Si bien pronto supo que el robo no le proporcionaría una vida mejor, pronto también supo que la milicia tampoco lo haría pero le daría las herramientas para conseguirlo... La pericia con las armas, la frialdad y confianza para arrebatar la vida a alguien sin más. Sin dudas.

Cuando regreso a la patria lo hizo con las tareas bien aprendidas y comenzó a trabajar en lo suyo, que no es otra cosa que hacer lo que otros no se atreven y bien pronto en Salamanca era más temido que el propio demonio. Pero claro, los mismos que le pagaban también le temían y decidió emigrar a la Villa y Corte, donde volvería a comenzar pero ocultándose mejor, para mayor tranquilidad a la hora de dormir. Poco tardó en conocer a Ruud el tudesco, quien le contrató con exclusividad y para el que trabaja como persona de confianza.

MARIA DE LAS MERCEDES DE ROBLEDO

Una pobre viudita ultrajada... ¡Ja... ja... ja!

La joven viuda de Francisco Robledo, un anciano comerciante de especias y paños de la Villa y Corte, que falleció al poco de contraer nupcias con Doña María de las Mercedes, ahora viudita joven y con gustos caros... Y algunos tórridos como bien supo el impresor Escriba, quien gastó mucho de su dinero en contentar a la viudita y con estos presentes poder cortejarla sin prejuicios. Pero aunque los planes de la viuda eran las nupcias con el impresor para así poder aumentar su fortuna y poder mantener sus caros deseos, no se privó de los lances que sólo la concedían aplacar sus ardores.

Ahora anda con el ánimo encendido pues su muy galante amante ha desaparecido sin una despedida y sobre todo, sin un regalo por lo mucho y bien que le ha tratado. Además no dejará de hacer comentarios



hirientes sobre el maldito hereje que la ha engañado y robado el libro que la regaló el impresor. Aunque la verdad, el libro bien poco la interesa hasta que se entere de que su valor no es escaso y mas de un capricho caro la concedería su venta. Que ya que se ha muerto su “futuro” esposo, al menos ha tenido el detalle de dejarla algo para “recordarle” y así tener consuelo de su ausencia. Pobre viudita engañada...

NICOLAS GRANDE

Un Inquisidor... y está todo dicho

Es bastante más bajito de lo normal y delgado hasta el extremo, con el cabello oscuro y lacio, pero con una mirada penetrante e inquisitiva a la cual no parece escapársele nada de lo que hay a su alrededor. Desde hace unos meses trabaja como Ayudante del Secretario de la Inquisición Montesinos para quitarle el trabajo del día a día y para organizar la Sede Inquisitorial en la Villa. Que para lo espiritual ya está el Secretario y otros más “preparados”...

Pero su doble baza es que informa habitualmente al Inquisidor Bocanegra de lo que sabe, conoce o intuye, que muchas veces un rumor a tiempo se convierte en verdad rotunda. Su único afán es medrar y hará todo lo posible por conocer lo que sucede a su alrededor y no duda en satisfacer su natural curiosidad pues como suelen decir, quien tiene la información... ¡Tiene el poder!

PABLO MORATIN

Un posadero y sus reales

Una persona escasa de pelo, corta de estatura y sobrada de peso, con el carácter amable y servil siempre que escuche el sonido de los Reales en la bolsa. Es amigo de sus amigos pero realmente sus amigos son solo reales... Su única preocupación es su mesón y posada... Sus Reales...

PASCUAL BEREZO

Un secretario leal y más que capaz

Un castellano alto y delgado con un carácter paciente y de exquisita educación, consiguió llegar a gozar de la confianza del Conde de Oñate sirviéndole en infinidad de trabajos, desde los bien vistos a los que nadie jamás ha visto. Y si los vio alguien, ya no está entre los vivos. Su lealtad es reciproca, pues el Conde delega una gran cantidad de quehaceres cotidianos en su Secretario y también algunos de índole mas especial, también de manera habitual.

En estos momentos sabe que el Conde no desea recibir a nadie y así se encargará de realizar su labor, habiendo aleccionado a todos los criados de la casa al respecto e informándoles que el Señor “no está en la Villa y Corte”. Sus propios “informadores” dentro de su casa observan si alguno rompe dicha “confianza” y no tendrá miramientos con dicha ruptura del secreto de la “familia”.

Sabe que su Señor está destinado a ser más de lo que ya es y él se prepara noche y día para no defraudarle. Y no le va a defraudar lo más mínimo.



RODRIGO DE PIEDRASACRA

Quien volvió tras la muerte... para Reinar

Nacido entre la flor y nata de la sociedad sevillana, con tanta solera en la sangre como los mismos Reyes e incluso mas, siempre estuvo atento a todos los movimientos de la Corte para su propio beneficio y el de los suyos. Jamás ha perdido el norte sobre quién tiene el poder y sabe con certeza que los Reyes, Obispos y demás caen... Pero siempre ha existido "gente" tras ellos y él, como espía desde la Corte de Felipe el Segundo, ahondó y profundizó hasta descubrir al propio Hiram, a quien tuvo en la punta de su espada. Pero ahí comenzó su verdadera historia...

El hábil Piedrasacra consiguió la total confianza y amistad de Hiram, de quien poco a poco descubrió todos sus contactos, alianzas, favores concedidos... ¡En fin... todo! Con muy poco espacio de tiempo, representaba al propio Hiram en todos sus aspectos: hablaba por él, le representaba y los más adeptos decían que hasta pensaba por él.

Su única discusión la tuvieron cuando Hiram le concedió delante de todos el cargo de "Hiram" y le desveló el secreto del "Elixir de la Vida", pidiéndole tan solo que le dejara marchar para vivir lo que le quedara de vida y morir tranquilo, pues la eternidad había sido demasiado tiempo y deseaba "descansar". En un principio don Rodrigo se alegró, pero pronto se dio cuenta que Hiram era la piedra angular de todo y si desaparecía sin más, mucho de lo que estaba se desmoronaría y eso no podía permitírselo. Le prometió que cuando se consiguiera la "Clavícula" le concedería su deseo pero no hasta entonces.

Como medida de "seguridad", el difunto Conde de Piedrasacra, le confinó en una de sus posesiones en las frías tierras castellanas de Burgos, en un lugar escondido de todos y con gente de su total confianza, que mantendrían con vida al "mejor entre todos" y le impedirían salir. Convirtió a su Señor en "prisionero" de su pasado.

Ahora don Rodrigo se hace llamar tan solo por su apellido, Piedrasacra, y ha comenzado a tejer su telaraña para conseguir la "Clavícula" una vez que ha descubierto a un Elegido, cosa harto difícil en los últimos siglos. Sabe que su meta está próxima y no cejará en alcanzarla, pese a quien pese.

Inicialmente, Don Rodrigo tiene la intención de que tanto su hijo, Alvar, como sus más íntimos amigos, puedan traspasar el "Velo de la Muerte" y unirse a la sociedad de los Hiramitas... Pero piensa que no es el momento de que conozcan la verdad, aunque desde que se ven involucrados en la búsqueda de los manuscritos de Tadeo Escriba su camino para ver la verdad está más cerca.

RUUD VAN BERGKAMP

El hombre que no quiso ser cordero

Nacido en la Villa y Corte de padres tudescos, pronto descubrió que los tejemanejes de los políticos solo eran buenos para ellos y que el resto, solo eran corderos para el matadero... En el mejor de los casos, piezas de un gran tablero de ajedrez y él quería estar antes en ese tablero que en el matadero, por lo que comenzó a trabajar como espía primero para la Corona española bajo el Caballerizo Gaspar de Bonifaz, pero pronto supo que eso no le convertía en una pieza a tener en cuenta. Pronto le comenzaron a reconocer pues decidió rasurarse todo el cabello cuando este comenzó a caérsele y comenzaba a quedarse calvo, eso le parecía un signo de debilidad y no se contuvo, si algo tenía débil, lo eliminaba de su lado.

Pasó a trabajar como agente libre, daba igual para quien fuese mientras pagase adecuadamente y pudiese almacenar "secretos" que algún día se convirtiesen en tesoros. No pasó demasiado tiempo y su gran destreza llamó la atención de Piedrasacra, quien le contó sobre la partida secreta que se jugaba desde tiempos de antaño y le propuso participar. Aceptó y desde ese momento solo cumple para Piedrasacra. Con devoción y respeto, sin preguntas, pues sabe que su recompensa llegará en su momento.



Ahora todos sus esfuerzos se concentran en conseguir hacerse con todos los manuscritos que realizó Tadeo Escriba, pero observa como todo se complica cuando el impresor desaparece y una serie de acontecimientos se precipitan, fundamental por la intromisión del hijo de Don Rodrigo y sus amigos.

TADEO ESCRIBA

El último de los Elegidos por Salomón

Amigo de sus amigos y sobre todo amigo de los libros, desde niño se crió entre el sonido de las hojas de los libros y precozmente comprendió que además de los que ya estaban, deseaba poder difundir muchos más libros... Pero que calamidad, el no era capaz de crear nada nuevo... Fue un pequeño varapalo, pero se decidió por otro camino y comenzó a trabajar en diversas imprentas, hasta saber todo lo que necesitaba. Decidió viajar, siendo su primer destino Nápoles y allí aprender de los Maestros impresores, para poco a poco llegar a convertirse en uno de los mejores de su gremio en Europa.

En estas tierras conoció al Conde de Piedrasacra y pronto se dieron cuenta que compartían el gusto por los libros, lo cual los llevó a formar una pequeña sociedad y establecer una gran librería e imprenta en Madrid. Una vez que se asentó definitivamente, comenzó a tejer la manera de llevar a cabo su verdadera herencia. Él como su padre y anteriormente el padre de este y así sucesivamente, era descendiente de uno de los Elegidos de Salomón para custodiar el compendio de su saber mágico que es la "Clavícula de Salomón". Durante mucho tiempo ha observado para descubrir la presencia de los Seguidores de Hiram y esconderse de los mismos, pero cuando se percató de la existencia de uno, ya era demasiado tarde, pues sabía que el conocimiento era mutuo. Este Hiramita no era otro que el padre de su amigo Alvar y sabía que don Rodrigo de Piedrasacra conocía el secreto que estaba escondiendo como último de los Elegidos.

Lo más presto que pudo decidió esconder el secreto que tenía y lo hizo de la única manera en la que era diestro, entre las hojas de los libros. Y que mejor que el Infierno de Dante, que tantas penas y alegrías le había dado en el último tramo de su vida. Así lo hizo y sabiendo que su siguiente movimiento le llevaría a la tumba, se resignó, pero de esta manera si los que ostentan el poder en las sombras eran descubiertos por los "poderes reales", tal vez lo tuvieran más difícil a la hora de pelear por los secretos de Salomón. Supo de inmediato que tras revelar su secreto al Conde de Olivares, este intentaría hacerse con el mismo y al no poder, al menos, intentaría eliminar a la competencia que suponía la sociedad secreta de los Hiramitas.

Resignado y confiando en sus planes, se dispuso a reunirse con sus antepasados.



Deudas a los



Victores



El Infierno de Lluna

El documento que posee el profesor Xacobo Lluna, es uno de los tres legajos que encierran más de lo que en si aparenta. Pero eso ya es harina de otro costal...

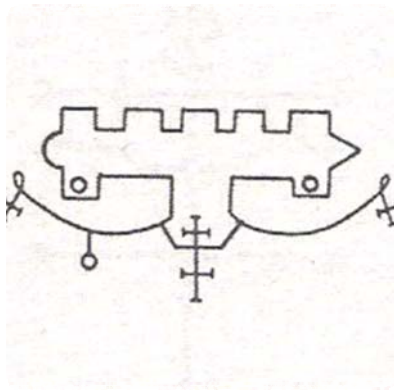
Dentro del libro se contendrá la manera de poder crear un Talismán (Detección de Hechizos de Aquelarre) y estará explicado en aquellas letras diferentes al resto y por ello muy claras entre el texto habitual...

Tipo:	Talismán
Componentes:	Anillo de Plata y Estaño, Sangre de Gul, Incienso aromático.
Caducidad:	El talismán no pierde sus propiedades con el paso del tiempo.
Duración:	Una vez activado, el hechizo se mantiene sin necesidad de renovarse durante 1D3 horas.
Descripción:	<p>El talismán-anillo debe llevarse siempre en el dedo corazón de la mano izquierda. Una vez activado, indicará a su portador quien, en un radio de cincuenta metros alrededor suyo, lleva hechizos encima, activados o no.</p> <p>Aunque el portador del anillo sabrá distinguir claramente a dichas personas (o seres) no sabrá la cantidad de hechizos que llevan ni mucho menos el nombre de los mismos, aunque si el número de hechizos activados es superior a diez el portador sentirá un dolor agudo en la base del cráneo y se desmayará durante unos instantes, debido a la fuerte presencia mágica que recibe.</p>

Se encontrará escrito lo siguiente entre los versos del Infierno y para descubrir lo siguiente:

"Por el saber de Belial, se debe grabar en fuego alimentado con incienso aromático su nombre en un anillo de plata y adornado en estaño, enfriando el metal en sangre de Gul para poder discernir lo extraordinario de lo habitual. Y toda suerte de hechicería a sus ojos será visible."

Infierno
de
Xacobo Lluna





INFIerno

CANTO I

A mitad del camino de la vida,
en una selva oscura me encontraba
porque mi ruta había extraviado.

¡Cuán dura cosa es decir cuál era
esta salvaje selva, áspera y fuerte
que me vuelve el temor al pensamiento!

Es tan amarga casi cual la muerte;
mas por tratar del bien que allí encontré,
de otras cosas diré que me ocurrieron.

Yo no sé repetir cómo entré en ella
pues tan dormido me hallaba en el punto
que abandoné la senda verdadera.

Mas cuando hube llegado al pie de un monte,
allí donde aquel valle terminaba
que el corazón habíame aterrado,

hacia lo alto miré, y vi que su cima
ya vestían los rayos del planeta
que lleva recto por cualquier camino.

Entonces se calmó aquel miedo un poco,
que en el lago del alma había entrado
la noche que pasé con tanta angustia.

Y como quien con aliento anhelante,
ya salido del piélago a la orilla,
se vuelve y mira al agua peligrosa,

tal mi ánimo, huyendo todavía,
se volvió por mirar de nuevo el sitio
que a los que viven traspasar no deja.

Repuesto un poco el cuerpo fatigado,
seguí el camino por la yerma loma,
siempre afirmando el pie de más abajo.

Y vi, casi al principio de la cuesta,
una onza ligera y muy veloz,
que de una piel con pintas se cubría;

y de delante no se me apartaba,
más de tal modo me cortaba el paso,
que muchas veces quise dar la vuelta.

Entonces comenzaba un nuevo día,
y el sol se alzaba al par que las estrellas
que junto a él el gran amor divino

sus bellezas movió por vez primera;
así es que no auguraba nada malo
de aquella fiera de la piel manchada

la hora del día y la dulce estación;
más no tal que terror no produjese
la imagen de un león que luego vi.

Me pareció que contra mí venía,
con la cabeza erguida y hambre fiera,
y hasta temerle parecía el aire.

Y una loba que todo el apetito
parecía cargar en su flaqueza,
que ha hecho vivir a muchos en desgracia.

Tantos pesares ésta me produjo,
con el pavor que verla me causaba
que perdí la esperanza de la cumbre.

Y como aquel que alegre se hace rico
y llega luego un tiempo en que se arruina,
y en todo pensamiento sufre y llora:

tal la bestia me hacía sin dar tregua,
pues, viniendo hacia mí muy lentamente,
me empujaba hacia allí donde el sol calla.

Mientras que yo bajaba por la cuesta,
se me mostró delante de los ojos
alguien que, en su silencio, creí mudo.

Cuando vi a aquel en ese gran desierto
«Apíadate de mí -yo le grité-,
seas quien seas, sombra a hombre vivo.»

Me dijo: «Hombre no soy, mas hombre fui,
y a mis padres dio cuna Lombardía
pues Mantua fue la patria de los dos.

Nací sub julio César, aunque tarde,
y viví en Roma bajo el buen Augusto:
tiempos de falsos dioses mentirosos.

Poeta fui, y canté de aquel justo
hijo de Anquises que vino de Troya,
cuando Ilíón la soberbia fue abrasada.

¿Por qué retornas a tan grande pena,
y no subes al monte deleitoso
que es principio y razón de toda dicha?»

«¿Eres Virgilio, pues, y aquella fuente
de quien mana tal río de elocuencia?
-respondí yo con frente avergonzada-.

Oh luz y honor de todos los poetas,
válgame el gran amor y el gran trabajo
que me han hecho estudiar tu gran volumen.

Eres tú mi modelo y mi maestro;
el único eres tú de quien tomé
el bello estilo que me ha dado honra.

Mira la bestia por la cual me he vuelto:
sabio famoso, de ella ponme a salvo,
pues hace que me tiemblen pulso y venas.»

«Es menester que sigas otra ruta
-me repuso después que vio mi llanto-,
si quieres irte del lugar salvaje;

pues esta bestia, que gritar te hace,
no deja a nadie andar por su camino,
más tanto se lo impide que los mata;

y es su instinto tan cruel y tan malvado,
que nunca sacia su ansia codiciosa
y después de comer más hambre aún tiene.

Con muchos animales se amanceba,
y serán muchos más hasta que venga
el Lebrej que la hará morir con duelo.

Este no comerá tierra ni peltre,
sino virtud, amor, sabiduría,
y su cuna estará entre Fieltro y Fieltro.

Ha de salvar a aquella humilde Italia
por quien murió Camila, la doncella,
Turno, Eurialo y Niso con heridas.

Este la arrojará de pueblo en pueblo,
hasta que dé con ella en el abismo,
del que la hizo salir el Envidioso.

Por lo que, por tu bien, pienso y decido
que vengas tras de mí, y seré tu guía,
y he de llevarte por lugar eterno,

donde oirás el aullar desesperado,
verás, dolientes, las antiguas sombras,
gritando todas la segunda muerte;

y podrás ver a aquellas que contenta
el fuego, pues confían en llegar
a bienaventuras cualquier día;

y si ascender deseas junto a éstas,
más digna que la mía allí hay un alma:
te dejaré con ella cuando marche;

que aquel Emperador que arriba reina,
puesto que yo a sus leyes fui rebelde,
no quiere que por mí a su reino subas.

En toda parte impera y allí rige;
allí está su ciudad y su alto trono.
¡Cuán feliz es quien él allí destina!»

Yo contesté: «Poeta, te requiero
por aquel Dios que tú no conociste,
para huir de éste o de otro mal más grande,

que me lleves allí donde me has dicho,
y pueda ver la puerta de San Pedro
y aquellos infelices de que me hablas.»
Entonces se echó a andar, y yo tras él.

CANTO 99

El día se marchaba, el aire oscuro
a los seres que habitan en la tierra
quitaba sus fatigas; y yo sólo

me disponía a sostener la guerra,
contra el camino y contra el sufrimiento
que sin errar evocará mi mente.

¡Oh musas! ¡Oh alto ingenio, sostenedme!
¡Memoria que escribiste lo que vi,
aquí se advertirá tu gran nobleza!

Yo comencé: «Poeta que me guías,
mira si mi virtud es suficiente
antes de comenzar tan ardua empresa.

Tú nos contaste que el padre de Silvio,
sin estar aún corrupto, al inmortal
reino llegó, y lo hizo en cuerpo y alma.

Pero si el adversario del pecado
le hizo el favor, pensando el gran efecto
que de aquello saldría, el qué y el cuál,

no le parece indigno al hombre sabio;
pues fue de la alma Roma y de su imperio
escogido por padre en el Empíreo.

La cual y el cual, a decir la verdad,
como el lugar sagrado fue elegida,
que habita el sucesor del mayor Pedro.

En el viaje por el cual le alabas
escuchó cosas que fueron motivo
de su triunfo y del manto de los papas.

Allí fue luego el Vaso de Elección,
para llevar conforto a aquella fe
que de la salvación es el principio.

Más yo, ¿por qué he de ir? ¿quién me lo otorga?
Yo no soy Pablo ni tampoco Eneas;
y ni yo ni los otros me creen digno.

Pues temo, si me entrego a ese viaje,
que ese camino sea una locura;
eres sabio; ya entiendes lo que callo.»

Y cual quien ya no quiere lo que quiso
cambiando el parecer por otro nuevo,
y deja a un lado aquello que ha empezado,

así hice yo en aquella cuesta oscura:
porque, al pensarlo, abandoné la empresa
que tan aprisa había comenzado.

«Si he comprendido bien lo que me has dicho
-respondió del magnánimo la sombra
la cobardía te ha atacado el alma;

la cual estorba al hombre muchas veces,
y de empresas honradas le desvía,
cual reses que ven cosas en la sombra.

A fin de que te libres de este miedo,
te diré por qué vine y qué entendí
desde el punto en que lástima te tuve.

Me hallaba entre las almas suspendidas
y me llamó una dama santa y bella,
de forma que a sus órdenes me puse.

Brillaban sus pupilas más que estrellas;
y a hablarme comenzó, clara y suave,
angélica voz, en este modo:

"Alma cortés de Mantua, de la cual
aún en el mundo dura la memoria,
y ha de durar a lo largo del tiempo:

mi amigo, pero no de la ventura,
tal obstáculo encuentra en su camino
por la montaña, que asustado vuelve:

y temo que se encuentre tan perdido
que tarde me haya dispuesto al socorro,
según lo que escuché de él en el cielo.

Ve pues, y con palabras elocuentes,
y cuanto en su remedio necesite,
ayúdale, y consuélame con ello.

Yo, Beatriz, soy quien te hace caminar;
vengo del sitio al que volver deseo;
amor me mueve, amor me lleva a hablarte.

Cuando vuelva a presencia de mi Dueño
le hablaré bien de ti frecuentemente."
Entonces se calló y yo le repuse:

"Oh dama de virtud por quien supera
tan sólo el hombre cuanto se contiene
con bajo el cielo de esfera más pequeña,

de tal modo me agrada lo que mandas,
que obedecer, si fuera ya, es ya tarde;
no tienes más que abrirme tu deseo.

Más dime la razón que no te impide
descender aquí abajo y a este centro,
desde el lugar al que volver ansías."

"Lo que quieres saber tan por entero,
te diré brevemente --me repuso
por qué razón no temo haber bajado.

Temer se debe sólo a aquellas cosas
que pueden causar algún tipo de daño;
mas a las otras no, pues mal no hacen.

Dios con su gracia me ha hecho de tal modo
que la miseria vuestra no me toca,
ni llama de este incendio me consume.

Una dama gentil hay en el cielo
que compadece a aquel a quien te envío,
mitigando allí arriba el duro juicio.

Esta llamó a Lucía a su presencia;
y dijo: «necesita tu devoto
ahora de ti, y yo a ti te lo encomiendo».

*Lucía, que aborrece el sufrimiento,
se alzó y vino hasta el sitio en que yo estaba,
sentada al par de la antigua Raquel.*

*Dijo: "Beatriz, de Dios vera alabanza,
cómo no ayudas a quien te amó tanto,
y por ti se apartó de los vulgares?"*

*¿Es que no escuchas su llanto doliente?
¿no ves la muerte que ahora le amenaza
en el torrente al que el mar no supera?"*

*No hubo en el mundo nadie tan ligero,
buscando el bien o huyendo del peligro,
como yo al escuchar esas palabras.*

*"Acá bajé desde mi dulce escaño,
confiando en tu discurso virtuoso
que te honra a ti y aquellos que lo oyeron."*

*Después de que dijera estas palabras
volvió llorando los lucientes ojos,
haciéndome venir aún más aprisa;*

*y vine a ti como ella lo quería;
te aparté de delante de la fiera,
que alcanzar te impedía el monte bello.*

*¿Qué pasa pues?, ¿por qué, por qué vacilas?
¿por qué tal cobardía hay en tu pecho?
¿por qué no tienes audacia ni arrojo?*

*Si en la corte del cielo te apadrinan
tres mujeres tan bienaventuradas,
y mis palabras tanto bien prometen.»*

*Cual florecillas, que el nocturno hielo
abate y cierra, luego se levantan,
y se abren cuando el sol las ilumina,*

*así hice yo con mi valor cansado;
y tanto se encendió mi corazón,
que comencé como alguien valeroso:*

*«!Ah, cuán piadosa aquella que me ayuda!
y tú, cortés, que pronto obedeciste
a quien dijo palabras verdaderas.*

*El corazón me has puesto tan ansioso
de echar a andar con eso que me has dicho
que he vuelto ya al propósito primero.*

*Vamos, que mi deseo es como el tuyo.
Sé mi guía, mi jefe, y mi maestro.»
Así le dije, y luego que echó a andar,
entré por el camino arduo y silvestre.*

CANTO III

*POR MÍ SE VA HASTA LA CIUDAD DOLIENTE,
POR MÍ SE VA AL ETERNO SUFRIMIENTO,
POR MÍ SE VA A LA GENTE CONDENADA.*

*LA JUSTICIA MOVÍO A MÍ ALTO ARQUITECTO,
HÍZOME LA DIVINA POTESTAD,
EL SABER SUMO Y EL AMOR PRIMERO.*

*ANTES DE MÍ NO FUE COSA CREADA
SINO LO ETERNO Y DURO ETERNAMENTE.
DEJAD, LOS QUE AQUÍ ENTRÁIS, TODA
ESPERANZA.*

*Estas palabras de color oscuro
vi escritas en lo alto de una puerta;
y yo: «Maestro, es grave su sentido.»*

*Y, cual persona cauta, él me repuso:
«Debes aquí dejar todo recelo;
debes dar muerte aquí a tu cobardía.*

*Hemos llegado al sitio que te he dicho
en que verás las gentes doloridas,
que perdieron el bien del intelecto.»*

Luego tomó mi mano con la suya
con gesto alegre, que me confortó,
y en las cosas secretas me introdujo.

Allí suspiros, llantos y altos ayes
resonaban al aire sin estrellas,
y yo me eché a llorar al escucharlo.

Diversas lenguas, hórridas blasfemias,
palabras de dolor, acentos de ira,
roncos gritos al son de manotazos,

un tumulto formaban, el cual gira
siempre en el aire eternamente oscuro,
como arena al soplar el torbellino.

Con el terror ciñendo mi cabeza
dije: «Maestro, qué es lo que yo escucho,
y quién son éstos que el dolor abate?»

Y él me repuso: «Esta mísera suerte
tienen las tristes almas de esas gentes
que vivieron sin gloria y sin infamia.

Están mezcladas con el coro infame
de ángeles que no se rebelaron,
no por lealtad a Dios, sino a ellos mismos.

Los echa el cielo, porque menos bello
no sea, y el infierno los rechaza,
pues podrían dar gloria a los caídos.»

Y yo: «Maestro, ¿qué les pesa tanto
y provoca lamentos tan amargos?»
Respondió: «Brevemente he de decirlo.

No tienen éstos de muerte esperanza,
y su vida obcecada es tan rastrera,
que envidiosos están de cualquier suerte.

Ya no tiene memoria el mundo de ellos,
compasión y justicia les desdenea;
de ellos no hablemos, sino mira y pasa.»

Y entonces pude ver un estandarte,
que corría girando tan ligero,
que parecía indigno de reposo.

Y venía detrás tan larga fila
de gente, que creído nunca hubiera
que hubiese a tantos la muerte deshecho.

Y tras haber reconocido a alguno,
vi y conocí la sombra del que hizo
por cobardía aquella gran renuncia.

Al punto comprendí, y estuve cierto,
que ésta era la secta de los reos
a Dios y a sus contrarios displacientes.

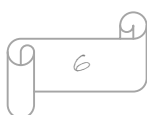
Los desgraciados, que nunca vivieron,
iban desnudos y azuzados siempre
de moscones y avispas que allí había.

Éstos de sangre el rostro les bañaban,
que, mezclada con llanto, repugnantes
gusanos a sus pies la recogían.

Y luego que a mirar me puse a otros,
vi gentes en la orilla de un gran río
y yo dije: «Maestro, te suplico

que me digas quién son, y qué designio
les hace tan ansiosos de cruzar
como discernio entre la luz escasa.»

Y él repuso: «La cosa he de contarte
cuando hayamos parado nuestros pasos
en la triste ribera de Aqueronte.»



*Con los ojos ya bajos de vergüenza,
temiendo molestarle con preguntas
dejé de hablar hasta llegar al río.*

*Y he aquí que viene en bote hacia nosotros
un viejo cano de cabello antiguo,
gritando: «¡Ay de vosotras, almas pravas!*

*No esperéis nunca contemplar el cielo;
vengo a llevaros hasta la otra orilla,
a la eterna tiniebla, al hielo, al fuego.*

*Y tú que aquí te encuentras, alma viva,
aparta de éstos otros ya difuntos.»
Pero viendo que yo no me marchaba,*

*dijo: «Por otra vía y otros puertos
a la playa has de ir, no por aquí;
más leve leño tendrá que llevarte».*

*Y el guía a él: «Caronte, no te irrites:
así se quiere allí donde se puede
lo que se quiere, y más no me preguntes.»*

*Las peludas mejillas del barquero
del livido pantano, cuyos ojos
rodeaban las llamas, se calmaron.*

*Mas las almas desnudas y contritas,
cambiaron el color y rechinaban,
cuando escucharon las palabras crudas.*

*Blasfemaban de Dios y de sus padres,
del hombre, el sitio, el tiempo y la simiente
que los sembrara, y de su nacimiento.*

*Luego se recogieron todas juntas,
llorando fuerte en la orilla malvada
que aguarda a todos los que a Dios no temen.*

*Carón, demonio, con ojos de fuego,
llamándolos a todos recogía;
da con el remo si alguno se atrasa.*

*Como en otoño se vuelan las hojas
unas tras otras, hasta que la rama
ve ya en la tierra todos sus despojos,*

*de este modo de Adán las malas siembras
se arrojan de la orilla de una en una,
a la señal, cual pájaro al reclamo.*

*Así se fueron por el agua oscura,
y aún antes de que hubieran descendido
ya un nuevo grupo se había formado.*

*«Hijo mío -cortés dijo el maestro
los que en ira de Dios hallan la muerte
llegan aquí de todos los países:*

*y están ansiosos de cruzar el río,
pues la justicia santa les empuja,
y así el temor se transforma en deseo.*

*Aquí no cruza nunca un alma justa,
por lo cual si Carón de ti se enoja,
comprenderás qué cosa significa.»*

*Y dicho esto, la región oscura
tembló con fuerza tal, que del espanto
la frente de sudor aún se me baña.*

*La tierra lagrimosa lanzó un viento
que hizo brillar un relámpago rojo
y, venciéndome todos los sentidos,
me caí como el hombre que se duerme.*

CANTO IV

*Rompió el profundo sueño de mi mente
un gran trueno, de modo que cual hombre
que a la fuerza despierta, me repuse;*

la vista recobrada volví en torno
ya puesto en pie, mirando fijamente,
pues quería saber en dónde estaba.

En verdad que me hallaba justo al borde
del valle del abismo doloroso,
que atronaba con ayes infinitos.

Oscuro y hondo era y nebuloso,
de modo que, aun mirando fijo al fondo,
no distinguía allí cosa ninguna.

«Descendamos ahora al ciego mundo
--dijo el poeta todo amortecido--:
yo iré primero y tú vendrás detrás.»

Y al darme cuenta yo de su color,
dije: «¿Cómo he de ir si tú te asustas,
y tú a mis dudas sueles dar consuelo?»

Y me dijo: «La angustia de las gentes
que están aquí en el rostro me ha pintado
la lástima que tú piensas que es miedo.

Vamos, que larga ruta nos espera.»
Así me dijo, y así me hizo entrar
al primer cerco que el abismo ciñe.

Allí, según lo que escuchar yo pude,
llanto no había, mas suspiros sólo,
que al aire eterno le hacían temblar.

Lo causaba la pena sin tormento
que sufría una grande muchedumbre
de mujeres, de niños y de hombres.

El buen Maestro a mí: «¿No me preguntas
qué espíritus son estos que estás viendo?
Quiero que sepas, antes de seguir,

que no pecaron: y aunque tengan méritos,
no basta, pues están sin el bautismo,
donde la fe en que crees principio tiene.

Al cristianismo fueron anteriores,
y a Dios debidamente no adoraron:
a éstos tales yo mismo pertenezco.

Por tal defecto, no por otra culpa,
perdidos somos, y es nuestra condena
vivir sin esperanza en el deseo.»

Senti en el corazón una gran pena,
puesto que gentes de mucho valor
vi que en el limbo estaba suspendidos.

«Dime, maestro, dime, mi señor
--yo comencé por querer estar cierto
de aquella fe que vence la ignorancia--:

¿salió alguno de aquí, que por sus méritos
o los de otro, se hiciera luego santo?»
Y éste, que comprendió mi hablar cubierto,

respondió: «Yo era nuevo en este estado,
cuando vi aquí bajar a un poderoso,
coronado con signos de victoria.

Sacó la sombra del padre primero,
y las de Abel, su hijo, y de Noé,
del legista Moisés, el obediente;

del patriarca Abraham, del rey David,
a Israel con sus hijos y su padre,
y con Raquel, por la que tanto hizo,

y de otros muchos; y les hizo santos;
y debes de saber que antes de eso,
ni un espíritu humano se salvaba.»

No dejamos de andar porque él hablase,
más aún por la selva caminábamos,
la selva, digo, de almas apiñadas

No estábamos aún muy alejados
del sitio en que dormí, cuando vi un fuego,
que al fúnebre hemisferio derrotaba.

Aún nos encontrábamos distantes,
más no tanto que en parte yo no viese
cuán digna gente estaba en aquel sitio.

«Oh tú que honoras toda ciencia y arte,
éstos ¿quién son, que tal grandeza tienen,
que de todos los otros les separa?»

Y respondió: «Su honrosa nombradía,
que allí en tu mundo sigue resonando
gracia adquiere del cielo y recompensa.»

Entre tanto una voz pude escuchar:
«Honremos al altísimo poeta;
vuelve su sombra, que marchado había.»

Cuando estuvo la voz quieta y callada,
vi cuatro grandes sombras que venían:
ni triste, ni feliz era su rostro.

El buen maestro comenzó a decirme:
«Fijate en ése con la espada en mano,
que como el jefe va delante de ellos:

Es Homero, el mayor de los poetas;
el satírico Horacio luego viene;
tercero, Ovidio; y último, Lucano.

Y aunque a todos igual que a mí les cuadra
el nombre que sonó en aquella voz,
me hacen honor, y con esto hacen bien.»

Así reunida vi a la escuela bella
de aquel señor del altísimo canto,
que sobre el resto cual águila vuela.

Después de haber hablado un rato entre ellos,
con gesto favorable me miraron:
y mi maestro, en tanto, sonreía.

Y todavía aún más honor me hicieron
porque me condujeron en su hilerá,
siendo yo el sexto entre tan grandes sabios.

Así anduvimos hasta aquella luz,
hablando cosas que callar es bueno,
tal como era el hablarlas allí mismo.

Al pie llegamos de un castillo noble,
siete veces cercado de altos muros,
guardado entorno por un bello arroyo.

Lo cruzamos igual que tierra firme;
crucé por siete puertas con los sabios:
hasta llegar a un prado fresco y verde.

Gente había con ojos graves, lentos,
con gran autoridad en su semblante:
hablaban poco, con voces suaves.

Nos apartamos a uno de los lados,
en un claro lugar alto y abierto,
tal que ver se podían todos ellos.

Erguido allí sobre el esmalte verde,
las magnas sombras fuéronme mostradas,
que de placer me colma haberlas visto.

A Electra vi con muchos compañeros,
y entre ellos conocí a Héctor y a Eneas,
y armado a César, con ojos grifaños.

Vi a Pantasilea y a Camila,
y al rey Latino vi por la otra parte,
que se sentaba con su hija Lavinia.

Vi a Bruto, aquel que destronó a Tarquino,
a Cornelia, a Lucrecia, a Julia, a Marcia;
y a Saladino vi, que estaba solo;

y al levantar un poco más la vista,
vi al maestro de todos los que saben,
sentado en filosófica familia.

Todos le miran, todos le dan honra:
y a Sócrates, que al lado de Platón,
están más cerca de él que los restantes;

Demócrito, que el mundo pone en duda,
Anaxágoras, Tales y Diógenes,
Empédocles, Heráclito y Zenón;

y al que las plantas observó con tino,
Dioscórides, digo; y vía Orfeo,
Tulio, Livio y al moralista Séneca;

al geómetra Euclides, Tolomeo,
Hipócrates, Galeno y Avicena,
y a Averroes que hizo el «Comentario».

No puedo detallar de todos ellos,
porque así me encadena el largo tema,
que dicho y hecho no se corresponden.

El grupo de los seis se partió en dos:
por otra senda me llevó mi guía,
de la quietud al aire tembloroso
y llegué a un sitio en donde nada luce.

CANTO V

Así bajé del círculo primero
al segundo que menos lugar ciñe,
y tanto más dolor, que al llanto mueve.

Allí el horrible Minos rechinaba.
A la entrada examina los pecados;
juzga y ordena según se relie.

Digo que cuando un alma mal nacida
llega delante, todo lo confiesa;
y aquel conocedor de los pecados

ve el lugar del infierno que merece:
tantas veces se ciñe con la cola,
cuantos grados él quiere que sea echada.

Siempre delante de él se encuentran muchos;
van esperando cada uno su juicio,
hablan y escuchan, después las arrojan.

«Oh tú que vienes al doloso albergue
-me dijo Minos en cuanto me vio,
dejando el acto de tan alto oficio-;

mira cómo entras y de quién te fías:
no te engañe la anchura de la entrada.»
Y mi guía: «¿Por qué le gritas tanto?

No le entorpezcas su fatal camino;
así se quiso allí donde se puede
lo que se quiere, y más no me preguntes.»

Ahora comienzan las dolientes notas
a hacérseme sentir; y llego entonces
allí donde un gran llanto me golpea.

Llegué a un lugar de todas luces mudo,
que mugía cual mar en la tormenta,
si los vientos contrarios le combaten.

La borrasca infernal, que nunca cesa,
en su rapiña lleva a los espíritus;
volviendo y golpeando les acosa.

Cuando llegan delante de la ruina,
allí los gritos, el llanto, el lamento;
allí blasfeman del poder divino.

Comprendí que a tal clase de martirio
los lujuriosos eran condenados,
que la razón someten al deseo.

Y cual los estorninos forman de alas
en invierno bandada larga y prieta,
así aquel viento a los malos espíritus:

arriba, abajo, acá y allí les lleva;
y ninguna esperanza les conforta,
no de descanso, mas de menor pena.

Y cual las grullas cantando sus lays
largas hileras hacen en el aire,
así las vi venir lanzando ayes,

a las sombras llevadas por el viento.
Y yo dije: «Maestro, quién son esas
gentes que el aire negro así castiga?»

«La primera de la que las noticias
quieres saber --me dijo aquel entonces--
fue emperatriz sobre muchos idiomas.

Se inclinó tanto al vicio de lujuria,
que la lascivia licitó en sus leyes,
para ocultar el asco al que era dada:

Semíramis es ella, de quien dicen
que sucediera a Nino y fue su esposa:
mandó en la tierra que el sultán gobierna.

Se mató aquella otra, enamorada,
traicionando el recuerdo de Siqueo;
la que sigue es Cleopatra lujuriosa.

A Elena ve, por la que tanta víctima
el tiempo se llevó, y ve al gran Aquiles
que por Amor al cabo combatiera;

ve a Paris, a Tristán.» Y a más de mil
sombras me señaló, y me nombró, a dedo,
que Amor de nuestra vida les privara.

Y después de escuchar a mi maestro
nombrar a antiguas damas y caudillos,
les tuve pena, y casi me desmayo.

Yo comencé: «Poeta, muy gustoso
hablaría a esos dos que vienen juntos
y parecen al viento tan ligeros.»

Y él a mí: «Los verás cuando ya estén
más cerca de nosotros; si les ruegas
en nombre de su amor, ellos vendrán.»

Tan pronto como el viento allí los trajo
alcé la voz: «Oh almas afanadas,
hablad, si no os lo impiden, con nosotros.»

Tal palomas llamadas del deseo,
al dulce nido con el ala alzada,
van por el viento del querer llevadas,

ambos dejaron el grupo de Dido
y en el aire malsano se acercaron,
tan fuerte fue mi grito afectuoso:

«Oh criatura graciosa y compasiva
que nos visitas por el aire perso
a nosotras que el mundo ensangrentamos;

si el Rey del Mundo fuese nuestro amigo
rogáramos de él tu salvación,
ya que te apiada nuestro mal perverso.

De lo que oír o lo que hablar os guste,
nosotros oiremos y hablaremos
mientras que el viento, como ahora, calle.

La tierra en que nací está situada
en la Marina donde el Po desciende
y con sus afluentes se reúne.

Amor, que al noble corazón se agarra,
a éste prendió de la bella persona
que me quitaron; aún me ofende el modo.

Amor, que a todo amado a amar le obliga,
prendió por éste en mi pasión tan fuerte
que, como ves, aún no me abandona.

El Amor nos condujo a morir juntos,
y a aquel que nos mató Caína espera.»
Estas palabras ellos nos dijeron.

Cuando escuché a las almas doloridas
bajé el rostro y tan bajo lo tenía,
que el poeta me dijo al fin: «¿Qué piensas?»

Al responderle comencé: «Qué pena,
cuánto dulce pensar, cuánto deseo,
a éstos condujo a paso tan dañoso.»

Después me volví a ellos y les dije,
y comencé: «Francesca, tus pesares
llorar me hacen triste y compasivo;

dime, en la edad de los dulces suspiros
¿cómo o por qué el Amor os concedió
que conocieses tan turbios deseos?»

Y repuso: «Ningún dolor más grande
que el de acordarse del tiempo dichoso
en la desgracia; y tu guía lo sabe.

Más si saber la primera raíz
de nuestro amor deseas de tal modo,
hablaré como aquel que llora y habla:

Leíamos un día por deleite,
cómo hería el amor a Lanzarote;
solos los dos y sin recelo alguno.

Muchas veces los ojos suspendieron
la lectura, y el rostro emblanquecía,
pero tan sólo nos venció un pasaje.

Al leer que la risa deseada
era besada por tan gran amante,
éste, que de mí nunca ha de apartarse,

la boca me besó, todo él temblando.
Galeotto fue el libro y quien lo hizo;
no seguimos leyendo ya ese día.»

Y mientras un espíritu así hablaba,
lloraba el otro, tal que de piedad
desfallecí como si me muriese;
y caí como un cuerpo muerto cae.

CANTO V9

Cuando cobré el sentido que perdí
antes por la piedad de los cuñados,
que todo en la tristeza me sumieron,

nuevas condenas, nuevos condenados
veía en cualquier sitio en que anduviera
y me volviese y a donde mirase.

Era el tercer recinto, el de la lluvia
eterna, maldécida, fría y densa:
de regla y calidad no cambia nunca.

Grueso granizo, y agua sucia y nieve
descienden por el aire tenebroso;
hiede la tierra cuando esto recibe.

Cerbera, fiera monstruosa y cruel,
caninamente ladra con tres fauces
sobre la gente que aquí es sumergida.

Rojos los ojos, la barba unta y negra,
y ancho su vientre, y uñas sus manos:
clava a las almas, desgarras y desuella.

Los hace aullar la lluvia como a perros,
de un lado hacen al otro su refugio,
los míseros profanos se revuelven.

Al advertirnos Cerbera, el gusano,
la boca abrió y nos mostró los colmillos,
no había un miembro que tuviese quieto.

Extendiendo las palmas de las manos,
cogió tierra mi guía y a puñadas
la tiró dentro del bramante tubo.

Cual hace el perro que ladrando rabia,
y mordiendo comida se apacigua,
que ya sólo se afana en devorarla,

de igual manera las bocas impuras
del demonio Cerbera, que así atruena
las almas, que quisieran verse sordas.

Íbamos sobre sombras que atería
la densa lluvia, poniendo las plantas
en sus fantasmas que parecen cuerpos.

En el suelo yacían todas ellas,
salvo una que se alzó a sentarse al punto
que pudo vernos pasar por delante.

«Oh tú que a estos infiernos te han traído
-me dijo- reconóceme si puedes:
tú fuiste, antes que yo deshecho, hecho.»

«La angustia que tú sientes -yo le dije-
tal vez te haya sacado de mi mente,
y así creo que no te he visto nunca.

Dime quién eres pues que en tan penoso
lugar te han puesto, y a tan grandes males,
que si hay más grandes no serán tan tristes.»

Y él a mí «Tu ciudad, que tan repleta
de envidia está que ya rebosa el saco,
en sí me tuvo en la vida serena.

Los ciudadanos Ciacco me llamasteis;
por la dañosa culpa de la gula,
como estás viendo, en la lluvia me arrastro.

Mas yo, alma triste, no me encuentro sola,
que éstas se hallan en pena semejante
por semejante culpa», y más no dijo.

Yo le repuse: «Ciacco, tu tormento
tanto me pesa que a llorar me invita,
pero dime, si sabes, qué han de hacerse

de la ciudad partida los vecinos,
si alguno es justo; y dime la razón
por la que tanta guerra la ha asolado.»

*Y él a mí: «Tras de largas disensiones
ha de haber sangre, y el bando salvaje
echará al otro con grandes ofensas;*

*Y el guía dijo: «Ya no se levanta
hasta que suene la angélica trompa,
y venga la enemiga autoridad.*

*después será preciso que éste caiga
y el otro ascienda, luego de tres soles,
con la fuerza de Aquel que tanto alaban.*

*Cada cual volverá a su triste tumba,
retomarán su carne y su apariencia,
y oirán aquello que atruena por siempre.»*

*Alta tendrá largo tiempo la frente,
teniendo al otro bajo grandes pesos,
por más que de esto se avergüence y llore.*

*Así pasamos por la sucia mezcla
de sombras y de lluvia a paso lento,
tratando sobre la vida futura.*

*Hay dos justos, mas nadie les escucha;
son avaricia, soberbia y envidia
las tres antorchas que arden en los pechos.»*

*Y yo dije: «Maestro, estos tormentos
crecerán luego de la gran sentencia,
serán menores o tan dolorosos?»*

*Puso aquí fin al lagrimoso dicho.
Y yo le dije: «Aún quiero que me informes,
y que me hagas merced de más palabras;*

*Y él contestó: «Recorre a lo que sabes:
pues cuanto más perfecta es una cosa
más siente el bien, y el dolor de igual modo,*

*Farinatta y Tegghiaio, tan honrados,
Jacobo Rusticucci, Arrigo y Mosca,
y los otros que en bien obrar pensaron,*

*Y por más que esta gente maldecida
la verdadera perfección no encuentre,
entonces, más que ahora, esperan serlo.»*

*dime en qué sitio están y hazme saber,
pues me aprieta el deseo, si el infierno
los amarga, o el cielo los endulza.»*

*En redondo seguimos nuestra ruta,
hablando de otras cosas que no cuento;
y al llegar a aquel sitio en que se baja
encontramos a Pluto: el enemigo.*

*Y aquél: « Están entre las negras almas;
culpas varias al fondo los arrojan;
los podrás ver si sigues más abajo.*

CANTO V99

*Pero cuando hayas vuelto al dulce mundo,
te pido que a otras mentes me recuerdes;
más no te digo y más no te respondo.»*

*«¡Papé Satán, Papé Satán aleppe!»
dijo Pluto con voz enronquecida;
y aquel sabio gentil que todo sabe,*

*Entonces desvió los ojos fijos,
me miró un poco, y agachó la cara;
y a la par que los otros cayó ciego.*

*me quiso confortar: «No te detenga
el miedo, que por mucho que pudiese
no impedirá que bajes esta roca.»*

Luego volvíose a aquel hocico hinchado,
y dijo: «Cállate maldito lobo,
consúmete tú mismo con tu rabia.

No sin razón por el infierno vamos:
se quiso en lo alto allá donde Miguel
tomó venganza del soberbio estupro.»

Cual las velas hinchadas por el viento
revueltas caen cuando se rompe el mástil,
tal cayó a tierra la fiera cruel.

Así bajamos por la cuarta fosa,
entrando más en el doliente valle
que traga todo el mal del universo.

¡Ah justicia de Dios!, ¿quién amontona
nuevas penas y males cuales vi,
y por qué nuestra culpa así nos triza?

Como la ola que sobre Caribdis,
se destroza con la otra que se encuentra,
así viene a chocarse aquí la gente.

Vi aquí más gente que en las otras partes,
y desde un lado al otro, con chillidos,
haciendo rodar pesos con el pecho.

Entre ellos se golpean; y después
cada uno volvíase hacia atrás,
gritando «¿Por qué agarras?, ¿por qué tiras?»

Así giraban por el foso tétrico
de cada lado a la parte contraria,
siempre gritando el verso vergonzoso.

Al llegar luego todos se volvían
para otra justa, a la mitad del círculo,
y yo, que estaba casi conmovido,

dije: «Maestro, quiero que me expliques
quienes son éstos, y si fueron clérigos
todos los tonsurados de la izquierda.»

Y él a mí. «Fueron todos tan escasos
de la razón en la vida primera,
que ningún gasto hicieron con mesura.

Bastante claro ládranlo sus voces,
al llegar a los dos puntos del círculo
donde culpa contraria los separa.

Clérigos fueron los que en la cabeza
no tienen pelo, papas, cardenales,
que están bajo el poder de la avaricia.»

Y yo: «Maestro, entre tales sujetos
debiera yo conocer bien a algunos,
que inmundos fueron de tan grandes males.»

Y él repuso: «Es en vano lo que piensas:
la vida torpe que los ha ensuciado,
a cualquier conocer los hace oscuros.

Se han de chocar los dos eternamente;
éstos han de surgir de sus sepulcros
con el puño cerrado, y éstos, mondos;

mal dar y mal tener, el bello mundo
les ha quitado y puesto en esta lucha:
no empleo más palabras en contarlos.

Hijo, ya puedes ver el corto aliento,
de los bienes fiados a Fortuna,
por los que así se enzarzan los humanos;

que todo el oro que hay bajo la luna,
y existió ya, a ninguna de estas almas
fatigadas podría dar reposa.»

«Maestro --dije yo-, dime ¿quién es esta
Fortuna a la que te refieres
que el bien del mundo tiene entre sus garras?»

Y él me repuso: «Oh locas criaturas,
qué grande es la ignorancia que os ofende;
quiero que tú mis palabras incorpores.

Aquel cuyo saber trasciendo todo,
los cielos hizo y les dio quien los mueve
tal que unas partes a otras se iluminan,

distribuyendo igualmente la luz;
de igual modo en las glorias mundanales
dispuso una ministra que cambiase

los bienes vanos cada cierto tiempo
de gente en gente y de una a la otra sangre,
aunque el seso del hombre no Lo entienda;

por Lo que imperan unos y otros caen,
siguiendo los dictámenes de aquella
que está oculta en la yerba tal serpiente.

Vuestro saber no puede conocerla;
y en su reino provee, juzga y dispone
cual las otras deidades en el suyo.

No tienen tregua nunca sus mudanzas,
necesidad la obliga a ser ligera;
y aún hay algunos que el triunfo consiguen.

Esta es aquella a la que ultrajan tanto,
aquellos que debieran alabarla,
y sin razón la vejan y maldicen.

Más ella en su alegría nada escucha;
feliz con las primeras criaturas
mueve su esfera y alegre se goza.

Ahora bajemos a mayor castigo;
caen las estrellas que salían cuando
eché a andar, y han prohibido entretenerse.»

Del círculo pasamos a otra orilla
sobre una fuente que hierve y rebosa
por un canal que en ella da comienzo.

Aquel agua era negra más que persa;
y, siguiendo sus ondas tan oscuras,
por extraño camino descendimos.

Hasta un pantano va, llamado Estigia,
este arroyuelo triste, cuando baja
al pie de la maligna cuesta gris.

Y yo, que por mirar estaba atento,
gente enfangada vi en aquel pantano
toda desnuda, con airado rostro.

No sólo con las manos se pegaban,
mas con los pies, el pecho y la cabeza,
trozo a trozo arrancando con los dientes.

Y el buen maestro: «Hijo, mira ahora
las almas de esos que venció la cólera,
y también quiero que por cierto tengas

que bajo el agua hay gente que suspira,
y al agua hacen hervir la superficie,
como dice tu vista a donde mire.

Desde el limo exclamaban: «Triste hicimos
el aire dulce que del sol se alegra,
llevando dentro acidioso humo:

tristes estamos en el negro cieno.»
Se atraviesa este himno en su gazar,
y enteras no les salen las palabras.

*Así dimos la vuelta al sucio pozo,
entre la escarpa seca y lo de en medio;
mirando a quien del fango se atraganta:
y al fin llegamos al pie de una torre.*

CANTO V999

*Digo, para seguir, que mucho antes
de llegar hasta el pie de la alta torre,
se encaminó a su cima nuestra vista,*

*porque vimos allí dos lucecitas,
y otra que tan de lejos daba señas,
que apenas nuestros ojos la veían.*

*Y yo le dije al mar de todo seso:
«Esto ¿qué significa? y ¿qué responde
el otro foco, y quién es quién lo hace?»*

*Y él respondió: «Por estas ondas sucias
ya podrás divisar lo que se espera,
si no lo oculta el humo del pantano.»*

*Cuerda no lanzó nunca una saeta
que tan ligera fuese por el aire,
como yo vi una nave pequeñita*

*por el agua venir hacia nosotros,
al gobierno de un solo galeote,
gritando: «Al fin llegaste, alma alevosa.»*

*«Flegias, Flegias, en vano estás gritando
dijole mi señor en este punto-;
tan sólo nos tendrás cruzando el lodo.»*

*Cual es aquel que gran engaño escucha
que le hayan hecho, y luego se contiene,
así hizo Flegias consumido en ira.*

*Subió mi guía entonces a la barca,
y luego me hizo entrar detrás de él;
y sólo entonces pareció cargada.*

*Cuando estuvimos ambos en el leño,
hendiendo se marchó la antigua proa
el agua más que suele con los otros.*

*Mientras que el muerto cauce recorriamos
uno, lleno de fango vino y dijo:
«¿Quién eres tú que vienes a destiempo?»*

*Y le dije: «Si vengo, no me quedo;
pero ¿quién eres tú que estás tan sucio?»
Dijo: «Ya ves que soy uno que llora.»*

*Yo le dije: «Con lutos y con llanto,
puedes quedarte, espíritu maldito,
pues aunque estés tan sucio te conozco.»*

*Entonces tendió al leño las dos manos;
mas el maestro lo evitó prudente,
diciendo: «Vete con los otros perros.»*

*Al cuello luego los brazos me echó,
besome el rostro y dijo: «¡Oh desdeñoso,
bendita la que estuvo de ti encinta!*

*Aquel fue un orgulloso para el mundo;
y no hay bondad que su memoria honre:
por ello está su sombra aquí furiosa.*

*Cuanto por reyes tiénense allá arriba,
aquí estarán cual puercos en el cieno,
dejando de ellos un desprecio horrible.»*

*Y yo: «Maestro, mucho desearía
el verle zambullirse en este caldo,
antes que de este lago nos marchemos.»*

*Y él me repuso: «Aún antes que la orilla
de ti se deje ver, serás saciado:
de tal deseo conviene que goces.»*

*Al poco vi la gran carnicería
que de él hacían las fangosas gentes;
a Dios por ello alabo y doy las gracias.*

*«¡A por Felipe Argenti!», se gritaban,
y el florentino espíritu altanero
contra sí mismo volvía los dientes.*

*Lo dejamos allí, y de él más no cuento.
Mas el oído golpeome un llanto,
y miré atentamente hacia adelante.*

*Exclamó el buen maestro: «Ahora, hijo,
se acerca la ciudad llamada Dite,
de graves habitantes y mesnadas.»*

*Y yo dije: «Maestro, sus mezquitas
en el valle distingo claramente,
rojas cual si salido de una fragua*

*hubieran.» Y él me dijo: «El fuego eterno
que dentro arde, rojas nos las muestra,
como estás viendo en este bajo infierno.»*

*Así llegamos a los hondos fosos
que ciñen esa tierra sin consuelo;
de hierro aquellos muros parecían.*

*No sin dar antes un rodeo grande,
llegamos a una parte en que el barquero
«Salid –gritó con fuerza– aquí es la entrada.»*

*Yo vi a más de un millar sobre la puerta
de llovidos del cielo, que con rabia
decían: «¿Quién es este que sin muerte*

*va por el reino de la gente muerta?»
Y mi sabio maestro hizo una seña
de quererles hablar secretamente.*

*Contuvieron un poco el gran desprecio
y dijeron: « Ven solo y que se marche
quien tan osado entró por este reino;*

*que vuelva solo por la loca senda;
pruebe, si sabe, pues que tú te quedas,
que le enseñaste tan oscura zona.»*

*Piensa, lector, el miedo que me entró
al escuchar palabras tan malditas,
que pensé que ya nunca volvería.*

*«Guía querido, tú que más de siete
veces me has confortado y hecho libre
de los grandes peligros que he encontrado,*

*no me dejéis –le dije– así perdido;
y si seguir más lejos nos impiden,
juntos volvamos hacia atrás los pasos.»*

*Y aquel señor que allí me condujera
«No temas –dijo– porque nuestro paso
nadie puede parar: tal nos lo otorga.*

*Mas espérame aquí, y tu ánimo flaco
conforta y alimenta de esperanza,
que no te dejaré en el bajo mundo.»*

*Así se fue, y allí me abandonó
el dulce padre, y yo me quedé en duda
pues en mi mente el no y el sí luchaban.*

*No pude oír qué fue lo que les dijo:
más no habló mucho tiempo con aquéllos,
pues hacia adentro todos se marcharon.*

*Cerráronle las puertas los demonios
en la cara a mi guía, y quedó afuera,
y se vino hacia mí con pasos lentos.*

*Gacha la vista y privado su rostro
de osadía ninguna, y suspiraba:
« ¡Quién las dolientes casa me ha cerrado! »*

*Y él me dijo: « Tú, porque yo me irrite,
no te asustes, pues venceré la prueba,
por mucho que se empeñen en prohibirlo.*

*No es nada nueva esta insolencia suya,
que ante menos secreta puerta usaron,
que hasta el momento se halla sin cerrojos.*

*Sobre ella contemplaste el triste escrito:
y ya baja el camino desde aquélla,
pasando por los cercos sin escolta,
quien la ciudad al fin nos hará franca.*

CANTO IX

*El color que sacó a mi cara el miedo
cuando vi que mi guía se tornaba,
lo quitó de la suya con presteza.*

*Atento se paró como escuchando,
pues no podía atravesar la vista
el aire negro y la neblina densa.*

*« Deberemos vencer en esta lucha
-comenzó él- si no... Es la promesa.
¡Cuánto tarda en llegar quien esperamos. »*

*Y me di cuenta de que me ocultaba
lo del principio con lo que siguió,
pues palabras distintas fueron éstas;*

*pero no menos miedo me causaron,
porque pensaba que su frase trunca
tal vez peor sentido contuviese.*

*« ¿ En este fondo de la triste hoya
bajó algún otro, desde el purgatorio
donde es pena la falta de esperanza? »*

*Esta pregunta le hice y: « Raramente
-él respondió- sucede que otro alguno
haga el camino por el que yo ando.*

*Verdad es que otra vez estuve aquí,
por la cruel Eritone conjurado,
que a sus cuerpos las almas reclamaba.*

*De mí recién desnuda era mi sombrío,
cuando ella me hizo entrar tras de aquel muro,
a traer un alma del pozo de Judas.*

*Aquel es el más bajo, el más sombrío,
y el lugar de los cielos más lejano;
bien sé el camino, puedes ir sin miedo.*

*Este pantano que gran peste exhala
en torno ciñe la ciudad doliente,
donde entrar no podemos ya sin ira. »*

*Dijo algo más, pero no lo recuerdo,
porque mi vista se había fijado
en la alta torre de cima ardorosa,*

*donde al punto de pronto aparecieron
tres sanguinosas furias infernales
que cuerpo y porte de mujer tenían,*

*se ceñían con serpientes verdes;
su pelo eran culebras y cerastas
con que peinaban sus horribles sienas:*

*Y él que bien conocía a las esclavas
de la reina del llanto sempiterno
Las Feroces Erinias -dijo- mira:*

*Mequera es esa del izquierdo lado,
esa que llora al derecho es Aleto;
Tefone está en medio.» Y más no dijo.*

*Con las uñas el pecho se rasgaban,
y se azotaban, gritando tan alto,
que me estreché al poeta, temeroso.*

*«Ah, que venga Medusa a hacerle piedra
-las tres decían mientras me miraban-
malo fue el no vengarnos de Teseo.»*

*«Date la vuelta y cierra bien los ojos;
si viniera Gorgona y la mirases
nunca podrías regresar arriba.»*

*Así dijo el Maestro, y en persona
me volvió, sin fiarse de mis manos,
que con las suyas aún no me tapase.*

*Vosotros que tenéis la mente sana,
observad la doctrina que se esconde
bajo el velo de versos enigmáticos.*

*Mas ya venía por las turbias olas
el estruendo de un son de espanto lleno,
por lo que retemblaron ambas márgenes;*

*hecho de forma semejante a un viento
que, impetuoso a causa de contrarios
ardores, hiere el bosque y, sin descanso,*

*las ramas troncha, abate y lejos lleva;
delante polvoroso va soberbio,
y hace escapar a fieras y a pastores.*

*Me destapó los ojos: «Lleva el nervio
de la vista por esa espuma antigua,
hacia allí donde el humo es más acerbo.»*

*Como las ranas ante la enemiga
bicha, en el agua se sumergen todas,
hasta que todas se juntan en tierra,*

*más de un millar de almas destruidas
vi que huían ante uno, que a su paso
cruzaba Estigia con los pies enjutos.*

*Del rostro se apartaba el aire espeso
de vez en cuando con la mano izquierda;
y sólo esa molestia le cansaba.*

*Bien noté que del cielo era enviado,
y me volví al maestro que hizo un signo
de que estuviera quieto y me inclinase.*

*¡Cuán lleno de desdén me parecía!
Llegó a la puerta, y con una varita
la abrió sin encontrar impedimento.*

*«¡Oh, arrojados del cielo, despreciados!
-gritole él desde el umbral horrible-
¿Cómo es que aún conserváis esta arrogancia?*

*¿Y por qué os resistís a aquel deseo
cuyo fin nunca pueda detenerse,
y que más veces acreció el castigo?*

*¿De qué sirve al destino dar de coces?
Vuestro Cerbero, si bien recordáis,
aún hocico y mentón lleva pelados.»*

*Luego tomó el camino cenagoso,
sin decirnos palabra, mas con cara
de a quien otro cuidado apremia y muerde,*

y no el de aquellos que tiene delante.
A la ciudad los pasos dirigimos,
seguros ya tras sus palabras santas.

Dentro, sin guerra alguna, penetramos;
y yo, que de mirar estaba ansioso
todas las cosas que el castillo encierra,

al estar dentro miro en torno mío;
y veo en todas partes un gran campo,
lleno de pena y reo de tormentos.

Como en Arlés donde se estanca el Ródano,
o como el Pola cerca del Carnaro,
que Italia cierra y sus límites baña,

todo el sitio ondulado hacen las tumbas,
de igual manera allí por todas partes,
salvo que de manera aún más amarga,

pues llamaradas hay entre las fosas;
y tanto ardían que en ninguna fragua,
el hierro necesita tanto fuego.

Sus lápidas estaban removidas,
y salían de allí tales lamentos,
que parecían de almas condenadas.

Y yo: «Maestro, qué gentes son esas
que, sepultadas dentro de esas tumbas,
se hacen oír con dolientes suspiros?»

Y dijo: «Están aquí los heresiarcas,
sus secuaces, de toda secta, y llenas
están las tumbas más de lo que piensas.

El igual con su igual está enterrado,
y los tímulos arden más o menos.»
Y luego de volverse a la derecha,
cruzamos entre fosas y altos muros.

CANTO X

Siguió entonces por una oculta senda
entre aquella muralla y los martirios
mi Maestro, y yo fui tras de sus pasos.

«Oh virtud suma, que en los infernales
círculos me conduces a tu gusto,
háblame y satisface mis deseos:

a la gente que yace en los sepulcros
¿la podré ver?, pues ya están levantadas
todas las losas, y nadie vigila.»

Y él repuso: «Cerrados serán todos
cuando aquí vuelvan desde Josafat
con los cuerpos que allá arriba dejaron.

Su cementerio en esta parte tienen
con Epicuro todos sus secuaces
que el alma, dicen, con el cuerpo muere.

Pero aquella pregunta que me hiciste
pronto será aquí mismo satisfecha,
y también el deseo que me callas.»

Y yo: «Buen guía, no te oculta nada
mi corazón, si no es por hablar poco;
y tú me tienes a ello predispuesto.»

«Oh toscano que en la ciudad del fuego
caminas vivo, hablando tan humilde,
te plazca detenerte en este sitio,

porque tu acento demuestra que eres
natural de la noble patria aquella
a la que fui, tal vez, harto dañoso.»

Este son escapó súbitamente
desde una de las arcas; y temiendo,
me arrimé un poco más a mi maestro.

*Pero él me dijo: «Vuélvete, ¿qué haces?
mira allí a Farinatta que se ha alzado;
le verás de cintura para arriba.»*

*Fijado en él había ya mi vista;
y aquél se erguía con el pecho y frente
cual si al infierno mismo despreciase.*

*Y las valientes manos de mi guía
me empujaron a él entre las tumbas,
diciendo: «Sé medido en tus palabras.»*

*Como al pie de su tumba yo estuviese,
me miró un poco, y como con desdén,
me preguntó: «¿Quién fueron tus mayores?»*

*Yo, que de obedecer estaba ansioso,
no lo oculté, sino que se lo dije,
y él levantó las cejas levemente.*

*«Con fiereza me fueron adversarios
a mí y a mi partido y mis mayores,
y así dos veces tuve que expulsarles.»*

*«Si les echaste -dije- regresaron
de todas partes, una y otra vez;
mas los vuestros tal arte no aprendieron.»*

*Surgió entonces al borde de su foso
otra sombra, a su lado, hasta la barba:
creo que estaba puesta de rodillas.*

*Miró a mi alrededor, cual si propósito
tuviese de encontrar conmigo a otro,
y cuando fue apagada su sospecha,*

*llorando dijo: «Si por esta ciega
cárcel vas tú por nobleza de ingenio,
¿y mi hijo?, ¿por qué no está contigo?»*

*Y yo dije: «No vengo por mí mismo,
el que allá aguarda por aquí me lleva
a quien Guido, tal vez, fue indiferente.»*

*Sus palabras y el modo de su pena
su nombre ya me habían revelado;
por eso fue tan clara mi respuesta.*

*Súbitamente alzado gritó: «¿Cómo
has dicho?, ¿Fue?, ¿Es que entonces ya no vive?
¿La dulce luz no hiere ya sus ojos?»*

*Y al advertir que una cierta demora
antes de responderle yo mostraba,
cayó de espaldas sin volver a alzarse.*

*Mas el otro gran hombre, a cuyo ruego
yo me detuve, no alteró su rostro,
ni movió el cuello, ni inclinó su cuerpo.*

*Y así, continuando lo de antes,
«Que aquel arte -me dijo- mal supieran,
eso, más que este lecho, me tortura.*

*Pero antes que cincuenta veces arda
la faz de la señora que aquí reina,
tú has de saber lo que tal arte pesa.*

*Y así regreses a ese dulce mundo,
dime, ¿por qué ese pueblo es tan impio
contra los míos en todas sus leyes?»*

*Y yo dije: «El estrago y la matanza
que teñirse de rojo al Arbia hizo,
obliga a tal decreto en nuestros templos.»*

*Me respondió moviendo la cabeza:
«No estuve solo allí, ni ciertamente
sin razón me moví con esos otros:*

*mas estuve yo solo, cuando todos
en destruir Florencia consentían,
defendiéndola a rostro descubierto.»*

*«Ah, que repose vuestra descendencia
-yo le rogué-, este nudo desatadme
que ha enmarañado aquí mi pensamiento.*

*Parece que sabéis, por lo que escucho,
lo que nos trae el tiempo de antemano,
mas usáis de otro modo en lo de ahora.»*

*«Vemos, como quien tiene mala luz,
las cosas -dijo- que se encuentran lejos,
gracias a lo que esplende el Sumo Guía.*

*Cuando están cerca, o son, vano es del todo
nuestro intelecto; y si otros no nos cuentan,
nada sabemos del estado humano.*

*Y comprender podrás que muerto quede
nuestro conocimiento en aquel punto
que se cierre la puerta del futuro.»*

*Arrepentido entonces de mi falta,
dije: «Diréis ahora a aquel yacente
que su hijo aún se encuentra con los vivos;*

*y si antes mudo estuve en la respuesta,
hazle saber que fue porque pensaba
ya en esa duda que me habéis resuelto.»*

*Y ya me reclamaba mi maestro;
y yo rogué al espíritu que rápido
me refiriese quién con él estaba.*

*Dijome: «Aquí con más de mil me encuentro;
dentro se halla el segundo Federico,
y el Cardenal, y de los otros callo.»*

*Entonces se ocultó; y yo hacia el antiguo
poeta volví el paso, repensando
esas palabras que creí enemigas.*

*Él echó a andar y luego, caminando,
me dijo: «¿Por qué estás tan abatido?»
Y yo le satisface la pregunta.*

*« Conserva en la memoria lo que oíste
contrario a ti -me aconsejó aquel sabio-
y atiende ahora -y levantó su dedo-:*

*cuando delante estés del dulce rayo
de aquella cuyos ojos lo ven todo
de ella sabrás de tu vida el viaje.*

*Luego volvió los pies a mano izquierda:
dejando el muro, fuimos hacia el centro
por un sendero que conduce a un valle,
cuyo hedor hasta allí desagradaba.*

CANTO XI

*Por el extremo de un acantilado,
que en círculo formaban peñas rotas,
llegamos a un gentío aún más doliente;*

*y allí, por el exceso tan horrible
de la peste que sale del abismo,
al abrigo detrás nos colocamos*

*de un gran sepulcro, donde vi un escrito
«Aquí el papa Anastasio está encerrado
que Fotino apartó del buen camino.»*

*«Conviene que bajemos lentamente,
para que nuestro olfato se acostumbre
al triste aliento; y luego no moleste.»*

*Así el Maestro, y yo: «Compensación
-dijele- encuentra, pues que el tiempo en balde
no pase.» Y él: «Ya ves que en eso pienso.*

*Dentro, hijo mío, de estos pedregales
-luego empezó a decir- tres son los círculos
que van bajando, como los que has visto.*

*Todos llenos están de condenados,
más porque luego baste que los mires,
oye cómo y por qué se les encierra:*

*Toda maldad, que el odio causa al cielo,
tiene por fin la injuria, y ese fin
o con fuerza o con fraude a otros contrista;*

*mas siendo el fraude un vicio sólo humano,
más lo odia Dios, por ello son al fondo
los fraudulentos aún más castigados.*

*De los violentos es el primer círculo;
más como se hace fuerza a tres personas,
en tres recintos está dividido;*

*a Dios, y a sí, y al prójimo se puede
forzar; digo a ellos mismos y a sus cosas,
como ya claramente he de explicarte.*

*Muerte por fuerza y dolientes heridas
al prójimo se dan, y a sus haberes
ruinas, incendios y robos dañosos;*

*y así a homicidas y a los que mal hieren,
ladrones e incendiarios, atormenta
el recinto primero en varios grupos.*

*Puede el hombre tener violenta mano
contra él mismo y sus cosas; y es preciso
que en el segundo recinto lo purgue*

*el que se priva a sí de vuestro mundo,
juega y derrocha aquello que posee,
y llora allí donde debió alegrarse.*

*Puede hacer fuerza contra la deidad,
blasfemando, negándola en su alma,
despreciando el amor de la natura;*

*y el recinto menor lleva la marca
del signo de Cahors y de Sodoma,
y del que habla de Dios con menosprecio.*

*El fraude, que cualquier conciencia muerde,
se puede hacer a quien de uno se fía,
o a aquel que la confianza no ha mostrado.*

*Se diría que de esta forma matan
el vínculo de amor que hace natura;
y en el segundo círculo se esconden*

*hipocresía, adulación, quien hace
falsedad, latrocinio y simonía,
rufianes, barateros y otros tales.*

*De la otra forma aquel amor se olvida
de la naturaleza, y lo que crea,
de donde se genera la confianza;*

*y al Círculo menor, donde está el centro
del universo, donde asienta Dite,
el que traiciona por siempre es llevado.»*

*Y yo: «Maestro, muy clara procede
tu razón, y bastante bien distingue
este lugar y el pueblo que lo ocupa:*

*pero ahora dime: aquellos de la ciénaga,
que lleva el viento, y que azota la lluvia,
y que chocan con voces tan acerbas,*

¿por qué no dentro de la ciudad roja
son castigados, si a Dios enojaron?
y si no, ¿por qué están en tal suplicio?»

Y entonces él: «¿Por qué se aleja tanto
-dijo- tu ingenio de lo que acostumbra?,
¿o es que tu mente mira hacia otra parte?

¿Ya no te acuerdas de aquellas palabras
que reflejan en tu ÉTICA las tres
inclinaciones que no quiere el cielo,

incontinencia, malicia y la loca
bestialidad? ¿y cómo incontinencia
menos ofende y menos se castiga?

Y si miras atento esta sentencia,
y a la mente preguntas quién son esos
que allí fuera reciben su castigo,

comprenderás por qué de estos felones
están aparte, y a menos crudeza
la divina venganza les somete.»

«Oh sol que curas la vista turbada,
tú me contentas tanto resolviendo,
que no sólo el saber, dudar me gusta.

Un poco más atrás vuélvete ahora
-díjele--, allí donde que usura ofende
a Dios dijiste, y quitame el enredo.»

«A quien la entiende, la Filosofía
hace notar, no sólo en un pasaje
cómo natura su carrera toma

del divino intelecto y de su arte;
y si tú FÍSICA miras despacio,
encontrarás, sin mucho que lo busques,

que el arte vuestro a aquélla, cuanto pueda,
sigue como al maestro su discípulo,
tal que vuestro arte es como de Dios nieta.

Con estas dos premisas, si recuerdas
el principio del Génesis, debemos
ganarnos el sustento con trabajo.

Y al seguir el avaro otro camino,
por éste, a la natura y a sus frutos,
desprecia, y pone en lo otro su esperanza.

Más sígueme, porque avanzar me place;
que Piscis ya remonta el horizonte
y todo el Carro yace sobre el Coro,
y el barranco a otro sitio se despeña.

CANTO XXII

Era el lugar por el que descendimos
alpestre y, por aquel que lo habitaba,
cualquier mirada hubiéralo esquivado.

Como son esas ruinas que al costado
de acá de Trento azota el río Adigio,
por terremoto o sin tener cimientos,

que de lo alto del monte, del que bajan
al llano, tan hendida está la roca
que ningún paso ofrece a quien la sube;

de aquel barranco igual era el descenso;
y allí en el borde de la abierta sima,
el oprobio de Creta estaba echado

que concebido fue en la falsa vaca;
cuando nos vio, a sí mismo se mordía,
tal como aquel que en ira se consume.

*Mi sabio entonces le gritó: «Por suerte
piensas que viene aquí el duque de Atenas,
que allí en el mundo la muerte te trajo?»*

*Aparta, bestia, porque éste no viene
siguiendo los consejos de tu hermana,
sino por contemplar vuestros pesares.»*

*Y como el toro se deslaza cuando
ha recibido ya el golpe de muerte,
y huir no puede, más de aquí a allí salta,*

*así yo vi que hacia el Minotauro;
y aquel prudente gritó: «Corre al paso;
bueno es que bajes mientras se enfurece.»*

*Descendimos así por el derrumbe
de las piedras, que a veces se movían
bajo mis pies con esta nueva carga.*

*Iba pensando y díjome: «Tú piensas
tal vez en esta ruina, que vigila
la ira bestial que ahora he derrotado.*

*Has de saber que en la otra ocasión
que descendí a lo hondo del infierno,
esta roca no estaba aún desgarrada;*

*pero sí un poco antes, si bien juzgo,
de que viniese Aquel que la gran presa
quitó a Dite del círculo primero,*

*tembló el infecto valle de tal modo
que pensé que sintiese el universo
amor, por el que alguno cree que el mundo*

*muchas veces en caos vuelve a trocarse;
y fue entonces cuando esta vieja roca
se partió por aquí y por otros lados.*

*Mas mira el valle, pues que se aproxima
aquel río sangriento, en el cual hierve
aquel que con violencia al otro daña.»*

*¡Oh tú, ciega codicia, oh loca furia,
que así nos mueves en la corta vida,
y tan mal en la eterna nos sumerges!*

*Vi una amplia fosa que torcía en arco,
y que abrazaba toda la llanura,
según lo que mi guía había dicho.*

*Y por su pie corrían los centauros,
en hilera y armados de saetas,
como cazar solían en el mundo.*

*Viéndonos descender, se detuvieron,
y de la fila tres se separaron
con los arcos y flechas preparadas.*

*Y uno gritó de lejos: «¿A qué pena
venís vosotros bajando la cuesta?
Decidlo desde allí, o si no disparo.»*

*«La respuesta –le dijo mi maestro–
daremos a Quirón cuando esté cerca:
tu voluntad fue siempre impetuosa.»*

*Después me tocó, y dijo: «Aquel es Neso,
que murió por la bella Deyanira,
contra sí mismo tomó la venganza.*

*Y aquel del medio que al pecho se mira,
el gran Quirón, que fue el ayo de Aquiles;
y el otro es Folo, el que habló tan airado.*

*Van a millares rodeando el foso,
flechando a aquellas almas que abandonan
la sangre, más que su culpa permite.»*

Nos acercamos a las raudas fieras:
Quirón cogió una flecha, y con la punta,
de la mejilla retiró la barba.

Cuando hubo descubierto la gran boca,
dijo a sus compañeros: «¿No os dais cuenta
que el de detrás remueve lo que pisa?

No lo suelen hacer los pies que han muerto.»
Y mi buen guía, llegándole al pecho,
donde sus dos naturas se entremezclan,

respondió: «Está bien vivo, y a él tan sólo
debo enseñarle el tenebroso valle:
necesidad le trae, no complacencia.

Alguien cesó de cantar Aleluya,
y ésta nueva tarea me ha encargado:
él no es ladrón ni yo alma condenada.

Más por esta virtud por la cual muevo
los pasos por camino tan salvaje,
danos alguno que nos acompañe,

que nos muestre por dónde se vadea,
y que a éste lleve encima de su grupa,
pues no es alma que viaje por el aire.»

Quirón se volvió atrás a la derecha,
y dijo a Neso: «Vuelve y dales guía,
y hazles pasar si otro grupo se encuentran.»

Y nos marchamos con tan fiel escolta
por la ribera del bullir rojizo,
donde mucho gritaban los que hervían.

Gente vi sumergida hasta las cejas,
y el gran centauro dijo: «Son tiranos
que vivieron de sangre y de rapiña:

lloran aquí sus daños despiadados;
está Alejandro, y el feroz Dionisio
que a Sicilia causó tiempos penosos.

Y aquella frente de tan negro pelo,
es Azolino; y aquel otro rubio,
es Opizzo de Este, que de veras

fue muerto por su hijastro allá en el mundo.»
Me volví hacia el poeta y él me dijo:
«Ahora éste es el primero, y yo el segundo.»

Al poco rato se fijó el Centauro
en unas gentes, que hasta la garganta
parecían, salir del hervidero.

Dijonos de una sombra ya apartada:
«En la casa de Dios aquél hirió -
el corazón que al Támesis chorrea.»

Luego vi gentes que sacaban fuera
del río la cabeza, y hasta el pecho;
y yo reconocí a bastantes de ellos.

Así iba descendiendo poco a poco
aquella sangre que los pies cocía,
y por allí pasamos aquel foso.

«Así como tú ves que de esta parte
el hervidero siempre va bajando,
-dijo el centauro- quiero que conozcas

que por la otra más y más aumenta
su fondo, hasta que al fin llega hasta el sitio
en donde están gimiendo los tiranos.

La divina justicia aquí castiga
a aquel Atila azote de la tierra
y a Pirro y Sexto; y para siempre ordeña

las lágrimas, que arrancan los hervores,
a Rinier de Corneto, a Rinier Pazzo
qué en los caminos tanta guerra hicieron.»
Volvióse luego y franqueó aquel vado.

CANTO X999

Neso no había aún vuelto al otro lado,
cuando entramos nosotros por un bosque
al que ningún sendero señalaba.

No era verde su fronda, sino oscura;
ni sus ramas derechas, mas torcidas;
sin frutas, mas con púas venenosas.

Tan tupidos, tan ásperos matorros
no conocen las fieras que aborrecen
entre Corneto y Cécina los campos.

Hacen allí su nido las arpías,
que de Estrófane echaron al Troyano
con triste anuncio de futuras cuitas.

Alas muy grandes, cuello y rostro humanos
y garras tienen, y el vientre con plumas;
en árboles tan raros se lamentan.

Y el buen Maestro: «Antes de adentrarte,
sabrás que este recinto es el segundo
-me comenzó a decir- y estarás hasta

que puedas ver el horrible arenal;
mas mira atentamente; así verás
cosas que si te digo no creerías.»

Yo escuchaba por todas partes ayes,
y no vela a nadie que los diese,
por lo que me detuve muy asustado.

Yo creí que él creyó que yo creía
que tanta voz salía del follaje,
de gente que a nosotros se ocultaba.

Y por ello me dijo: «Si tronchases
cualquier manojito de una de estas plantas,
tus pensamientos también romperías.»

Entonces extendí un poco la mano,
y corté una ramita a un gran endrino;
y su tronco gritó: «¿Por qué me hieres?

Y haciéndose después de sangre oscuro
volvió a decir: «Por qué así me desgarras?
¿Es que no tienes compasión alguna?

Hombres fuimos, y ahora matorrales;
más piadosa debiera ser tu mano,
aunque fuéramos almas de serpientes.»

Como una astilla verde que encendida
por un lado, gotea por el otro,
y chirría el vapor que sale de ella,

así del roto esqueje salen juntas
sangre y palabras: y dejé la rama
caer y me quedé como quien teme.

«Si él hubiese creído de antemano
-le respondió mi sabio-, ánima herida,
aquello que en mis rimas ha leído,

no hubiera puesto sobre ti la mano:
más me ha llevado la increíble cosa
a inducirle a hacer algo que me pesa:

mas dile quién has sido, y de este modo
algún aumento renueve tu fama
allí en el mundo, al que volver él puede.»

*Y el tronco: «Son tan dulces tus lisonjas
que no puedo callar; y no os moleste
si en hablaros un poco me entretengo:*

*Yo soy aquel que tuvo las dos llaves
que el corazón de Federico abrían
y cerraban, de forma tan suave,*

*que a casi todos les negó el secreto;
tanta fidelidad puse en servirle
que mis noches y días perdí en ello.*

*La meretriz que jamás del palacio
del César quita la mirada impúdica,
muerte común y vicio de las cortes,*

*encendió a todos en mi contra; y tanto
encendieron a Augusto esos incendios
que el gozo y el honor trocose en lutos;*

*mi ánimo, al sentirse despreciado,
creyendo con morir huir del desprecio,
culpable me hizo contra mí inocente.*

*Por las raras raíces de este leño,
os juro que jamás rompí la fe
a mi señor, que fue de honor tan digno.*

*Y si uno de los dos regresa al mundo,
rehabilite el recuerdo que se duele
aún de ese golpe que asesta la envidia.»*

*Paró un poco, y después: «Ya que se calla,
no pierdas tiempo -díjome el poeta-
habla y pregúntale si más deseas.»*

*Yo respondí: «Pregúntale tú entonces
lo que tú pienses que pueda gustarme;
pues, con tanta aflicción, yo no podría.»*

*Y así volvió a empezar: «Para que te haga
de buena gana aquello que pediste,
encarcelado espíritu, aún te plazca*

*decirnos cómo el alma se encadena
en estos troncos; dínos, si es que puedes,
si alguna se despega de estos miembros.»*

*Sopló entonces el tronco firmemente
trocándose aquel viento en estas voces:
«Brevemente yo quiero responderos;*

*cuando un alma feroz ha abandonado
el cuerpo que ella misma ha desunido
Minos la manda a la séptima fosa.*

*Cae a la selva en parte no elegida;
más donde la fortuna la dispara,
como un grano de espelta allí germina;*

*surge en retoño y en planta silvestre:
y al converse sus hojas las Arpías,
dolor le causan y al dolor ventana.*

*Como las otras, por nuestros despojos,
vendremos, sin que vistan a ninguna;
pues no es justo tener lo que se tira.*

*A rastras los traeremos, y en la triste
selva serán los cuerpos suspendidos,
del endrino en que su fie cada sombra.»*

*Aún pendientes estábamos del tronco
creyendo que quisiera más contarnos,
cuando de un ruido fuimos sorprendidos,*

*Igual que aquel que venir desde el puesto
escucha al jabali y a la jauría
y oye a las bestias y un ruido de frondas;*

*Y miro a dos que vienen por la izquierda,
desnudos y arañados, que en la huida,
de la selva rompían toda mata.*

*Y el de delante: «¡Acude, acude, muerte!»
Y el otro, que más lento parecía,
gritaba: «Lano, no fueron tan raudas*

*en la batalla de Toppo tus piernas.»
Y cuando ya el aliento le faltaba,
de él mismo y de un arbusto formó un nudo.*

*La selva estaba llena detrás de ellos
de negros canes, corriendo y ladrando
cual lebreles soltados de trailla.*

*El diente echaron al que estaba oculto
y lo despedazaron trozo a trozo;
luego llevaron los miembros dolientes.*

*Cogiome entonces de la mano el guía,
y me llevó al arbusto que lloraba,
por los sangrantes rotos, vanamente.*

*Decía: «Oh Giácomo de Sant' Andrea,
¿qué te ha valido de mí hacer refugio?
¿qué culpa tengo de tu mala vida?»*

*Cuando el maestro se paró a su lado,
dijo: «¿Quién fuiste, que por tantas puntas
con sangre exhalas tu habla dolorosa?»*

*Y él a nosotros: «Oh almas que llegadas
sois a mirar el vergonzoso estrago,
que mis frondas así me ha desunido,*

*recogedlas al pie del triste arbusto.
Yo fui de la ciudad que en el Bautista
cambió el primer patrón: el cual, por esto*

*con sus artes por siempre la hará triste;
y de no ser porque en el puente de Arno
aún permanece de él algún vestigio,*

*esas gentes que la reedificaron
sobre las ruinas que Atila dejó,
habrían trabajado vanamente.
Yo de mi casa hice mi cadaiso.»*

CANTO XXV

*Y como el gran amor del lugar patrio
me conmovió, reuní la rota fronda,
y se la devolví a quien ya callaba.*

*Al límite llegamos que divide
el segundo recinto del tercero,
y vi de la justicia horrible modo.*

*Por bien manifestar las nuevas cosas,
he de decir que a un páramo llegamos,
que de su seno cualquier planta ahuyenta.*

*La dolorosa selva es su guirnalda,
como para ésta lo es el triste foso;
justo al borde los pasos detuvimos.*

*Era el sitio una arena espesa y seca,
hecha de igual manera que esa otra
que oprimiera Catón con su pisada.*

*¡Oh venganza divina, cuánto debes
ser temida de todo aquel que lea
cuanto a mis ojos fuera manifiesto!*

*De almas desnudas vi muchos rebaños,
todas llorando llenas de miseria,
y en diversas posturas colocadas:*

unas gentes yacían boca arriba;
encogidas algunas se sentaban,
y otras andaban incesantemente.

Eran las más las que iban dando vueltas,
menos las que yacían en tormento,
pero más se quejaban de sus males.

Por todo el arenal, muy lentamente,
llueven copos de fuego dilatados,
como nieve en los Alpes si no hay viento.

Como Alejandro en la caliente zona
de la India vio llamas que caían
hasta la tierra sobre sus ejércitos;

por lo cual ordenó pisar el suelo
a sus soldados, puesto que ese fuego
se apagaba mejor si estaba aislado,

así bajaba aquel ardor eterno;
y encendía la arena, tal la yesca
bajo eslabón, y el tormento doblaba.

Nunca reposo hallaba el movimiento
de las miserables manos, repeliendo
aquí o allá de sí las nuevas llamas.

Yo comencé: «Maestro, tú que vences
todas las cosas, salvo a los demonios
que al entrar por la puerta nos salieron,

¿Quién es el grande que no se preocupa
del fuego y yace despectivo y fiero,
cual si la lluvia no le madurase?»

Y él mismo, que se había dado cuenta
que preguntaba por él a mi guía,
gritó: «Como fui vivo, tal soy muerto.

Aunque Jove cansara a su artesano
de quien, fiero, tomó el fulgor agudo
con que me golpeó el último día,

o a los demás cansase uno tras otro,
de Mongibelo en esa negra fragua,
clamando: "Buen Vulcano, ayuda, ayuda"

tal como él hizo en la lucha de Flegra,
y me asaeteara con sus fuerzas,
no podría vengarse alegremente.»

Mi guía entonces contestó con fuerza
tanta, que nunca le hube así escuchado:
«Oh Capaneo, mientras no se calme

tu soberbia, serás más afligido:
ningún martirio, aparte de tu rabia,
a tu furor dolor será adecuado.»

Después se volvió a mí con mejor tono,
«Este fue de los siete que asediaron
a Tebas; tuvo a Dios, y me parece

que aún le tenga, desdén, y no le implora;
más como yo le dije, sus despechos
son en su pecho galardón bastante.

Sígueme ahora y cuida que tus pies
no pisen esta arena tan ardiente,
mas camina pegado siempre al bosque.»

En silencio llegamos donde corre
fuera ya de la selva un arroyuelo,
cuyo rojo color aún me horripila:

como del Bulicán sale el arroyo
que reparten después las pecadoras,
al correr a través de aquella arena.

*El fondo de éste y ambas dos paredes
eran de piedra, igual que las orillas;
y por ello pensé que ése era el paso.*

*«Entre todo lo que yo te he enseñado,
desde que atravesamos esa puerta
cuyos umbrales a nadie se niegan,*

*ninguna cosa has visto más notable
como el presente río que las llamas
apaga antes que lleguen a tocarle.»*

*Esto dijo mi guía, por lo cual
yo le rogué que acrecentase el pasto,
del que acrecido me había el deseo.*

*«Hay en medio del mar un devastado
país -me dijo- que se llama Creta;
bajo su rey fue el mundo virtuoso.*

*Hubo allí una montaña que alegraban
aguas y frondas, se llamaba Ida:
cual cosa vieja se halla ahora desierta.*

*La excelsa Rea la escogió por cuna
para su hijo y, por mejor guardarlo,
cuando lloraba, mandaba dar gritos.*

*Se alza un gran viejo dentro de aquel monte,
que hacia Damiatra vuelve las espaldas
y al igual que a un espejo a Roma mira.*

*Está hecha su cabeza de oro fino,
y plata pura son brazos y pecho,
se hace luego de cobre hasta las ingles;*

*y del hierro mejor de aquí hasta abajo,
salvo el pie diestro que es barro cocido:
y más en éste que en el otro apoya.*

*Sus partes, salvo el oro, se hallan rotas
por una raja que gotea lágrimas,
que horadan, al juntarse, aquella gruta;*

*su curso en este valle se derrama:
forma Aqueronte, Estigia y Flagetonte;
corre después por esta estrecha espita*

*al fondo donde más no se descende:
forma Cocito; y cuál sea ese pantano
ya lo verás; y no te lo describo.»*

*Yo contesté: «Si el presente riachuelo
tiene así en nuestro mundo su principio,
¿Como puede encontrarse en este margen?»*

*Respondió: «Sabes que es redondo el sitio,
y aunque hayas caminado un largo trecho
hacia la izquierda descendiendo al fondo,*

*aún la vuelta completa no hemos dado;
por lo que si aparecen cosas nuevas,
no debes contemplarlas con asombro.»*

*Y yo insistí «Maestro, ¿dónde se hallan
Flegetonte y Leteo?; a uno no nombras,
y el otro dices que lo hace esta lluvia.»*

*«Me agradan ciertamente tus preguntas
-dijo-, mas el bullir del agua roja
debía resolverte la primera.*

*Fuera de aquí podrás ver el Leteo,
allí donde a lavarse van las almas,
cuando la culpa purgada se borra.»*

*Dijo después: «Ya es tiempo de apartarse
del bosque; ven caminando detrás:
dan paso las orillas, pues no queman,
y sobre ellas se extingue cualquier fuego.»*

CANTO XV

*Caminamos por uno de los bordes,
y tan denso es el humo del arroyo,
que del fuego protege agua y orillas.*

*Tal los flamencos entre Gante y Brujas,
temiendo el viento que en invierno sopla,
a fin de que huya el mar hacen sus diques;*

*y como junto al Brenta los paduanos
por defender sus villas y castillos,
antes que Chiarentana el calor sienta;*

*de igual manera estaban hechos éstos,
sólo que ni tan altos ni tan gruesos,
fuese el que fuese quien los construyera.*

*Ya estábamos tan lejos de la selva
que no podría ver dónde me hallaba,
aunque hacia atrás yo me diera la vuelta,*

*cuando encontramos un tropel de almas
que andaban junto al dique, y todas ellas
nos miraban cual suele por la noche*

*mirarse el uno al otro en luna nueva;
y para vernos fruncían las cejas
como hace el sastre viejo con la aguja.*

*Examinado así por tal familia,
de uno fui conocido, que agarró
mi túnica y gritó: «¡Qué maravilla!»*

*y yo, al verme cogido por su mano
fijé la vista en su quemado rostro,
para que, aun abrasado, no impidiera,*

*su reconocimiento a mi memoria;
e inclinando la mía hacia su cara
respondí: «¿Estáis aquí, señor Brunetto?»*

*«Hijo, no te disguste -me repuso-
si Brunetto Latino deja un rato
a su grupo y contigo se detiene.»*

*Y yo le dije: «Os lo pido gustoso;
y si queréis que yo, con vos me pare,
lo haré si place a aquel con el que ando.»*

*«Hijo -repuso-, aquel de este rebaño
que se para, después cien años yace,
sin defenderse cuando el fuego quema.*

*Camina pues: yo marcharé a tu lado;
y alcanzaré más tarde a mi mesnada,
que va llorando sus eternos males.»*

*Yo no osaba bajarme del camino
y andar con él; más gacha la cabeza
tenía como el hombre reverente.*

*Él comenzó: «¿Qué fortuna o destino
antes de postrer día aquí te trae?
¿y quién es éste que muestra el camino?»*

*Y yo: «Allá arriba, en la vida serena
-le respondí- me perdí por un valle,
antes de que mi edad fuese perfecta.*

*Lo dejé atrás ayer por la mañana;
éste se apareció cuando a él volvía,
y me lleva al hogar por esta ruta.»*

*Y él me repuso: «Si sigues tu estrella
glorioso puerto alcanzarás sin falta,
si de la vida hermosa bien me acuerdo;*

*y si no hubiese muerto tan temprano,
viendo que el cielo te es tan favorable,
dado te habría ayuda en la tarea.*

Más aquel pueblo ingrato y malicioso
que desciende de Fiesole de antiguo,
y aún tiene en él del monte y del peñasco,

si obras bien ha de hacerse tu contrario:
y es con razón, que entre ásperos serbales
no debe madurar el dulce higo.

Vieja fama en el mundo llama ciegos,
gente es avara, envidiosa y soberbia:
librate siempre tú de sus costumbres.

Tanto honor tú fortuna te reserva,
que la una parte y la otra tendrán hambre
de ti; más lejos pon del chivo el pasto.

Las bestias fiesolanas se apacienten
de ellas mismas, y no toquen la planta,
si alguna surge aún entre su estiércol,

en que reviva la simiente santa
de los romanos que quedaron, cuando
hecho fue el nido de tan gran malicia.»

«Si pudiera cumplirse mi deseo
aún no estaríais vos -le repliqué-
de la humana natura separado;

que en mi mente está fija y aún me apena,
querida y buena, la paterna imagen
vuestra, cuando en el mundo hora tras hora

me enseñabais que el hombre se hace eterno;
y cuánto os lo agradezco, mientras viva,
conviene que en mi lengua se proclame.

Lo que narráis de mi carrera escribo,
para hacerlo glosar, junto a otro texto,
si hasta ella llego, a la mujer que sabe.

Sólo quiero que os sea manifiesto
que, con estar tranquila mi conciencia,
me doy, sea cual sea, a la Fortuna.

No es nuevo a mis oídos tal augurio:
mas la Fortuna hace girar su rueda
como gusta, y el labrador su azada.»

Entonces mi maestro la mejilla
derecha volvió atrás, y me miró;
dijo después: «Bien oye el precavido.»

Pero yo no dejé de hablar por eso
con ser Brunetto, y pregunto quién son
sus compañeros de más alta fama.

Y él me dijo: «Saber de alguno es bueno;
de los demás será mejor que calle,
que a tantos como son el tiempo es corto.

Sabe, en suma, que todos fueron clérigos
y literatos grandes y famosos,
al mundo sucios de un igual pecado.

Prisciano va con esa turba misera,
y Francesco D'Accorso; y ver con éste,
si de tal tiña tuvieses deseo,

podrás a quien el Siervo de los Siervos
hizo mudar del Arno al Bachiglión,
donde dejó los nervios mal usados.

De otros diría, mas charla y camino
no pueden alargarse, pues ya veo
surgir del arenal un nuevo humo.

Gente viene con la que estar no debo:
mi "Tesoro" te dejó encomendado,
en el que vivo aún, y más no digo.»

*Luego se fue, y parecía de aquellos
que el verde lienzo corren en Verona
por el campo; y entre éstos parecía
de los que ganan, no de los que pierden.*

CANTO XVI

*Ya estaba donde el resonar se oía
del agua que caía al otro círculo,
como el que hace la abeja en la colmena;*

*cuando tres sombras juntas se salieron,
corriendo, de una turba que pasaba
bajo la lluvia de la áspera pena.*

*Hacia nosotros gritando venían:
«Detente quien parece por el traje
ser uno de la patria depravada.»*

*¡Ah, cuántas llagas vi en aquellos miembros,
viejas y nuevas, de la llama ardidas!
me siento aún dolorido al recordarlo.*

*A sus gritos mi guía se detuvo;
volvió el rostro hacia mí, y me dijo: « Espera,
pues hay que ser cortés con esta gente.*

*Y si no fuese por el crudo fuego
que este sitio asaetea, te diría
que te apresures tú mejor que ellos.»*

*Ellos, al detenernos, reemprendieron
su antiguo verso; y cuando ya llegaron,
hacen un corro de sí aquellos tres,*

*cual desnudos y untados campeones,
acechando a su presa y su ventaja,
antes de que se enzarcen entre ellos;*

*y con la cara vuelta, cada uno
me miraba de modo que al contrario
iba el cuello del pie continuamente.*

*«Si el horror de este suelo movedizo
vuelve nuestras plegarias despreciables
-uno empezó- y la faz negra y quemada,*

*nuestra fama a tu ánimo suplique
que nos digas quién eres, que los vivos
pies tan seguro en el infierno arrastras.*

*Este, de quien me ves pisar las huellas,
aunque desnudo y sin pellejo vaya,
fue de un grado mayor de lo que piensas,*

*pues nieto fue de la bella Gualdrada;
se llamó Guido Guerra, y en su vida
mucho obró con su espada y con su juicio.*

*El otro, que tras mí la arena pisa,
es Tegghiaio Aldobrandi, cuya voz
en el mundo debiera agradecerse;*

*y yo, que en el suplicio voy con ellos,
Iacopo Rusticucci; y fiera esposa
más que otra cosa alguna me condena.»*

*Si hubiera estado a cubierto del fuego,
me hubiera ido detrás de ellos al punto,
y no creo que al guía le importase;*

*mas me hubiera abrasado, y de ese modo
venció el miedo al deseo que tenía,
pues de abrazarles yo me hallaba ansioso.*

*Luego empecé: «No desprecio, mas pena
en mi interior me causa vuestro estado,
y es tanta que no puedo desprenderla,*

desde el momento en que mi guía dijo
palabras, por las cuales yo pensaba
que, como sois, se acercaba tal gente.

De vuestra tierra soy, y desde siempre
vuestras obras y nombres tan honrados,
con afecto he escuchado y retenido.

Dejo la hiel y voy al dulce fruto
que mi guía veraz me ha prometido,
pero antes tengo que llegar al centro.»

«Muy largamente el alma te conduzcan
todavía -me dijo aquél- tus miembros,
y resplandezca luego tu memoria,

di si el valor y cortesía aún se hallan
en nuestra patria tal como solían,
o si del todo han sido ya expulsados;

que Giuglielmo Borsiere, el cual se duele
desde hace poco en nuestro mismo grupo,
con sus palabras mucho nos aflige.»

«Las nuevas gentes, las ganancias súbitas,
orgullo y desmesura han generado,
en ti, Florencia, y de ello te lamentas.»

Así grité levantando la cara;
y los tres, que esto oyeron por respuesta,
se miraron como ante las verdades.

«Si en otras ocasiones no te cuesta
satisfacer a otros -me dijeron-,
dichoso tú qué dices lo que quieres.

Pero si sales de este mundo ciego
y vuelves a mirar los bellos astros,
cuando decir "estuve allí" te plazca,

háblale de nosotros a la gente.»
Rompieron luego el círculo y, huyendo,
alas sus raudas piernas parecían.

Un amén no podría haberse dicho
antes de que ellos se hubiesen perdido;
por lo que el guía quiso que partiésemos.

Yo iba detrás, y no avanzamos mucho
cuando el agua sonaba tan de cerca,
que apenas se escuchaban las palabras.

Como aquel río sigue su carrera
primero desde el Veso hacia el levante,
a la vertiente izquierda de Apenino,

que Acquaqueta se llama abajo, antes
de que en un hondo lecho se desplome,
y en Forlì ya ese nombre no conserva,

resuena allí sobre San Benedetto,
de la roca cayendo en la cascada
en donde mil debieran recibirle;

así en lo hondo de un despeñadero,
oímos resonar el agua roja,
que el oído ofendía al poco tiempo.

Yo llevaba una cuerda a la cintura
con la que alguna vez hube pensado
cazar la onza de la piel pintada.

Luego de haberme toda desceñido,
como mi guía lo había mandado,
se la entregué recogida en un rollo.

Entonces se volvió hacia la derecha
y, alejándose un trecho de la orilla,
la arrojó al fondo de la escarpadura.

«Alguna novedad ha de venirnos
-pensaba para mí- del nuevo signo,
que el maestro así busca con los ojos.»

¡Cuán cautos deberían ser los hombres
junto a aquellos que no sólo las obras,
mas por dentro el pensar también conocen!

«Pronto -dijo- verás sobradamente
lo que espero, y en lo que estás pensando;
pronto conviene que tú lo descubras.»

La verdad que parece una mentira
debe el hombre callarse mientras pueda,
porque sin tener culpa se avergüence:

pero callar no puedo; y por las notas,
lector, de esta Comedia, yo te juro,
así no estén de larga gracia llenas,

que vi por aquel aire oscuro y denso
venir nadando arriba una figura,
que asustaría el alma más valiente,

tal como vuelve aquel que va al fondo
a desprender el ancla que se agarra
a escollos y otras cosas que el mar cela,
que el cuerpo extiende y los pies se recoge.

CANTO XVIII

«Mira la bestia con la cola aguda,
que pasa montes, rompe muros y armas;
mira aquella que apesta todo el mundo.»

Así mi guía comenzó a decirme;
y le ordenó que se acercase al borde
donde acababa el camino de piedra.

Y aquella sucia imagen del engaño
se acercó, y sacó el busto y la cabeza,
mas a la orilla no trajo la cola.

Su cara era la cara de un buen hombre,
tan benigno tenía lo de afuera,
y de serpiente todo lo restante.

Garras peludas tiene en las axilas;
y en la espalda y el pecho y ambos flancos
pintados tiene ruedas y lazadas.

Con más color debajo y superpuesto
no hacen tapices tártaros ni turcos,
ni fue tal tela hilada por Aracne.

Como a veces hay lanchas en la orilla,
que parte están en agua y parte en seco;
o allá entre los glotones alemanes

el castor se dispone a hacer su caza,
se hallaba así la fiera detestable
al borde pétreo, que la arena ciñe.

Al aire toda su cola movía,
cerrando arriba la horca venenosa,
que a guisa de escorpión la punta armaba.

El guía dijo: «Es preciso torcer
nuestro camino un poco, junto a aquella
malvada bestia que está allí tendida.»

Y descendimos al lado derecho,
caminando diez pasos por su borde,
para evitar las llamas y la arena.

Y cuando ya estuvimos a su lado,
sobre la arena vi, un poco más lejos,
gente sentada al borde del abismo.

*Aquí el maestro: «Porque toda entera
de este recinto la experiencia lleves
-me dijo-, ve y contempla su castigo.*

*Allí sé breve en tus razonamientos:
mientras que vuelvas hablaré con ésta,
que sus fuertes espaldas nos otorgue.»*

*Así pues por el borde de la cima
de aquel séptimo círculo yo solo
anduve, hasta llegar a los penados.*

*Ojos afuera estallaba su pena,
de aquí y de allí con la mano evitaban
tan pronto el fuego como el suelo ardiente:*

*como los perros hacen en verano,
con el hocico, con el pie, mordidos
de pulgas o de moscas o de tábanos.*

*Y después de mirar el rostro a algunos,
a los que el fuego doloroso azota,
a nadie conocí; pero me acuerdo*

*que en el cuello tenía una bolsa
con un cierto color y ciertos signos,
que parecían complacer su vista.*

*Y como yo anduviéralos mirando,
algo azulado vi en una amarilla,
que de un león tenía cara y porte.*

*Luego, siguiendo de mi vista el curso,
otra advertí como la roja sangre,
y una oca blanca más que la manteca.*

*Y uno que de una cerda azul preñada
señalado tenía el blanco saco,
dijo: «¿Qué andas haciendo en esta fosa?*

*Vete de aquí; y puesto que estás vivo,
sabe que mi vecino Vitaliano
aquí se sentará a mi lado izquierdo;*

*de Padua soy entre estos florentinos:
y las orejas me atruenan sin tasa
gritando: "¡Venga el noble caballero*

*que llenará la bolsa con tres chivos!"»
Aquí torció la boca y se sacaba
la lengua, como el buey que el belfo lame.*

*Y yo, temiendo importunar tardando
a quien de no tardar me había advertido,
atrás dejé las almas lastimadas.*

*A mi guía encontré, que ya subido
sobre la grupa de la fiera estaba,
y me dijo: «Sé fuerte y arrojado.*

*Ahora bajamos por tal escalera:
sube delante, quiero estar en medio,
porque su cola no vaya a dañarte.»*

*Como está aquel que tiene los temblores
de la quartana, con las uñas pálidas,
y tiembla entero viendo ya el relente,*

*me puse yo escuchando sus palabras;
pero me avergoncé con su advertencia,
que ante el buen amo el siervo se hace fuerte.*

*Encima me senté de la espaldaza:
quise decir, más la voz no me vino
como creí: «No dejes de abrazarme.»*

*Mas aquel que otras veces me ayudara
en otras dudas, luego que monté,
me sujetó y sostuvo con sus brazos.*

*Y le dijo: «Gerión, muévete ahora:
las vueltas largas, y el bajar sea lento:
piensa en qué nueva carga estás llevando.»*

*Como la navecilla deja el puerto
detrás, detrás, así ésta se alejaba;
y luego que ya a gusto se sentía,*

*en donde el pecho, ponía la cola,
y tiesa, como anguila, la agitaba,
y con los brazos recogía el aire.*

*No creo que más grande fuese el miedo
cuando Faetón abandonó las riendas,
por lo que el cielo ardió, como aún parece;*

*ni cuando la cintura el pobre Ícaro
sin alas se notó, ya derretidas,
gritando el padre: «¡Mal camino llevas!»;*

*que el mío fue, cuando noté que estaba
rodeado de aire, y apagada
cualquier visión que no fuese la fiera;*

*ella nadando va lenta, muy lenta;
gira y desciende, pero yo no noto
sino el viento en el rostro y por debajo.*

*Oía a mi derecha la cascada
que hacía por encima un ruido horrible,
y abajo miro y la cabeza asomo.*

*Entonces temí aún más el precipicio,
pues fuego pude ver y escuchar llantos;
por lo que me encogí temblando entero.*

*Y vi después, que aún no lo había visto,
al bajar y girar los grandes males,
que se acercaban de diversos lados.*

*Como el halcón que asaz tiempo ha volado,
y que sin ver ni señuelo ni pájaro
hace decir al halconero: «¡Ah, baja!»,*

*lento desciende tras su grácil vuelo,
en cien vueltas, y a lo lejos se pone
de su maestro, airado y desdenoso,*

*de tal modo Gerión se posó al fondo,
al mismo pie de la cortada roca,
y descargadas nuestras dos personas,
se disparó como de cuerda tensa.*

CANTO XV999

*Hay un lugar llamado Malasbolsas
en el infierno, pétreo y ferrugiento,
igual que el muro que le ciñe entorno.*

*Justo en el medio del campo maligno
se abre un pozo bastante largo y hondo,
del cual a tiempo contaré las partes.*

*Es redondo el espacio que se forma
entre el pozo y el pie del duro abismo,
y en diez valles su fondo se divide.*

*Como donde, por guarda de los muros,
más y más fosos ciñen los castillos,
el sitio en donde estoy tiene el aspecto;*

*tal imagen los valles aquí tienen.
Y como del umbral de tales fuertes
a la orilla contraria hay puentecillos,*

*así del borde de la roca, escollos
conducen, dividiendo foso y márgenes,
hasta el pozo que les corta y les une.*

En este sitio, ya de las espaldas
de Gerión nos bajamos; y el poeta
tomó a la izquierda, y yo me fui tras él.

A la derecha vi nuevos pesares,
nuevos castigos y verdugos nuevos,
que la bolsa primera abarrotaban.

Allí estaban desnudos los malvados;
una mitad iba dando la espalda,
otra de frente, con pasos más grandes;

tal como en Roma la gran muchedumbre,
del año jubilar, allí en el puente
precisa de cruzar en doble vía,

que por un lado todos van de cara
hacia el castillo y a San Pedro marchan;
y de otro lado marchan hacia el monte.

De aquí, de allí, sobre la oscura roca,
vi demonios cornudos con flagelos,
que azotaban cruelmente sus espaldas.

¡Ay, cómo hacían levantar las piernas
a los primeros golpes!, pues ninguno
el segundo esperaba ni el tercero.

Mientras andaba, en uno mi mirada
vino a caer; y al punto yo me dije:
«De haberle visto ya no estoy ayuno.»

Y así paré mi paso para verlo:
y mi guía conmigo se detuvo,
y consintió en que atrás retrocediera.

Y el condenado creía ocultarse
bajando el rostro; mas sirvió de poco,
pues yo le dije: «Oh tú que el rostro agachas,

si los rasgos que llevas no son falsos,
Venedico eres tú Caccianemico;
mas ¿qué te trae a salsas tan picantes?»

Y repuso: «Lo digo de mal grado;
pero me fuerzan tus claras palabras,
que me hacen recordar el mundo antiguo.

Fui yo mismo quien a Ghisolabella
indujo a hacer el gusto del marqués,
como relaten la sucia noticia.

Y boloñés no lloró aquí tan sólo,
mas tan repleto está este sitio de ellos,
que ahora tantas lenguas no se escuchan

que digan "Sipa" entre Savena y Reno;
y si fe o testimonio de esto quieres,
trae a tu mente nuestro seno avaro.»

Hablando así le golpeó un demonio
con su zurriago, y dijo: «Lárgate
rufián, que aquí no hay hembras que se vendan.»

Yo me reuní al momento con mi escolta;
luego, con pocos pasos, alcanzamos
un escollo saliente de la escarpa.

Con mucha ligereza lo subimos
y, vueltos a derecha por su dorso,
de aquel círculo eterno nos marchamos.

Cuando estuvimos ya donde se ahueca
debajo, por dar paso a los penados,
el guía dijo: «Espera, y haz que pongan

la vista en ti esos otros malnacidos,
a los que aún no les viste el semblante,
porque en nuestro sentido caminaban.»

*Desde el puente mirábamos el grupo
que al otro lado hacia nosotros iba,
y que de igual manera azota el látigo.*

*Y sin yo preguntarle el buen Maestro
«Mira aquel que tan grande se aproxima,
que no le causa lágrimas el daño.*

*¡Qué soberano aspecto aún conserva!
Es Jasón, que por ánimo y astucia
dejó privada del carnero a Cólquida.*

*Este pasó por la isla de Lemnos,
luego que osadas hembras despiadadas
muerte dieran a todos sus varones:*

*con tretas y palabras halagüeñas
a Isifile engañó, la muchachita
que antes había a todas engañado.*

*Allí la dejó encinta, abandonada;
tal culpa le condena a tal martirio;
también se hace venganza de Medea.*

*Con él están los que en tal modo engañan:
y del valle primero esto te baste
conocer, y de los que en él castiga.»*

*Nos hallábamos ya donde el sendero
con el margen segundo se entrecruza,
que a otro arco le sirve como apoyo.*

*Aquí escuchamos gentes que ocupaban
la otra bolsa y soplaban por el morro,
pegándose a sí mismas con las manos.*

*Las orillas estaban engrumadas
por el vapor que abajo se hace espeso,
y ofendía a la vista y al olfato.*

*Tan oscuro es el fondo, que no deja
ver nada si no subes hasta el dorso
del arco, en que la roca es más saliente.*

*Allí subimos; y de allá, en el foso
vi gente zambullida en el estiércol,
cual de humanas letrinas recogido.*

*Y mientras yo miraba hacia allá abajo,
vi una cabeza tan de mierda llena,
que no sabía si era laico o fraile.*

*Él me gritó: «¿Por qué te satisface
mirarme más a mí que a otros tan sucios?»
Le dije yo: «Porque, si bien recuerdo,*

*con los cabellos secos ya te he visto,
y eres Alesio Interminei de Lucca:
por eso más que a todos te miraba.»*

*Y él dijo, golpeándose la chola:
«Aquí me han sumergido las lisonjas,
de las que nunca se cansó mi lengua.»*

*Luego de esto, mi guía: «Haz que penetre
-dijo- tu vista un poco más delante,
tal que tus ojos vean bien el rostro*

*de aquella sucia y desgredada esclava,
que allí se rasca con uñas mierdosas,
y ahora se tumba y ahora en pie se pone:*

*es Thais, la prostituta, que repuso
a su amante, al decirle "¿Tengo prendas
bastantes para ti?": "aún más, excelsas".
Y sea aquí saciada nuestra vista.»*

CANTO XIX

*¡Oh Simón Mago! Oh míseros secuaces
que las cosas de Dios, que de los buenos
esposas deben ser, como rapaces*

*por el oro y la plata adulteráis!
sonar debe la trompa por vosotros,
puesto que estáis en la tercera bolsa.*

*Ya estábamos en la siguiente tumba,
subidos en la parte del escollo
que cae justo en el medio de aquel foso.*

*¡Suma sabiduría! ¡Qué arte muestras
en el cielo, en la tierra y el mal mundo,
cuán justamente tu virtud repartes!*

*Yo vi, por las orillas y en el fondo,
llena la piedra livida de hoyos,
todos redondos y de igual tamaño.*

*No los vi menos amplios ni mayores
que esos que hay en mi bello San Juan,
y son el sitio para los bautismos;*

*uno de los que no hace aún mucho tiempo
yo rompí porque en él uno se ahogaba:
sea esto seña que a todos convenza.*

*A todos les salían por la boca
de un pecador los pies, y de las piernas
hasta el muslo, y el resto estaba dentro.*

*Ambas plantas a todos les ardían;
y tan fuerte agitaban las coyundas,
que habrían destrozado sogas y cuerdas.*

*Cual suele el llamear en cosas grasas
moverse por la extrema superficie,
así era allí del talón a la punta.*

*«Quién es, maestro, aquel que se enfurece
pataleando más que sus consortes
-dije- y a quien más roja llama quema?»*

*Y él me dijo: «Si quieres que te lleve
allí por la pendiente que desciende,
él te hablará de sí y de sus pecados.»*

*Y yo: «Lo que tú quieras será bueno,
eres tú mi señor y no me aparto
de tu querer: y lo que callo sabes.»*

*Caminábamos pues el cuarto margen:
volvimos y bajamos a la izquierda
al fondo estrecho y agujereado.*

*Entonces el maestro de su lado
no me apartó, hasta vernos junto al hoyo
de aquel que se dolía con las zancas.*

*«Oh tú que tienes lo de arriba abajo,
alma triste clavada cual madero,
-le dije yo-, contéstame si puedes.»*

*Yo estaba como el fraile que confiesa
al pérfido asesino, que, ya hincado,
por retrasar su muerte le reclama.*

*Y él me gritó: «¿Ya estás aquí plantado?,
¿ya estás aquí plantado, Bonifacio?
En pocos años me mintió lo escrito.*

*¿Ya te cansaste de aquellas riquezas
por las que hacer engaño no temiste,
y atormentar después a tu Señora?»*

*Me quedé como aquellos que se encuentran,
por no entender lo que alguien les responde,
confundidos, y contestar no saben.*

*Dijo entonces Virgilio: «Dile pronto:
"No soy aquel, no soy aquel que piensas."»
Yo respondí como me fue indicado.*

*Torció los pies entonces el espíritu,
luego gimiendo y con voces llorosas,
me dijo: «¿Entonces, para qué me buscas?*

*si te interesa tanto el conocerme,
que has recorrido así toda la roca,
sabe que fui investido del gran manto,*

*y en verdad fui retoño de la Osa,
y tan ansioso de engordar oseznos,
que allí el caudal, aquí yo, me he embolsado.*

*Y bajo mi cabeza están los otros
que a mí, por simonía, precedieron,
y que lo estrecho de la piedra aplasta.*

*Allí habré yo de hundirme también cuando
venga aquel que creía que tú fueses,
al hacerte la súbita pregunta.*

*Pero mis pies se abrasan ya más tiempo
y más estoy yo puesto boca abajo,
del que estarán plantados sus pies rojos,*

*pues vendrá luego de él, aún más manchado,
desde el poniente, un pastor sin entrañas,
tal que conviene que a los dos recubra.*

*Nuevo Jasón será, como nos muestra
MACABEOS, y como a aquel fue blando
su rey, así ha de hacer quien Francia rige.»*

*No sé si fui yo loco en demasía,
pues que le respondí con tales versos:
«Ah, dime ahora, qué tesoros quiso*

*Nuestro Señor antes de que a San Pedro
le pusiese las llaves a su cargo?
Únicamente dijo: "Ven conmigo";*

*ni Pedro ni los otros de Matías
oro ni plata, cuando sortearon
el puesto que perdió el alma traidora.*

*Quédate ahí, que estás bien castigado,
y guarda las riquezas mal cogidas,
que atrevido te hicieron contra Carlos.*

*Y si no fuera porque me lo veda
el respeto a las llaves soberanas
que fueron tuyas en la alegre vida,*

*usaría palabras aún más duras;
porque vuestra avaricia daña al mundo,
hundiendo al bueno y ensalzando al malo.*

*Pastores, os citó el evangelista,
cuando aquella que asienta sobre el agua
él vio prostituida con los reyes:*

*aquella que nació con siete testas,
y tuvo autoridad con sus diez cuernos,
mientras que su virtud plació al marido.*

*Os habéis hecho un Dios de oro y de plata:
y qué os separa ya de los idólatras,
sino que a ciento honráis y ellos a uno?*

*Constantino, ide cuánto mal fue madre,
no que te convirtieses, mas la dote
que por ti enriqueció al primer patriarca!»*

*Y mientras yo cantaba tales notas,
mordido por la ira o la conciencia,
con fuerza las dos piernas sacudía.*

*Yo creo que a mi guía le gustaba,
pues con rostro contento había escuchado
mis palabras sinceramente dichas.*

*Entonces me cogió con los dos brazos;
y luego de subirme hasta su pecho,
volvió a ascender la senda que bajamos.*

*No se cansó llevándome agarrado,
hasta ponerme en la cima del puente
que del cuarto hasta el quinto margen cruza.*

*Con suavidad aquí dejó la carga,
suave, en el escollo áspero y pino
que a las cabras sería mala trocha.
Desde ese sitio descubrí otro valle.*

CANTO XX

*De nueva pena he de escribir los versos
y dar materia al vigésimo canto
de la primer canción, que es de los reos.*

*Estaba yo dispuesto totalmente
a mirar en el fondo descubierto,
que me bañaba de angustioso llanto;*

*por el redondo valle vi a unas gentes
venir, calladas y llorando, al paso
con que en el mundo van las procesiones.*

*Cuando bajé mi vista aún más a ellas,
vi que estaban torcidas por completo
desde el mentón al principio del pecho;*

*porque vuelto a la espalda estaba el rostro,
y tenían que andar hacia detrás,
pues no podían ver hacia delante.*

*Por la fuerza tal vez de perlesía
alguno habrá en tal forma retorcido,
mas no lo vi, ni creo esto que pase.*

*Si Dios te deja, lector, coger fruto
de tu lectura, piensa por ti mismo
si podría tener el rostro seco,*

*cuando vi ya de cerca nuestra imagen
tan torcida, que el llanto de los ojos
les bañaba las nalgas por la raja.*

*Lloraba yo, apoyado en una roca
del duro escollo, tal que dijo el guía:
«¿Es que eres tú de aquellos insensatos?,*

*vive aquí la piedad cuando está muerta:
¿Quién es más criminal de lo que es ése
que al designio divino se adelanta?*

*Alza tu rostro y mira a quien la tierra
a la vista de Tebas se tragó;
y de allí le gritaban: "¿Dónde caes*

*Anfiareo?, ¿por qué la guerra dejas?"
Y no dejó de rodar por el valle
hasta Mimos, que a todos los agarra.*

*Mira cómo hizo pecho de su espalda:
pues mucho quiso ver hacia adelante,
mira hacia atrás y marcha reculando.*

*Mira a Tiresias, que mudó de aspecto
al hacerse mujer siendo varón
cambiándose los miembros uno a uno;*

*y después, golpear debía antes
las unidas serpientes, con la vara,
que sus viriles plumas recobrase.*

*Aronte es quien al vientre se le acerca,
que en los montes de Luni, que cultiva
el carrarés que vive allí debajo,*

*tuvo entre blancos mármoles la cueva
como mansión; donde al mirar los astros
y el mar, nada la vista le impedía.*

*Y aquella que las tetas se recubre,
que tú no ves, con trenzas desatadas,
y todo el cuerpo cubre con su pelo,*

*fue Manto, que corrió por muchas tierras;
y luego se afincó donde nació,
por lo que un poco quiero que me escuches:*

*Después de que su padre hubiera muerto,
y la ciudad de Baco esclavizada,
ella gran tiempo anduvo por el mundo.*

*En el norte de Italia se halla un lago,
al pie del Alpe que ciñe Alemania
sobre el Tirol, que Benago se llama.*

*Por mil fuentes, y aún más, el Apenino
ente Garda y Camónica se baña,
por el agua estancada en dicho lago.*

*En su medio hay un sitio, en que el trentino
pastor y el de Verona, y el de Brescia,
si ese camino hiciese, bendijera.*

*Se halla Pesquiera, arnés hermoso y fuerte,
frontera a bergamescos y brescianos,
en la ribera que en el sur le cerca.*

*En ese sitio se desborda todo
lo que el Benago contener no puede,
y entre verdes praderas se hace un río.*

*Tan pronto como el agua aprisa corre,
no ya Benago, mas Mencio se llama
hasta Governo, donde cae al Po.*

*Tras no mucho correr, encuentra un valle,
en el cual se dilata y empantana;
y en el estio se vuelve insalubre.*

*Pasando por allí la virgen fiera,
vio tierra en la mitad de aquel pantano,
sin cultivo y desnuda de habitantes.*

*Allí, para escapar de los humanos,
con sus siervas quedose a hacer sus artes,
y vivió, y dejó allí su vano cuerpo.*

*Los hombres luego que vivían cerca,
se acogieron al sitio, que era fuerte,
pues el pantano aquel lo rodeaba.*

*Fundaron la ciudad sobre sus huesos;
y por quien escogió primero el sitio,
Mantua, sin otro augurio, la llamaron.*

*Sus moradores fueron abundantes,
antes que la torpeza de Casoldí,
de Pinamonte engaño recibiese.*

*Esto te advierto por si acaso oyeras
que se fundó de otro modo mi patria,
que a la verdad mentira alguna oculte.»*

*Y yo: «Maestro, tus razonamientos
me son tan ciertos y tan bien los creo,
que apagados carbones son los otros.*

*Mas dime, de la gente que camina,
si ves alguna digna de noticia,
pues sólo en eso mi mente se ocupa.»*

Entonces dijo: «Aquel que desde el rostro
la barba ofrece por la espalda oscura,
fue, cuando Grecia falta de varones

tanto, que había apenas en las cunas
augur, y con Calcante dio la orden
de cortar en Aulide las amarras.

Se llamaba Eurípilo, y así canta
algún pasaje de mi gran tragedia:
tú bien lo sabes pues la sabes toda.

Aquel otro en los flancos tan escaso,
Miguel Escoto fue, quien en verdad
de los mágicos fraudes supo el juego.

Mira a Guido Bonatti, mira a Asdente,
que haber tomado el cuero y el bramante
ahora querría, mas tarde se acuerda;

Y a las tristes que el huso abandonaron,
las agujas y ruecas, por ser magas
y hechiceras con hierbas y figuras.

Mas ahora ven, que llega ya al confin
de los dos hemisferios, y a las ondas
bajo Sevilla, Caín con las zarzas,

y la luna ayer noche estaba llena:
bien lo recordarás, que no fue estorbo
alguna vez en esa selva oscura.»
Así me hablaba, y mientras caminábamos.

CANTO XXV

Así de puente en puente, conversando
de lo que mi Comedia no se ocupa,
subimos, y al llegar hasta la cima

nos paramos a ver la otra hondonada
de Malasbolsas y otros llantos vanos;
y la vi tenebrosamente oscura.

Como en los arsenales de Venecia
bulle pez pegajosa en el invierno
al reparar sus leños averiados,

que navegar no pueden; y a la vez
quién hace un nuevo leño, y quién embrea
los costados a aquel que hizo más rutas;

quién remacha la popa y quién la proa;
hacen otros los remos y otros cuerdas;
quién repara mesanas y trinquetas;

así, sin fuego, por divinas artes,
bullía abajo una espesa resina,
que la orilla impregnaba en todos lados.

La veía, mas no veía en ella
más que burbujas que el hervor alzaba,
todas hincharse y explotarse luego.

Mientras allá miraba fijamente,
el poeta, diciendo: «¡Atento, atento!»
a él me atrajo del sitio en que yo estaba.

Me volví entonces como aquel que tarda
en ver aquello de que huir conviene,
y a quien de pronto le acobarda el miedo,

y, por mirar, no demora la marcha;
y un diablo negro vi tras de nosotros,
que por la roca corriendo venía.

¡Ah, qué fiera tenía su apariencia,
y parecían cuán amenazantes
sus pies ligeros, sus abiertas alas!

*En su hombro, que era anguloso y soberbio,
cargaba un pecador por ambas ancas,
agarrando los pies por los tendones.*

*«¡Oh Malasgarras --dijo desde el puente--,
os mando a un regidor de Santa Zita!
Ponedlo abajo, que voy a por otro*

*a esa tierra que tiene un buen surtido:
salvo Bonturo todos son venales;
del "sí" allí hacen "no" por el dinero.»*

*Abajo lo tiró, y por el escollo
se volvió, y nunca fue un mastín soltado
persiguiendo a un ladrón con tanta prisa.*

*Aquél se hundió, y se salía de nuevo;
mas los demonios que albergaba el puente
gritaron: «¡No está aquí la Santa Faz,*

*y no sé nada aquí como en el Serquio!
así que, si no quieres nuestros garfios,
no te aparezcas sobre la resina.»*

*Con más de cien arpones le pinchaban,
dicen: «Cubierto bailar aquí debes,
tal que, si puedes, a escondidas hurtas.»*

*No de otro modo al pinche el cocinero
hace meter la carne en la caldera,
con los tridentes, para que no flote.*

*Y el buen Maestro: «Para que no sepan
que estás aquí --me dijo-- ve a esconderte
tras una roca que sirva de abrigo;*

*y por ninguna ofensa que me hagan,
debes temer, que bien conozco esto,
y otras veces me he visto en tales líos.»*

*Después pasó del puente a la otra parte;
y cuando ya alcanzó la sexta fosa;
le fue preciso un ánimo templado.*

*Con la ferocidad y con la saña
que los perros atacan al mendigo,
que de pronto se para y limosnea,*

*del puentecillo aquéllos se arrojaron,
y en contra de él volvieron los arpones;
mas él gritó: «¡Que ninguno se atreva!*

*Antes de que me pinchen los tridentes,
que se adelante alguno para oírme,
pensad bien si debéis arponearme.»*

*«¡Que vaya Malacola!» --se gritaron;
y uno salió de entre los otros quietos,
y vino hasta él diciendo: «¿De qué sirve?»*

*«Es que crees, Malacola, que me habrías
visto venir --le dijo mi maestro--
seguro ya de todas vuestras armas,*

*sin el querer divino y diestro hado?
Déjame andar, que en el cielo se quiere
que el camino salvaje enseñe a otros.»*

*Su orgullo entonces fue tan abatido
que el tridente dejó caer al suelo,
y a los otros les dijo: «No tocarlo.»*

*Y el guía a mí: «Oh tú que allí te encuentras
tras las rocas del puente agazapado,
puedes venir conmigo ya seguro.»*

*Por lo que yo avancé hasta él deprisa;
y los diablos se echaron adelante,
tal que temí que el pacto no guardaran;*

así yo vi temer a los infantes
yéndose, tras rendirse, de Caprona,
al verse ya entre tantos enemigos.

Yo me arrimé con toda mi persona
a mi guía, y los ojos no apartaba
de sus caras que no eran nada buenas.

Inclinaban los garfios: «¿Que le pinche
-decíanse- queréis, en el trasero?»
Y respondían: «Sí, pínchale fuerte.»

Pero el demonio aquel que había hablado
con mi guía, volvióse raudamente,
y dijo: «Para, para, Arrancapelos.»

Luego nos dijo: «Más andar por este
escollo no se puede, pues que yace
todo despedazado el arco sexto;

y si queréis seguir más adelante
podéis andar aquí, por esta escarpa:
hay otro escollo cerca, que es la ruta.

Ayer, cinco horas más que en esta hora,
mil y doscientos y sesenta y seis
años hizo, que aquí se hundió el camino.

Hacia allá mando a alguno de los míos
para ver si se escapa alguno de esos;
id con ellos, que no han de molestaros.

¡Adelante Aligacho, Patafrías,
-él comenzó a decir- y tú, Malchucho;
y Barbatiesa guíe la decena.

Vayan detrás Salido y Ponzoñoso,
jabalí Colmilludo, Arañaperros,
el Tartaja y el loco del Berrugas.

Mirad en torno de la pez hirviente;
éstos a salvo lleguen al escollo
que todo entero va sobre la fosa.»

«¡Ay maestro, qué es esto que estoy viendo!
-dije- vayamos solos sin escolta,
si sabes ir, pues no la necesito.

Si eres tan avisado como sueles,
¿no ves cómo sus dientes les rechinan,
y su entrecejo males amenaza?»

Y él me dijo: «No quiero que te asustes;
déjalos que rechinen a su gusto,
pues hacen eso por los condenados.»

Dieron la vuelta por la orilla izquierda,
mas primero la lengua se mordieron
hacia su jefe, a manera de seña,
y él hizo una trompeta de su culo.

CANTO XXII

Caballeros he visto alzar el campo,
comenzar el combate, o la revista,
y alguna vez huir para salvarse;

en vuestra tierra he visto exploradores,
¡Oh aretinos! y he visto las mesnadas,
hacer torneos y correr las justas,

ora con trompas, y ora con campanas,
con tambores, y hogueras en castillos,
con cosas propias y también ajenas;

mas nunca con tan rara cornamusa,
moverse caballeros ni pendones,
ni nave al ver una estrella o la tierra.

*Caminábamos con los diez demonios,
ifiera compañía!, mas en la taberna
con borrachos, con santos en la iglesia.*

*Mas a la pez volvía la mirada,
por ver lo que la bolsa contenía
y a la gente que adentro estaba ardiendo.*

*Cual los delfines hacen sus señales
con el arco del lomo al marinero,
que le preparan a que el leño salve,*

*por aliviar su pena, de este modo
enseñaban la espalda algunos de ellos,
escondiéndose en menos que hace el rayo.*

*Y como al borde del agua de un charco
hay renacuajos con el morro fuera,
con el tronco y las ancas escondidas,*

*se encontraban así los pecadores;
mas, como se acercaba Barbatiesa,
bajo el hervor volvieron a meterse.*

*Yo vi, y el corazón se me acongoja,
que uno esperaba, así como sucede
que una rana se queda y otra salta;*

*Y Arañaperros, que a su lado estaba,
le agarró por el pelo empegotado
y le sacó cual si fuese una nutria.*

*Ya de todos el nombre conocía,
pues lo aprendí cuando fueron nombrados,
y atento estuve cuando se llamaban.*

*«Ahora, Berrugas, puedes ya clavarle
los garfios en la espalda y desollarlo»
gritaban todos juntos los malditos.*

*Y yo: «Maestro, intenta, si es que puedes,
saber quién es aquel desventurado,
llegado a manos de sus enemigos.»*

*Y junto a él se aproximó mi guía;
preguntó de dónde era, y él repuso:
«Fui nacido en el reino de Navarra.*

*Criado de un señor me hizo mi madre,
que me había engendrado de un bellaco,
destructor de sí mismo y de sus cosas.*

*Después fui de la corte de Teobaldo:
allí me puse a hacer baratertas;
y en este caldo estoy rindiendo cuentas.»*

*Y Colmilludo a cuya boca asoman,
tal jabalí, un colmillo a cada lado,
le hizo sentir cómo uno descosía.*

*Cayó el ratón entre malvados gatos;
mas le agarró en sus brazos Barbatiesa,
y dijo: «Estaros quietos un momento.»*

*Y volviendo la cara a mi maestro
«Pregunta -dijo- aún, si más deseas
de él saber, antes que esos lo destrocen».*

*El guía entonces: «De los otros reos,
di ahora si de algún latino sabes
que esté bajo la pez.» Y él: «Hace poco*

*a uno dejé que fue de allí vecino.
¡Si estuviese con él aún recubierto
no temería tridentes ni garras!»*

*Y el Salido: «Esperamos ya bastante»,
dijo, y cogióle el brazo con el gancho,
tal que se llevó un trozo desgarrado.*

También quiso agarrarle Ponzoñoso
piernas abajo; mas el decurión
miró a su alrededor con mala cara.

Cuando estuvieron algo más calmados,
a aquel que aún contemplaba sus heridas
le preguntó mi guía sin tardanza:

«¿Y quién es ése a quien enhoramala
dejaste, has dicho, por salir a flote?»
Y aquél repuso: «Fue el fraile Gomita,

el de Gallura, vaso de mil fraudes;
que apresó a los rivales de su amo,
consiguiendo que todos lo alabasen.

Cogió el dinero, y soltoles de plano,
como dice; y fue en otros menesteres,
no chico, mas exímio baratero.

Trata con él maese Miguel Zaque
de Logodoro; y hablan Cerdeña
sin que sus lenguas nunca se fatiguen.

¡Ay de mí! ved que aquél rechina el diente:
más te diría pero tengo miedo
que a rascarme la tiña se aparezcan.»

Y vuelto hacia el Tartaja el gran preboste,
cuyos ojos herirle amenazaban,
dijo: «Hazte a un lado, pájaro malvado.»

«Si queréis conocerles o escucharles
-volvió a empezar el preso temeroso-
haré venir toscanos o lombardos;

pero quietos estén los Malasgarras
para que éstos no teman su venganza,
y yo, siguiendo en este mismo sitio,

por uno que soy yo, haré venir siete
cuando les silbe, como acostumbramos
hacer cuando del fondo sale alguno.»

Malchucho en ese instante alzó el hocico,
moviendo la cabeza, y dijo: «Ved
qué malicia pensó para escaparse.»

Mas él, que muchos trucos conocía
respondió: «¿Malicioso soy acaso,
cuando busco a los míos más tristeza?»

No se aguantó Aligacho, y, al contrario
de los otros, le dijo: «Si te tiras,
yo no iré tras de ti con buen galope,

mas batiré sobre la pez las alas;
deja la orilla y corre tras la roca;
ya veremos si tú nos aventajas.»

Oh tú que lees, oirás un nuevo juego:
todos al otro lado se volvieron,
y el primero aquel que era más contrario.

Aprovechó su tiempo el de Navarra;
fijó la planta en tierra, y en un punto
dio un salto y se escapó de su preboste.

Y por esto, culpables se sintieron,
más aquel que fue causa del desastre,
que se marchó gritando: «Ya te tengo.»

Mas de poco valió, pues que al miedoso
no alcanzaron las alas: se hundió éste,
y aquél alzó volando arriba el pecho.

No de otro modo el ánade de golpe,
cuando el halcón se acerca, se sumerge,
y éste, roto y cansado, se remonta.

Airado Patasfrías por la broma,
volando atrás, lo cogió, deseando
que aquél huyese para armar camorra;

y al desaparecer el baratero,
volvió las garras a su camarada,
tal que con él se enzarzó sobre el foso.

Fue el otro gavilán bien amaestrado,
sujetándole bien, y ambos cayeron
en la mitad de aquel pantano hirviente.

Los separó el calor a toda prisa,
pero era muy difícil remontarse,
pues tenían las alas pegajosas.

Barbatiesa, enfadado cual los otros,
a cuatro hizo volar a la otra parte,
todos con garfios y muy prestamente.

Por un lado y por otro descendieron:
echaron garfios a los atrapados,
que cocidos estaban en la costra,
y así enredados los abandonamos.

CANTO XXXIII

Callados, solos y sin compañía
caminábamos uno tras del otro,
lo mismo que los frailes franciscanos.

Vuelto había a la fábula de Esopo
mi pensamiento la presente riña,
donde él habló del ratón y la rana,

porque igual que «enseguida» y «al instante»,
se parecen las dos si se compara
el principio y el fin atentamente.

Y, cual de un pensamiento el otro sale,
así nació de aquel otro después,
que mi primer espanto redoblaba.

Yo así pensaba: «Si estos por nosotros
quedan burlados con daño y con befa,
supongo que estarán muy resentidos.

Si sobre el mal la ira se acrecienta,
ellos vendrán detrás con más crueldad
que el can lleva una liebre con los dientes.»

Ya sentía erizados los cabellos
por el miedo y atrás atento estaba
cuando dije: «Maestro, si escondite

no encuentras enseguida, me amedrentan
los Malasgarras: vienen tras nosotros;
tanto los imagino que los siento.»

Y él: «Si yo fuese de azogado vidrio,
tu imagen exterior no copiaría
tan pronto en mí, cual la de dentro veo;

tras mi pensar el tuyo ahora venía,
con igual acto y con la misma cara,
que un único consejo hago de entrambos.

Si hacia el lado derecho hay una cuesta,
para poder bajar a la otra bolsa,
huiremos de la caza imaginada.»

Este consejo apenas proferido,
los vi venir con las alas extendidas,
no muy de lejos, para capturarnos.

De súbito mi guía me cogió
cual la madre que al ruido se despierta
y ve cerca de sí la llama ardiente,

que coge al hijo y huye y no se para,
teniendo, más que de ella, de él cuidado,
aunque tan sólo vista una camisa.

Y desde lo alto de la dura margen,
de espaldas resbaló por la pendiente,
que cierra la otra bolsa por un lado.

No corre por la aceña agua tan rauda,
para mover la rueda del molino,
cuando más a los palos se aproxima,

cual mi maestro por aquel barranco,
sosteniéndome encima de su pecho,
como a su hijo, y no cual compañero.

Y llegaron sus pies al lecho apenas
del fondo, cuando aquéllos a la cima
sobre nosotros; pero no temíamos,

pues la alta providencia que los quiere
hacer ministros de la quinta fosa,
poder salir de allí no les permite.

Allí encontramos a gente pintada
que alrededor marchaba a lentos pasos,
llorando fatigados y abatidos.

Tenían capas con capuchas bajas
hasta los ojos, hechas del tamaño
que se hacen en Cluni para los monjes:

por fuera son de oro y deslumbrantes,
mas por dentro de plomo, y tan pesadas
que Federico de paja las puso.

¡Oh eternamente fatigoso manto!
Nosotros aún seguimos por la izquierda
a su lado, escuchando el triste lloro;

mas cansados aquéllos por el peso,
venían tan despacio, que con nuevos
compañeros a cada paso estábamos.

Por lo que dije al guía: «Ve si encuentras
a quien de nombre o de hechos se conozca,
y los ojos, andando, mueve entorno.»

Uno entonces que oyó mi hablar toscano,
de detrás nos gritó: «Parad los pasos,
los que corréis por entre el aire oscuro.

Tal vez tendrás de mí lo que buscabas.»
Y el guía se volvió y me dijo: «Espera,
y luego anda conforme con sus pasos.»

Me detuve, y vi a dos que una gran ansia
mostraban, en el rostro, de ir conmigo,
mas la carga pesaba y el sendero.

Cuando estuvieron cerca, torvamente,
me remiraron sin decir palabra;
luego así se volvieron y decían:

«Ése parece vivo en la garganta;
y, si están muertos ¿por qué privilegio
van descubiertos de la gran estola?»

Dijéronme: «Oh Toscano, que al colegio
de los tristes hipócritas viniste,
dinos quién eres sin tener reparo.»

«He nacido y crecido -les repuse-
en la gran villa sobre el Arno bello,
y con el cuerpo estoy que siempre tuve.

¿Quién sois vosotros, que tanto os destila
el dolor, que así veo por el rostro,
y cuál es vuestra pena que reluce?»

«Estas doradas capas -uno dijo-
son de plomo, tan gruesas, que los pesos
hacen así chirriar a sus balanzas.

Frailes gozosos fuimos, boloñeses;
yo Catalano y éste Loderingo
llamados, y elegidos en tu tierra,

como suele nombrarse a un imparcial
por conservar la paz; y fuimos tales
que en torno del Gardingo aún puede verse.»

Yo comencé: «Oh hermanos, vuestros males »
No dije más, porque vi por el suelo
a uno crucificado con tres palos.

Al verme, por entero se agitaba,
soplándose en la barba con suspiros;
y el fraile Catalán que lo advirtió,

me dijo: «El condenado que tú miras,
dijo a los fariseos que era justo
ajusticiar a un hombre por el pueblo.

Desnudo está y clavado en el camino
como ves, y que sienta es necesario
el peso del que pasa por encima;

y en tal modo se encuentra aquí su suegro
en este foso, y los de aquel concilio
que a los judíos fue mala semilla.»

Vi que Virgilio entonces se asombraba
por quien se hallaba allí crucificado,
en el eterno exilio tan vilmente.

Después dirigió al fraile estas palabras:
«No os desagrade, si podéis, decirnos
si existe alguna trocha a la derecha,

por la cual ambos dos salir podíamos,
sin obligar a los ángeles negros,
a que nos saquen de este triste foso.»

Repuso entonces: «Antes que lo esperes,
hay un peñasco, que de la gran roca
sale, y que cruza los terribles valles,

salvo aquí que está roto y no lo salva.
Subir podréis arriba por la ruina
que yace al lado y el fondo recubre.»

El guía inclinó un poco la cabeza:
dijo después: « Contaba mal el caso
quien a los pecadores allí ensarta.»

Y el fraile: « Ya en Bolonia oí contar
muchos vicios del diablo, y entre otros
que es mentiroso y padre del embuste.»

Rápidamente el guía se marchó,
con el rostro turbado por la ira;
y yo me separé de los cargados,
detrás siguiendo las queridas plantas.

CANTO XXIV

En ese tiempo en el que el año es joven
y el sol sus crines bajo Acuario templa,
y las noches se igualan con los días,

cuando la escarcha en tierra se asemeja
a aquella imagen de su blanca hermana,
mas poco dura el temple de su pluma;

el campesino falto de forraje,
se levanta y contempla la campiña
toda blanca, y el muslo se golpea,

vuelve a casa, y aquí y allá se duele,
tal mezquino que no sabe qué hacerse;
sale de nuevo, y cobra la esperanza,

que se eleve un costado y otro baje;
y así llegamos a la punta extrema,
donde la última piedra se destaca.

viendo que al monte ya le cambió el rostro
en pocas horas, toma su cayado,
y a pacer fuera saca las ovejas.

Tan ordeñado del pulmón estaba
mi aliento en la subida, que sin fuerzas
busqué un asiento en cuanto que llegamos.

De igual manera me asustó el maestro
cuando vi que su frente se turbaba,
mas pronto al mal siguió la medicina;

«Ahora es preciso que te despereces
-dijo el maestro-, pues que andando en plumas
no se consigue fama, ni entre colchas;

pues, al llegar al derruido puente,
el guía se volvió a mí con el rostro
dulce que vi al principio al pie del monte;

el que la vida sin ella malgasta
tal vestigio en la tierra de sí deja,
cual humo en aire o en agua la espuma.

abrió los brazos, tras de haber tomado
una resolución, mirando antes
la ruina bien, y se acercó a empinarme.

Así que arriba: vence la pereza
con ánimo que vence cualquier lucha,
si con el cuerpo grave no lo impide.

Y como el que trabaja y que calcula,
que parece que todo lo prevea,
igual, encaramándome a la cima

Hay que subir una escala aún más larga;
haber huido de éstos no es bastante:
si me entiendes, procura que te sirva.»

de un peñasco, otra roca examinaba,
diciendo: «Agárrate luego de aquélla;
pero antes ve si puedes sostenerte.»

Alcé entonces, mostrándome provisto
de un ánimo mayor del que tenía,
«Vamos -dije-. Estoy fuerte y animoso.»

No era un camino para alguien con capa,
pues apenas, él leve, yo sujeto,
podíamos subir de piedra en piedra.

Por el derrumbe empezamos a andar,
que era escarpado y rocoso y estrecho,
y mucho más pendiente que el de antes.

Y si no fuese que en aquel recinto
más corto era el camino que en los otros,
no sé de él, pero yo vencido fuera.

Hablando andaba para hacerme el fuerte;
cuando una voz salió del otro foso,
que incomprensibles voces profería.

Mas como hacia la boca Malasbolsas
del pozo más profundo toda pende,
la situación de cada valle hace

No le entendí, por más que sobre el lomo
ya estuviese del arco que cruzaba:
mas el que hablaba parecía airado.

*Miraba al fondo, mas mis ojos vivos,
por lo oscuro, hasta el fondo no llegaban,
por lo que yo: «Maestro alcanza el otro*

*recinto, y descendamos por el muro;
pues, como escucho a alguno que no entiendo,
miro así al fondo y nada reconozco.*

*«Otra respuesta -dijo- no he de darte
más que hacerlo; pues que demanda justa
se ha de cumplir con obras, y callando.»*

*Desde lo alto del puente descendimos
donde se cruza con la octava orilla,
luego me fue la bolsa manifiesta;*

*y yo vi dentro terrible maleza
de serpientes, de especies tan distintas,
que la sangre aún me hiela el recordarlo.*

*Más no se ufane Libia con su arena;
que si quelidras, yáculos y faras
produce, y caneros con anfisibenas,*

*ni tantas pestilencias, ni tan malas,
mostró jamás con la Etiopía entera,
ni con aquel que está sobre el mar Rojo.*

*Entre el montón tristísimo corrían
gentes desnudas y aterrorizadas,
sin refugio esperar o heliotropía:*

*esposados con sierpes a la espalda;
les hincaban la cola y la cabeza
en los riñones, encima montadas.*

*De pronto a uno que se hallaba cerca,
se lanzó una serpiente y le mordió
donde el cuello se anuda con los hombros.*

*Ni la O tan pronto, ni la I, se escribe,
cual se encendió y ardió, y todo en cenizas
se convirtió cayendo todo entero;*

*y luego estando así deshecho en tierra
amontonose el polvo por sí solo,
y en aquel mismo se tornó de súbito.*

*Así los grandes sabios aseguran
que muere el Fénix y después renace,
cuando a los cinco siglos ya se acerca:*

*no pace en vida cebada ni hierba,
sólo de incienso lágrimas y amomo,
y nardo y mirra son su último nido.*

*Y como aquel que cae sin saber cómo,
porque fuerza diabólica lo tira,
o de otra opilación que liga el ánimo,*

*que levantado mira alrededor,
muy conturbado por la gran angustia
que le ha ocurrido, y suspira al mirar:*

*igual el pecador al levantarse.
¡Oh divina potencia, cuán severa,
que tales golpes das en tu venganza!*

*El guía preguntó luego quién era:
y él respondió: «Llovi de la Toscana,
no ha mucho tiempo, en este fiero abismo.*

*Vida de bestia me plació, no de hombre,
como al mulo que fui: soy Vanni Fucci
bestia, y Pistoya me fue buena cuadra.»*

*Y yo a mi guía: «Díle que no huya,
y pregunta qué culpa aquí le arroja;
que hombre le vi de maldad y de sangre.»*

*Y el pecador, que oyó, no se escondía,
más volvió contra mí el ánimo y rostro,
y de triste vergüenza enrojeció;*

*y dijo: «Más me duele que me halles
en la miseria en la que me estás viendo,
que cuando fui arrancado en la otra vida.*

*Yo no puedo ocultar lo que preguntas:
aquí estoy porque fui en la sacristía
ladrón de los hermosos ornamentos,*

*y acusaron a otro hombre falsamente;
mas porque no disfrutes al mirarme,
si del lugar oscuro tal vez sales,*

*abre el oído y este anuncio escucha:
Pistoya de los negros enflaquece:
luego en Florencia cambian gente y modos.*

*De Val de Magra Marte manda un rayo
rodeado de turbios nubarrones;
y en agria tempestad impetuosa,*

*sobre el campo Piceno habrá un combate;
y de repente rasgará la niebla,
de modo que herirá a todos los blancos.
¡Esto te digo para hacerte daño!»*

CANTO XXV

*El ladrón al final de sus palabras,
alzó las manos con un par de higas,
gritando: «Toma, Dios, te las dedico.»*

*Desde entonces me agradan las serpientes,
pues una le envolvió entonces el cuello,
cual si dijese: «No quiero que sigas»;*

*y otra a los brazos, y le sujetó
ciñéndose a sí misma por delante.
que no pudo con ella ni moverse.*

*¡Ah Pistoya, Pistoya, por qué niegas
incinerarte, así que más no dures,
pues superas en mal a tus mayores!*

*En todas las regiones del infierno
no vi a Dios tan soberbio algún espíritu,
ni el que cayó de la muralla en Tebas.*

*Aquel huyó sin decir más palabra;
y vi venir a un centauro rabioso,
llamando: «¿Dónde, dónde está el soberbio?»*

*No creo que Maremma tantas tenga,
cuantas bichas tenía por la grupa,
hasta donde comienzan nuestras formas.*

*Encima de los hombros, tras la nuca,
con las alas abiertas, un dragón
tenía; y éste quemaba cuanto toca.*

*Mi maestro me dijo: «Aquel es Caco,
que, bajo el muro del monte Aventino,
hizo un lago de sangre muchas veces.*

*No va con sus hermanos por la senda,
por el hurto que fraudulento hizo
del rebaño que fue de su vecino;*

*hasta acabar sus obras tan inicuas
bajo la herculea maza, que tal vez
ciento le dio, mas no sintió el deceno.»*

*Mientras que así me hablaba, se marchó,
y a nuestros pies llegaron tres espíritus,
sin que ni yo ni el guía lo advirtiésemos,*

*hasta que nos gritaron: «¿Quiénes sois?»:
por lo cual dimos fin a nuestra charla,
y entonces nos volvimos hacia ellos.*

*Yo no les conocí, pero ocurrió,
como suele ocurrir en ocasiones,
que tuvo el uno que llamar al otro,*

*diciendo: «Cianfa, ¿dónde te has metido?»
Y yo, para que el guía se fijase,
del mentón puse el dedo a la nariz.*

*Si ahora fueras, lector, lento en creerte
lo que diré, no será nada raro,
pues yo lo vi, y apenas me lo creo.*

*A ellos tenía alzada la mirada,
y una serpiente con seis pies a uno,
se le tira, y entera se le enrosca.*

*Los pies de en medio cogieronle el vientre,
los de delante prendieron sus brazos,
y después le mordió las dos mejillas.*

*Los delanteros lanzole a los muslos
y le metió la cola entre los dos,
y la trabó detrás de los riñones.*

*Hiedra tan arraigada no fue nunca
a un árbol, como aquella horrible fiera
por otros miembros enroscó los suyos.*

*Se juntan luego, tal si cera ardiente
fueran, y mezclan así sus colores,
no parecían ya lo que antes eran,*

*como se extiende a causa del ardor,
por el papel, ese color oscuro,
que aún no es negro y ya deja de ser blanco.*

*Los otros dos miraban, cada cual
gritando: «¡Agnel, ay, cómo estás cambiando!
¡mira que ya no sois ni dos ni uno!*

*Las dos cabezas eran ya una sola,
y mezcladas se vieron dos figuras
en una cara, donde se perdían.*

*Cuatro miembros hicieronse dos brazos;
los muslos con las piernas, vientre y tronco
en miembros nunca vistos se tornaron.*

*Ya no existían las antiguas formas:
dos y ninguna la perversa imagen
parecía; y se fue con paso lento.*

*Como el lagarto bajo el gran azote
de la canícula, al cambiar de seto,
parece un rayo si cruza el camino;*

*tal parecía, yendo a las barrigas
de los restantes, una sierpe airada,
tal grano de pimienta negra y livida;*

*y en aquel sitio que primero toma
nuestro alimento, a uno le golpea;
luego al suelo cayó a sus pies tendida.*

*El herido miró, mas nada dijo;
antes, con los pies quietos, hostezaba,
como si fiebre o sueño le asaltase.*

*Él a la sierpe, y ella a él miraba;
él por la llaga, la otra por la boca
humeaban, el humo confundiendo.*

*Calle Lucano ahora donde habla
del mísero Sabello y de Nasidío,
y espere a oír aquello que describo.*

*Calle Ovidio de Cadmo y de Aretusa;
que si aquél en serpiente, en fuente a ésta
convirtió, poetizando, no le envidio;*

*que frente a frente dos naturalezas
no trasmutó, de modo que ambas formas
a cambiar dispusieran sus materias.*

*Se respondieron juntos de tal modo,
que en dos partió su cola la serpiente,
y el herido juntaba las dos hormas.*

*Las piernas con los muslos a sí mismos
tal se unieron, que a poco la juntura
de ninguna manera se veía.*

*Tomó la cola hendida la figura
que perdía aquel otro, y su pellejo
se hacía blando y el de aquélla, duro.*

*Vi los brazos entrar por las axilas,
y los pies de la fiera, que eran cortos,
tanto alargar como acortarse aquéllos.*

*Luego los pies de atrás, torcidos juntos,
el miembro hicieron que se oculta el hombre,
y el mísero del suyo hizo dos patas.*

*Mientras el humo al uno y otro empaña
de color nuevo, y pelo hace crecer
por una parte y por la otra depíla,*

*cayó el uno y el otro levántose,
sin desviarse la mirada impía,
bajo la cual cambiaban sus hocicos.*

*El que era en pie lo trajo hacia las sienas,
y de mucha materia que allí había,
salió la oreja del carrillo liso;*

*lo que no fue detrás y se retuvo
de aquel sobrante, a la nariz dio forma,
y engrosó los dos labios, cual conviene.*

*El que yacía, el morro adelantaba,
y escondió en la cabeza las orejas,
como del caracol hacen los cuernos.*

*Y la lengua, que estaba unida y presta
para hablar antes, se partió; y la otra
partida, se cerró; y cesó ya el humo.*

*El alma que era en fiera convertida,
se echó a correr silbando por el valle,
y la otra, en pos de ella, hablando escupe.*

*Luego volvíole las espaldas nuevas,
y dijo al otro: «Quiero que ande Buso
como hice yo, reptando, su camino.»*

*Así yo vi la séptima zahúrda
mutar y trasmutar; y aquí me excuse
la novedad, si oscura fue la pluma.*

*Y sucedió que, aunque mi vista fuese
algo confusa, y encogido el ánimo,
no pudieron huir, tan a escondidas*

*que no les viese bien, Puccio Sciancato
-de los tres compañeros era el único
que no cambió de aquellos que vinieron-
era el otro a quien tú, Gaville, lloras,*

CANTO XXV9

*iGoza, Florencia, ya que eres tan grande,
que por mar y por tierra bate alas,
y en el infierno se expande tu nombre!*

*Cinco nobles hallé entre los ladrones
de tus vecinos, de donde me vino
vergüenza, y para ti no mucha honra.*

*Mas si el soñar al alba es verdadero,
conocerás, de aquí a no mucho tiempo,
lo que Prato, no ya otras, te aborrece.*

*No fuera prematuro, si ya fuese:
¡Ojalá fuera ya, lo que ser debe!
que más me pesará, cuanto envejezco.*

*Nos marchamos de allí, y por los peldaños
que en la bajada nos sirvieron antes,
subió mi guía y tiraba de mí.*

*Y siguiendo el camino solitario,
por los picos y rocas del escollo,
sin las manos, el pie no se valía.*

*Entonces me dolió, y me duele ahora,
cuando, el recuerdo a lo que vi dirijo,
y el ingenio refreno más que nunca,*

*porque sin guía de virtud no corra;
tal que, si buena estrella, o mejor cosa,
me ha dado el bien, yo mismo no lo enturbie.*

*Cuantas el campesino que descansa
en la colina, cuando aquel que alumbra
el mundo, oculto menos tiene el rostro,*

*cuando a las moscas siguen los mosquitos,
luciérnagas contempla allá en el valle,
en el lugar tal vez que ara y vendimia;*

*toda resplandecía en llamaradas
la bolsa octava, tal como advirtiera
desde el sitio en que el fondo se veía.*

*Y como aquel que se vengó con osos,
vio de Elías el carro al remontarse,
y erguidos los caballos a los cielos,*

*que con los ojos seguir no podía,
ni alguna cosa ver salvo la llama,
como una nubecilla que subiese;*

*tal se mueven aquéllas por la boca
del foso, más ninguna enseña el hurto,
y encierra un pecador cada centella.*

*Yo estaba tan absorto sobre el puente,
que si una roca no hubiese agarrado,
sin empujarme hubiérame caído.*

*Y viéndome mi guía tan atento
dijo: «Dentro del fuego están las almas,
todas se ocultan en donde se queman.»*

*«Maestro -le repuse-, al escucharte
estoy más cierto, pero ya he notado
que así fuese, y decírtelo quería:*

*¿quién viene en aquel fuego dividido,
que parece surgido de la pira
donde Eteocles fue puesto con su hermano?»*

*Me respondió: «Allí dentro se tortura
a Ulises y a Diomedes, y así juntos
en la venganza van como en la ira;*

*y dentro de su llama se lamenta
del caballo el ardid, que abrió la puerta
que fue gentil semilla a los romanos.*

*Se llora la traición por la que, muerta,
aún Daidamia se duele por Aquiles,
y por el Paladión se halla el castigo.»*

«Si pueden dentro de aquellas antorchas
hablar -le dije- pídotte, maestro,
y te suplico, y valga mil mi súplica,

que no me impidas que aguardar yo pueda
a que la llama cornuda aquí llegue;
mira cómo a ellos lleva mi deseo.»

Y él me repuso: «Es digno lo que pides
de mucha loa, y yo te lo concedo;
pero procura reprimir tu lengua.

Déjame hablar a mí, pues que comprendo
lo que quieres; ya que serán esquivos
por ser griegos, tal vez, a tus palabras.»

Cuando la llama hubo llegado a donde
lugar y tiempo pareció a mi guía,
yo le escuché decir de esta manera:

«¡Oh vosotros que sois dos en un fuego,
si os merecí, mientras que estaba vivo,
si os merecí, bien fuera poco o mucho,

cuando altos versos escribí en el mundo,
no os alejéis; mas que alguno me diga
dónde, por él perdido, halló la muerte.»

El mayor cuerno de la antigua llama
empezó a retorcerse murmurando,
tal como aquella que el viento fatiga;

luego la punta aquí y acá moviendo,
cual si fuese una lengua la que hablara,
fuera sacó la voz, y dijo: «Cuando

me separé de Circe, que sustrajo-
me más de un año allí junto a Gaeta,
antes de que así Eneas la llamase,

ni la filial dulzura, ni el cariño
del viejo padre, ni el amor debido,
que debiera alegrar a Penélope,

vencer pudieron el ardor interno
que tuve yo de conocer el mundo,
y el vicio y la virtud de los humanos;

más me arrojé al profundo mar abierto,
con un leño tan sólo, y la pequeña
tripulación que nunca me dejaba.

Un litoral y el otro vi hasta España,
y Marruecos, y la isla de los sardos,
y las otras que aquel mar baña en torno.

Viejos y tardos ya nos encontrábamos,
al arribar a aquella boca estrecha
donde Hércules plantara sus columnas,

para que el hombre más allá no fuera:
a mano diestra ya dejé Sevilla,
y la otra mano se quedaba Ceuta.»

«Oh hermanos -dije-, que tras de cien mil
peligros a occidente habéis llegado,
ahora que ya es tan breve la vigilia

de los pocos sentidos que aún nos quedan,
negaros no queráis a la experiencia,
siguiendo al sol, del mundo inhabitado.

Considerar cuál es vuestra progenie:
hechos no estáis a vivir como brutos,
mas para conseguir virtud y ciencia.»

A mis hombres les hice tan ansiosos
del camino con esta breve arenga,
que no hubiera podido detenerlos;

y vuelta nuestra proa a la mañana,
alas locas hicimos de los remos,
inclinándose siempre hacia la izquierda.

Del otro polo todas las estrellas
vio ya la noche, y el nuestro tan bajo
que del suelo marino no surgía.

Cinco veces ardiendo y apagada
era la luz debajo de la luna,
desde que al alto paso penetramos,

cuando vimos una montaña, oscura
por la distancia, y pareció tan alta
cual nunca hubiera visto monte alguno.

Nos alegramos, mas se volvió llanto:
pues de la nueva tierra un torbellino
nació, y le golpeó la proa al leño.

Le hizo girar tres veces en las aguas;
a la cuarta la popa alzó a lo alto,
bajó la proa -como Aquél lo quiso-
hasta que el mar cerró sobre nosotros.

CANTO XXV99

Quieta estaba la llama ya y derecha
para no decir más, y se alejaba
con la licencia del dulce poeta,

cuando otra, que detrás de ella venía,
hizo volver los ojos a su punta,
porque salía de ella un son confuso.

Como mugía el toro siciliano
que primero mugió, y eso fue justo,
con el llanto de aquel que con su lima

lo templó, con la voz del afligido,
que, aunque estuviese forjado de bronce,
de dolor parecía traspasado;

así, por no existir hueco ni vía
para salir del fuego, en su lenguaje
las palabras amargas se tornaban.

Mas luego al encontrar ya su camino
por el extremo, con el movimiento
que la lengua le diera con su paso,

escuchamos: «Oh tú, a quien yo dirijo
la voz y que has hablado cual lombardo,
diciendo: "Vete ya; más no te incito",

aunque he llegado acaso un poco tarde,
no te pese el quedarte a hablar conmigo:
¡Mira que no me pesa a mí, que ardo!

Si tú también en este mundo ciego
has oído de aquella dulce tierra
latina, en que yo fui culpable, dime

si tiene la Romana paz o guerra;
pues yo nací en los montes entre Urbino
y el yugo del que el Tiber se desata.»

Inclinado y atento aún me encontraba,
cuando al costado me tocó mi guía,
diciéndome: «Habla tú, que éste es latino.»

Yo, que tenía la respuesta pronta,
comencé a hablarle sin demora alguna:
«Oh alma que te escondes allá abajo,

tu Romana no está, no estuvo nunca,
sin guerra en el afán de sus tiranos;
más palpable ninguna dejé ahora.

*Rávena está como está ha muchos años:
le los Polenta el águila allí anida,
al que a Cervia recubre con sus alas.*

*La tierra que sufrió la larga prueba
hizo de francos un montón sangriento,
bajo las garras verdes permanece.*

*El mastín viejo y joven de Verruchio,
que mala guardia dieron a Montaña,
clavan, donde solían, sus colmillos.*

*Las villas del Santerno y del Camone
manda el leoncito que campea en blanco,
que de verano a invierno el bando muda;*

*y aquella cuyo flanco el Savio baña,
como entre llano y monte se sitúa,
vive entre estado libre y tiranía.*

*Ahora quién eres, pido que me cuentes:
no seas más duro que lo fueron otros;
tu nombre así en el mundo tenga fama.»*

*Después que el fuego crepitó un momento
a su modo, movió la aguda punta
de aquí, de allí, y después lanzó este soplo:*

*«Si creyera que diese mi respuesta
a persona que al mundo regresara,
dejaría esta llama de agitarse;*

*pero, como jamás desde este fondo
nadie vivo volvió, si bien escucho,
sin temer a la infamia, te contestó:*

*Guerrero fui, y después fui cordelero,
creyendo, así ceñido, hacer enmienda,
y hubiera mi deseo realizado,*

*si a las primeras culpas, el gran Preste,
que mal haya, tornado no me hubiese;
y el cómo y el porqué, quiero que escuches:*

*Mientras que forma fui de carne y huesos
que mi madre me dio, fueron mis obras
no leoninas sino de vulpeja;*

*las acechanzas, las ocultas sendas
todas las supe, y tal llevé su arte,
que iba su fama hasta el confín del mundo.*

*Cuando vi que llegaba a aquella parte
de mi vida, en la que cualquiera debe
arriar las velas y lanzar amarras,*

*lo que antes me plació, me pesó entonces,
y arrepentido me volví y confeso,
¡ah miserable!, y me hubiera salvado.*

*El príncipe de nuevos fariseos,
haciendo guerra cerca de Letrán,
y no con sarracenos ni judíos,*

*que su enemigo todo era cristiano,
y en la toma de Acre nadie estuvo
ni comerciando en tierras del Sultán;*

*ni el sumo oficio ni las sacras órdenes
en sí guardó, ni en mí el cordón aquel
que suele hacer delgado a quien lo ciñe.*

*Pero, como a Silvestre Constantino,
allí en Sirati a curarle de lepra,
así como doctor me llamó éste*

*para curarle la soberbia fiebre:
pidíome mi consejo, y yo callaba,
pues sus palabras ebrias parecían.*

Luego volvió a decir: «Tu alma no tema;
de antemano te absuelvo; enséñame
la forma de abatir a Penestrino.

El cielo puedo abrir y cerrar puedo,
porque son dos las llaves, como sabes,
que mi predecesor no tuvo aprecio.»

Los graves argumentos me punzaron
y, pues callar peor me parecía,
le dije: "Padre, ya que tú me lavas

de aquel pecado en el que caigo ahora,
larga promesa de cumplir escaso
hará que triunfes en el alto solío."

Luego cuando morí, vino Francisco,
más uno de los negros querubines
le dijo: "No lo lles: no me enfades.

Ha de venirse con mis condenados,
puesto que dio un consejo fraudulento,
y le agarro del pelo desde entonces;

que a quien no se arrepiente no se absuelve,
ni se puede querer y arrepentirse,
pues la contradicción no lo consiente."

¡Oh miserable, cómo me aterraba
al agarrarme diciéndome: "¿Acaso
no pensabas que lógico yo fuese?"

A Minos me condujo, y ocho veces
al duro lomo se ciñó la cola,
y después de morderse enfurecido,

dijo: "Este es reo de rabiosa llama",
por lo cual donde ves estoy perdido
y, así vestido, andando me lamento.»

Cuando hubo terminado su relato,
se retiró la llama dolorida,
torciendo y debatiendo el cuerno agudo.

A otro lado pasamos, yo y mi guía,
por cima del escollo al otro arco
que cubre el foso, donde se castiga
a los que, discordiando, adquieren pena.

CANTO XXV999

Aun si en prosa lo hiciese, ¿quién podría
de tanta sangre y plagas como vi
hablar, aunque contase muchas veces?

En verdad toda lengua fuera escasa
porque nuestro lenguaje y nuestra mente
no tienen juicio para abarcar tanto.

Aunque reuniesen a todo aquel gentío
que allí sobre la tierra infortunada
de Apulia, fue de su sangre doliente

por los troyanos y la larga guerra
que tan grande despojo hizo de anillos,
cual Livio escribe, y nunca se equivoca;

y quien sufrió los daños de los golpes
por oponerse a Roberto Guiscardo;
y la otra cuyos huesos aún se encuentran

en Caperano, donde fue traidor
todo el pullés; y la de Tegliacozzo,
que venció desarmado el viejo Alardo,

y cuál cortado y cuál roto su miembro
mostrase, vanamente imitaría
de la novena bolsa el modo inmundo.

*Una cuba, que duela o fondo pierde,
como a uno yo vi, no se vacía,
de la barbilla abierto al bajo vientre;*

*por las piernas las tripas le colgaban,
vela la asadura, el triste saco
que hace mierda de todo lo que engulle.*

*Mientras que en verlo todo me ocupaba,
me miró y con la mano se abrió el pecho
diciendo: «¡Mira cómo me desgarró!*

*y mira qué tan maltrecho está Mahoma!
Delante de mí Ali llorando marcha,
rota la cara del cuello al copete.*

*Todos los otros que tú ves aquí,
sembradores de escándalo y de cisma
vivos fueron, y así son desgarrados.*

*Hay detrás un demonio que nos abre,
tan crudamente, al tajo de la espada,
cada cual de esta fila sometiendo,*

*cuando la vuelta damos al camino;
porque nuestras heridas se nos cierran
antes que otros delante de él se pongan.*

*Más ¿quién eres, que husmeas en la roca,
tal vez por retrasar ir a la pena,
con que son castigadas tus acciones?»*

*«Ni le alcanza aún la muerte, ni el castigo
-respondió mi maestro- le atormenta;
más, por darle conocimiento pleno,*

*yo, que estoy muerto, debo conducirlo
por el infierno abajo vuelta a vuelta:
y esto es tan cierto como que te hablo.»*

*Mas de cien hubo que, cuando lo oyeron,
en el foso a mirarme se pararon
llenos de asombro, olvidando el martirio.*

*«Pues bien, di a Fray Dolcín que se abastezca,
tú que tal vez verás el sol en breve,
si es que no quiere aquí seguirme pronto,*

*tanto, que, rodeado por la nieve,
no deje la victoria al de Novara,
que no sería fácil de otro modo.»*

*Después de alzar un pie para girarse,
estas palabras díjome Mahoma;
luego al marcharse lo fijó en la tierra.*

*Otro, con la garganta perforada,
cortada la nariz hasta las cejas,
que una oreja tenía solamente,*

*con los otros quedó, maravillado,
y antes que los demás, abrió el gazonate,
que era por fuera rojo por completo;*

*y dijo: «Oh tú a quien culpa no condena
y a quien yo he visto en la tierra latina,
si mucha semejanza no me engaña,*

*acuérdate de Pier de Medicina,
si es que vuelves a ver el dulce llano,
que de Vercelli a Marcabó desciende.*

*Y haz saber a los dos grandes de Fano,
a maese Guido y a maese Angiolello,
que, si no es vana aquí la profecía,*

*arrojados serán de su bajel,
y agarrados cerca de Cattolica,
por traición de tirano fermentado.*

Entre la isla de Chipre y de Mallorca
no vio nunca Neptuno tal engaño,
no de piratas, no de gente argólica.

Aquel traidor que ve con sólo uno,
y manda en el país que uno a mi lado
quisiera estar ayuno de haber visto,

ha de hacerles venir a una entrevista;
luego hará tal, que al viento de Focara
no necesitarán preces ni votos.»

Y yo le dije: «Muéstrame y declara,
si quieres que yo lleve tus noticias,
quién es el de visita tan amarga.»

Puso entonces la mano en la mejilla
de un compañero, y abriole la boca,
gritando: «Es éste, pero ya no habla;

éste, exiliado, sembraba la duda,
diciendo a César que el que está ya listo
siempre con daño el esperar soporta.»

¡Oh cuán acobardado parecía,
con la lengua cortada en la garganta,
Curión que en el hablar fue tan osado!

Y uno, con una y otra mano mochas,
que alzaba al aire oscuro los muñones,
tal que la sangre le ensuciaba el rostro,

gritó: «Te acordarás también del Mosca,
que dijo: "Lo empezado fin requiere",
que fue mala simiente a los toscanos.»

Y yo le dije: «Y muerte de tu raza.»
Y él, dolor a dolor acumulado,
se fue como persona triste y loca.

Más yo quedé para mirar el grupo,
y vi una cosa que me diera miedo,
sin más pruebas, contarla solamente,

si no me asegurase la conciencia,
esa amiga que al hombre fortifica
en la confianza de sentirse pura.

Yo vi de cierto, y parece que aún vea,
un busto sin cabeza andar lo mismo
que iban los otros del rebaño triste;

la testa trunca agarraba del pelo,
cual un farol llevándola en la mano;
y nos miraba, y «¡Ay de mí!» decía.

De sí se hacía a sí mismo lucerna,
y había dos en uno y uno en dos:
cómo es posible sabe Quien tal manda.

Cuando llegado hubo al pie del puente,
alzó el brazo con toda la cabeza,
para decir de cerca sus palabras,

que fueron: «Mira mi pena tan cruda
tú que, inspirando vas viendo a los muertos;
mira si alguna hay grande como es ésta.

Y para que de mí noticia lleves
sabrás que soy Bertrand de Born, aquel
que diera al joven rey malos consejos.

Yo hice al padre y al hijo enemistarse:
Aquitael no hizo más de Absalón
y de David con perversas punzadas:

Y como gente unida así he partido,
partido llevo mi cerebro, ¡ay triste!,
de su principio que está en este tronco.
Y en mí se cumple la contrapartida.»

CANTO XXXIX

La mucha gente y las diversas plagas,
tanto habían mis ojos embriagado,
que quedarse llorando deseaban;

mas Virgilio me dijo: «¿En qué te fijas?
¿Por qué tu vista se detiene ahora
tras de las tristes sombras mutiladas?

Tú no lo hiciste así en las otras bolsas;
piensa, si enumerarlas crees posible,
que millas veintidós el valle abarca.

Y bajo nuestros pies ya está la luna:
Del tiempo concedido queda poco,
y aún nos falta por ver lo que no has visto.»

«Si tú hubieras sabido -le repuse-
la razón por la cual miraba, acaso
me hubieses permitido detenerme.»

Ya se marchaba, y yo detrás de él,
mi guía, respondiendo a su pregunta
y añadiéndole: «Dentro de la cueva,

donde los ojos tan atento puse,
creo que un alma de mi sangre llora
la culpa que tan caro allí se paga.»

Dijo el maestro entonces: «No entretengas
de aquí adelante en ello el pensamiento:
piensa otra cosa, y él allá se quede;

que yo le he visto al pie del puentecillo
señalarte, con dedo amenazante,
y llamarlo escuché Geri del Bello.

Tan distraído tú estabas entonces
con el que tuvo Altaforte a su mando,
que se fue porque tú no le atendías.»

«Oh guía mío, la violenta muerte
que aún no le ha vengado -yo repuse-
ninguno que comparta su vergüenza,

hácele desdeñoso; y sin hablarme
se ha marchado, del modo que imagino;
con él por esto he sido más piadoso.»

Conversamos así hasta el primer sitio
que desde el risco el otro valle muestra,
si hubiese allí más luz, todo hasta el fondo.

Cuando estuvimos ya en el postrer claustro
de Malasbolsas, y que sus profesos
a nuestra vista aparecer podían,

lamentos saeteáronme diversos,
que herrados de piedad dardos tenían;
y me tapé por ello los oídos.

Como el dolor, si con los hospitales
de Valdiquiana entre junio y septiembre,
los males de Maremma y de Cerdeña,

en una fosa juntos estuvieran,
tal era aquí; y tal hedor desprendía,
como suele venir de miembros muertos.

Descendimos por la última ribera
del largo escollo, a la siniestra mano;
y entonces pude ver más claramente

allí hacia el fondo, donde la ministra
del alto Sir, inefable justicia,
castiga al falseador que aquí condena.

Yo no creo que ver mayor tristeza
en Egina pudiera el pueblo enfermo,
cuando se llenó el aire de ponzoña,

*pues, hasta el gusanillo, perecieron
los animales; y la antigua gente,
según que los poeta aseguran,*

*se engendró de la estirpe de la hormiga;
como era viendo por el valle oscuro
languidecer las almas a montones.*

*Cuál sobre el vientre y cuál sobre la espalda,
yacía uno del otro, y como a gatas,
por el triste sendero caminaban.*

*Muy lentamente, sin hablar, marchábamos,
mirando y escuchando a los enfermos,
que levantar sus cuerpos no podían.*

*Vi sentados a dos que se apoyaban,
como al cocer se apoyan teja y teja,
de la cabeza al pie llenos de pústulas.*

*Y nunca vi moviendo la almohaza
a muchacho esperado por su amo,
ni a aquel que con desgana está aún en vela,*

*como éstos se mordían con las uñas
a ellos mismos a causa de la saña
del gran picor, que no tiene remedio;*

*y arrancaban la sarna con las uñas,
como escamas de meros el cuchillo,
o de otro pez que las tenga más grandes.*

*«Oh tú que con los dedos te desuellas
-se dirigió mi guía a uno de aquéllos-
y que a veces tenazas de ellos haces,*

*dime si algún latino hay entre éstos
que están aquí, así te duren las uñas
eternamente para esta tarea.»*

*«Latinos somos quienes tan gastados
aquí nos ves -llorando uno repuso-;
¿y quién tú, que preguntas por nosotros?»*

*Y el guía dijo: «Soy uno que baja
con este vivo aquí, de grada en grada,
y enseñarle el infierno yo pretendo.»*

*Entonces se rompió el común apoyo;
y temblando los dos a mí vinieron
con otros que lo oyeron de pasada.*

*El buen maestro a mí se volvió entonces,
diciendo: «Diles todo lo que quieras»;
y yo empecé, pues que él así quería:*

*«Así vuestra memoria no se borre
de las humanas mentes en el mundo,
mas que perviva bajo muchos soles,*

*decidme quiénes sois y de qué gente:
vuestra asquerosa y fastidiosa pena
el confesarlo espanto no os produzca.»*

*«Yo fui de Arezzo, y Albergo el de Siena
-repuso uno- púsome en el fuego,
pero no me condena aquella muerte.*

*Verdad es que le dije bromeando:
"Yo sabré alzar me en vuelo por el aire"
y aquél, que era curioso a insensato,*

*quiso que le enseñase el arte; y sólo
porque no le hice Dédalo, me hizo
arder así como lo hizo su hijo.*

*Mas en la última bolsa de las diez,
por la alquimia que yo en el mundo usaba,
me echó Minos, que nunca se equivoca.»*

*Y yo dije al maestro: «¿Ha habido nunca
gente tan vana como la sienesa?
cierto, ni la francesa llega a tanto.»*

*Como el otro leproso me escuchara,
repuso a mis palabras: «Quita a Stricca,
que supo hacer tan moderados gastos;*

*y a Niccolò, que el uso dispendioso
del clavo descubrió antes que ninguno,
en el huerto en que tal simiente crece;*

*y quita la pandilla en que ha gastado
Caccia d'Ascian la viña y el gran bosque,
y el Abbagliato ha perdido su juicio.*

*Más por que sepas quién es quien te sigue
contra el sienés, en mí la vista fija,
que mi semblante habrá de responderte:*

*verás que soy la sombra de Capoccio,
que falseé metales con la alquimia;
y debes recordar, si bien te miro,
que por naturaleza fui una mona.»*

CANTO XXX

*Cuando Juno por causa de Semele
odio tenía a la estirpe tebana,
como lo demostró en tantos momentos,*

*Atamante volviöse tan demente,
que, viendo a su mujer con los dos hijos
que en cada mano a uno conducía,*

*gritó: «¡Tendamos redes, y atrapemos
a la leona al pasar y a los leoncitos!»;
y luego con sus garras despiadadas.*

*agarró al que Learco se llamaba,
le volteó y le dio contra una piedra;
y ella se ahogó cargada con el otro.*

*Y cuando la fortuna echó por tierra
la soberbia de Troya tan altiva,
tal que el rey junto al reino fue abatido,*

*Hécuba triste, mísera y cautiva,
luego de ver a Polixena muerta,
y a Polidoro allí, junto a la orilla*

*del mar, pudo advertir con tanta pena,
desgarrada ladró tal como un perro;
tanto el dolor su mente trastornaba.*

*Mas ni de Tebas furias ni troyanas
se vieron nunca en nadie tan crueles,
ni a las bestias hiriendo, ni a los hombres,*

*cuanto en dos almas pálidas, desnudas,
que mordiendo corrían, vi, del modo
que el cerdo cuando deja la pocilga.*

*Una cogió a Capocchio, y en el nudo
del cuello le mordió, y al empujarle,
le hizo arañar el suelo con el vientre.*

*Y el aretino, que quedó temblando,
me dijo: «El loco aquel es Gianni Schichi,
que rabioso a los otros así ataca.»*

*«Oh -le dije- así el otro no te hinque
los dientes en la espalda, no te importe
el decirme quién es antes que escape.»*

*Y él me repuso: «El alma antigua es ésa
de la perversa Mirra, que del padre
lejos del recto amor, se hizo querida.*

*El pecar con aquél consiguió ésta
falsificándose en forma de otra,
igual que osó aquel otro que se marcha,*

*por ganarse a la reina de las yeguas,
falsificar en sí a Buoso Donati,
testando y dando norma al testamento.»*

*Y cuando ya se fueron los rabiosos,
sobre los cuales puse yo la vista,
la volví por mirar a otros malditos.*

*Vi a uno que un laúd parecería
si le hubieran cortado por las ingles
del sitio donde el hombre se bifurca.*

*La grave hidropesía, que deforma
los miembros con humores retenidos,
no casado la cara con el vientre,*

*le obliga a que los labios tenga abiertos,
tal como a causa de la sed el hético,
que uno al mentón, y el otro lleva arriba.*

*«Ah vosotros que andáis sin pena alguna,
y yo no sé por qué, en el mundo bajo
-él nos dijo-, mirad y estad atentos*

*a la miseria de maese Adamo:
mientras viví yo tuve cuanto quise,
y una gota de agua, ¡ay triste!, ansío.*

*Los arroyuelos que en las verdes lomas
de Casentino bajan hasta el Arno,
y hacen sus cauces fríos y apacibles,*

*siempre tengo delante, y no es en vano;
porque su imagen aún más me reseca
que el mal con que mi rostro se descarna.*

*La rígida justicia que me hiere
se sirve del lugar en que pequé
para que ponga en fuga más suspiros.*

*Está Romena allí, donde hice falsa
la aleación sigilada del Bautista,
por lo que el cuerpo quemado dejé.*

*Pero si viese aquí el ánima triste
de Guido o de Alejandro o de su hermano,
Fuente Branda, por verlos, no cambiase.*

*Una ya dentro está, si las rabiosas
sombras que van en torno no se engañan,
¿mas de qué sirve a mis miembros ligados?*

*Si acaso fuese al menos tan ligero
que anduviese en un siglo una pulgada,
en el camino ya me habría puesto,*

*buscándole entre aquella gente infame,
aunque once millas abarque esta fosa,
y no menos de media de través.*

*Por aquellos me encuentro en tal familia:
pues me indujeron a acuñar florines
con tres quilates de oro solamente.»*

*Y yo dije: «¿Quién son los dos mezquinos
que humean, cual las manos en invierno,
apretados yaciendo a tu derecha?»*

*«Aquí los encontré, y no se han movido
-me repuso- al llover yo en este abismo
ni eternamente creo que se muevan.*

*Una es la falsa que acusó a José;
otro el falso Sinón, griego de Troya:
por una fiebre aguda tanto hieden.»*

*Y uno de aquéllos, lleno de fastidio
tal vez de ser nombrados con desprecio,
le dio en la dura panza con el puño.*

*Ésta sonó cual si fuese un tambor;
y maese Adamo le pegó en la cara
con su brazo que no era menos duro,*

*diciéndole: «Aunque no pueda moverme,
porque pesados son mis miembros, suelto
para tal menester tengo mi brazo.»*

*Y aquél le respondió: «Al encaminarte
al fuego, tan veloz no lo tuviste:
pero sí, y más, cuando falsificabas.»*

*Y el hidrópico dijo: «Eso es bien cierto;
más tan veraz testimonio no diste
al requerirte la verdad en Troya.»*

*«Si yo hablé en falso, el cuño falseaste
-dijo Sinón- y aquí estoy por un yerro,
y tú por más que algún otro demonio.»*

*«Acuérdate, perjuro, del caballo
-repuso aquel de la barriga hinchada-;
y que el mundo lo sepa y lo castigue.»*

*«Y te castigue a ti la sed que agrieta
-dijo el griego- la lengua, el agua inmundada
que al vientre le hace valla ante tus ojos.»*

*Y el monedero dijo: «Así se abra
la boca por tu mal, como acostumbra;
que si sed tengo y me hincha el humor,*

*te duele la cabeza y tienes fiebre;
y a lamer el espejo de Narciso,
te invitarían muy pocas palabras.»*

*Yo me estaba muy quieto para oírles
cuando el maestro dijo: «¡Vamos, mira!
no comprendo qué te hace tanta gracia.»*

*Al oír que me hablaba con enojo,
hacia él me volví con tal vergüenza,
que todavía gira en mi memoria.*

*Como ocurre a quien sueña su desgracia,
que soñando aún desea que sea un sueño,
tal como es, como si no lo fuese,*

*así yo estaba, sin poder hablar,
deseando excusarme, y excusábame
sin embargo, y no pensaba hacerlo.*

*«Falta mayor menor vergüenza lava
-dijo el maestro-, que ha sido la tuya;
así es que ya descarga tu tristeza.*

*Y piensa que estaré siempre a tu lado,
si es que otra vez te lleva la fortuna
donde haya gente en pleitos semejantes:
pues el querer oír eso es vil deseo.»*

CANTO XXXI

*La misma lengua me mordió primero,
haciéndome teñir las dos mejillas,
y después me aplicó la medicina:*

*así escuché que solía la lanza
de Aquiles y su padre ser causante
primero de dolor, después de alivio,*

*Dimos la espalda a aquel misero valle
por la ribera que en torno le ciñe,
y sin ninguna charla lo cruzamos.*

No era allí ni de día ni de noche,
y poco penetraba con la vista;
pero escuché sonar un alto cuerno,

tanto que habría a los truenos callado,
y que hacia él su camino siguiendo,
me dirigió la vista sólo a un punto.

Tras la derrota dolorosa, cuando
Carlomagno perdió la santa gesta,
Orlando no tocó con tanta furia.

A poco de volver allí mi rostro,
muchas torres muy altas creí ver;
y yo: «Maestro, dí, ¿qué muro es éste?»

Y él a mí: «Como cruzas las tinieblas
demasiado a lo lejos, te sucede
que en el imaginar estás errado.

Bien lo verás, si llegas a su vera,
cuánto el seso de lejos se confunde;
así que marcha un poco más aprisa.»

Y con cariño cogiome la mano,
y dijo: «Antes que hayamos avanzado,
para que menos raro te parezca,

sabe que no son torres, más gigantes,
y en el pozo al que cerca esta ribera
están metidos, del ombligo abajo.»

Como al irse la niebla disipando,
la vista reconoce poco a poco
lo que esconde el vapor que arrastra el aire,

así horadando el aura espesa y negra,
más y más acercándonos al borde,
se iba el error y el miedo me crecía;

pues como sobre la redonda cerca
Monterregión de torres se corona,
así aquel margen que el pozo circunda

con la mitad del cuerpo torreaaban
los horribles gigantes, que amenaza
aún desde el cielo Júpiter tronando.

Y yo miraba ya de alguno el rostro,
la espalda, el pecho y gran parte del vientre,
y los brazos cayendo a los costados.

Cuando dejó de hacer Naturaleza
aquellos animales, muy bien hizo,
porque tales ayudas quitó a Marte;

Y si ella de elefantes y ballenas
no se arrepiente, quien atento mira,
más justa y más discreta ha de tenerla;

pues donde el argumento de la mente
al mal querer se junta y a la fuerza,
el hombre no podría defenderse.

Su cara parecía larga y gruesa
como la Piña de San Pedro, en Roma,
y en esta proporción los otros huesos;

y así la orilla, que les ocultaba
del medio abajo, les mostraba tanto
de arriba, que alcanzar su cabellera

tres frisiones en vano pretendiesen;
pues treinta grandes palmos les veía
de abajo al sitio en que se anuda el manto.

«Raphel may amech zabi almis»,
a gritar empezó la fiera boca,
a quien más dulces salmos no convienen.

*Y mi guía hacia él: «¡Alma insensata,
coge tu cuerno, y desfoga con él
cuanta ira o pasión así te agita!»*

*Mírate al cuello, y hallarás la sogá
que amarrado lo tiene, alma turbada,
mira cómo tu enorme pecho aprieta.»*

*Después me dijo: «A sí mismo se acusa.
Este es Nembrot, por cuya mala idea
sólo un lenguaje no existe en el mundo.*

*Dejémosle, y no hablemos vanamente,
porque así es para él cualquier lenguaje,
cual para otros el suyo: nadie entiende.»*

*Seguimos el viaje caminando
a la izquierda, y a un tiro de ballesta,
otro encontramos más feroz y grande.*

*Para ceñirlo quién fuera el maestro,
decir no sé, pero tenía atados
delante el otro, atrás el brazo diestro,*

*una cadena que le rodeaba
del cuello a abajo, y por lo descubierto
le daba vueltas hasta cinco veces.*

*«Este soberbio quiso demostrar
contra el supremo Jove su potencia
-dijo mi guía- y esto ha merecido.*

*Se llama Efialte; y su intentona hizo
al dar miedo a los dioses los gigantes:
los brazos que movió, ya más no mueve.»*

*Y le dije: «Quisiera, si es posible,
que del desmesurado Briareo
puedan tener mis ojos experiencia.»*

*Y él me repuso: «A Anteo ya verás
cerca de aquí, que habla y está libre,
que nos pondrá en el fondo del infierno.*

*Aquel que quieres ver, está muy lejos,
y está amarrado y puesto de igual modo,
salvo que aún más feroz el rostro tiene.»*

*No hubo nunca tan fuerte terremoto,
que moviese una torre con tal fuerza,
como Efialte fue pronto en revolverse.*

*Más que nunca temí la muerte entonces,
y el miedo solamente bastaría
aunque no hubiese visto las cadenas.*

*Seguimos caminando hacia adelante
y llegamos a Anteo: cinco alas
salían de la fosa, sin cabeza.*

*«Oh tú que en el afortunado valle
que heredero a Escipión de gloria hizo,
al escapar Aníbal con los suyos,*

*mil leones cazaste por botín,
y que si hubieses ido a la alta lucha
de tus hermanos, hay quien ha pensado*

*que vencieran los hijos de la Tierra;
bájanos, sin por ello despreciarnos,
donde al Cocito encierra la friura.*

*A Ticio y a Tifeo no nos mandes;
éste te puede dar lo que deseas;
inclínate, y no tuerzas el semblante.*

*Aún puede darte fama allá en el mundo,
pues que está vivo y larga vida espera,
si la Gracia a destiempo no le llama.»*

*Así dijo el maestro; y él deprisa
tendió la mano, y agarró a mi guía,
con la que a Hércules diera el fuerte abrazo.*

*Virgilio, cuando se sintió cogido,
me dijo: «Ven aquí, que yo te coja»;
luego hizo tal que un haz éramos ambos.*

*Cual parece al mirar la Garisenda
donde se inclina, cuando va una nube
sobre ella, que se venga toda abajo;*

*tal pareciome Anteo al observarle
y ver que se inclinaba, y fue en tal hora
que hubiera preferido otro camino.*

*Más levemente al fondo que se traga
a Lucifer con Judas, nos condujo;
y así inclinado no hizo más demora,
y se alzó como el mástil en la nave.*

CANTO XXXII

*Si rimas broncas y ásperas tuviese,
como merecería el agujero
sobre el que apoyan las restantes rocas*

*exprimiría el jugo de mi tema
más plenamente; más como no tengo,
no sin miedo a contarle me dispongo;*

*que no es empresa de tomar a juego
de todo el orbe describir el fondo,
ni de lengua que diga «mama» o «papa».*

*Más a mi verso ayuden las mujeres
que a Anfión a cerrar Tebas ayudaron,
y del hecho el decir no sea diverso.*

*¡Oh sobre todas mal creada plebe,
que el sitio ocupas del que hablar es duro,
mejor sería ser cabras u ovejas!*

*Cuando estuvimos ya en el negro pozo,
de los pies del gigante aún más abajo,
y yo miraba aún la alta muralla,*

*oí decirme: «Mira dónde pisas:
anda sin dar patadas a la triste
cabeza de mi hermano desdichado.»*

*Por lo cual me volví, y vi por delante
y a mis plantas un lago que, del hielo,
de vidrio, y no de agua, tiene el rostro.*

*A su corriente no hace tan espeso
velo, en Austria, el Danubio en el invierno,
ni bajo el frío cielo allá el Tanais,*

*como era allí; porque si el Pietrapana
o el Tambernica, encima le cayese,
ni «crac» hubiese hecho por el golpe.*

*Y tal como croando está la rana,
fuera del agua el morro, cuando sueña
con frecuencia espigar la campesina,*

*lúidas, hasta el sitio en que aparece
la vergüenza, en el hielo había sombras,
castañeteando el diente cual cigüeñas.*

*Hacia abajo sus rostros se volvían:
el frío con la boca, y con los ojos
el triste corazón testimoniaban.*

*Después de haber ya visto un poco en torno,
miré, a mis pies, a dos tan estrechados,
que mezclados tenían sus cabellos.*

«Decidme, los que así apretáis los pechos
-les dije- ¿Quiénes sois?» Y el cuello irguieron;
y al alzar la cabeza, chorrearon

sus ojos, que antes eran sólo blandos
por dentro, hasta los labios, y ató el hielo
las lágrimas entre ellos, encerrándolos.

Leño con leño grapa nunca une
tan fuerte; por lo que, como dos chivos,
los dos se golpearon iracundos.

Y uno, que sin orejas se encontraba
por la friura, con el rostro gacho,
dijo: «¿Por qué nos miras de ese modo?

Si saber quieres quién son estos dos,
el valle en que el Bisenzo se derrama
fue de Alberto, su padre, y de estos hijos.

De igual cuerpo salieron; y en Caína
podrás buscar, y no encontrarás sombra
más digna de estar puesta en este hielo;

no aquel a quien rompiera pecho y sombra,
por la mano de Arturo, un solo golpe;
no Focaccia; y no éste, que me tapa

con la cabeza y no me deja ver,
y fue llamado Sassol Mascheroni;
si eres toscano bien sabrás quién fue.

Y porque en más sermones no me metas,
sabe que fui Camincion dei Pazzi;
y espero que Carlino me haga bueno.»

Luego yo vi mil rostros por el frío
amoratados, y terror me viene,
y siempre me vendrá de aquellos hielos.

Y mientras que hacia el centro caminábamos,
en el que toda gravedad se aúna,
y yo en la eterna lobreguez temblaba,

si el azar o el destino o Dios lo quiso,
no sé; mas paseando entre cabezas,
golpeé con el pie el rostro de una.

Llorando me gritó: «¿Por qué me pisas?
Si a aumentar tú no vienes la venganza
de Monteperti, ¿por qué me molestas?»

Y yo: «Maestro mío, espera un poco
pues quiero que me saque éste de dudas;
y luego me darás, si quieres, prisa.»

El guía se detuvo y dije a aquel
que blasfemaba aún muy duramente:
«¿Quién eres tú que así reprendes a otros?»

«Y tú ¿quién eres que por la Antenora
vas golpeando -respondió- los rostros,
de tal forma que, aun vivo, mucho fuera?»

«Yo estoy vivo, y acaso te convenga
-fue mi respuesta-, si es que quieres fama,
que yo ponga tu nombre entre los otros.»

Y él a mí: «Lo contrario desearía;
márchate ya de aquí y no me molestes,
que halagar sabes mal en esta gruta.»

Entonces le cogí por el cogote,
y dije: «Deberás decir tu nombre,
o quedarte sin pelo aquí debajo.»

Por lo que dijo: «Aunque me descabelles,
no te diré quién soy, ni he de decirlo,
aunque mil veces golpees mi cabeza.»

*Ya enroscados tenía sus cabellos,
y ya más de un mechón le había arrancado,
mientras ladraba con la vista gacha,*

*cuando otro le gritó: «¿Qué tienes, Bocca?
¿No te basta sonar con las quijadas,
sino que ladras? ¿quién te da tormento?»*

*«Ahora -le dije yo- no quiero oírte,
oh malvado traidor: que en tu deshonra,
he de llevar de ti veraces nuevas.»*

*«Vete -repuso- y di lo que te plazca,
pero no calles, si de aquí salieras,
de quien tuvo la lengua tan ligera.*

*Él llora aquí el dinero del francés:
"Yo vi -podrás decir- a aquel de Duera,
donde frescos están los pecadores."*

*Si fuera preguntado "¿y esos otros?",
tienes al lado a aquel de Beccaria,
del cual segó Florencia la garganta.*

*Gianni de Soldanier creo que está
allá con Ganelón y Teobaldelo,
que abrió Faenza mientras que dormía.»*

*Nos habíamos de estos alejado,
cuando vi a dos helados en un hoyo,
y una cabeza de otra era sombrero;*

*y como el pan con hambre se devora,
así el de arriba le mordía al otro
donde se juntan nuca con cerebro.*

*No de otra forma Tideo roía
la sien a Menalipo por despecho,
que aquél el cráneo y las restantes cosas.*

*«Oh tú, que muestras por tan brutal signo
un odio tal por quien así devoras,
dime el porqué -le dije- de ese trato,*

*que si tú con razón te quejas de él,
sabiendo quiénes sois, y su pecado,
aún en el mundo pueda yo vengarte,
si no se seca aquella con la que hablo.»*

CANTO XXXIII

*De la feroz comida alzó la boca
el pecador, limpiándola en los pelos
de la cabeza que detrás roía.*

*Luego empezó: «Tú quieres que renueve
el amargo dolor que me atenaza
sólo al pensarlo, antes que de ello hable.*

*Más si han de ser simiente mis palabras
que dé frutos de infamia a este traidor
que muerdo, al par verás que lloro y hablo.*

*Ignoro yo quién seas y en qué forma
has llegado hasta aquí, mas de Florencia
de verdad me pareces al oírte.*

*Debes saber que fui el conde Ugolino
y este ha sido Ruggieri, el arzobispo;
por qué soy tal vecino he de contarte.*

*Que a causa de sus malos pensamientos,
y fiándome de él fui puesto preso
y luego muerto, no hay que relatarlo;*

*mas lo que haber oído no pudiste,
quiero decir, lo cruel que fue mi muerte,
escucharás: sabrás si me ha ofendido.*

*Un pequeño agujero de «la Muda»
que por mí ya se llama «La del Hambre»,
y que conviene que a otros aún encierre,*

*enseñado me había por su hueco
muchas lunas, cuando un mal sueño tuve
que me rasgó los velos del futuro.*

*Éste me apareció señor y dueño,
a la caza del lobo y los lobeznos
en el monte que a Pisa oculta Lucca.*

*Con perros flacos, sabios y amaestrados,
los Gualandis, Lanfrancos y Sismondís
al frente se encontraban bien dispuestos.*

*Tras de corta carrera vi rendidos
a los hijos y al padre, y con colmillos
agudos vi morderles los costados.*

*Cuando me desperté antes de la aurora,
llorar sentí en el sueño a mis hijitos
que estaban junto a mí, pidiendo pan.*

*Muy cruel serás si no te dueles de esto,
pensando lo que en mi alma se anunciaba:
y si no lloras, ¿de qué llorar sueles?*

*Se despertaron, y llegó la hora
en que solían darnos la comida,
y por su sueño cada cual dudaba.*

*Y oí clavar la entrada desde abajo
de la espantosa torre; y yo miraba
la cara a mis hijitos sin moverme.*

*Yo no lloraba, tan de piedra era;
lloraban ellos; y Anselmuccio dijo:
«Cómo nos miras, padre, ¿qué te pasa?»*

*Pero yo no lloré ni le repuse
en todo el día ni al llegar la noche,
hasta que un nuevo sol salía a mundo.*

*Como un pequeño rayo penetrase
en la penosa cárcel, y mirara
en cuatro rostros mi apariencia misma,*

*ambas manos de pena me mordía;
y al pensar que lo hacía yo por ganas
de comer, bruscamente levantaron,*

*diciendo: «Padre, menos nos doliera
si comes de nosotros; pues vestiste
estas miserables carnes, las despoja.»*

*Por más no entristecerlos me calmaba;
ese día y al otro nada hablamos:
Ay, dura tierra, ¿por qué no te abriste?*

*Cuando hubieron pasado cuatro días,
Gaddo se me arrojó a los pies tendido,
diciendo: «Padre, ¿por qué no me ayudas?»*

*Allí murió; y como me estás viendo,
vi morir a los tres uno por uno
al quinto y sexto día; y yo me daba*

*ya ciego, a andar a tientas sobre ellos.
Dos días les llamé aunque estaban muertos:
después más que el dolor pudo el ayuno.»*

*Cuando esto dijo, con torcidos ojos
volvió a morder la misera cabeza,
y los huesos tan fuerte como un perro.*

*¡Ah Pisa, vituperio de las gentes
del hermoso país donde el «sí» suena!,
pues tardos al castigo tus vecinos,*

muévanse la Gorgona y la Capraia,
y hagan presas allí en la hoz del Arno,
para anegar en ti a toda persona;

pues si al conde Ugolino se acusaba
por la traición que hizo a tus castillos,
no debiste a los hijos dar tormento.

Inocentes hacía la edad nueva,
nueva Tebas, a Uguiccion y al Brigada
y a los otros que el canto ya ha nombrado.»

A otro lado pasamos, y a otra gente
envolvía la helada con crudeza,
y no cabeza abajo sino arriba.

El llanto mismo el lloro no permite,
y la pena que encuentra el ojo lleno,
vuelve hacia atrás, la angustia acrecentando;

pues hacen muro las primeras lágrimas,
y así como viseras cristalinas,
llenan bajo las cejas todo el vaso.

Y sucedió que, aun como encallecido
por el gran frío cualquier sentimiento
hubiera abandonado ya mi rostro,

me parecía ya sentir un viento,
por lo que yo: «Maestro, ¿quién lo hace?,
¿No están extintos todos los vapores?»

Y él me repuso: «En breve será cuando
a esto darán tus ojos la respuesta,
viendo la causa que este soplo envía.»

Y un triste de esos de la fría costra
gritó: «Ah vosotras, almas tan crueles,
que el último lugar os ha tocado,

del rostro levantar mis duros velos,
que el dolor que me oprime expulsar pueda,
un poco antes que el llanto se congele.»

Y le dije: «Si quieres que te ayude,
dime quién eres, y si no te libro,
merezca yo ir al fondo de este hielo.»

Me respondió: «Yo soy fray Alberigo;
soy aquel de la fruta del mal huerto,
que por el higo el dátíl he cambiado.»

«Oh, ¿ya estás muerto --díjeme yo-- entonces?
Y él repuso: «De cómo esté mi cuerpo
en el mundo, no tengo ciencia alguna.

Tal ventaja tiene esta Tolomea,
que muchas veces caen aquí las almas
antes de que sus dedos mueva Atropos;

y para que de grado tú me quites
las lágrimas vidriosas de mi rostro,
sabe que luego que el alma traiciona,

como yo hiciera, el cuerpo le es quitado
por un demonio que después la rige,
hasta que el tiempo suyo todo acabe.

Ella cae en cisterna semejante;
y es posible que arriba esté aún el cuerpo
de la sombra que aquí detrás inverna.

Tú lo debes saber, si ahora has venido:
que es Branca Doria, y ya han pasado muchos
años desde que fuera aquí encerrado.»

«Creo --le dije yo-- que tú me engañas;
Branca Doria no ha muerto todavía,
y come y bebe y duerme y paños viste.»

«Al pozo -él respondió- de Malasgarras,
donde la pez rebulle pegajosa,
aún no había caído Miguel Zaque,

cuando éste le dejó al diablo un sitio
en su cuerpo, y el de un pariente suyo
que la traición junto con él hiciera.

Más extiende por fin aquí la mano;
abre mis ojos.» Y no los abrió;
y cortesía fue el villano serle.

¡Ah genoveses, hombres tan distantes
de todo bien, de toda lacra llenos!,
¿por qué no sois del mundo desterrados?

Porque con la peor alma de Romana
hallé a uno de vosotros, por sus obras
su espíritu bañando en el Cocito,
y aún en la tierra vivo con el cuerpo.

CANTO XXXIV

«Vexilla regis prodeunt inferni
contra nosotros, mira, pues, delante
-dijo el maestro- a ver si los distingues.»

Como cuando una espesa niebla baja,
o se oscurece ya nuestro hemisferio,
girando lejos vemos un molino,

una máquina tal creí ver entonces;
luego, por aquel viento, busqué abrigo
tras de mi guía, pues no hallé otra gruta.

Ya estaba, y con terror lo pongo en verso,
donde todas las sombras se cubrían,
traspareciendo como paja en vidrio:

Unas yacen; y están erguidas otras,
con la cabeza aquella o con las plantas;
otra, tal arco, el rostro a los pies vuelve.

Cuando avanzamos ya lo suficiente,
que a mi maestro le plació mostrarme
la criatura que tuvo hermosa cara,

se me puso delante y me detuvo,
«Mira a Dite -diciendo-, y mira el sitio
donde tendrás que armarte de valor.»

De cómo me quedé helado y atónito,
no lo inquietas, lector, que no lo escribo,
porque cualquier hablar poco sería.

Yo no morí, más vivo no quedé:
piensa por ti, si algún ingenio tienes,
cual me puse, privado de ambas cosas.

El monarca del doloroso reino,
del hielo aquel sacaba el pecho afuera;
y más con un gigante me comparo,

que los gigantes con sus brazos hacen:
mira pues cuánto debe ser el todo
que a semejante parte corresponde.

Si igual de bello fue como ahora es feo,
y contra su hacedor alzó los ojos,
con razón de él nos viene cualquier luto.

¡Qué asombro tan enorme me produjo
cuando vi su cabeza con tres caras!
Una delante, que era toda roja:

las otras eran dos, a aquella unidas
por encima del uno y otro hombro,
y uníanse en el sitio de la cresta;

entre amarilla y blanca la derecha
parecía; y la izquierda era tal los que
vienen de allí donde el Nilo discurre.

Bajo las tres salía un gran par de alas,
tal como convenía a tanto pájaro:
velas de barco no vi nunca iguales.

No eran plumosas, sino de murciélago
su aspecto; y de tal forma aleteaban,
que tres vientos de aquello se movían:

por éstos congelábase el Cocito;
con seis ojos lloraba, y por tres barbas
corría el llanto y baba sanguinosa.

En cada boca hería con los dientes
a un pecador, como una agramadera,
tal que a los tres atormentaba a un tiempo.

Al de delante, el morder no era nada
comparado a la espalda, que a zarpazos
toda la piel habíale arrancado.

«Aquella alma que allí más pena sufre
-dijo el maestro- es Judas Iscariote,
con la cabeza dentro y piernas fuera.

De los que la cabeza afuera tienen,
quien de las negras fauces cuelga es Bruto:
-imírale retorcerse! ¡y nada dice!-

Casio es el otro, de aspecto membrudo.
Más retorna la noche, y ya es la hora
de partir, porque todo ya hemos visto.»

Como él lo quiso, al cuello le abracé;
y escogió el tiempo y el lugar preciso,
y, al estar ya las alas bien abiertas,

se sujetó de los peludos flancos:
y descendió después de pelo en pelo,
entre pelambre hirsuta y costra helada.

Cuando nos encontramos donde el muslo
se ensancha y hace gruesas las caderas,
el guía, con fatiga y con angustia,

la cabeza volvió hacia los zancajos,
y al pelo se agarró como quien sube,
tal que al infierno yo creí volver.

«Cógete bien, ya que por esta escala
-dijo el maestro exhausto y jadeante
es preciso escapar de tantos males.»

Luego salió por el hueco de un risco,
y junto a éste me dejó sentado;
y puso junto a mí su pie prudente.

Yo alcé los ojos, y pensé mirar
a Lucifer igual que lo dejamos,
y le vi con las piernas para arriba;

y si desconcertado me vi entonces,
el vulgo es quien lo piensa, pues no entiende
cuál es el trago que pasado había.

«Ponte de pie -me dijo mi maestro-:
la ruta es larga y el camino es malo,
y el sol ya cae al medio de la tercia.»

No era el lugar donde nos encontrábamos
pasillo de palacio, más caverna
que poca luz y mal suelo tenía.

«Antes que del abismo yo me aparte,
maestro -dije cuando estuve en pie-,
por sacarme de error háblame un poco:

*¿Dónde está el hielo?, ¿y cómo éste se encuentra
tan boca abajo, y en tan poco tiempo,
de noche a día el sol ha caminado?»*

*Y él me repuso: « Piensas todavía
que estás allí en el centro, en que agarré
el pelo del gusano que perfora*

*el mundo: allí estuviste en la bajada;
cuando yo me volví, cruzaste el punto
en que converge el peso de ambas partes:*

*y has alcanzado ya el otro hemisferio
que es contrario de aquel que la gran seca
recubre, en cuya cima consumido*

*fue el hombre que nació y vivió sin culpa;
tienes los pies sobre la breve esfera
que a la Judea forma la otra cara.*

*Aquí es mañana, cuando allí es de noche:
y aquél, que fue escalera con su pelo,
aún se encuentra plantado igual que antes.*

*Del cielo se arrojó por esta parte;
y la tierra que aquí antes se extendía,
por miedo a él, del mar hizo su velo,*

*y al hemisferio nuestro vino; y puede
que por huir dejara este vacío
eso que allí se ve, y arriba se alza.»*

*Un lugar hay de Belcebú alejado
tanto cuanto la cárcava se alarga,
que el sonido denota, y no la vista,*

*de un arroyuelo que hasta allí descende
por el hueco de un risco, al que perfora
su curso retorcido y sin pendiente.*

*Mi guía y yo por esa oculta senda
fuimos para volver al claro mundo;
y sin preocupación de descansar,*

*subimos, él primero y yo después,
hasta que nos dejó mirar el cielo
un agujero, por el cual salimos
a contemplar de nuevo las estrellas.*

Ars Goetia

*Estos serán los datos sobre demonios de Salomón que podrán encontrar en el libro "Ars Goetia" que se encuentra en El Escorial.
No está de más que se acostumbren a sus nombres.*



Bael

Baal
Baël
Baëll
Baël

Primer Rey del Infierno del Reino Oriental.

Manda 66 legiones.

Se presenta como un hombre con tres cabezas, de sapo, de hombre coronado y de gato. Su torso lomudo termina en patas de araña. Divinidad principal de los babilonios, de los caldeos, de los fenicios y de otros pueblos orientales. Se le sacrificaban terneras y bueyes, y las mujeres se prostituían en su honor.

Hace invisibles y astutos a aquellos que le invocan.



Agares

Duque Infernal de las Regiones Orientales del Infierno.

Comanda 31 Legiones de Demonios menores.

Es descrito como un anciano benevolente que cabalga un cocodrilo y en su puño lleva un halcón. Perteneciente al Orden de las Virtudes antes de la caída.

Puede hacer que los fugitivos regresen, causar terremotos por hacer danzar a los espíritus de la tierra, enseñar las diferentes lenguas, otorga propiedades, poder, dignidades, títulos, incita al baile y encuentra enorme placer en dar a conocer expresiones inmorales.



Vassago

Príncipe del Infierno de las Regiones del Sur Infernales.

Manda 26 Legiones de Demonios.

Su apariencia puede ir desde la de un anciano calmado a la de un dragón alado rojo, pero es conocido su gusto por cambiar de forma.

Es conocido como el Demonio de las Profecías y del aire, controlando a estos espíritus.

Puede conceder a quien le invoca el conocer de los hechos pasados y futuros, descubrir lo oculto o perdido y los secretos de las mujeres.



Samigina

*Gamigin
Gamygyn*

Marqués del Imperio Infernal.

Manda en 30 Legiones de Demonios.

Puede aparecer como un caballo pequeño o como un hombre de voz ronca y nariz de equino y es conocido como el Demonio de los Cobardes.

Enseña todas las artes y ciencias liberales y puede hacer aparecer las almas de los que han perecido en el mar, dando cuerpos etéreos a esos ahogados.

Presidente del Infierno.

Manda sobre 36 Legiones de Demonios.

Se presenta como un león furioso.

Revela y responde sobre cosas ocultas, otorga conocimiento de los artes mecánicas y al igual que trae enfermedades también las cura.



Marbas

Barbas



Valefor

*Valefar
Malephar
Malaphar
Valagar
Velefer*

Duque de la Corte Infernal.

Comanda 36 Legiones de Demonios.

A veces se presenta se presenta bajo la forma de un ángel y otras bajo la de un león con la cabeza y patas de ganso, y una cola de liebre.

Conoce lo pasado y el porvenir, también da talento y audacia a los hombres.



Amon

Aamon

Marques de los Infiernos

Manda 40 Legiones de Demonios.

Acostumbra tener la figura de un lobo que vomita llamas con cola de serpiente y cuando toma la figura humana, su cabeza es parecida a la de un búho que deja ver sus dientes caninos muy afilados.

Es el más fuerte de los Príncipes de los demonios, que conoce lo pasado y lo venidero y reconcilia a los amigos que están reñidos.



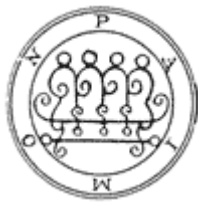
Barbatos

Gran Conde y Duque del Orden de las Virtudes.

Manda sobre 30 Legiones de Demonios.

Aparece con la forma de cazador o arquero, precedido de cuatro Príncipes que disfrutan tocando el cuerno.

Es el Demonio de lo misterioso, conoce del pasado y del futuro a través del canto de las aves, el mugido del toro o los ladridos del perro. Sabe donde están ocultos los tesoros y entiende los idiomas de los animales.



Paimon

Rey que gobierna sobre el Reino de Occidente.

Manda 200 Legiones de Demonios.

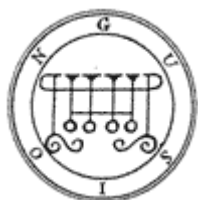
Se aparece como un hombre de cuerpo fuerte y rostro de mujer que habla con voz ronca, con una diadema de brillantes perlas en sus sienes y montado sobre un dromedario. Suele hacerse acompañar por dos Príncipes Infernales: Bebal y Abalán.

Demonio del erotismo y la sexualidad. A la par enseña la disposición de la tierra, el agua y el viento, enseña todas las artes, ciencias y secretos, otorga y confirma dignidades.



Buer

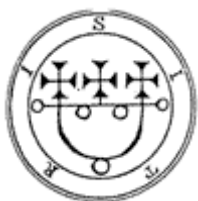
*Presidente de la Corte Infernal.
Manda sobre 50 Legiones de Demonios.
Se aparece en forma de estrella que gira sobre si mismo o de rueda de cinco radios.
Demonio de las plagas y de la peste.
Enseña filosofía, lógica y las virtudes de las hierbas medicinales. Otorga felicidad domestica y la salud al enfermo.*



Gusion

Gusoyñ

*Gran Duque del Infierno
Tiene a su servicio 45 legiones de Demonios
Se presenta en forma de camello.
Conoce todo lo referente al pasado, presente y futuro, responde todas las preguntas que se le hagan, descubre lo oculto, reconcilia a los amigos y otorga honor y dignidad.*



Sitri

*Syrtyr
Sytry
Bitru*

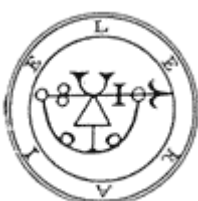
*Príncipe de la Corte Infernal.
Tiene bajo el a 60 Legiones de Demonios.
De forma humana con la cara del leopardo y las alas de grifo.
Procura el amor entre los sexos, divulga los secretos de las mujeres y provoca a las mujeres a mostrarse desnudas.*



Beleth

*Bileth
Byleth*

*Rey de la Corte Infernal del Reino de Septentrión.
Comanda 85 Legiones de Demonios.
Antes perteneciente al Orden de los Poderes, este poderoso demonio y temido guerrero, cabalga un caballo pálido y cuando cabalga, se escuchan los sonidos de melancólicas trompetas. Se le debe de recibir cortésmente y con homenaje o su furia se hará sentir.
Puede conceder un extraordinario dominio sobre los asuntos naturales y sobrenaturales.*



Leraje

Lerajie

*Leraie
Loray
Oray*

*Marqués de la Corte Infernal.
Manda sobre 30 Legiones de Demonios.
Se aparece como un hermoso y arrogante arquero que anima en los combates.
Es el demonio de la arrogancia, que además provoca que las heridas producidas por las flechas se pudran.*



Eligos

*Eligor
Abigor*

*Duque de la Corte infernal.
Tiene potestad sobre 60 Legiones de Demonios.
Caballero hermoso, llevando una lanza en una mano y un cetro en otra, montado sobre un monstruo alado similar a un dragón.
Demonio asociado a la fuerza militar, enseña el arte de combatir, da a conocer el porvenir y conciliar a los jefes con sus soldados y procura favores de señores y de caballeros. Descubre cosas ocultas, causa la guerra, arma los ejércitos, provoca el amor mal sano y la perdición en la lujuria.*



Zepar

Duque del Infierno.

Manda sobre 26 Legiones de Demonios.

Tiene el aspecto de un guerrero o soldado con ropajes rojos y armadura.

Tienta a los hombres a cometer pecados sexuales con niños, a la par puede hacer que las mujeres conquisten al varón que deseen pero este será estéril.



Botis

Otis

Presidente de la Corte Infernal.

Comanda 60 Legiones de Demonios.

Aparece como una gran víbora de grandes colmillos y dos cuernos en la cabeza, y en su forma humana tiene por igual enormes dientes y cuernos.

Contesta a todas las cuestiones del presente y del futuro, a la par que puede reconciliar tanto amigos como a enemigos.



Bathin

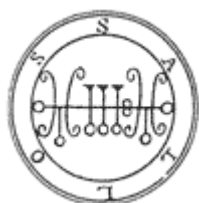
*Batin
Bathym
Mathim
Marthim*

Duque de la Corte Infernal.

Manda sobre 30 Legiones de Demonios.

Tiene la apariencia de un hombre fuerte con la cola de la serpiente, montando un caballo pálido.

Demonio de los magos. Entiende las virtudes de las hierbas y de las piedras preciosas, además puede transportar a los hombres a donde quiera que deseen ir con total ligereza.



Sallos

Saleos

Duque de las Regiones Infernales

Gobierna sobre 30 Legiones de Demonios

Soldado hermoso y galante con una gran corona que cabalga sobre un cocodrilo, aunque su naturaleza es pacífica.

Puede conseguir que un hombre ame a una mujer y que una mujer ame a un hombre y a su vez promueve la homosexualidad.



Purson

*Pursan
Curson*

Rey de la Corte Infernal del Reino de Mediodía.

Manda sobre 22 Legiones de Demonios.

Se aparece bajo forma humana con cabeza de león llevando en su mano una culebra siempre furiosa. Va montado en un oso precediéndole continuamente el sonido de una trompeta.

Conoce a fondo lo presente, lo pasado y lo futuro, descubre las cosas ocultas y los tesoros, y es padre de los buenos espíritus familiares.



Marax

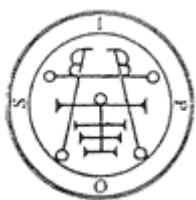
*Morax
Morax
Foraii*

Conde y Presidente de la Corte Infernal.

Manda sobre 36 Legiones de Demonios.

Su apariencia es la de un enorme toro con el rostro de un hombre

Hace que los hombres aprendan astronomía y ciencias liberales, gran sabedor de hierbas y de piedras preciosas y puede otorgar familiares sabios y astutos.



Ipos

*Ipes
Ayporos
Ayperos*

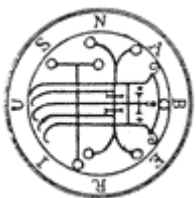
Conde y Príncipe de las Regiones Infernales.
Tiene bajo su mando 36 Legiones de Demonios.
Suele aparecerse como un Ángel con la cabeza del león, la cola de una liebre y las patas de ganso. A veces es igual pero su cuerpo es el de un león.
Sabe el futuro y más allá, a su vez puede convertir a los hombres en astutos y valientes.



Aim

*Aini
Haborim
Haborym
Aym*

Duque Infernal de la Región Oriental.
Manda sobre 26 Legiones de Demonios.
Se representa como un hombre hermoso con tres cabezas: la primera como de serpiente, la segunda de hombre con dos estrellas en la frente y la tercera cabeza como de gato. Monta una serpiente y carga un látigo flameante con el que causa destrucción.
Suele dar la respuesta verdadera en cuanto a temas de importancia. Hace volver a la carga a los fugitivos del partido que protege y derrota al enemigo, da las dignidades, distribuye prelaturas, enseña todas las lenguas y proporciona el fuego a los castillos y a las ciudades.



Naberius

*Naberus
Cerberus*

Marqués del Infierno.
Comanda 19 Legiones de Demonios Menores.
Aparece con la forma de un cuervo con voz ronca pero a veces también lo hace en forma de corneja con voz chillona. Es el guardián de la puerta del Infierno aunque nada tiene que ver con Cerbero.
Hace a los hombres amables, les otorga la elocuencia y la astucia en las artes liberales. Procura la pérdida de prelados y de dignidades.



Glasya-Labolás

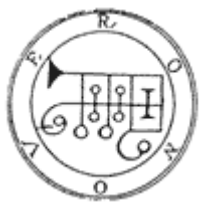
*Caacrinolaas
Caassimolar*

Presidente de las Regiones Infernales.
Bajo sus órdenes tiene a 36 Legiones de Demonios.
Se presenta como un enorme perro con las alas de grifo.
Entiende el presente y el futuro, es el inspirador de los homicidios y los asesinatos, siendo el jefe de los asesinos. Instruye en todo tipo de artes y consigue el amor de amigos y de enemigos. Pero sobre todo, puede conseguir hacer a los hombres invisibles.



Bune

Duque de la Corte Infernal.
Manda sobre 30 Legiones de Demonios y son conocidos como Bunis, de enorme poder.
Se aparece como un temible dragón de tres cabezas, en el caso de aparecerse como un hombre, su apariencia será ordinaria y hablará solo por signos.
Normalmente enriquece a todos aquellos que le sirven, es el dominador de las prácticas necrománticas y los cementerios son su lugar favorito, donde convoca a los suyos sobre los sepulcros.



Ronove

*Roneve
Romwe*

*Marqués del Imperio Infernal.
Le obedecen 19 Legiones de Demonios.
Se aparece en forma de un terrible monstruo.
Concede a sus adeptos el conocimiento de las
lenguas y la posibilidad de llevarse bien con
todos.*



Berith

*Beall
Berithi
Bolfry
Bolfri
Berito*

*Duque de la Corte Infernal.
Algunos dicen que es el Secretario General del
Infierno.
Tiene bajo su mano 27 Legiones de Demonios.
Suele representarse como un joven soldado con
ropajes encarnados y en su frente una corona
dorada, que monta un caballo. Su voz es
persuasiva pero raramente dice la verdad.
Revela el pasado, presente y futuro, concede a
sus seguidores una bella voz, puede transmutar
cualquier metal en oro por eso es recordado con
agrado por los alquimistas.*



Astaroth

*Archi-Duque del Occidente de los Infiernos.
Tesorero infernal.
Comanda 40 Legiones de Demonios.
Representado como un Ángel muy hermoso a
horcajadas de un dragón y con una víbora en su
mano.
Su función es conducir a las mujeres hasta los
Aquelarres e incitarlas a copular con el macho
cabrió allí presente. Suele ser ayudado por Amón,
Barbatos y Pruslas.
Ve el pasado, el presente y el porvenir, detecta los
deseos secretos y concede protección a los
grandes. Adora platicar acerca de la gran caída
de los Ángeles y dice haber sido castigado
injustamente, alegando que un día recuperará su
lugar entre los Ángeles del Cielo como el Príncipe
de los Tronos que solía ser.*



Forneus

*Marqués de la Corte Infernal.
Ordena sobre 29 Legiones de Demonios.
Toma la apariencia de un temible monstruo
marino.
Instruye a los hombres en los más graves asuntos,
hace bien a sus amigos y mal a sus enemigos.
Concede el conocimiento de idiomas, enseña las
artes y las ciencias.*



Foras

*Forras
Forcas*

*Gran Presidente y Caballero del Infierno.
Comandante de 29 Legiones de Demonios.
Aparece como un hombre fuerte montado en un
caballo y con una afilada lanza en su mano.
También se aparece como un hombre viejo de
cabello largo y barba blanca.
Conoce las propiedades de las piedras preciosas y
las hierbas, enseña la lógica, la retórica, la
quiromancia y la piromancia. Puede hacer a un
hombre invisible e inteligente en el uso de las
palabras, además de poder localizar objetos
perdidos y tesoros escondidos.*



Asmodeus

Asmoday
Sidonayor
Sydonay

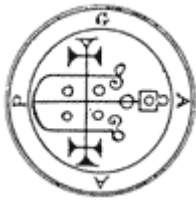
Rey del Imperio Infernal de Mediodía y Septentrión.

Superintendente de las Casas de Juegos del Imperio Infernal.

Comanda 72 Legiones de Demonios.

Se le suele ver como un hombre con tres cabezas que respiran fuego, una de hombre, una de toro y otra de carnero, con pies palmípedos y cola de serpiente, que cabalga sobre un dragón portando una lanza y una bandera.

Enseña geometría, matemáticas, astronomía y las artes mecánicas. Revela los tesoros ocultos y los guarda. Suele sembrar la disipación y el error. Dicen que fue quien ayudó a Salomón a construir su Templo.



Gaap

Golpecito

Presidente y Príncipe del Infierno.

Antes de su caída, pertenecía al Coro de los Poderes.

Manda sobre 66 Legiones de Demonios.

Se muestra al mediodía tomando forma humana.

Enseña la filosofía y ciencias liberales, excita el amor y el odio, transporta con suma presteza a los hombres a las regiones que quieran recorrer.



Furfur

Conde de la Corte Infernal

Tiene bajo su mando a 26 Legiones de Demonios.

Toma la forma de un ángel que habla con una voz ronca y en otras ocasiones aparece como un ciervo alado con la cola ardiente.

Hablará sin mentir únicamente cuando completen el triángulo de la invocación y entonces dirá la verdad a cualquier cuestión con una voz grave. Crea truenos, relámpagos y viento, sabe respuestas a preguntas secretas y ocasiona el amor entre hombre y mujer.



Marchosias

Marchocias

Marqués de las Regiones Infernales.

Tiene bajo su mando 30 Legiones de Demonios.

Pertenecía al Orden de las Dominaciones y espera volver con los Ángeles no caídos dentro de miles de años.

Se presenta bajo la forma de un lobo con alas de un grifo y una cola de serpiente mientras por su boca vomita llamas. Es un formidable guerrero y un hechicero poderoso.

Creó a Baltzegaurd, una temible criatura que no se sabe si es Ángel o Demonio y que es conocida como el "Vagabundo de los Mundos".

Responderá la verdad a las preguntas que se le formulen,



Stolas

Príncipe de la Corte Infernal.

Manda sobre 26 Legiones de Demonios.

Puede aparecerse como un cuervo negro o como un búho coronado con largas patas.

Gran conocedor de la ciencia de las estrellas y de aquellas plantas que pueden envenenar. Ambas cosas puede dar a conocer a quien le convoque.



Phenex

Phoenix

Marqués del Imperio Infernal.

Comanda 20 Legiones de Demonios.

Se le representa como un ser con apariencia de pájaro mágico de fuego que canta como un niño. Antes de poder hablar con él se le debe convencer de adquirir forma humana.

Atiende a todas las peticiones de los magos por medio de cartas y poesía, demostrando ser un excelente poeta. También revela todo tipo de ciencias a quien le demande.



Halphas

Conde de la Corte Infernal.

Tiene mando sobre 26 Legiones de Demonios.

Se aparece bajo la forma de una cigüeña de voz estrepitosa, que algunas veces puede tornarse en gato.

Es el Demonio de la Guerra y entre sus cualidades destaca la de construir ciudades y aprovisionarlas de armas y munición, provocar guerras y envía a soldados a las guerras donde se les precise.



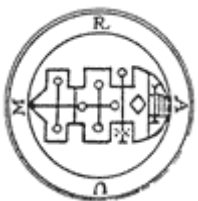
Malphas

Presidente de la Corte Infernal.

Tiene potestad sobre 40 Legiones de Demonios.

Aparece en forma de cuervo y si se transforma en humano lo hará en voz ronca.

Puede enseñar a construir edificios, grandes torres y castillos, destruir los edificios del enemigo, puede destruir los pensamientos, deseos y acciones de sus enemigos.



Raum

Raim

Conde del Imperio Infernal.

Pertenecía a la Orden de los Tronos.

Manda sobre 30 Legiones de Demonios.

Se suele aparecer en la forma de un cuervo pero puede transformarse en humano si lo desea.

Conoce del presente de las cosas y del futuro de las mismas, puede reconciliar a amigos y a enemigos, puede robar los tesoros de las arcas de los Reyes y puede destruir ciudades y a los dignatarios de las mismas.



Focalor

Duque de la Corte Infernal.

Espera volver a su gloria en la Orden de los Tronos.

Manda sobre 3 Legiones de Demonios.

Suele aparecerse como un humano con las alas de un grifo.

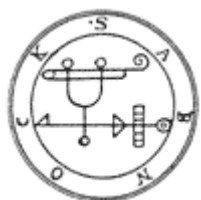
Tiene poder sobre los vientos y el mar, ahoga a los hombres y hunde a los barcos.



Vepar

Separ

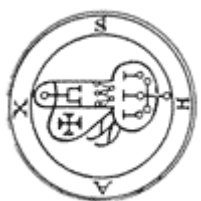
*Duque de la Corte Infernal.
Comanda 29 Legiones de Demonios.
Suele tomar la forma de una sirena.
Gobierna las aguas y dirige los barcos de guerra cargados de munición y armas, si se le solicita puede crear tormentas, enfurecer las aguas y hacer que el mar se llene de embarcaciones fantasmas. También puede hacer que un hombre muera en tres días por heridas putrefactas de las que brotan gusanos y si es su deseo, sanar al mismo de dichas heridas.*



Sabnock

*Sabnacke
Sabnac
Salmac*

*Marqués de la Corte Infernal.
Tiene a sus órdenes 50 Legiones de Demonios.
Aparece como un soldado armado, con la cabeza del león y montando un caballo pálido.
Puede crear torres, castillos y ciudades que se llenan por completo de armas y municiones. Además provoca a los hombres heridas que gangrenan y se llenan de gusanos.*



Shax

*Chax
Scox
Shan
Shass
Shaz*

*Duque y Marqués de la Corte Infernal.
Tiene bajo su mando a 30 Legiones de Demonios.
Suele aparecerse como una cigüeña de voz ronca y sutil. Puede parecer fiable y obediente pero es un hábil mentiroso a menos que se le obligue a entrar en el Triángulo Mágico y si entra, su voz ronca se volverá maravillosa.
Puede controlar la vista, oído y entendimiento de los hombres, suele robar los tesoros de los Reyes, también puede robar caballos e incluso cualquier cosa que se le solicite, puede descubrir lo que está oculto y puede otorgar familiares, pero estos acabaran mintiendo a sus "amos".*



Vine

Vid

*Rey y a la par Conde de la Corte Infernal.
Comanda 36 Legiones de Demonios.
Se presenta como un león, montando un caballo negro y llevando una víbora.
Puede descubrir a las brujas, los objetos ocultos y también contar el pasado, el presente y el futuro. Puede crear aguas violentas y tormentas, derribar muros y construir torres.*



Bifrons

*Conde de la Corte Infernal.
Manda sobre 26 Legiones Infedales.
Aparece bajo la figura de un monstruo y puede tomar la forma humana a su antojo.
Hace al hombre admirable en astrología y le enseña a conocer todas las influencias de los planetas, sobresale en la geometría, conoce las virtudes de las hierbas, maderas, de las piedras preciosas, transporta los cadáveres de un lugar a otro y se le ha visto encender antorchas en los sepulcros de los muertos*



Uvall

*Vuall
Wal*

*Duque del Imperio Infernal.
Demonio antes perteneciente a la Orden de los Poderes.*

*Manda sobre 37 Legiones de Demonios.
Suele aparecerse en forma de dromedario y que mientras se transforma en humano suele hablar en un arcaico egipcio, aunque no muy correctamente.*

Procura el amor de mujeres, la reconciliación entre amigos y entre enemigos, contar lo pasado, lo presente y lo que vendrá.



Haagenti

Presidente de la Corte Infernal.

Comanda 33 Legiones de Demonios.

Aparece como un enorme toro con las alas de un grifo pero puede cambiar a la forma humana a voluntad.

Convierte al hombre en diestro para todas las cosas, enseña con perfección el arte de transmutar los metales en oro y de hacer buen vino con agua clara.



Crocell

Procell

Duque del Imperio Infernal.

Comanda 48 Legiones de Demonios.

Tiene aspecto de Ángel tenebroso que suele hablar de manera oscura y misteriosa.

Contesta a las preguntas que se le hacen sobre las ciencias oscuras, enseñó también las artes liberales, la geometría, produce grandes ruidos y hace sentir el murmullo del agua en los parajes en que no las hay.



Furas

Caballero de la Corte Infernal.

Manda sobre 20 Legiones de Demonios.

Aparece como un cruel hombre viejo, de cabello canoso y una barba muy larga, cabalga un caballo pálido y tiene en la mano derecha una lanza afilada.

Enseña la filosofía, la retórica, la lógica, la astronomía, la quiromancia y la piromancia.



Balam

Rey del Imperio Infernal.

Tiene bajo su mando 40 Legiones de Demonios.

Suele aparecerse como un humano con tres cabezas, una de toro, otra de carnero y otra de hombre, con cola de serpiente y montando un oso mientras lleva un gavilán en su brazo. Otras veces es representado como un hombre desnudo cabalgando sobre un oso.

Revela el pasado de las cosas, el presente de las cosas y el futuro de las mismas, también puede conceder a los hombres la capacidad de hacerse invisibles.



Alloces

*Allocen
Allocer
Alocer*

*Duque de la Corte Infernal.
Comanda sobre 36 Legiones de Demonios.
Aparece como un soldado y a veces como un caballero cornudo con el rostro de un león que habla con voz grave y gangosa, montado en un caballo enorme con patas de dragón.
Otorga buenos familiares a la par que enseña los secretos del cielo y de las artes liberales.*



Caim

Caym

*Presidente de la Corte Infernal.
Comanda 36 Legiones de Demonios.
Aparece como un hombre elegante con cabeza y alas de mirlo.
Es el Demonio de la Calumnia, enseña la lengua de los animales y de las aguas y pasa por ser uno de los más sabios en el Infierno. A través de sus argumentos logra la desesperación de quienes le escuchan.*



Murmur

Murmullós

*Duque y Conde de la Corte Infernal.
Tiene bajo su mando 31 Legiones de Demonios.
Se aparece precedido de antorchas bajo la figura de un soldado que lleva ceñida una corona ducal en la cabeza, montado en un buitre y acompañado de una multitud de trompetas. Era del Orden de los Tronos.
Es conocido por ser el Demonio de la música. Enseña la filosofía, enseña música, puede obligar a las almas de los muertos a aparecerse y responder a las cuestiones que se le pregunten.*



Orobas

Príncipe de la Corte Infernal del Imperio Sombrio.

*Comanda sobre 20 Legiones de Demonios.
Suele aparecerse como un caballo muy bello y puede cambiar a la apariencia de un hombre a su voluntad.*

Conoce el pasado, el presente y de las cosas que vendrán, habla de la divinidad y la creación, a la par concede títulos, prelados y dignidades, el favor de amigos o enemigos, no permite que ningún espíritu tiene a quien él no desea y nunca engaña a nadie.



Gremory

Gomory

*Duque de la Corte Infernal.
Comanda 26 Legiones de Demonios.
Aparece como una bella mujer con una corona ducal ceñida en la cabeza y cabalgando sobre un camello.
Revela el pasado de las cosas, el presente de las mismas y el porvenir de estas cosas, descubre los tesoros ocultos y procura el amor de las mujeres y las jovencitas.*



Ose

Oze

Presidente de los Infiernos.

Comanda 3 Legiones de Demonios.

Se aparece como un leopardo pero puede cambiar a forma humana a voluntad.

Hace a sus adeptos, hábiles en las artes liberales, responde sobre las cosas divinas y abstractas, transforma al hombre y lo hace insensato hasta el punto de hacerle creer que es Rey o Papa y ciertamente le trae la corona, pero su Reinado no dura más que una hora por día.



Amy

Presidente de la Corte Infernal.

Comanda 36 Legiones de Demonios.

Perteneciente al Coro de los Poderes, cuando se aparece lo hace en forma de fuego que arde y si desea adoptar la forma de un humano por lo general lo hace en la apariencia de una hembra.

Enseña los secretos de las astrología, de las artes liberales y las finanzas. También se dice que le reveló a Salomón que volverá a su gloria en el cielo dentro de miles de años.



Orias

Marqués de la Corte Infernal.

Manda sobre 30 Legiones de Demonios.

Toma la apariencia de un león cabalgando un caballo que tiene una cola de serpiente y lleva en cada mano una víbora.

Demonio de los astrólogos y adivinos. Revela los secretos de la astrología, transforma a los hombres a su voluntad y les hace adquirir títulos y dignidades.



Vapula

Duque de la Corte Infernal.

Comanda 36 Legiones de Demonios.

Aparece en forma de un terrible león con las alas de grifo.

Enseña a ser diestro en la mecánica y la filosofía, otorga inteligencia y hace sabios a los hombres. Es el diablo que aconseja a los seres humanos sobre las investigaciones científicas.

Rey y Presidente del Infierno del Reino de Septentrión y Occidente.

Le obedecen 30 Legiones de Demonios.

Toma la apariencia de un toro con alas de grifo o de un hombre con alas de ave de rapina y cabeza de toro.

Es capaz de transformar el cobre en oro y el plomo en plata, es el encargado de ayudar a todos aquellos que cometen fraudes, puede convertir el agua en vino y la sangre en aceite.



Zagan

Zagam



Volac

Valac

Presidente de la Corte Infernal.

Comanda 30 Legiones de Demonios.

Se aparece bajo la forma de un niño con alas de Ángel y cabalgando en un dragón con dos cabezas.

Conoce la morada de los planetas, revela donde se ocultan tesoros y el lugar a donde se retiran las serpientes.



Andras

Marqués de la Corte Infernal.

Tiene bajo su mando 30 Legiones de Demonios.

Se aparece con cuerpo ángel alado con cabeza de mochuelo, cabalga sobre un lobo negro y blande una espada afilada.

Es el Demonio de los violentos. Enseña como matar al enemigo fomentando las discordias, enseña a sus protegidos como matar a sus enemigos sin perjuicio y alimenta las pendencias entre amos y servidores.



Haures

Flauros

Duque del Imperio Infernal.

Manda sobre 20 Legiones de Demonios.

Se aparece en la forma de un leopardo con una cabeza de hombre horrible y los ojos de color rojo.

Conversa gustosamente de la creación del mundo y de la caída de los Ángeles... incluyendo su propia caída. Conoce el pasado y el porvenir y es conocido por ser gran enemigo de los exorcistas.



Andrealphus

Androalphus

Marqués de la Corte Infernal.

Tiene bajo su mando 30 Legiones de Demonios.

Se aparece como un pavo real de voz grave.

Es el Demonio que muestra el camino de la traición. Enseña geometría perfectamente, y todo lo que se relacione con cálculos y medidas, incluyendo la astronomía, a quien trata con él puede concederle forma de ave para que escape de sus enemigos.



Cimejes

Cimeries

Marqués de la Corte Infernal.

Es servido por 20 Legiones de Demonios.

Se aparece como un enorme y valiente soldado montando un caballo negro.

Es el gobernante de los espíritus errantes en África, puede encontrar tesoros y cosas ocultas, enseña la gramática, la lógica y la retórica. Puede hacer que un hombre parezca un soldado de su propia imagen (demonio).



Amdusias

Amduscias

Duque de la Corte Infernal.

Comanda sobre 29 Legiones de Demonios.

Se presenta como un hombre de gran estatura con cabeza de unicornio o simplemente se aparece como un unicornio.

Demonio del engaño. Ofrece a quien le llama la inspiración necesaria para crear conciertos y en ellos se escucha el sonido de trompetas y otros instrumentos musicales sin haberlos en la sala. Los árboles se inclinan a su voz que se puede escuchar por encima de una tormenta.



Belial

Príncipe Regente de la Zona Infernal de Oriente y Mediodía conocido como Sheol.

Le obedecen 8 Legiones de Demonios.

Antes perteneciente a la Orden de las Virtudes y de los Arcángeles, es uno de los demonios más poderosos y uno de los primeros en revelarse, ahora es el más vicioso de los demonios. El Apocalipsis le menciona llamándole "La Bestia".

Se representa como alguien muy hermoso y atractivo sobre un carro de fuego.

Induce a todo tipo de pecado, especialmente relacionados con el sexo y la lujuria.



Decarabia

Carabia

Marqués de la Corte Infernal.

Comanda 30 Legiones de Demonios.

Se muestra como una estrella de cinco puntas.

El sabe de las propiedades de todas las hierbas y de todas las piedras.

Vuela como un pájaro, incluso vive como un pájaro comiendo y cantando como las demás aves, sin que nadie note su presencia. Concede el talento para domesticar aves y servirse de ellas.



Seere

Príncipe de la Corte Infernal que gobierna en el Este.

Tiene mando sobre 26 Legiones de Demonios.

Se aparece bajo la forma de un hombre hermoso montado sobre un caballo alado.

Descubre todos los engaños, puede transportar lo que sea y a donde sea en menos de un parpadeo y hace que todos los eventos pasen rápidamente. A él no le importa el bien o el mal y realizará la voluntad de aquel que le comande.



Dantalion

Duque de los Infiernos.

Manda sobre 36 Legiones de Demonios.

Se aparece con la forma de un humano con todos los rostros de hombre y de mujer existentes, sosteniendo un libro en su mano derecha.

Enseña las artes y las ciencias, revela todos aquellos consejos secretos para todos los pensamientos humanos y también los puede cambiar a voluntad. Es un ser despiadado y puede enseñar por medio de visiones, lo que cualquier humano pudiera haber llegado a ser dependiendo las circunstancias de su vida.



Andromalius

Conde del Imperio Infernal.

Tiene 36 Legiones de Demonios bajo su mando.

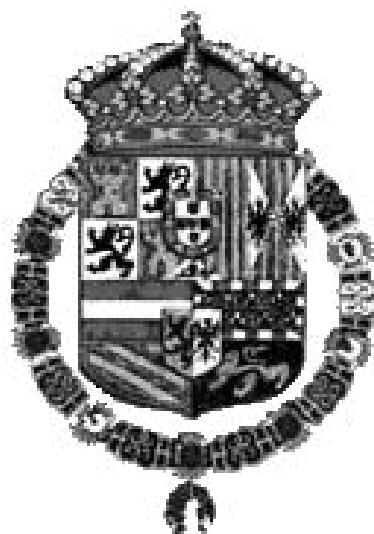
Es descrito como un hombre que lleva en su mano una enorme serpiente.

Conocido como el Mago Negro, Puede capturar o entregar tanto al ladrón como los bienes robados, castiga a los ladrones y otras personas malvadas, descubre tesoros ocultos, revela la maldad y todos los tratos deshonestos.



Cita con el Valido del Rey

A principios del mes de Marzo, recibirán una misiva del Valido del Rey Don Baltasar de Zúñiga para tener una reunión “informal” con él mismo.



Estimado amigo:

La necesidad me apremia y le debo citar a usted y sus amistades del Claustro Dante en la representación de la obra de su recién fallecido amigo Gervasio Ferrer, en el Corral de la Cruz.

Hoy. En la función de la noche. Sin excusas.

Agradecido por su comprensión.

Baltasar de Zúñiga

Valido de Su Majestad Felipe el Cuarto de Todas las Españas



Los Manuscritos Enotados

Si los Actores consiguen registrar la Imprenta como es debido, con presteza encontrarán que hay al menos unos manuscritos mas del Infierno de Dante y quiénes son los poseedores de los mismos.



Una copia para mí amigo Xacobo Lluna

Una copia para mí soñada y deseada María de las Mercedes de Robledo

Una copia para mí admirado Gervasio Ferrer

Una copia para mi consuelo diario, Raulito... ¡Espero que no lo venda!

Una copia para el viejo Antúnez. Sé que le gustará tenerlo.



Los Manuscritos no Anotados

Si los Actores se avienen a observar la pequeña colección de papeles donde están anotados los manuscritos, podrán averiguar quiénes son los poseedores de los que faltan.



Una copia para el excepcional Conde Bernardo de Fonseca.
Una copia para Cecilio Sobrero, el alumno que nos defendió ante todos.
Una copia para el cómico Alberto Fernández. Tal vez la represente.
Una copia para Camino Martino. Una mujer extraña y...
Una copia para Leandro de Miranda. No sé porque se la regalo.
Una copia para Hernando de Montesinos, Secretario de la Inquisición.
Una copia para el Conde de Oñate. Quien mejor para tenerlo.



Otro Infierno de Antúnez

El documento que posee el viejo profesor Antúnez, es uno de los muchos legajos que no llevan a ningún sitio pero que contiene lo suficiente por lo que muchos matarían y que el impresor introducía con el propósito de entretener o engañar la verdadera búsqueda...

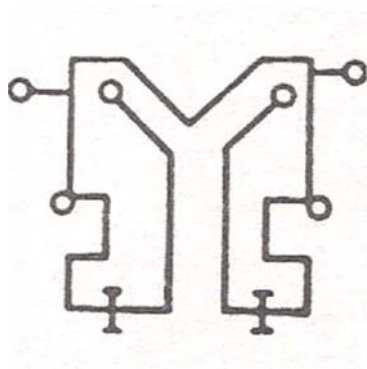
Dentro del libro se contendrá la manera de poder crear un Talismán (Detección de Venenos de Aquelarre) y estará explicado en aquellas letras de mayor tamaño que el resto...

Tipo:	Talismán
Componentes:	Cobre, Oro, Plata, Estaño, Bolsita de seda verde, con cordón de oro.
Caducidad:	Este talismán no pierde sus efectos con el tiempo.
Duración:	1 hora a partir de que es activado.
Descripción:	El Talismán debe colgarse a la altura del corazón. Se calentará si su portador se acerca a la boca un alimento o bebida envenenada.

Se encontrará escrito lo siguiente entre los versos del Infierno y siendo consciente que deben fijarse en la diferencia de tamaño de las letras a tener en cuenta, para escribir lo siguiente:

"Cuatro anillos de metal entrelazados con el nombre de Orias cada uno, uno de Oro con el Cobre a su diestra que por igual abrazará a la Plata y esta perpetúa su abrazo al Estaño, y este cierra la unión volviendo a entrelazarse con el Oro. Todos ellos deberán guardarse de la vista de los otros en una bolsa de seda verde como el color de la serpiente que Orias porta en su diestra y cerrada esta con un cordón de oro como el color de los ojos de la serpiente que el propio Orias lleva en su siniestra. Y colgado al cuello, cuando el veneno intente entrar por la boca, el fuego con el que fueron forjados los anillos se dejarán notar en la piel del portador del nombre de Orias."

Infierno De Antúnez





INFIERNO

CANTO I

A mitad del camino de la vida,
en una selva oscura me encontraba
porque mi ruta había extraviado.

¡Cuán dura cosa es decir cuál era
esta salvaje selva, áspera y fuerte
que me vuelve el temor al pensamiento!

Es tan amarga casi cual la muerte;
mas por tratar del bien que allí encontré,
de otras cosas diré que me ocurrieron.

Yo no sé repetir cómo entré en ella
pues tan dormido me hallaba en el punto
que abandoné la senda verdadera.

Mas cuando hube llegado al pie de un monte,
allí donde aquel valle terminaba
que el corazón habíame aterrado,

hacia lo alto miré, y vi que su cima
ya vestían los rayos del planeta
que lleva recto por cualquier camino.

Entonces se calmó aquel miedo un poco,
que en el lago del alma había entrado
la noche que pasé con tanta angustia.

Y como quien con aliento anhelante,
ya salido del piélago a la orilla,
se vuelve y mira al agua peligrosa,

tal mi ánimo, huyendo todavía,
se volvió por mirar de nuevo el sitio
que a los que viven traspasar no deja.

Repuesto un poco el cuerpo fatigado,
seguí el camino por la yerma loma,
siempre afirmando el pie de más abajo.

Y vi, casi al principio de la cuesta,
una onza ligera y muy veloz,
que de una piel con pintas se cubría;

y de delante no se me apartaba,
más de tal modo me cortaba el paso,
que muchas veces quise dar la vuelta.

Entonces comenzaba un nuevo día,
y el sol se alzaba al par que las estrellas
que junto a él el gran amor divino

sus bellezas movió por vez primera;
así es que no auguraba nada malo
de aquella fiera de la piel manchada

la hora del día y la dulce estación;
más no tal que terror no produjese
la imagen de un león que luego vi.

Me pareció que contra mí venía,
con la cabeza erguida y hambre fiera,
y hasta temerle parecía el aire.

Y una loba que todo el apetito
parecía cargar en su flaqueza,
que ha hecho vivir a muchos en desgracia.

Tantos pesares ésta me produjo,
con el pavor que verla me causaba
que perdí la esperanza de la cumbre.

Y como aquel que alegre se hace rico
y llega luego un tiempo en que se arruina,
y en todo pensamiento sufre y llora:

tal la bestia me hacía sin dar tregua,
pues, viniendo hacia mí muy lentamente,
me empujaba hacia allí donde el sol calla.

Mientras que yo bajaba por la cuesta,
se me mostró delante de los ojos
alguien que, en su silencio, creí mudo.

Cuando vi a aquel en ese gran desierto
«Apiádate de mí -yo le grité-,
seas quien seas, sombra a hombre vivo.»

Me dijo: «Hombre no soy, mas hombre fui,
y a mis padres dio cuna Lombardía
pues Mantua fue la patria de los dos.

Nací sub julio César, aunque tarde,
y viví en Roma bajo el buen Augusto:
tiempos de falsos dioses mentirosos.

Poeta fui, y canté de aquel justo
hijo de Anquises que vino de Troya,
cuando Ilión la soberbia fue abasada.

¿Por qué retornas a tan grande pena,
y no subes al monte deleitoso
que es principio y razón de toda dicha?»

« ¿Eres Virgilio, pues, y aquella fuente
de quien mana tal río de elocuencia?
-respondí yo con frente avergonzada-.

Oh luz y honor de todos los poetas,
válgame el gran amor y el gran trabajo
que me han hecho estudiar tu gran volumen.

Eres tú mi modelo y mi maestro;
el único eres tú de quien tomé
el bello estilo que me ha dado honra.

Mira la bestia por la cual me he vuelto:
sabio famoso, de ella ponme a salvo,
pues hace que me tiemblen pulso y venas.»

«Es menester que sigas otra ruta
-me repuso después que vio mi llanto-,
si quieres irte del lugar salvaje;

pues esta bestia, que gritar te hace,
no deja a nadie andar por su camino,
más tanto se lo impide que los mata;

y es su instinto tan cruel y tan malvado,
que nunca sacia su ansia codiciosa
y después de comer más hambre aún tiene.

Con muchos animales se amanceba,
y serán muchos más hasta que venga
el Lebre que la hará morir con duelo.

Éste no comerá tierra ni peltre,
sino virtud, amor, sabiduría,
y su cuna estará entre Fieltro y Fieltro.

Ha de salvar a aquella humilde Italia
por quien murió Camila, la doncella,
Turno, Eurialo y Niso con heridas.

Éste la arrojará de pueblo en pueblo,
hasta que dé con ella en el abismo,
del que la hizo salir el Envidioso.

Por lo que, por tu bien, pienso y decido
que vengas tras de mí, y seré tu guía,
y he de llevarte por lugar eterno,

donde oirás el aullar desesperado,
verás, dolientes, las antiguas sombras,
gritando todas la segunda muerte;

y podrás ver a aquellas que contenta
el fuego, pues confían en llegar
a bienaventuras cualquier día;

y si ascender deseas junto a éstas,
más digna que la mía allí hay un alma:
te dejaré con ella cuando marche;

que aquel Emperador que arriba reina,
puesto que yo a sus leyes fui rebelde,
no quiere que por mí a su reino subas.

En toda parte impera y allí rige;
allí está su ciudad y su alto trono.
¡Cuán feliz es quien él allí destina!»

Yo contesté: «Poeta, te requiero
por aquel Dios que tú no conociste,
para huir de éste o de otro mal más grande,

que me lleves allí donde me has dicho,
y pueda ver la puerta de San Pedro
y aquellos infelices de que me hablas.»
Entonces se echó a andar, y yo tras él.

CANTO II

El día se marchaba, el aire oscuro
a los seres que habitan en la tierra
quitaba sus fatigas; y yo sólo

me disponía a sostener la guerra,
contra el camino y contra el sufrimiento
que sin error evocará mi mente.

¡Oh musas! ¡Oh alto ingenio, sostenedme!
¡Memoria que escribiste lo que vi,
aquí se advertirá tu gran nobleza!

Yo comencé: «Poeta que me guías,
mira si mi virtud es suficiente
antes de comenzar tan ardua empresa.

Tú nos contaste que el padre de Silvio,
Sin estar aún corrupto, al inmortal
reino llegó, y lo hizo en cuerpo y alma.

Pero si el adversario del pecado
le hizo el favor, pensando el gran efecto
que de aquello saldría, el qué y el cuál,

no le parece indigno al hombre sabio;
pues fue de la alma Roma y de su imperio
escogido por padre en el Empíreo.

La Cual y el cual, a decir la verdad,
como el lugar sagrado fue elegida,
que habita el sucesor del mayor Pedro.

En el viaje por el cual le alabas
escuchó cosas que fueron motivo
de su triunfo y del manto de los papas.

Allí fue luego el Vaso de Elección,
para llevar conforto a aquella fe
que de la salvación es el principio.

Más yo, ¿por qué he de ir? ¿quién me lo otorga?
Yo no soy Pablo ni tampoco Eneas:
y ni yo ni los otros me creen digno.

Pues temo, si me entrego a ese viaje,
que ese camino sea una locura;
eres sabio; ya entiendes lo que callo.»

Y cual quien ya no quiere lo que quiso
cambiando el parecer por otro nuevo,
y deja a un lado aquello que ha empezado,

así hice yo en aquella cuesta oscura:
porque, al pensarlo, abandoné la empresa
que tan aprisa había comenzado.

«Si he comprendido bien lo que me has dicho
-respondió del magnánimo la sombra
la cobardía te ha atacado el alma;

la cual estorba al hombre muchas veces,
y de empresas honradas le desvía,
cual reses que ven cosas en la sombra.

A fin de que te libres de este miedo,
te diré por qué vine y qué entendí
desde el punto en que lástima te tuve.

Me hallaba entre las almas suspendidas
y me llamó una dama santa y bella,
de forma que a sus órdenes me puse.

Brillaban sus pupilas más que estrellas;
y a hablarme comenzó, clara y suave,
angélica voz, en este modo:

“Alma cortés de Mantua, de la cual
aún en el mundo dura la memoria,
y ha de durar a lo largo del tiempo:

mi amigo, pero no de la ventura,
tal obstáculo encuentra en su camino
por la montaña, que asustado vuelve:

y temo que se encuentre tan perdido
que tarde me haya dispuesto al socorro,
según lo que escuché de él en el cielo.

Ve pues, y con palabras elocuentes,
y cuanto en su remedio necesite,
ayúdale, y consuélame con ello.

Yo, Beatriz, soy quien te hace caminar;
vengo del sitio al que volver deseo;
amor me mueve, amor me lleva a hablarte.

Cuando vuelva a presencia de mi Dueño
le hablaré bien de ti frecuentemente.”
Entonces se calló y yo le repuse:

“Oh dama de virtud por quien supera
tan sólo el hombre cuanto se contiene
con bajo el cielo de esfera más pequeña,

de tal modo me agrada lo que mandas,
que obedecer, si fuera ya, es ya tarde;
no tienes más que abrimme tu deseo.

Más dime la razón que no te impide
descender aquí abajo y a este centro,
desde el lugar al que volver ansías.”

“ Lo que quieres saber tan por entero,
te diré brevemente --me repuso
por qué razón no temo haber bajado.

Temer se debe sólo a aquellas cosas
que pueden causar algún tipo de daño;
mas a las otras no, pues mal no hacen.

Dios con su gracia me ha hecho de tal modo
que la miseria vuestra no me toca,
ni llama de este incendio me consume.

Una dama gentil hay en el cielo
que compadece a aquel a quien te envió,
mitigando allí arriba el duro juicio.

Ésta llamó a Lucía a su presencia;
y dijo: «necesita tu devoto
ahora de ti, y yo a ti te lo encomiendo».

Lucía, que aborrece el sufrimiento,
se alzó y vino hasta el sitio en que yo estaba,
sentada al par de la antigua Raquel.

Dijo: “Beatriz, de Dios vera alabanza,
cómo no ayudas a quien te amó tanto,
y por ti se apartó de los vulgares?

¿Es que no escuchas su llanto doliente?
¿no ves la muerte que ahora le amenaza
en el torrente al que el mar no supera?”

No hubo en el mundo nadie tan ligero,
buscando el bien o huyendo del peligro,
como yo al escuchar esas palabras.

“Acá bajé desde mi dulce escaño,
confiando en tu discurso virtuoso
que te honra a ti y aquellos que lo oyeron.”

Después de que dijera estas palabras
volvió llorando los lucientes ojos,
haciéndome venir aún más aprisa;

y vine a ti como ella lo quería;
te aparté de delante de la fiera,
que alcanzar te impedía el monte bello.

¿Qué pasa pues?, ¿por qué, por qué vacilas?
¿por qué tal cobardía hay en tu pecho?
¿por qué no tienes audacia ni arrojo?

Si en la corte del cielo te apadrinan
tres mujeres tan bienaventuradas,
y mis palabras tanto bien prometen.»

Cual florecillas, que el nocturno hielo
abate y cierra, luego se levantan,
y se abren cuando el sol las ilumina,

así hice yo con mi valor cansado;
y tanto se encendió mi corazón,
que comencé como alguien valeroso:

«!Ah, cuán piadosa aquella que me ayuda!
y tú, cortés, que pronto obedeciste
a quien dijo palabras verdaderas.

El corazón me has puesto tan ansioso
de echar a andar con eso que me has dicho
que he vuelto ya al propósito primero.

Vamos, que mi deseo es como el tuyo.
Sé mi guía, mi jefe, y mi maestro.»
Así le dije, y luego que echó a andar,
entré por el camino arduo y silvestre.

CANTO III

POR MÍ SE VA HASTA LA CIUDAD DOLIENTE,
POR MÍ SE VA AL ETERNO SUFRIMIENTO,
POR MÍ SE VA A LA GENTE CONDENADA.

LA JUSTICIA MOVIÓ A MI ALTO ARQUITECTO.
HÍZOME LA DIVINA POTESTAD,
EL SABER SUMO Y EL AMOR PRIMERO.

ANTES DE MÍ NO FUE COSA CREADA
SINO LO ETERNO Y DURO ETERNAMENTE.
DEJAD, LOS QUE AQUÍ ENTRÁIS, TODA ESPERANZA.

Estas palabras de color oscuro
vi escritas en lo alto de una puerta;
y yo: «Maestro, es grave su sentido.»

Y, cual persona cauta, él me repuso:
«Debes aquí dejar todo recelo;
debes dar muerte aquí a tu cobardía.

Hemos llegado al sitio que te he dicho
en que verás las gentes doloridas,
que perdieron el bien del intelecto.»

Luego tomó mi mano con la suya
con gesto alegre, que me confortó,
y en las cosas secretas me introdujo.

Allí suspiros, llantos y altos ayes
resonaban al aire sin estrellas,
y yo me eché a llorar al escucharlo.

Diversas lenguas, horridas blasfemias,
palabras de dolor, acentos de ira,
roncos gritos al son de manotazos,

un tumulto formaban, el cual gira
siempre en el aire eternamente oscuro,
como arena al soplar el torbellino.

Con el terror ciñendo mi cabeza
dije: «Maestro, qué es lo que yo escucho,
y quién son éstos que el dolor abate?»

Y él me repuso: «Esta mísera suerte
tienen las tristes almas de esas gentes
que vivieron sin gloria y sin infamia.

Están mezcladas con el coro infame
de ángeles que no se rebelaron,
no por lealtad a Dios, sino a ellos mismos.

Los echa el cielo, porque menos bello
no sea, y el infierno los rechaza,
pues podrían dar gloria a los caídos.»

Y yo: «Maestro, ¿qué les pesa tanto
y provoca lamentos tan amargos?»
Respondió: «Brevemente he de decirlo.

No tienen éstos de muerte esperanza,
y su vida obcecada es tan rastrera,
que envidiosos están de cualquier suerte.

Ya no tiene memoria el mundo de ellos,
compasión y justicia les desdeña;
de ellos no hablemos, sino mira y pasa.»

Y entonces pude ver un estandarte,
que corría girando tan ligero,
que parecía indigno de reposo.

Y venía detrás tan larga fila
de gente, que creído nunca hubiera
que hubiese a tantos la muerte deshecho.

Y tras haber reconocido a alguno,
vi y conocí la sombra del que hizo
por cobardía aquella gran renuncia.

Al punto comprendí, y estuve cierto,
que ésta era la secta de los reos
a Dios y a sus contrarios displicientes.

Los desgraciados, que nunca vivieron,
iban desnudos y azuzados siempre
de moscones y avispas que allí había.

Éstos de sangre el rostro les bañaban,
que, mezclada con llanto, repugnantes
gusanos a sus pies la recogían.

Y luego que a mirar me puse a otros,
vi gentes en la orilla de un gran río
y yo dije: «Maestro, te suplico

que me digas quién son, y qué designio
les hace tan ansiosos de cruzar
como discierno entre la luz escasa.»

Y él repuso: «La cosa he de contarte
cuando hayamos parado nuestros pasos
en la triste ribera de Aqueronte.»

Con los ojos ya bajos de vergüenza,
temiendo molestarle con preguntas
dejé de hablar hasta llegar al río.

Y he aquí que viene en bote hacia nosotros
un viejo cano de cabello antiguo,
gritando: «¡Ay de vosotras, almas pravas!

No esperéis nunca contemplar el cielo;
vengo a llevaros hasta la otra orilla,
a la eterna tiniebla, al hielo, al fuego.

Y tú que aquí te encuentras, alma viva,
aparta de éstos otros ya difuntos.»
Pero viendo que yo no me marchaba,

dijo: «Por otra vía y otros puertos
a la playa has de ir, no por aquí;
más leve leño tendrá que llevarte.»

Y el guía a él: «Caronte, no te irrites:
así se quiere allí donde se puede
lo que se quiere, y más no me preguntes.»

Las peludas mejillas del barquero
del lívido pantano, cuyos ojos
rodeaban las llamas, se calmaron.

Mas las almas desnudas y contritas,
cambiaron el color y rechinaban,
cuando escucharon las palabras crudas.

Blasfemaban de Dios y de sus padres,
del hombre, el sitio, el tiempo y la simiente
que los sembrara, y de su nacimiento.

Luego se recogieron todas juntas,
llorando fuerte en la orilla malvada
que aguarda a todos los que a Dios no temen.

Carón, demonio, con ojos de fuego,
llamándolos a todos recogía;
da con el remo si alguno se atrasa.

Como en otoño se vuelan las hojas
unas tras otras, hasta que la rama
ve ya en la tierra todos sus despojos,

de este modo de Adán las malas siembras
se arrojan de la orilla de una en una,
a la señal, cual pájaro al reclamo.

Así se fueron por el agua oscura,
y aún antes de que hubieran descendido
ya un nuevo grupo se había formado.

«Hijo mío -cortés dijo el maestro
los que en ira de Dios hallan la muerte
llegan aquí de todos los países:

y están ansiosos de cruzar el río,
pues la justicia santa les empuja,
y así el temor se transforma en deseo.

Aquí no cruza nunca un alma justa,
por lo cual si Carón de ti se enoja,
comprenderás qué cosa significa.»

Y dicho esto, la región oscura
tembló con fuerza tal, que del espanto
la frente de sudor aún se me baña.

La tierra lagrimosa lanzó un viento
que hizo brillar un relámpago rojo
y, venciéndome todos los sentidos,
me caí como el hombre que se duerme.

CANTO IV

Rompió el profundo sueño de mi mente
un gran trueno, de modo que cual hombre
que a la fuerza despierta, me repuse;

la vista recobrada volví en torno
ya puesto en pie, mirando fijamente,
pues quería saber en dónde estaba.

En verdad que me hallaba justo al borde
del valle del abismo doloroso,
que atronaba con ayes infinitos.

OsCuro y hondo era y nebuloso,
de modo que, aun mirando fijo al fondo,
no distinguía allí cosa ninguna.

«Descendamos ahora al ciego mundo
--dijo el poeta todo amortecido--:
yo iré primero y tú vendrás detrás.»

Y al darme cuenta yo de su color,
dije: «¿Cómo he de ir si tú te asustas,
y tú a mis dudas sueles dar consuelo?»

Y me dijo: «La angustia de las gentes
que están aquí en el rostro me ha pintado
la lástima que tú piensas que es miedo.

Vamos, que larga ruta nos espera.»
Así me dijo, y así me hizo entrar
al primer cerco que el abismo ciñe.

Allí, según lo que escuchar yo pude,
llanto no había, mas suspiros sólo,
que al aire eterno le hacían temblar.

Lo causaba la pena sin tormento
que sufría una grande muchedumbre
de mujeres, de niños y de hombres.

El buen Maestro a mí: «¿No me preguntas
qué Espíritus son estos que estás viendo?
Quiero que sepas, antes de seguir,

que no pecaron: y aunque tengan méritos,
no basta, pues están sin el bautismo,
donde la fe en que crees principio tiene.

Al cristianismo fueron anteriores,
y a Dios debidamente no adoraron:
a éstos tales yo mismo pertenezco.

Por tal defecto, no por otra culpa,
perdidos somos, y es nuestra condena
vivir sin esperanza en el deseo.»

Sentí en el corazón una gran pena,
puesto que gentes de mucho valor
vi que en el limbo estaba suspendidos.

«Dime, maestro, dime, mi señor
-yo comencé por querer estar cierto
de aquella fe que vence la ignorancia-:

¿salió alguno de aquí, que por sus méritos
o los de otro, se hiciera luego santo?»
Y éste, que comprendió mi hablar cubierto,

respondió: «Yo era nuevo en este estado,
cuando vi aquí bajar a un poderoso,
coronado con signos de victoria.

Sacó la sombra del padre primero,
y las de Abel, su hijo, y de Noé,
del legista Moisés, el obediente;

del patriarca Abraham, del rey David,
a Israel con sus hijos y su padre,
y con Raquel, por la que tanto hizo,

y de otros muchos; y les hizo santos;
y debes de saber que antes de eso,
ni un espíritu humano se salvaba.»

No dejamos de andar porque él hablase,
más aún por la selva caminábamos,
la selva, digo, de almas apiñadas

No estábamos aún muy alejados
del sitio en que dormí, cuando vi un fuego,
que al fúnebre hemisferio derrotaba.

Aún nos encontrábamos distantes,
más no tanto que en parte yo no viese
cuán digna gente estaba en aquel sitio.

«Oh tú que honoras toda ciencia y arte,
éstos ¿quién son, que tal grandeza tienen,
que de todos los otros les separa?»

Y respondió: «Su honrosa nombradía,
que allí en tu mundo sigue resonando
gracia adquiere del cielo y recompensa.»

Entre tanto una voz pude escuchar:
«Honremos al altísimo poeta;
vuelve su sombra, que marchado había.»

Cuando estuvo la voz quieta y callada,
vi cuatro grandes sombras que venían:
ni triste, ni feliz era su rostro.

El buen maestro comenzó a decirme:
«Fíjate en ése con la espada en mano,
que como el jefe va delante de ellos:

Es Homero, el mayor de los poetas;
el satírico Horacio luego viene;
tercero, Ovidio; y último, Lucano.

Y aunque a todos igual que a mí les cuadra
el nombre que sonó en aquella voz,
me hacen honor, y con esto hacen bien.»

Así reunida vi a la escuela bella
de aquel señor del altísimo canto,
que sobre el resto cual águila vuela.

Después de haber hablado un rato entre ellos,
con gesto favorable me miraron:
y mi maestro, en tanto, sonreía.

Y todavía aún más honor me hicieron
porque me condujeron en su hilera,
siendo yo el sexto entre tan grandes sabios.

Así anduvimos hasta aquella luz,
hablando cosas que callar es bueno,
tal como era el hablarlas allí mismo.

Al pie llegamos de un castillo noble,
siete veces ceñido de altos muros,
guardado entorno por un bello arroyo.

Lo cruzamos igual que tierra firme;
crucé por siete puertas con los sabios:
hasta llegar a un prado fresco y verde.

Gente había con ojos graves, lentos,
con gran autoridad en su semblante:
hablaban poco, con voces suaves.

Nos apartamos a uno de los lados,
en un claro lugar alto y abierto,
tal que ver se podían todos ellos.

Er Guido allí sobre el esmalte verde,
las magnas sombras fueronme mostradas,
que de placer me colma haberlas visto.

A Electra vi con muchos compañeros,
y entre ellos conocí a Héctor y a Eneas,
y armado a César, con ojos grifanos.

Vi a Pantasilea y a Camila,
y al rey Latino vi por la otra parte,
que se sentaba con su hija Lavinia.

Vi a Bruto, aquel que destronó a Tarquino,
a Cornelia, a Lucrecia, a Julia, a Marcia;
y a Saladino vi, que estaba solo;

y al levantar un poco más la vista,
vi al maestro de todos los que saben,
sentado en filosófica familia.

Todos le miran, todos le dan honra:
y a Sócrates, que al lado de Platón,
están más cerca de él que los restantes;

Demócrito, que el mundo pone en duda,
Anaxágoras, Tales y Diógenes,
Empédocles, Heráclito y Zenón;

y al que las plantas observó con tino,
Dioscórides, digo; y vía Orfeo,
Tulio, Livio y al moralista Séneca;

al geómetra Euclides, Tolomeo,
Hipócrates, Galeno y Avicena,
y a Averroes que hizo el «Comentario».

No puedo detallar de todos ellos,
porque así me encadena el largo tema,
que dicho y hecho no se corresponden.

El grupo de los seis se partió en dos:
por otra senda me llevó mi guía,
de la quietud al aire tembloroso
y llegué a un sitio en donde nada luce.

CANTO V

Así bajé del círculo primero
al segundo que menos lugar ciñe,
y tanto más dolor, que al llanto mueve.

Allí el horrible Minos rechinaba.
A la entrada examina los pecados;
juZga y ordena según se relíe.

Digo que cuando un alma mal nacida
llega delante, todo lo confiesa;
y aquel conocedor de los pecados

ve el lugar del infierno que merece:
tantas veces se ciñe con la cola,
cuantos grados él quiere que sea echada.

Siempre delante de él se encuentran muchos;
van esperando cada uno su juicio,
hablan y escuchan, después las arrojan.

«Oh tú que vienes al doloso albergue
-me dijo Minos en cuanto me vio,
dejando el acto de tan alto oficio-;

mira cómo entras y de quién te fías:
no te engañe la anchura de la entrada.»
Y mi guía: «¿Por qué le gritas tanto?

No le entorpezcas su fatal camino;
así se quiso allí donde se puede
lo que se quiere, y más no me preguntes.»

Ahora comienzan las dolientes notas
a hacérseme sentir; y luego entonces
allí donde un gran llanto me golpea.

Llegué a un lugar de todas luces mudo,
que mugía cual mar en la tormenta,
si los vientos contrarios le combaten.

La borrasca infernal, que nunca cesa,
en su rapiña lleva a los espíritus;
volviendo y golpeando les acosa.

Cuando llegan delante de la ruina,
allí los gritos, el llanto, el lamento;
allí blasfeman del poder divino.

Comprendí que a tal clase de martirio
los lujuriosos eran condenados,
que la razón someten al deseo.

Y cual los estorninos forman de alas
en invierno bandada larga y prieta,
así aquel viento a los malos espíritus:

arriba, abajo, acá y allí les lleva;
y ninguna esperanza les conforta,
no de descanso, mas de menor pena.

Y cual las grullas cantando sus lays
largas hileras hacen en el aire,
así las vi venir lanzando ayes,

a las sombras llevadas por el viento.
Y yo dije: «Maestro, quién son esas
gentes que el aire negro así castiga?»

«La primera de la que las noticias
quieres saber --me dijo aquel entonces--
fue emperatriz sobre muchos idiomas.

Se inclinó tanto al vicio de lujuria,
que la lascivia licitó en sus leyes,
para ocultar el asco al que era dada:

Semíramis es ella, de quien dicen
que sucediera a Nino y fue su esposa:
mandó en la tierra que el sultán gobierna.

Se mató aquella otra, enamorada,
traicionando el recuerdo de Siqueo;
la que sigue es Cleopatra lujuriosa.

A Elena ve, por la que tanta víctima
el tiempo se llevó, y ve al gran Aquiles
que por Amor al cabo combatiera;

ve a París, a Tristán.» Y a más de mil
sombras me señaló, y me nombró, a dedo,
que Amor de nuestra vida les privara.

Y después de escuchar a mí maestro
nombrar a antiguas damas y caudillos,
les tuve pena, y casi me desmayo.

Yo comencé: «Poeta, muy gustoso
hablaría a esos dos que vienen juntos
y parecen al viento tan ligeros.»

Y él a mí: «Los verás cuando ya estén
más cerca de nosotros; si les ruegas
en nombre de su amor, ellos vendrán.»

Tan pronto como el viento allí los trajo
alcé la voz: «Oh almas afanadas,
hablad, si no os lo impiden, con nosotros.»

Tal palomas llamadas del deseo,
al dulce nido con el ala alzada,
van por El viento del querer llevadas,

ambos dejaron el grupo de Dido
y en el aire malsano se acercaron,
tan fuerte fue mi grito afectuoso:

«Oh criatura graciosa y compasiva
que nos visitas por el aire perso
a nosotras que el mundo ensangrentamos;

si el Rey del Mundo fuese nuestro amigo
rogaríamos de él tu salvación,
ya que te apiada nuestro mal perverso.

De lo que oír o lo que hablar os guste,
nosotros oiremos y hablaremos
mientras que el viento, como ahora, calle.

La tierra en que nací está situada
en la Marina donde el Po desciende
y con sus afluentes se reúne.

Amor, que al noble corazón se agarra,
a éste prendió de la bella persona
que me quitaron; aún me ofende el modo.

Amor, que a todo amado a amar le obliga,
prendió por éste en mí pasión tan fuerte
que, como ves, aún no me abandona.

El Amor nos condujo a morir juntos,
y a aquel que nos mató Caína espera.»
Estas palabras ellos nos dijeron.

Cuando escuché a las almas doloridas
bajé el rostro y tan bajo lo tenía,
que el poeta me dijo al fin: «¿Qué piensas?»

Al responderle comencé: «Qué pena,
cuánto dulce pensar, cuánto deseo,
a éstos condujo a paso tan dañoso.»

Después me volví a ellos y les dije,
y comencé: «Francesca, tus pesares
llorar me hacen triste y compasivo;

dime, en la edad de los dulces suspiros
¿cómo o por qué el Amor os concedió
que conocieses tan turbios deseos?»

Y repuso: «Ningún dolor más grande
que el de acordarse del tiempo dichoso
en la desgracia; y tu guía lo sabe.

Más si saber la primera raíz
de nuestro amor deseas de tal modo,
hablaré como aquel que llora y habla:

Leíamos un día por deleite,
cómo hería el amor a Lanzarote;
solos los dos y sin recelo alguno.

Muchas veces los ojos suspendieron
la lectura, y el rostro emblanquecía,
pero tan sólo nos venció un pasaje.

Al leer que la risa deseada
era besada por tan gran amante,
éste, que de mí nunca ha de apartarse,

la boca me besó, todo él temblando.
Galeotto fue el libro y quien lo hizo;
no seguimos leyendo ya ese día.»

Y mientras un espíritu así hablaba,
lloraba el otro, tal que de piedad
desfallecí como si me muriese;
y caí como un cuerpo muerto cae.

CANTO VI

Cuando cobré el sentido que perdí
antes por la piedad de los cuñados,
que todo en la tristeza me sumieron,

nuevas condenas, nuevos condenados
veía en cualquier sitio en que anduviera
y me volviese y a donde mirase.

Era el tercer recinto, el de la lluvia
eterna, maldecida, fría y densa:
de regla y calidad no cambia nunca.

Grueso granizo, y agua sucia y nieve
descienden por el aire tenebroso;
hiede la tierra cuando esto recibe.

Cerberos, fiera monstruosa y cruel,
caninamente ladra con tres fauces
sobre la gente que aquí es sumergida.

Rojos los ojos, la barba unta y negra,
y ancho su vientre, y uñas sus manos:
clava a las almas, desgarras y desuellas.

Los hace aullar la lluvia como a perros,
de un lado hacen al otro su refugio,
los míseros profanos se revuelven.

Al advertirnos Cerberos, el gusano,
la boca abrió y nos mostró los colmillos,
no había un miembro que tuviese quieto.

Extendiendo las palmas de las manos,
cogió tierra mi guía y a puñadas
la tiró dentro del bramante tubo.

Cual hace el perro que ladrando rabia,
y mordiendo comida se apacigua,
que ya sólo se afana en devorarla,

de igual manera las bocas impuras
del demonio Cerbero, que así atruena
las almas, que quisieran verse sordas.

Ibamos sobre sombras que atería
la densa lluvia, poniendo las plantas
en sus fantasmas que parecen cuerpos.

En el suelo yacían todas ellas,
salvo una que se alzó a sentarse al punto
que pudo vernos pasar por delante.

«Oh tú que a estos infiernos te han traído
-me dijo- reconóceme si puedes:
tú fuiste, antes que yo deshecho, hecho.»

«La angustia que tú sientes -yo le dije-
tal vez te haya sacado de mi mente,
y así creo que no te he visto nunca.

Dime quién eres pues que en tan penoso
lugar te han puesto, y a tan grandes males,
que si hay más grandes no serán tan tristes.»

Y él a mí «Tu ciudad, que tan repleta
de envidia está que ya rebosa el saco,
en sí me tuvo en la vida serena.

Los ciudadanos Ciacco me llamasteis;
por la dañosa culpa de la gula,
como estás viendo, en la lluvia me arrastro.

Mas yo, alma triste, no me encuentro sola,
que éstas se hallan en pena semejante
por semejante culpa», y más no dijo.

Yo le repuse: «Ciacco, tu tormento
tanto me pesa que a llorar me invita,
pero dime, si sabes, qué han de hacerse

de la ciudad partida los vecinos,
si alguno es justo; y dime la razón
por la que tanta guerra la ha asolado.»

Y él a mí: «Tras de largas disensiones
ha de haber sangre, y el bando salvaje
echará al otro con grandes ofensas;

después será preciso que éste caiga
y el otro ascienda, luego de tres soles,
con la fuerza de Aquel que tanto alaban.

Alta tendrá largo tiempo la frente,
teniendo al otro bajo grandes pesos,
por más que de esto se avergüence y llore.

Hay dos justos, mas nadie les escucha;
son avaricia, soberbia y envidia
las tres antorchas que arden en los pechos.»

Puso aquí fin al lagrimoso dicho.
Y yo le dije: «Aún quiero que me informes,
y que me hagas merced de más palabras;

Farinatta y Tegghiaio, tan honrados,
Jacobo Rusticucci, Arrigo y Mosca,
y los otros que en bien obrar pensaron,

dime en qué sitio están y hazme saber,
pues me aprieta el deseo, si el infierno
los amarga, o el cielo los endulza.»

Y aquél: « Están entre las negras almas;
culpas varias al fondo los arrojan;
los podrás ver si sigues más abajo.

Pero cuando hayas vuelto al dulce mundo,
te pido que a otras mentes me recuerdes;
más no te digo y más no te respondo.»

Entonces desvió los ojos fijos,
me miró un poco, y agachó la cara;
y a la par que los otros cayó ciego.

Y el guía dijo: «Ya no se levanta
hasta que suene la angélica trompa,
y venga la enemiga autoridad.

Cada cual volverá a su triste tumba,
retomarán su carne y su apariencia,
y oirán aquello que atruena por siempre.»

Así pasamos por la sucia mezcla
de sombras y de lluvia a paso lento,
tratando sobre la vida futura.

Y yo dije: «Maestro, estos tormentos
crecerán luego de la gran sentencia,
serán menores o tan dolorosos?»

Y él contestó: «Recorre a lo que sabes:
pues cuanto más perfecta es una cosa
más siente el bien, y el dolor de igual modo,

Y por más que esta gente maldecida
la verdadera perfección no encuentre,
entonces, más que ahora, esperan serlo.»

En redondo seguimos nuestra ruta,
hablando de otras cosas que no cuento;
y al llegar a aquel sitio en que se baja
encontramos a Pluto: el enemigo.

CANTO VII

«¡Papé Satán, Papé Satán aleppe!»
dijo Pluto con voz enronquecida;
y aquel sabio gentil que todo sabe,

me quiso confortar: «No te detenga
el miedo, que por mucho que pudiese
no impedirá que bajes esta roca.»

Luego volviose a aquel hocico hinchado,
y dijo: «Cállate maldito lobo,
consúmeme tú mismo con tu rabia.

No sin razón por el infierno vamos:
se quiso en lo alto allá donde Miguel
tomó venganza del soberbio estupro.»

Cual las velas hinchadas por el viento
revueltas caen cuando se rompe el mástil,
tal cayó a tierra la fiera cruel.

Así bajamos por la cuarta fosa,
entrando más en el doliente valle
que traga todo el mal del universo.

¡Ah justicia de Dios!, ¿quién amontona
nuevas penas y males cuales vi,
y por qué nuestra culpa así nos triza?

Como la ola que sobre Caribdis,
se destroza con la otra que se encuentra,
así viene a chocarse aquí la gente.

Vi aquí más gente que en las otras partes,
y desde un lado al otro, con chillidos,
haciendo rodar pesos con el pecho.

Entre ellos se golpean; y después
cada uno volvíase hacia atrás,
gritando «¿Por qué agarras?, ¿por qué tiras?»

Así giraban por el foso tétrico
de cada lado a la parte contraria,
siempre gritando el verso vergonzoso.

Al llegar luego todos se volvían
para otra justa, a la mitad del círculo,
y yo, que estaba casi conmovido,

dije: «Maestro, quiero que me expliques
quienes son éstos, y si fueron clérigos
todos los tonsurados de la izquierda.»

Y él a mí. «Fueron todos tan escasos
de la razón en la vida primera,
que ningún gasto hicieron con medida.

Bastante claro ládranlo sus voces,
al llegar a los dos puntos del círculo
donde culpa contraria los separa.

Clérigos fueron los que en la cabeza
no tienen pelo, papas, cardenales,
que están bajo el poder de la avaricia.»

Y yo: «Maestro, entre tales sujetos
debiera yo conocer bien a algunos,
que inmundos fueron de tan grandes males.»

Y él repuso: «Es en vano lo que piensas:
la vida torpe que los ha ensuciado,
a cualquier conocer los hace oscuros.

Se han de chocar los dos eternamente;
éstos han de surgir de sus sepulcros
con el puño cerrado, y éstos, mundos;

mal dar y mal tener, el bello mundo
les ha quitado y puesto en esta lucha:
no empleo más palabras en contarlos.

Hijo, ya puedes ver el corto aliento,
de los bienes fiados a Fortuna,
por los que así se enzarzan los humanos;

que todo el oro que hay bajo la luna,
y existió ya, a ninguna de estas almas
fatigadas podría dar reposo.»

«Maestro --dije yo--, dime ¿quién es esta
Fortuna a la que te refieres
que el bien del mundo tiene entre sus garras?»

Y él me repuso: «Oh locas criaturas,
qué grande es la ignorancia que os ofende;
quiero que tú mis palabras incorpores.

Aquel cuyo saber trasciendo todo,
los cielos hizo y les dio quien los mueve
tal que unas partes a otras se iluminan,

distribuyendo igualmente la luz;
de igual modo en las glorias mundanales
dispuso una ministra que cambiase

los bienes vanos cada cierto tiempo
de gente en gente y de una a la otra sangre,
aunque el seso del hombre no lo entienda;

por lo que imperan unos y otros caen,
siguiendo los dictámenes de aquella
que está oculta en la yerba tal serpiente.

Vuestro saber no puede conocerla;
y en su reino provee, juzga y dispone
cual las otras deidades en el suyo.

No tienen tregua nunca sus mudanzas,
necesidad la obliga a ser ligera;
y aún hay algunos que el triunfo consiguen.

Esta es aquella a la que ultrajan tanto,
aquellos que debieran alabarla,
y sin razón la vejan y maldicen.

Más ella en su alegría nada escucha;
feliz con las primeras criaturas
mueve su esfera y alegre se goza.

Ahora bajemos a mayor castigo;
caen las estrellas que salían cuando
eché a andar, y han prohibido entretenerse.»

Del círculo pasamos a otra orilla
sobre una fuente que hierve y rebosa
por un canal que en ella da comienzo.

Aquel agua era negra más que persa;
y, siguiendo sus ondas tan oscuras,
por extraño camino descendimos.

Hasta un pantano va, llamado Estigia,
este arroyuelo triste, cuando baja
al pie de la maligna cuesta gris.

Y yo, que por mirar estaba atento,
gente enfangada vi en aquel pantano
toda desnuda, con airado rostro.

No sólo con las manos se pegaban,
mas con los pies, el pecho y la cabeza,
trozo a trozo arrancando con los dientes.

Y el buen maestro: «Hijo, mira ahora
las almas de esos que venció la cólera,
y también quiero que por cierto tengas

que bajo el agua hay gente que suspira,
y al agua hacen hervir la superficie,
como dice tu vista a donde mire.

Desde el limo exclamaban: «Triste hicimos
el aire dulce que del sol se alegra,
llevando dentro acidioso humo:

tristes estamos en el negro cieno.»
Se atraviesa este himno en su gatzate,
y enteras no les salen las palabras.

Así dimos la vuelta al sucio pozo,
entre la escarpa seca y lo de en medio;
mirando a quien del fango se atraganta:
y al fin llegamos al pie de una torre.

CANTO VIII

Digo, para seguir, que mucho antes
de llegar hasta el pie de la alta torre,
se encaminó a su cima nuestra vista,

porque vimos allí dos lucecitas,
y otra que tan de lejos daba señas,
que apenas nuestros ojos la veían.

Y yo le dije al mar de todo seso:
«Esto ¿qué significa? y ¿qué responde
el otro foco, y quién es quién lo hace?»

Y él respondió: «Por estas ondas sucias
ya podrás divisar lo que se espera,
si no lo oculta el humo del pantano.»

Cuerda no lanzó nunca una saeta
que tan ligera fuese por el aire,
como yo vi una nave pequeña

por el agua venir hacia nosotros,
al gobierno de un solo galeote,
gritando: «Al fin llegaste, alma alevosa.»

«Flegias, Flegias, en vano estás gritando
díjole mi señor en este punto-;
tan sólo nos tendrás cruzando el lodo.»

Cual es aquel que gran engaño escucha
que le hayan hecho, y luego se contiene,
así hizo Flegias consumido en ira.

Subió mi guía entonces a la barca,
y luego me hizo entrar detrás de él;
y sólo entonces pareció cargada.

Cuando estuvimos ambos en el leño,
hendiendo se marchó la antigua proa
el agua más que suele con los otros.

Mientras que el muerto cauce recorríamos
uno, lleno de fango Vino y dijo:
«¿Quién eres tú que vienes a destiempo?»

Y le dije: « Si vengo, no me quedo;
pero ¿quién eres tú que estás tan sucio?»
Dijo: «Ya ves que soy uno que llora.»

Yo le dije: «Con lutos y con llanto,
puedes quedarte, espíritu maldito,
pues aunque estés tan sucio te conozco.»

Entonces tendió al leño las dos manos;
mas el maestro lo evitó prudente,
diciendo: «Vete con los otros perros.»

Al cuello luego los brazos me echó,
besome el rostro y dijo: «!Oh desdeñoso,
bendita la que estubo de ti encinta!

Aquel fue un orgulloso para el mundo;
y no hay bondad que su memoria honre:
por ello está su sombra aquí furiosa.

Cuantos por reyes tiénense allá arriba,
aquí estarán cual puercos en el cieno,
dejando de ellos un desprecio horrible.»

Y yo: «Maestro, mucho desearía
el verle zambullirse en este caldo,
antes que de este lago nos marchemos.»

Y él me repuso: «Aún antes que la orilla
de ti se deje ver, serás saciado:
de tal deseo conviene que goces.»

Al poco vi la gran carnicería
que de él hacían las fangosas gentes;
a Dios por ello alabo y doy las gracias.

«¡A por Felipe Argenti!», se gritaban,
y el florentino espíritu altanero
contra sí mismo volvía los dientes.

Lo dejamos allí, y de él más no cuento.
Mas el oído golpeome un llanto,
y miré atentamente hacia adelante.

Exclamó el buen maestro: «Ahora, hijo,
se acerca la ciudad llamada Dite,
de graves habitantes y mesnadas.»

Y yo dije: «Maestro, sus mezquitas
en el valle distingo claramente,
rojas cual si salido de una fragua

hubieran.» Y él me dijo: «El fuego eterno
que dentro arde, rojas nos las muestra,
como estás viendo en este bajo infierno.»

Así llegamos a los hondos fosos
que ciñen esa tierra sin consuelo;
de hierro aquellos muros parecían.

No sin dar antes un rodeo grande,
llegamos a una parte en que el barquero
«Salid -gritó con fuerza- aquí es la entrada.»

Yo vi a más de un millar sobre la puerta
de lloviznos del cielo, que con rabia
decían: «¿Quién es este que sin muerte

va por el reino de la gente muerta?»
Y mi sabio maestro hizo una señal
de quererles hablar secretamente.

Contuvieron un poco el gran desprecio
y dijeron: «Ven solo y que se marche
quien tan osado entró por este reino;

que vuelva solo por la loca senda;
pruebe, si sabe, pues que tú te quedas,
que le enseñaste tan oscura zona.»

Piensa, lector, el miedo que me entró
al escuchar palabras tan malditas,
que pensé que ya nunca volvería.

«Guía querido, tú que más de siete
veces me has confortado y hecho libre
de los grandes peligros que he encontrado,

no me dejéis -le dije- así perdido;
y si seguir más lejos nos impiden,
juntos volvamos hacia atrás los pasos.»

Y aquel señor que allí me condujera
«No temas -dijo- porque nuestro paso
nadie puede parar: tal nos lo otorga.

Mas espérame aquí, y tu ánimo flaco
conforta y alimenta de esperanza,
que no te dejaré en el bajo mundo.»

Así se fue, y allí me abandonó
el dulce padre, y yo me quedé en duda
pues en mi mente el no y el sí luchaban.

No pude oír qué fue lo que les dijo:
más no habló mucho tiempo con aquéllos,
pues hacia adentro todos se marcharon.

Cerráronle las puertas los demonios
en la cara a mi guía, y quedó afuera,
y se vino hacia mí con pasos lentos.

Gacha la vista y privado su rostro
de osadía ninguna, y suspiraba:
«¿Quién las dolientes casa me ha cerrado!»

Y él me dijo: «Tú, porque yo me irrite,
no te asustes, pues venceré la prueba,
por mucho que se empeñen en prohibirlo.

No es nada nueva esta insolencia suya,
que ante menos secreta puerta usaron,
que hasta el momento se halla sin cerrojos.

Sobre ella contemplaste el triste escrito:
y ya baja el camino desde aquella,
pasando por los cercos sin escolta,
quien la ciudad al fin nos hará franca.

CANTO IX

El color que sacó a mi cara el miedo
cuando vi que mi guía se tornaba,
lo quitó de la suya con presteza.

Atento se paró como escuchando,
pues no podía atravesar la vista
el aire negro y la neblina densa.

«Deberemos vencer en esta lucha
-comenzó él- si no... ES la promesa.
¡Cuánto tarda en llegar quien esperamos.»

Y me di cuenta de que me ocultaba
lo del principio con lo que siguió,
pues palabras distintas fueron éstas;

pero no menos miedo me causaron,
porque pensaba que su frase trunca
tal vez peor sentido contuviese.

« ¿En este fondo de la triste hoya
bajó algún otro, desde el purgatorio
donde es pena la falta de esperanza?»

Esta pregunta le hice y: «Raramente
-él respondió- sucede que otro alguno
haga el camino por el que yo ando.

Verdad es que otra vez estuve aquí,
por la cruel Eritone conjurado,
que a sus cuerpos las almas reclamaba.

De mí recién desnuda era mi sombrío,
cuando ella me hizo entrar tras de aquel muro,
a traer un alma del pozo de Judas.

Aquel es el más bajo, el más sombrío,
y el lugar de los cielos más lejano;
bien sé el camino, puedes ir sin miedo.

Este pantano que gran peste exhala
en torno ciñe la ciudad doliente,
donde entrar no podemos ya sin ira.»

Dijo algo más, pero no lo recuerdo,
porque mi vista se había fijado
en la alta torre de cima ardorosa,

donde al punto de pronto aparecieron
tres sanguinosas furias infernales
que cuerpo y porte de mujer tenían,

se ceñían con serpientes verdes;
su pelo eran culebras y cerastas
con que peinaban sus horribles sienos:

Y él que bien conocía a las esclavas
de la reina del llanto sempiterno
Las Feroces Erinias -dijo- mira:

Meguera es esa del izquierdo lado,
esa que llora al derecho es Aleto;
Tefone está en medio.» Y más no dijo.

Con las uñas el pecho se rasgaban,
y se azotaban, gritando tan alto,
que me estreché al poeta, temeroso.

«Ah, que venga Medusa a hacerle piedra
-las tres decían mientras me miraban-
malo fue el no vengarnos de Teseo.»

«Date la vuelta y cierra bien los ojos;
si viniera Gorgona y la mirases
nunca podrías regresar arriba.»

Así dijo el Maestro, y en persona
me volvió, sin fiarse de mis manos,
que con las suyas aún no me tapase.

Vosotros que tenéis la mente sana,
observad la doctrina que se esconde
bajo el velo de versos enigmáticos.

Mas ya venía por las turbias olas
el estruendo de un son de espanto lleno,
por lo que retemblaron ambas márgenes;

hecho de forma semejante a un viento
que, impetuoso a causa de contrarios
ardores, hiere el bosque y, sin descanso,

las ramas troncha, abate y lejos lleva;
delante polvoroso va soberbio,
y hace escapar a fieras y a pastores.

Me destapó los ojos: «Lleva el nervio
de la vista por esa espuma antigua,
hacia allí donde el humo es más acerbo.»

Como las ranas ante la enemiga
bicha, en el agua se sumergen todas,
hasta que todas se juntan en tierra,

más de un millar de almas destruidas
vi que huían ante uno, que a su paso
cruzaba Estigia con los pies enjutos.

Del rostro se apartaba el aire espeso
de vez en cuando con la mano izquierda;
y sólo esa molestia le cansaba.

Bien noté que del cielo era enviado,
y me volví al maestro que hizo un signo
de que estuviera quieto y me inclinase.

¡Cuán lleno de desdén me parecía!
Llegó a la puerta, y con una varita
la abrió sin encontrar impedimento.

«¡Oh, arrojados del cielo, despreciados!
-gritole el desde el umbral horrible-.
¿Cómo es que aún conserváis esta arrogancia?

¿Y por qué os resistís a aquel deseo
cuyo fin nunca pueda detenerse,
y que más veces acreció el castigo?

¿De qué sirve al destino dar de coces?
Vuestro Cerbero, si bien recordáis,
aún hocico y mentón lleva pelados.»

Luego tomó el camino cenagoso,
sin decirnos palabra, mas con cara
de a quien otro cuidado apremia y muerde,

y no el de aquellos que tiene delante.
A la ciudad los pasos dirigimos,
seguros ya tras sus palabras santas.

Dentro, sin guerra alguna, penetramos;
y yo, que de mirar estaba ansioso
todas las cosas que el castillo encierra,

al estar dentro miro en torno mío;
y veo en todas partes un gran campo,
lleno de pena y reo de tormentos.

Como en Arlés donde se estanca el Ródano,
o como el Pola cerca del Carnaro,
que Italia cierra y sus límites baña,

todo el sitio ondulado hacen las tumbas,
de igual manera allí por todas partes,
salvo que de manera aún más amarga,

pues llamaradas hay entre las fosas;
y tanto ardían que en ninguna fragua,
el hierro necesita tanto fuego.

Sus lápidas estaban removidas,
y salían de allí tales lamentos,
que parecían de almas condenadas.

Y yo: «Maestro, qué gentes son esas
que, sepultadas dentro de esas tumbas,
se hacen oír con dolientes suspiros?»

Y dijo: «Están aquí los heresiarcas,
sus secuaces, de toda secta, y llenas
están las tumbas más de lo que piensas.

El igual con su igual está enterrado,
y los túmulos arden más o menos.»
Y luego de volverse a la derecha,
cruzamos entre fosas y altos muros.

CANTO X

Siguió entonces por una oculta senda
entre aquella muralla y los martirios
mi Maestro, y yo fui tras de sus pasos.

«Oh virtud suma, que en los infernales
círculos me conduces a tu gusto,
háblame y satisface mis deseos:

a la gente que yace en los sepulcros
¿la podré ver?, pues ya están levantadas
todas las losas, y nadie vigila.»

Y él repuso: «Cerrados serán todos
cuando aquí vuelvan desde Josafat
con los cuerpos que allá arriba dejaron.

Su cementerio en esta parte tienen
con Epicuro todos sus secuaces
que el alma, dicen, con el cuerpo muere.

Pero aquella pregunta que me hiciste
pronto será aquí mismo satisfecha,
y también el deseo que me callas.»

Y yo: «Buen guía, no te oculta nada
mi corazón, si no es por hablar poco;
y tú me tienes a ello predispuesto.»

«Oh toscano que en la ciudad del fuego
caminas vivo, hablando tan humilde,
te plazca detenerte en este sitio,

porque tu acento demuestra que eres
natural de la noble patria aquella
a la que fui, tal vez, harto dañoso.»

Este son escapó súbitamente
desde una de las arcas; y temiendo,
me arrimé un poco más a mi maestro.

Pero él me dijo: « Vuélvete, ¿qué haces?
mira allí a Farinatta que se ha alzado;
le verás de cintura para arriba.»

Fijado en él había ya mi vista;
y aquél se erguía con el pecho y frente
cual si al infierno mismo despreciase.

Y las valientes manos de mi guía
me empujaron a él entre las tumbas,
diciendo: «Sé medido en tus palabras.»

Como al pie de su tumba yo estuviese,
me miró un poco, y como con desdén,
me preguntó: «¿Quién fueron tus mayores?»

Yo, que de obedecer estaba ansioso,
no lo oculté, sino que se lo dije,
y él levantó las cejas levemente.

«Con fiereza me fueron adversarios
a mí y a mi partido y mis mayores,
y así dos veces tuve que expulsarles.»

« Si les echaste -dije- regresaron
de todas partes, una y otra vez;
mas los vuestros tal arte no aprendieron.»

Surgió entonces al borde de su foso
otra sombra, a su lado, hasta la barba:
creo que estaba puesta de rodillas.

Miró a mi alrededor, cual si propósito
tuviese de encontrar conmigo a otro,
y cuando fue apagada su sospecha,

llorando dijo: «Si por esta ciega
cárcel vas tú por nobleza de ingenio,
¿y mi hijo?, ¿por qué no está contigo?»

Y yo dije: «No vengo por mí mismo,
el que allá aguarda por aquí me lleva
a quien Guido, tal vez, fue indiferente.»

Sus palabras y el modo de su pena
su nombre ya me habían revelado;
por eso fue tan clara mi respuesta.

Súbitamente alzado gritó: «¿Cómo
has dicho?, ¿Fue?, ¿Es que entonces ya no vive?
¿La dulce luz no hiere ya sus ojos?»

Y al advertir que una cierta demora
antes de responderle yo mostraba,
cayó de espaldas sin volver a alzarse.

Mas el otro gran hombre, a cuyo ruego
yo me detuve, no alteró su rostro,
ni movió el cuello, ni inclinó su cuerpo.

Y así, continuando lo de antes,
«Que aquel arte -me dijo- mal supieran,
eso, más que este lecho, me tortura.

Pero antes que cincuenta veces arda
la faz de la señora que aquí reina,
tú has de saber lo que tal arte pesa.

Y así regresas a ese dulce mundo,
dime, ¿por qué ese pueblo es tan impío
contra los míos en todas sus leyes?»

Y yo dije: «El estrago y la matanza
que teñirse de rojo al Arbia hizo,
obliga a tal decreto en nuestros templos.»

Me respondió moviendo la cabeza:
«No estuve solo allí, ni ciertamente
sin razón me moví con esos otros:

mas estuve yo solo, cuando todos
en destruir Florencia consentían,
defendiéndola a rostro descubierto.»

«Ah, que repose vuestra descendencia
-yo le rogué-, este nudo desatadme
que ha enmarañado aquí mi pensamiento.

Parece que sabéis, por lo que escucho,
lo que nos trae el tiempo de antemano,
mas usáis de otro modo en lo de ahora.»

«Vemos, como quien tiene mala luz,
las cosas -dijo- que se encuentran lejos,
gracias a lo que resplandece el Sumo Guía.

Cuando están cerca, o son, vano es del todo
nuestro intelecto; y si otros no nos cuentan,
nada sabemos del estado humano.

Y comprender podrás que muerto quede
nuestro conocimiento en aquel punto
que se cierre la puerta del futuro.»

Arrepentido entonces de mí falta,
dije: «Diréis ahora a aquel yacente
que su hijo aún se encuentra con los vivos;

y si antes mudo estuve en la respuesta,
hazle saber que fue porque pensaba
ya en esa duda que me habéis resuelto.»

Y ya me reclamaba mi maestro;
y yo rogué al espíritu que rápido
me refiriese quién con él estaba.

Díjome: «Aquí con más de mil me encuentro;
dentro se halla el segundo Federico,
y el Cardenal, y de los otros callo.»

Entonces se ocultó; y yo hacia el antiguo
poeta volví el paso, repensando
esas palabras que creí enemigas.

Él echó a andar y luego, caminando,
me dijo: «¿Por qué estás tan abatido?»
Y yo le satisface la pregunta.

« Conserva en la memoria lo que oíste
contrario a ti -me aconsejó aquel sabio-
y atiende ahora -y levantó su dedo-:

cuando delante estés del dulce rayo
de aquella cuyos ojos lo ven todo
de ella sabrás de tu vida el viaje.

Luego volvió los pies a mano izquierda:
dejando el muro, fuimos hacia el centro
por un sendero que conduce a un valle,
cuyo hedor hasta allí desagravaba.

CANTO XI

Por el extremo de un acantilado,
que en círculo formaban peñas rotas,
llegamos a un gentío aún más doliente;

y allí, por el exceso tan horrible
de la peste que sale del abismo,
al abrigo detrás nos colocamos

de un gran sepulcro, donde vi un escrito
«Aquí el papa Anastasio está encerrado
que Fotino apartó del buen camino.»

«Conviene que bajemos lentamente,
para que nuestro olfato se acostumbre
al triste aliento; y luego no moleste.»

Así el Maestro, y yo: «Compensación
-díjeme- encuentra, pues que el tiempo en balde
no pase.» Y él: «Ya ves que en eso pienso.

Dentro, hijo mío, de estos pedregales
-luego empezó a decir- tres son los círculos
que van bajando, como los que has visto.

Todos llenos están de condenados,
más porque luego baste que los mires,
oye cómo y por qué se les encierra:

Toda maldad, que el odio causa al cielo,
tiene por fin la injuria, y ese fin
o con fuerza o con fraude a otros contrista;

mas siendo el fraude un vicio sólo humano,
más lo odia Dios, por ello son al fondo
los fraudulentos aún más castigados.

De los violentos es el primer círculo;
más como se hace fuerza a tres personas,
en tres recintos está dividido;

a Dios, y a sí, y al prójimo se puede
forzar; digo a ellos mismos y a sus cosas,
como ya claramente he de explicarte.

Muerte por fuerza y dolientes heridas
al prójimo se dan, y a sus haberes
ruinas, incendios y robos dañosos;

y así a homicidas y a los que mal hieren,
ladrones e incendiarios, atormenta
el recinto primero en varios grupos.

Puede el hombre tener violenta mano
contra él mismo y sus cosas; y es preciso
que en el segundo recinto lo purgue

el que se priva a sí de vuestro mundo,
juega y derrOcha aquello que posee,
y llora allí donde debió alegrarse.

Puede hacer fuerza contra la deidad,
blasfemando, negándola en su alma,
despreciando el amor de la natura;

y el recinto menor lleva la marca
del signo de Cahors y de Sodoma,
y del que habla de Dios con menosprecio.

El fraude, que cualquier conciencia muerde,
se puede hacer a quien de uno se fía,
O a aquel que la confianza no ha moStrado.

Se diría que de esta forma matan
el vínculo de amor que hace natura;
y en el segundo círculo se esconden

hipocresía, adulación, quiEn hace
falsedad, latrocinio y simonía,
rufianes, barateros y otros tales.

De la otra forma aquel amor se olvida
de la naturaleza, y lo que crea,
de donde se genera la confianza;

y al Círculo menor, donde está el centro
del universo, donde asienta Dite,
el que traiciona por siempre es llevado.»

Y yo: «Maestro, muy clara procede
tu razón, y bastante bien distiNgue
este lugar y el pueblo que lo ocupa:

pero ahora dime: aquellos de la ciénaga,
que lleva el viento, y que azota la lluvia,
y que chocan con voces tan acerbos,

¿por qué no dentro de la ciudad roja
son castigados, si a Dios enojaron?
y si no, ¿por qué están en tal suplicio?»

Y entonces él: «¿Por qué se aleja tanto
-dijo- tu ingenio de lo que acostumbra?,
¿o es que tu mente mira hacia otra parte?

¿Ya no te acuerdas de aquellas palabras
que reflejan en tu ÉTICA las tres.
inclinaciones que no quiere el cielo,

incontinencia, malicia y la loca
bestialidad? ¿y cómo incontinencia
menos ofende y menos se castiga?

Y si miras atento esta sentencia,
y a la mente preguntas quién son esos
que allí fuera reciben su castigo,

comprenderás por qué de estos felones
están aparte, y a menos crudeza
la divina venganza les somete.»

«Oh sol que curas la vista turbada,
tú me conteNtas tanto resolviendo,
que no sólo el saber, dudAr me gusta.

Un poco más atrás vuélvete ahora
-díjele--, allí donde que usura ofende
a Dios dijiste, y quitame el enredo.»

«A quien la entiende, la Filosofía
hace notar, no sólo en un pasaje
cómo natura su carrera toma

del divino intelecto y de su arte;
y si tú FÍSICA miras despacio,
encontrarás, sin mucho que lo busques,

que el arte vuestro a aquélla, cuanto pueda,
sigue como al maestro su discípulo,
tal que vuestro arte es como de Dios nieto.

Con estas dos premisas, si recuerdas
el principio del Génesis, debemos
ganarnos el sustento con trabajo.

Y al seguir el avaro otro camino,
por éste, a la natura y a sus frutos,
desprecia, y pone en lo otro su esperanza.

Más sígueme, porque avanzar me place;
que Piscis ya remonta el horizonte
y todo el Carro yace sobre el Coro,
y el barranco a otro sitio se despeña.

CANTO XII

Era el lugar por el que descendimos
alpestre y, por aquel que lo haBitaba,
cualquier mirada hubiéralo esquivado.

Como son esas ruinas que al costado
de acá de Trento azota el río Adigio,
por terremoto o sin tener cimientos,

que de lo alto del monte, del que bajan
al llano, tan hendida está la roca
que ningún paso ofrece a quien la sube;

de aquel barranco igual era el descenso;
y allí en el borde de la abierta sima,
el oprobio de Creta estaba echado

que concebido fue en la falsa vaca;
cuando nos vio, a sí mismo se mordía,
tal como aquel que en ira se consume.

Mi sabio entonces le gritó: «Por suerte
piensas que viene aquí el duque de Atenas,
que allí en el mundo la muerte te trajo?

Aparta, bestia, porque éste no viene
siguiendo los consejos de tu hermana,
sino por contemplar vuestros pesares.»

Y como el toro se deslaza cuando
ha recibido ya el golpe de muerte,
y huir no puede, más de aquí a allí salta,

así yo vi que hacía el Minotauro;
y aquel prudente gritó: «Corre al paso;
bueno es que bajas mientras se enfurece.»

Descendimos así por el derrumbe
de las piedras, que a veces se movían
bajo mis pies con esta nueva carga.

Iba pensando y díjome: «Tú piensas
tal vez en esta ruina, que vigila
la ira bestial que ahora he derrotado.

Has de saber que en la otra ocasión
que descendí a lo hondo del infierno,
esta roca no estaba aún desgarrada;

pero sí un poco antes, si bien juzgo,
de que viniese Aquel que la gran presa
quitó a Dite del círculo primero,

tembló el infecto valle de tal modo
que pensé que sintiese el universo
amor, por el que alguno cree que el mundo

muchas veces en caos vuelve a trocarse;
y fue entonces cuando esta vieja roca
se partió por aquí y por otros lados.

Mas mira el valle, pues que se aproxima
aquel río sangriento, en el cual hierve
aquel que con violencia al otro daña.»

¡Oh tú, ciega codicia, oh loca furia,
que así nos mueves en la corta vida,
y tan mal en la eterna nos sumerges!

Vi una amplia fosa que torcía en arco,
y que abrazaba toda la llanura,
según lo que mi guía había dicho.

Y por su pie corrían los centauros,
en hilera y armados de saetas,
como cazar solían en el mundo.

Viéndonos descender, se detuvieron,
y de la fila tres se separaron
con los arcos y flechas preparadas.

Y uno gritó de lejos: «¿A qué pena
venís vosotros bajando la cuesta?
Decidlo desde allí, o si no disparo.»

«La respuesta -le dijo mi maestro-
daremos a Quirón cuando esté cerca:
tu voluntad fue siempre impetuosa.»

Después me tocó, y dijo: «Aquel es Neso,
que murió por la bella Deyanira,
contra sí mismo tomó la venganza.

Y aquel del medio que al pecho se mira,
el gran Quirón, que fue el ayo de Aquiles;
y el otro es Folo, el que habló tan airado.

Van a millares rodeando el foso,
flechando a aquellas almas que abandonan
la sangre, más que su culpa permite.»

Nos acercamos a las raudas fieras:
Quirón cogió una flecha, y con la punta,
de la mejilla retiró la barba.

Cuando hubo descubierto la gran boca,
dijo a sus compañerOs; «¿No os dais cuenta
que el de detrás remueve lo que pisa?

No lo suelen hacer los pies que han muerto.»
Y mi buen guía, llegándole al pecho,
donde sus dos naturas se entremezclan,

respondió: «Está bien vivo, y a él tan sólo
debo enseñarle el tenebroso valle:
necesidad le trae, no complacencia.

Alguien cesó de cantar Aleluya,
y ésta nueva tarea me ha encargado:
él no es ladrón ni yo alma condenada.

Más por esta virtud por la cual muevo
los pasos por camino tan salvaje,
danos alguno que nos acompañe,

que nos muestre por dónde se vadea,
y que a éste lleve encima de su grupa,
pues no es alma que viaje por el aire.»

Quirón se volvió atrás a la derecha,
y dijo a Neso: «Vuelve y dales guía,
y hazles pasar si otro grupo se encuentran.»

Y nos marchamos con tan fiel escolta
por la ribera del bullir rojizo,
donde mucho gritaban los que hervían.

Gente vi sumergida hasta las cejas,
y el gran centauro dijo: « Son tiranos
que vivieron de sangre y de rapiña:

lloran aquí sus daños despiadados;
está Alejandro, y el feroz Dionisio
que a Sicilia causó tiempos penosos.

Y aquella frente de tan negro pelo,
es Azolino; y aquel otro rubio,
es Opizzo de Este, que de veras

fue muerto por su hijastro allá en el mundo.»
Me volví hacia el poeta y él me dijo:
«Ahora éste es el primero, y yo el segundo.»

Al poco rato se fijó el Centauro
en unas gentes, que hasta la garganta
parecían, salir del hervidero.

Díjonos de una sombra ya apartada:
«En la casa de Dios aquél hirió -
el corazón que al Támesis chorrea.»

Luego vi gentes que sacaban fuera
del río la cabeza, y hasta el pecho;
y yo reconocí a bastantes de ellos.

Así iba descendiendo poco a poco
aquella sangre que los pies cocía,
y por allí pasamos aquel foso.

«Así como tú ves que de esta parte
el hervidero siempre va bajando,
-dijo el centauro- quiero que conozcas

que por la otra más y más aumenta
su fondo, hasta que al fin llega hasta el sitio
en donde están gimiendo los tiranos.

La divina justicia aquí castiga
a aquel Atila azote de la tierra
y a Pirro y Sexto; y para siempre ordeña

las lágrimas, que arrancan los hervores,
a Rinier de Corneto, a Rinier Pazzo
qué en los caminos tanta guerra hicieron.»
Volvióse luego y franqueó aquel vado.

CANTO XIII

Neso no había aún vuelto al otro lado,
cuando entramos nosotros por un bosque
al que ningún sendero señalaba.

No era verde su fronda, sino oscura;
ni sus ramas derechas, mas torcidas;
sin frutas, mas con púas venenosas.

Tan tupidos, tan ásperos matojos
no conocen las fieras que aborrecen
entre Corneto y Cécina los campos.

Hacen allí su nido las arpías,
que de Estrófane echaron al Troyano
con triste anuncio de futuras cuitas.

Alas muy grandes, cuello y rostro humanos
y garras tienen, y el vientre con plumas;
en árboles tan raros se lamentan.

Y el buen Maestro: «Antes de adentrarte,
sabrás que este recinto es el segundo
-me comenzó a decir- y estarás hasta

que puedas ver el horrible arenal;
mas mira atentamente; así verás
cosas que si te digo no creerías.»

Yo escuchaba por todas partes ayEs,
y no vela a nadie que los diese,
por lo que me detuve muy asustado.

Yo creí que él creyó que yo creía
que tanta voz salía del follaje,
de gente que a nosotros se ocultaba.

Y por ello me dijo: «Si tronchasEs
cualquier manojito de una de estas plantas,
tus pensamientos también romperías.»

Entonces extendí un poco la mano,
y corté una ramita a un gran endrino;
y su tronco gritó: «¿Por qué me hieres?

Y haciéndose después de sangre oscuro
volvió a decir: «Por qué así me desgarras?
¿es que no tienes compasión alguna?

Hombres fuimos, y ahora matorrales;
más piadosa debiera ser tu mano,
aunque fuéramos almas de serpientes.»

Como una astilla verde que encendida
por un lado, gotea por el otro,
y chirría el vapor que sale de ella,

así del roto esqueje salen juntas
sangre y palabras: y dejé la rama
caer y me quedé como quien teme.

«Si él hubiese creído de antemano
-le respondió mi sabio-, ánima herida,
aquello que en mis rimas ha leído,

no hubiera puesto sobre ti la mano:
más me ha llevado la increíble cosa
a inducirle a hacer algo que me pesa:

mas dile quién has sido, y de este modo
algún aumento renueve tu fama
allí en el mundo, al que volver él puede.»

Y el tronco: «Son tan dulces tus lisonjas
que no puedo callar; y no os moleste
si en hablaros un poco me entretengo:

Yo soy aquel que tuvo las dos llaves
que el corazón de Federico abrían
y cerraban, de forma tan suave,

que a casi todos les negó el secreto;
tanta fidelidad puse en servirle
que mis noches y días perdí en ello.

La meretriz que jamás del palacio
del César quita la mirada impúdica,
muerte común y vicio de las cortes,

encendió a todos en mi contra; y tanto
encendieron a Augusto esos incendios
que el gozo y el honor trocose en lutos;

mi ánimo, al sentirse despreciado,
creyendo con morir huir del desprecio,
culpable me hizo contra mí inocente.

Por las raras raíces de este leño,
os juro que jamás rompí la fe
a mi señor, que fue de honor tan digno.

Y si uno de los dos regresa al mundo,
rehabilite el recuerdo que se duele
aún de ese golpe que asesta la envidia.»

Paró un poco, y después: «Ya que se calla,
no pierdas tiempo -díjome el poeta-
habla y pregúntale si más deseas.»

Yo respondí: «Pregúntale tú entonces
lo que tú pienses que pueda gustarme;
pues, con tanta aflicción, yo no podría.»

Y así volvió a empezar: «Para que te haga
de buena gana aquello que pediste,
encarcelado espíritu, aún te plazca

decirnos cómo el alma se encadena
en estos troncos; dinos, si es que puedes,
si alguna se despegas de estos miembros.»

Sopló entonces el tronco firmemente
trocándose aquel viento en estas voces:
«Brevemente yo quiero responderos;

cuando un alma feroz ha abandonado
el cuerpo que ella misma ha desunido
Minos la manda a la séptima fosa.

Cae a la selva en parte no elegida;
más donde la fortuna la dispara,
como un grano de espelta allí germina;

surge en retoño y en planta silvestre:
y al converse sus hojas las Arpías,
dolor le causan y al dolor ventana.

Como las otras, por nuestros despojos,
vendremos, sin que vistan a ninguna;
pues no es justo tener lo que se tira.

A rastras los traeremos, y en la triste
selva serán los cuerpos suspendidos,
del endrino en que sufre cada sombra.»

Aún pendientes estábamos del tronco
creyendo que quisiera más contarnos,
cuando de un ruido fuimos sorprendidos,

Igual que aquel que venir desde el puesto
escucha al jabalí y a la jauría
y oye a las bestias y un ruido de frondas;

Y miro a dos que vienen por la izquierda,
desnudos y arañados, que en la huida,
de la selva rompían toda mata.

Y el de delante: «¡Acude, acude, muerte!»
Y el otro, que más leñto parecía,
gritaba: «Lano, no fueron tan raudas

en la batalla de Toppo tus piernas.»
Y cuando ya el aliento le faltaba,
de él mismo y de un arbusto formó un nudo.

La selva estaba llena detrás de ellos
de negros canes, corriendo y ladrando
cual lebreles soltados de trailla.

El diente echaron al que estaba oculto
y lo despedazaron trozo a trozo;
luego llevaron los miembros dolientes.

Cogiome entonces de la mano el guía,
y me llevó al arbusto que lloraba,
por los sangrantes rotos, vanamente.

Decía: «Oh Giácomo de Sant' Andrea,
¿qué te ha valido de mí hacer refugio?
¿qué culpa tengo de tu mala vida?»

Cuando el maestro se paró a su lado,
dijo: «¿Quién fuiste, que por tantas puntas
con sangre exhalas tu habla dolorosa?»

Y él a nosotros: «Oh almas que llegadas
sois a mirar el vergonzoso estrago,
que mis frondas así me ha desunido,

recogedlas al pie del triste arbusto.
Yo fui de la ciudad que en el Bautista
cambió el primer patrón: el cual, por esto

con sus artes por siempre la hará triste;
y de no ser porque en el puente de Arno
aún permanece de él algún vestigio,

esas gentes que la reedificaron
sobre las ruinas que Atila dejó,
habrían trabajado vanamente.
Yo de mi casa hice mi cadalso.»

CANTO XIV

Y como el gran amor del lugar patrio
me conmovió, reuní la rota fronda,
y se la devolví a quien ya callaba.

Al límite llegamos que divide
el segundo recinto del tercero,
y vi de la justicia horrible modo.

Por bien manifestar las nuevas cosas,
he de decir que a un páramo llegamos,
que de su seno cualquier planta ahuyenta.

La dolorosa selva es su guirnalda,
como para ésta lo es el triste foso;
justo al borde los pasos detuvimos.

Era el sitio una arena espesa y seca,
hecha de igual manera que esa otra
que oprimiera Catón con su pisada.

¡Oh venganza divina, cuánto debes
ser temida de todo aquel que lea
cuanto a mis ojos fuera manifiesto!

De almas desnudas vi muchos rebaños,
todas llorando llenas de miseria,
y en diversas posturas colocadas:

unas gentes yacían boca arriba;
encogidas algunas se sentaban,
y otras andaban incesantemente.

Eran las más las que iban dando vueltas,
menos las que yacían en tormento,
pero más se quejaban de sus males.

Por todo el arenal, muy lentamente,
lueven copos de fuego dilatados,
como nieve en los Alpes si no hay viento.

Como Alejandro en la caliente zona
de la India vio llamas que caían
hasta la tierra sobre sus ejércitos;

por lo cual ordenó pisar el suelo
a sus soldados, puesto que ese fuego
se apagaba mejor si estaba aislado,

así bajaba aquel ardor eterno;
y encendía la arena, tal la yesca
bajo eslabón, y el tormento doblaba.

Nunca reposo hallaba el movimiento
de las miserables manos, repeliendo
aquí o allá de sí las nuevas llamas.

Yo comencé: «Maestro, tú que vences
todas las cosas, salvo a los demonios
que al entrar por la puerta nos salieron,

¿Quién es el grande que no se preocupa
del fuego y yace despectivo y fiero,
cual si la lluvia no le madurase?»

Y él mismo, que se había dado cuenta
que preguntaba por él a mi guía,
gritó: « Como fui vivo, tal soy muerto.

Aunque Jove cansara a su artesano
de quien, fiero, tomó el fulgor agudo
con que me golpeó el último día,

o a los demás cansase uno tras otro,
de Mongibelo en esa negra fragua,
clamando: "Buen Vulcano, ayuda, ayuda"

tal como él hizo en la lucha de Flegra,
y me asañara con sus fuerzas,
no podría vengarse alegremente.»

Mi guía entonces contestó con fuerza
tanta, que nunca le hube así escuchado:

«Oh Capaneo, mientras no se calme

tu soberbia, serás más afligido:
ningún martirio, aparte de tu rabia,
a tu furor dolor será adecuado.»

Después se volvió a mí con mejor tono,
«Éste fue de los siete que asediaron
a Tebas; tuvo a Dios, y me parece

que aún le tenga, desdén, y no le implora;
más como yo le dije, sus desechos
son en su pecho galardón bastante.

Sígueme ahora y cuida que tus pies
no pisen esta arena tan ardiente,
mas camina pegado siempre al bosque.»

En silencio llegamos donde corre
fuera ya de la selva un arroyuelo,
cuyo rojo color aún me horripila:

como del Bulicán sale el arroyo
que reparten después las pecadoras,
al correr a través de aquella arena.

El fondo de éste y ambas dos paredes
eran de piedra, igual que las orillas;
y por ello pensé que ése era el paso.

«Entre todo lo que yo te he enseñado,
desde que atravesamos esa puerta
cuyos umbrales a nadie se niegan,

ninguna cosa has visto más notable
como el presente río que las llamas
apaga antes que lleguen a tocarle.»

Esto dijo mi guía, por lo cual
yo le rogué que acrecentase el pasto,
del que acrecido me había el deseo.

«Hay en medio del mar un devastado
país -me dijo- que se llama Creta;
bajo su rey fue el mundo virtuoso.

Hubo allí una montaña que alegraban
aguas y frondas, se llamaba Ida:
cual cosa vieja se halla ahora desierta.

La excelsa Rea la escogió por cuna
para su hijo y, por mejor guardarlo,
cuando lloraba, mandaba dar gritos.

Se alza un gran viejo dentro de aquel monte,
que hacia Damiata vuelve las espaldas
y al igual que a un espejo a Roma mira.

Está hecha su cabeza de oro fino,
y plata pura son brazos y pecho,
se haCe luego de cobre hasta las ingles;

y del hierro mejor de aquí hasta abajo,
salvo el pie diestro que es barro cOcido:
y más en éste que en el otro apoya.

Sus partes, salvo el oro, se hallan rotas
por uña raja que gotea lágrimas,
que horadan, al juntarse, aquella gruta;

su cUrso en este valle se derrama:
forma Aqueronte, Estigia y FlagetoNte;
corre después por esta estrecha espita

al fondo donde más no se descende:
forma Cocito; y cuál sea ese pantano
ya lo verás; y no te lo describo.»

Yo contesté: «Si el presente riachuelo
tiene así en nuestro mundo su prinCipio,
¿Como puede encontrarse en este margen?»

Respondió: «Sabes que es redondo el sitio,
y aunque hayas caminado un largo trecho
hacia la izquierda descendiendo al fondo,

aún la vuelta cOmpleta no hemos dado;
por lo que si aparecen cosas nuevas,
no debes contemplarlas con asombro.»

Y yo insistí «Maestro, ¿dónde se hallan
Flegetonte y Leteo?; a uno no nombras,
y el otro dices que lo hace esta lluvia.»

«Me agradan ciertamente tus preguntas
-dijo-, mas el bullir del agua roja
debía resolverte la primera.

Fuera de aquí pOdrás ver el Leteo,
allí donde a lavarse van las almas,
cuando la culpa purgada se borra.»

Dijo después: «Ya es tiempo de apartarse
del bosque; ven caminando detrás:
dan paso las orillas, pues no queman,
y sobre ellas se extingue cualquier fuego.»

CANTO XV

Caminamos por uno de los bordes,
y tan denso es el humo del arroyo,
que del fuego protege agua y orillas.

Tal los flamencos entre Gante y Brujas,
temiendo el viento que en invierno sopla,
a fin de que huya el mar hacen sus diques;

y como junto al BrEnta los paduanos
por defender sus villas y castillos,
antes que Chiarentana el calor sienta;

de igual manera estaban hechos éstos,
sólo que ni tan altos ni tan gruesos,
fuese el que fuese quien los construyera.

Ya estábamos tan lejos de la selva
que no podría ver dónde me hallaba,
aunque hacia atrás yo me diera la vuelta,

cuando encontramos un tropel de almas
que andaban junto al dique, y todas ellas
nos miraban cual suele por la noche

mirarse el uno al otro en luna nueva;
y para vernos fruncían las cejas
como hace el sastre viejo con la aguja.

Examinado así por tal familia,
de uno fui conocido, que agarró
mi túnica y gritó: «¡Qué maravilla!»

y yo, al verme cogido por su mano
fijé la vista en su quemado rOstro,
para que, aun abrasado, no impidiera,

su reconocimiento a mi memoria;
e inclinando la mía hacia su cara
respondí: «¿Estáis aquí, señor Brunetto?»

«Hijo, no te disguste -me repuso-
si Brunetto Latino deja un rato
a su grupo y contigo se detiene.»

Y yo le dije: «Os lo pido gustoso;
y si queréis que yo, con vos me pare,
lo haré si place a aquel con el que ando.»

«Hijo -repuso-, aquel de este rebaño
que se para, después cien años yace,
sin defenderse cuando el fuego quema.

Camina pues: yo marcharé a tu lado;
y alcanzaré más tarde a mi mesnada,
que va llorando sus eternos males.»

Yo no osaba bajarme del camino
y andar con él; más gacha la cabeza
tenía como el hombre reverente.

Él comenzó: «¿Qué fortuna o destino
antes de mostrarme día aquí te trae?
¿y quién es éste que muestra el camino?»

Y yo: «Allá arriba, en la vida serena
-le respondí- me perdí por un valle,
antes de que mi edad fuese perfecta.

Lo dejé atrás ayer por la mañana;
éste se apareció cuando a él volvía,
y me lleva al hogar por esta ruta.»

Y él me repuso: «Si sigues tu estrella
glorioso puerto alcanzarás sin falta,
si de la vida hermosa bien me acuerdo;

y si no hubiese muerto tan temprano,
viendo que el cielo te es tan favorable,
dado te habría ayuda en la tarea.

Más aquel pueblo ingrato y malicioso
que desciende de Fiesole de antiguo,
y aún tiene en él del monte y del peñasco,

si obras bien ha de hacerse tu contrario:
y es con razón, que entre ásperos serbales
no debe madurar el dulce higo.

Vieja fama en el mundo llama ciegos,
gente es avara, envidiosa y soberbia:
librate siempre tú de sus costumbres.

Tanto honor tú fortuna te reserva,
que la una parte y la otra tendrán hambre
de ti; más lejos pon del chivo el pasto.

Las bestias fiesolanas se apacienten
de ellas mismas, y no toquen la planta,
si alguna surge aún entre su estiércol,

en que reviva la simiente santa
de los romanos que quedaron, cuando
hecho fue el nido de tan gran malicia.»

«Si pudiera cumplirse mi deseo
aún no estaríais vos -le repliqué-
de la humana natura separado;

que en mi mente está fija y aún me apena,
querida y buena, la paterna imagen
vuestra, cuando en el mundo hora tras hora

me enseñabais que el hombre se hace eterno;
y cuánto os lo agradezco, mientras viva,
conviene que en mi lengua se proclame.

Lo que narráis de mi carrera escribo,
para hacerlo glosar, junto a otro texto,
si hasta ella llego, a la mujer que sabe.

Sólo quiero que os sea manifiesto
que, con estar tranquila mi conciencia,
me doy, sea cual sea, a la Fortuna.

No es nuevo a mis oídos tal augurio:
mas la Fortuna hace girar su rueda
como gusta, y el labrador su azada.»

Entonces mi maestro la mejilla
derecha volvió atrás, y me miró;
dijo después: «Bien oye el precavido.»

Pero yo no dejé de hablar por eso
con ser Brunetto, y pregunto quién son
sus compañeros de más alta fama.

Y él me dijo: «Saber de alguno es bueno;
de los demás será mejor que calle,
que a tantos como son el tiempo es corto.

Sabe, en suma, que todos fueron clérigos
y literatos grandes y famosos,
al mundo sucios de un igual pecado.

Prisciano va con esa turba mísera,
y Francesco D'Accorso; y ver con éste,
si de tal tiña tuvieses deseo,

podrás a quien el Siervo de los Siervos
hizo mudar del Arno al Bachiglión,
donde dejó los nervios mal usados.

De otros diría, mas charla y camino
no pueden alargarse, pues ya veo
surgir del arenal un nuevo humo.

Gente viene con la que estar no debo:
mi "Tesoro" te dejo encomendado,
en el que vivo aún, y más no digo.»

Luego se fue, y parecía de aquellos
que el verde lienzo corren en Verona
por el campo; y entre éstos parecía
de los que ganan, no de los que pierden.

CANTO XVI

Ya estaba dOnde el resonar se oía
del agua que caía al otro círculo,
como el que hace la abeja en la colmena;

cuando tres sombŕas juntas se salieron,
corriendo, de una turba que pasaba
bajo la lluvia de la áspera pena.

Hacia nosotros gritando venían:
«Detente quien parece por el traje
ser uno de la patria depravada.»

¡Ah, cuántas llagas vi en aquellos miembros,
viejas y nuevas, de la llama ardidas!
me siento aún dolorido al recordarlo.

A sus gritos mi guía se detuvo;
volvió el rostro hacia mí, y me dijo: « Espera,
pues hay que ser cortés con esta gente.

Y si no fuese por el crudo fuego
que este sitio asaetea, te diría
que te apresures tú mejor que ellos.»

Ellos, al detenernos, reemprendieron
su antiguo vErso; y cuando ya llegaron,
hacen un corro de sí aquellos tres,

cual desnudos y untados campeones,
acechando a su presa y su ventaja,
antes de que se enzarcen entre ellos;

y con la cara vuelta, cada uno
me miraba de modo que al contrario
iba el cuello del pie continuamente.

«Si el horror de este suelo movedizo
vuelve nuestras plegarias despreciables
-uno empezó- y la faz negra y quemada,

nuestra fama a tu ánimo suplique
que nos digas quién eres, que los vivos
pies tan seguro en el infierno arrastras.

Éste, de quien me ves pisar las huellas,
aunque desnudo y sin pellejo vaya,
fue de un grado mayor de lo que piensas,

pues nieta fue de la bella Gualdrada;
se llamó Guido Guerra, y en su vida
mucho obró con su espada y con su juicio.

El otro, que tras mí la arena pisa,
es Tegghiaio AldObrandi, cuya voz
en el mundo debiera agradecerse;

y yo, que en el suplicio voy con ellos,
Jacopo Rusticucci; y fiera eSposa
más que otra cosa alguna me condena.»

Si hubiera estado a cubierto del fuego,
me hubiera ido detrás de ellos al punto,
y no creo que al guía le importase;

mas me hubiera abrasado, y de ese modo
venció el miedo al deseo que tenía,
pues de abrazarles yo me hallaba ansiOso.

Luego empecé: «No desprecio, mas pena
en mi interior me causa vuestro estado,
y es tanta que no puedo desprenderla,

desde el momento en que mi guía dijo
palabras, por las cuales yo pensaba
que, como sois, se acercaba tal gente.

De vuestra tierra soy, y desde siempre
vuestras obras y nombres tan honrados,
con afecto he escuchado y retenido.

Dejo la hiel y voy al dulce fruto
que mi guía veraz me ha prometido,
pero antes tengo que llegar al centro.»

«Muy largamente el alma te conduzcan
todavía -me dijo aquél- tus miembros,
y resplandezca luego tu memoria,

di si el valor y corteSía aún se hallan
en nuestra patria tal como solían,
o si del todo han sido ya expulsados;

que Giuglielmo Borsiere, el cual se duele
desde hace poco en nuestro mismo grupo,
con sus palabras mucho nos aflige.»

«Las nuevas gentes, las ganancias súbitas,
orgullo y desmesura han generado,
en ti, Florencia, y de ello te lamentas.»

Así grité levantando la cara;
y los tres, que esto oyeron por respuesta,
se miraron como ante las verdades.

«Si en otras ocasiones no te cuesta
satisfacer a otros -me dijeron-,
dichoso tú qué dices lo que quieres.

Pero si sales de este mundo ciego
y vuelves a mirar los bellos astros,
cuando decir “estuve allí” te plazca,

háblale de nosotros a la gente.»
Rompieron luego el círculo y, huyendo,
alas sus raudas piernas parecían.

Un amén no podría haberse dicho
antes de que ellos se hubiesen perdido;
por lo que el guía quiso que partiésemos.

Yo iba detrás, y no avanzamos mucho
cuando el agua sonaba tan de cerca,
que apenas se escuchaban las palabras.

Como aquel río sigue su carrera
primero desde el Veso hacia el levante,
a la vertiente izquierda de Apenino,

que Acquaqueta se llama abajo, antes
de que en un hondo lecho se desplome,
y en Forlì ya ese nombre no conserva,

resuena allí sobre San Benedetto,
de la roca cayendo en la cascada
en donde mil debieran recibirle;

así en lo hondo de un despeñadero,
oímos resonar el agua roja,
que el oído ofendía al poco tiempo.

Yo llevaba una cuerda a la cintura
con la que alguna vez hube pensado
cazar la onza de la piel pintada.

Luego de haberme toda desceñido,
como mi guía lo había mandado,
se la entregué recogida en un rollo.

Entonces se volvió hacia la derecha
y, alejándose un trecho de la orilla,
la arrojó al fondo de la escarpadura.

«Alguna novedad ha de venirnos
-pensaba para mí- del nuevo signo,
que el maestro así busca con los ojos.»

¡Cuán cautos deberían ser los hombres
junto a aquellos que no sólo las obras,
mas por dentro el pensar también conocen!

«Pronto -dijo- verás sobradamente
lo que espero, y en lo que estás pensando:
pronto conviene que tú lo descubras.»

La verdad que parece una mentira
debe el hombre callarse mientras pueda,
porque sin tener culpa se avergüence:

pero callar no puedo; y por las notas,
lector, de esta Comedia, yo te juro,
así no estén de larga gracia llenas,

que vi por aquel aire oscuro y denso
venir nadando arriba una figura,
que asustaría el alma más valiente,

tal como vuelve aquél que va al fondo
a desprender el ancla que se agarra
a escollos y otras cosas que el mar cela,
que el cuerpo extiende y los pies se recoge.

CANTO XVII

«Mira la bestia con la cola aguda,
que pasa montes, rompe muros y armas;
mira aquella que apesta todo el mundo.»

Así mi guía comenzó a decirme;
y le ordenó que se acercase al borde
donde acababa el camino de piedra.

Y aquella sucia imagen del engaño
se acercó, y sacó el busto y la cabeza,
mas a la orilla no trajo la cola.

Su cara era la cara de un buen hombre,
tan benigno tenía lo de afuera,
y de serpiente todo lo restante.

Garras peludas tiene en las axilas;
y en la espalda y el pecho y ambos flancos
pintados tiene ruedas y lazadas.

Con más color debajo y superpuesto
no hacen tapices tártaros ni turcos,
ni fue tal tela hilada por Aracne.

Como a veces hay lanchas en la orilla,
que parte están en agua y parte en seco;
o allá entre los glotones alemanes

el castor se dispone a hacer su caza,
se hallaba así la fiera detestable
al borde pétreo, que la arena ciñe.

Al aire toda su cola movía,
cerrando arriba la horca venenosa,
que a guisa de escorpión la punta armaba.

El guía dijo: «Es preciso torcer
nuestro camino un poco, junto a aquella
malvada bestia que está allí tendida.»

Y descendimos al lado derecho,
caminando diez pasos por su borde,
para evitar las llamas y la arena.

Y cuando ya estuvimos a su lado,
sobre la arena vi, un poco más lejos,
gente sentada al borde del abismo.

Aquí el maestro: «Porque toda entera
de este recinto la experiencia lleves
-me dijo-, ve y contempla su castigo.

Allí sé breve en tus razonamientos:
mientras que vuelvas hablaré con ésta,
que sus fuertes espaldas nos otorgue.»

Así pues por el borde de la cima
de aquel séptimo círculo yo solo
anduve, hasta llegar a los penados.

Ojos afuera estallaba su pena,
de aquí y de allí con la mano evitaban
tan pronto el fuego como el suelo ardiente:

como los perros hacen en verano,
con el hocico, con el pie, mordidos
de pulgas o de moscas o de tábanos.

Y después de mirar el rostro a algunos,
a los que el fuego doloroso azota,
a nadie conocí; pero me acuerdo

que en el cuello tenía una bolsa
con un cierto color y ciertos signos,
que parecían complacer su vista.

Y como yo anduviéramos mirando,
algo azulado vi en una amarilla,
que de un león tenía cara y porte.

Luego, siguiendo de mi vista el curso,
otra advertí como la roja sangre,
y una oca blanca más que la manteca.

Y uno que de una cerda azul preñada
señalado tenía el blanco saco,
dijo: «¿Qué andas haciendo en esta fosa?

Vete de aquí; y puesto que estás vivo,
sabe que mi vecino Vitaliano
aquí se sentará a mi lado izquierdo;

de Padua soy entre estos florentinos:
y las orejas me atruenan sin tasa
gritando: "¡Venga el noble caballero

que llenará la bolsa con tres chivos!"»
Aquí torció la boca y se sacaba
la lengua, como el buey que el belfo lame.

Y yo, temiendo importunar tardando
a quien de no tardar me había advertido,
atrás dejé las almas lastimadas.

A mi guía encontré, que ya subido
sobre la grupa de la fiera estaba,
y me dijo: «Sé fuerte y arrojado.

Ahora bajamos por tal escalera:
sube delante, quiero estar en medio,
porque su cola no vaya a dañarte.»

Como está aquel que tiene los temblores
de la cuartana, con las uñas pálidas,
y tiembla entero viendo ya el relente,

me puse yo escuchando sus palabras;
pero me avergoncé con su advertencia,
que ante el buen amo el siervo se hace fuerte.

Encima me senté de la espaldaza:
quise decir, más la voz no me vino
como creí: «No dejes de abrazarme.»

Mas aquel que otras veces me ayudara
en otras dudas, luego que monté,
me sujetó y sostuvo con sus brazos.

Y le dijo: «Gerión, muévete ahora:
las vueltas largas, y el bajar sea lento:
piensa en qué nueva carga estás llevando.»

Como la navecilla deja el puerto
detrás, detrás, así ésta se alejaba;
y luego que ya a gusto se sentía,

en donde el pecho, ponía la cola,
y tiesa, como anguila, la agitaba,
y con los brazos recogía el aire.

No creo que más grande fuese el miedo
cuando Faetón abandonó las riendas,
por lo que el cielo ardió, como aún parece;

ni cuando la cintura el pobre Ícaro
sin alas se notó, ya derretidas,
gritando el padre: «¡Mal camino llevas!»;

que el mío fue, cuando noté que estaba
rodeado de aire, y apagada
cualquier visión que no fuese la fiera;

ella nadando va lenta, muy lenta;
gira y desciende, pero yo no noto
sino el viento en el rostro y por debajo.

Oía a mi derecha la cascada
que hacía por encima un ruido horrible,
y abajo miro y la cabeza asomo.

Entonces temí aún más el precipicio,
pues fuego pude ver y escuchar llantos;
por lo que me encogí temblando entero.

Y vi después, que aún no lo había visto,
al bajar y girar los grandes males,
que se acercaban de diversos lados.

Como el halcón que asaz tiempo ha volado,
y que sin ver ni señuelo ni pájaro
hace decir al halconero: «¡Ah, baja!»,

lento desciende tras su grácil vuelo,
en cien vueltas, y a lo lejos se pone
de su maestro, airado y desdeñoso,

de tal modo Gerión se posó al fondo,
al mismo pie de la cortada roca,
y descargadas nuestras dos personas,
se disparó como de cuerda tensa.

CANTO XVIII

Hay un lugar llamado Malasbolsas
en el infierno, pétreo y ferrugiento,
igual que el muro que le ciñe entorno.

Justo en el medio del campo maligno
se abre un pozo bastante largo y hondo,
del cual a tiempo contaré las partes.

Es redondo el espacio que se forma
entre el pozo y el pie del duro abismo,
y en diez valles su fondo se divide.

Como donde, por guarda de los muros,
más y más fosos ciñen los castillos,
el sitio en donde estoy tiene el aspecto;

tal imagen los valles aquí tienen.
Y como del umbral de tales fuertes
a la orilla contraria hay puentecillos,

así del borde de la roca, escollos
conducen, dividiendo foso y márgenes,
hasta el pozo que les corta y les une.

En este sitio, ya de las espaldas
de Gerión nos bajamos; y el poeta
tomó a la izquierda, y yo me fui tras él.

A la derecha vi nuevos pesares,
nuevos castigos y verdugos nuevos,
que la bolsa primera abarrotaban.

Allí estaban desnudos los malvados;
una mitad iba dando la espalda,
otra de frente, con pasos más grandes;

tal como en Roma la gran muchedumbre,
del año jubilar, allí en el puente
precisa de cruzar en doble vía,

que por un lado todos van de cara
hacia el castillo y a San Pedro marchan;
y de otro lado marchan hacia el monte.

De aquí, de allí, sobre la oscura roca,
vi demonios cornudos con flagelos,
que azotaban cruelmente sus espaldas.

¡Ay, cómo hacían levantar las piernas
a los primeros golpes!, pues ninguno
el segundo esperaba ni el tercero.

Mientras andaba, en uno mi mirada
vino a caer; y al punto yo me dije:
«De haberle visto ya no estoy ayuno.»

Y así paré mi paso para verlo:
y mi guía conmigo se detuvo,
y consintió en que atrás retrocediera.

Y el condenado creía ocultarse
bajando el rostro; mas sirvió de poco,
pues yo le dije: «Oh tú que el rostro agachas,

si los rasgos que llevas no son falsos,
Venedico eres tú Caccianemico;
mas ¿qué te trae a salsas tan picantes?»

Y repuso: «Lo digo de mal grado;
pero me fuerzan tus claras palabras,
que me hacen recordar el mundo antiguo.

Fui yo mismo quien a Ghisolabella
indujo a hacer el gusto del marqués,
como relaten la sucia noticia.

Y boloñés no lloró aquí tan sólo,
mas tan repleto está este sitio de ellos,
que ahora tantas lenguas no se escuchan

que digan "Sipa" entre Savena y Reno;
y si fe o testimonio de esto quieres,
trae a tu mente nuestro seno avaro.»

Hablando así le golpeó un demonio
con su zurriago, y dijo: « Lárgate
rufián, que aquí no hay hembras que se vendan.»

Yo me reuní al momento con mi escolta;
luego, con pocos pasos, alcanzamos
un escollo saliente de la escarpa.

Con mucha ligereza lo subimos
y, vueltos a derecha por su dorso,
de aquel círculo eterno nos marchamos.

Cuando estuvimos ya donde se ahueca
debajo, por dar paso a los penados,
el guía dijo: « Espera, y haz que pongan

la vista en ti esos otros malnacidos,
a los que aún no les viste el semblante,
porque en nuestro sentido caminaban.»

Desde el puente mirábamos el grupo
que al otro lado hacia nosotros iba,
y que de igual manera azota el látigo.

Y sin yo preguntarle el buen Maestro
«Mira aquel que tan grande se aproxima,
que no le causa lágrimas el daño.

¡Qué soberano aspecto aún conserva!
Es Jasón, que por ánimo y astucia
dejó privada del carnero a Cólquida.

Éste pasó por la isla de Lemnos,
luego que osadas hembras despiadadas
muerte dieran a todos sus varones:

con tretas y palabras halagüeñas
a Isifile engañó, la muchachita
que antes había a todas engañado.

Allí la dejó encinta, abandonada;
tal culpa le condena a tal martirio;
también se hace venganza de Medea.

Con él están los que en tal modo engañan:
y del valle primero esto te baste
conocer, y de los que en él castiga.»

Nos hallábamos ya donde el sendero
con el margen segundo se entrecruza,
que a otro arco le sirve como apoyo.

Aquí escuchamos gentes que ocupaban
la otra bolsa y soplaban por el morro,
pegándose a sí mismas con las manos.

Las orillas estaban engrumadas
por el vapor que abajo se hace espeso,
y ofendía a la vista y al olfato.

Tan oscuro es el fondo, que no deja
ver nada si no subes hasta el dorso
del arco, en que la roca es más saliente.

Allí subimos; y de allá, en el foso
vi gente zambullida en el estiércol,
cual de humanas letrinas recogido.

Y mientras yo miraba hacia allá abajo,
vi una cabeza tan de mierda llena,
que no sabía si era laico o fraile.

Él me gritó: « ¿Por qué te satisface
mirarme más a mí que a otros tan sucios?»
Le dije yo: « Porque, si bien recuerdo,

con los cabellos secos ya te he Visto,
y eres Alesio Interminei de Lucca:
por eso más que a todos te miraba.»

Y él dijo, golpeándose la chola:
«Aquí me han sumergido las lisonjas,
de las que nunca se cansó mi lengua.»

Luego de esto, mi guía: «Haz que penetre
-dijo- tu vista un poco más delante,
tal que tus ojos vean bien el rostro

de aquella sucia y desgredada esclava,
que allí se rasca con uñas mierdosas,
y ahora se tumba y ahora en pie se pone:

es Thais, la prostituta, que repuso
a su amante, al decirle "¿Tengo prendas
bastantes para ti?": "aún más, excelsas".
Y sea aquí saciada nuestra vista.»

CANTO XIX

¡Oh Simón Mago! Oh míseros secuaces
que las cosas de Dios, que de los buenos
esposas deben ser, como rapaces

por el oro y la plata adulteráis!
sonar debe la trompa por vosotros,
puesto que estáis en la tercera bolsa.

Ya estábamos en la siguiente tumba,
subidos en la parte del escollo
que cae justo en el medio de aquel foso.

¡Suma sabiduría! ¡Qué arte muestras
en el cielo, en la tierra y el mal mundo,
cuán justamente tu virtud repartes!

Yo vi, por las orillas y en el fondo,
llena la piedra lívida de hoyos,
todos redondos y de igual tamaño.

No los vi menos amplios ni mayores
que esos que hay en mi bello San Juan,
y son el sitio para los bautismos;

uno de los que no hace aún mucho tiempo
yo rompí porque en él uno se ahogaba:
sea esto seña que a todos convenza.

A todos les salían por la boca
de un pecador los pies, y de las piernas
hasta el muslo, y el resto estaba dentro.

Ambas plantas a todos les ardían;
y tan fuerte agitaban las coyundas,
que habrían deStrozado sogas y cuerdas.

Cual suele el llamear en cosas grasas
moverse por la extrema superficie,
así era allí del talón a la punta.

«Quién es, maestro, aquel que se enfurece
pataleando más que sus conSortes
-dije- y a quien más roja llama quema?»

Y él me dijo: «Si quieres que te lleve
allí por la pendiente que desciende,
él te hablará de sí y de sus pecados.»

Y yo: «Lo que tú quieras será bueno,
eres tú mi señor y no me aparto
de tu querer: y lo que callo sabes.»

Caminábamos pues el cuarto margen:
volvimos y bajamos a la izquierda
al fondo estrecho y agujereado.

Entonces el maestro de su lado
no me apartó, hasta vernos junto al hoyo
de aquel que se dolía con las zancas.

«Oh tú que tienes lo de arriba abajo,
alma triste clavada cual madero,
-le dije yo-, contéstame si puedes.»

Yo estaba como el fraile que confiesa
al pérfido asesino, que, ya hincado,
por retrasar su muerte le reclama.

Y él me gritó: «¿Ya estás aquí plantado?,
¿ya estás aquí plantado, Bonifacio?
En pocos años me mintió lo escrito.

¿Ya te cansaste de aquellas riquezas
por las que hacer engaño no temiste,
y atormentar después a tu Señora?»

Me quedé como aquellos que se encuentran,
por no entender lo que alguien les responde,
confundidos, y contestar no saben.

Dijo entonces Virgilio: «Dile pronto:
"No soy aquel, no soy aquel que piensas."»
Yo respondí como me fue indicado.

Torció los pies entonces el espíritu,
luego gimiendo y con voces llorosas,
me dijo: «¿Entonces, para qué me buscas?

si te interesa tanto el conocerme,
que has recorrido así toda la roca,
sabe que fui investido del gran manto,

y en verdad fui retoño de la Osa,
y tan ansioso de engordar oseznos,
que allí el caudal, aquí yo, me he embolsado.

Y bajo mi cabeza están los otros
que a mí, por simonía, precedieron,
y que lo estrecho de la piedra aplasta.

Allí habré yo de hundirme también cuando
venga aquel que creía que tú fueses,
al hacerte la súbita pregunta.

Pero mis pies se abrasan ya más tiempo
y más estoy yo puesto boca abajo,
del que estarán plantados sus pies rojos,

pues vendrá luego de él, aún más manchado,
desde el poniente, un pastor sin entrañas,
tal que conviene que a los dos recubra.

Nuevo Jasón será, como nos muestra
MACABEOS, y como a aquel fue blando
su rey, así ha de hacer quien Francia rige.»

No sé si fui yo loco en demasía,
pues que le respondí con tales versos:
«Ah, dime ahora, qué tesoros quiso

Nuestro Señor antes de que a San Pedro
le pusiese las llaves a su cargo?
Únicamente dijo: "Ven conmigo";

ni Pedro ni los otros de Matías
oro ni plata, cuando sortearon
el puesto que perdió el alma traidora.

Quédate ahí, que estás bien castigado,
y guarda las riquezas mal cogidas,
que atrevido te hicieron contra Carlos.

Y si no fuera porque me lo veda
el respeto a las llaves soberanas
que fueron tuyas en la alegre vida,

usaría palabras aún más duras;
porque vuestra avaricia daña al mundo,
hundiendo al bueno y ensalzando al malo.

Pastores, os citó el evangelista,
cuando aquella que asienta sobre el agua
él vio prostituida con los reyes:

aquella que nació con siete testas,
y tuvo autoridad con sus diez cuernos,
mientras que su virtud plació al marido.

Os habéis hecho un Dios de oro y de plata:
y qué os separa ya de los idólatras,
sino que a ciento honráis y ellos a uno?

Constantino, ¡de cuánto mal fue madre,
no que te convirtieses, mas la dote
que por ti enriqueció al primer patriarca!»

Y mientras yo cantaba tales notas,
mordido por la ira o la conciencia,
con fuerza las dos piernas sacudía.

Yo creo que a mi guía le gustaba,
pues con rostro contento había escuchado
mis palabras sinceramente dichas.

Entonces me cogió con los dos brazos;
y luego de subirme hasta su pecho,
volvió a ascender la senda que bajamos.

No se cansó llevándome agarrado,
hasta ponerme en la cima del puente
que del cuarto hasta el quinto margen cruza.

Con suavidad aquí dejó la carga,
suave, en el escollo áspero y pino
que a las cabras sería mala trocha.
Desde ese sitio descubrí otro valle.

CANTO XX

De nueva pena he de escribir los versos
y dar materia al vigésimo canto
de la primer canción, que es de los reos.

Estaba Yo dispuesto totalmente
a mirar en el fondo descubierto,
que me bañaba de angustioso llanto;

por el redondo valle vi a unas gentes
venir, calladas y llorando, al paso
con que en el mundo van las procesiones.

Cuando bajé mi vista aún más a ellas,
vi que estaban torcidas por completo
desde el mentón al principio del pecho;

porque vuelto a la espalda estaba el rostro,
y tenían que andar hacia detrás,
pues no podían ver hacia delante.

Por la fuerza tal vez de perlesía
alguno habrá en tal forma retorcido,
mas no lo vi, ni creo esto que pase.

Si Dios te deja, lector, coger fruto
de tu lectura, piensa por ti mismo
si podría tener el rostro seco,

cuando vi ya de cerca nuestra imagen
tan torcida, que el llanto de los ojos
les bañaba las nalgas por la raja.

Lloraba yo, apoyado en una roca
del duro escollo, tal que dijo el guía:
«¿Es que eres tú de aquellos insensatos?,

vive aquí la piedad cuando está muerta:
¿Quién es más criminal de lo que es ése
que al designio divino se adelanta?

Alza tu rostro y mira a quien la tierra
a la vista de Tebas se tragó;
y de allí le gritaban: “¿Dónde caes

Anfiareo?, ¿por qué la guerra dejas?”
Y no dejó de rodar por el valle
hasta Minos, que a todos los agarra.

Mira cómo hizo pecho de su espalda:
pues mucho quiso ver hacia adelante,
mira hacia atrás y marcha reculando.

Mira a Tiresias, que mudó de aspecto
al hacerse mujer siendo varón
cambiándose los miembros uno a uno;

y después, golpear debía antes
las unidas serpientes, con la vara,
que sus viriles plumas recobrase.

Aronte es quien al vientre se le acerca,
que en los montes de Luni, que cultiva
el carrarés que vive allí debajo,

tuvo entre blancos mármoles la cueva
como mansión; donde al mirar los astros
y el mar, nada la vista le impedía.

Y aquella que las tetas se recubre,
que tú no ves, con trenzas desatadas,
y todo el cuerpo cubre con su pelo,

fue Manto, que corrió por muchas tierras;
y luego se afincó donde nació,
por lo que un poco quiero que me escuches:

Después de que su padre hubiera muerto,
y la ciudad de BaCo esclavizada,
ella gran tiempo anduvo por el mundo.

En el norte de Italia se halla un lago,
al pie del Alpe que ciñe Alemania
sobre el TirOl, que Benago se llama.

Por mil fuentes, y aún más, el Apenino
ente Garda y Camónica se baña,
por el agua estancada en dicho lago.

En su medio hay un sitio, en que el trentino
pastor y el de Verona, y el de Brescia,
si ese camino hiciese, bendijera.

Se halla Pesquiera, arnés hermoso y fuerte,
frontera a bergamescos y brescianos,
en la ribera que en el sur le cerca.

En ese sitio se desborda todo
lo que el Benago contener no puede,
y entre verdes praderas se hace un río.

Tan pronto como el agua aprisa corre,
no ya BenaGo, mas Mencio se llama
hasta Governo, donde cae al Po.

Tras no mucho correr, encuentra un valle,
en el cual se dilata y empantana;
y en el estío se vuelve insalubre.

Pasando por allí la virgen fiera,
vio tierra en la mitad de aquel pantano,
sin cultivo y desnuda de habitantes.

Allí, para escapar de los humanos,
con sus siervas quedose a hacer sus artes,
y vivió, y dejó allí su vano cuerpo.

Los hombres luego que vivían cerca,
se acogieron al sitio, que era fuerte,
pues el pantano aquel lo rodeaba.

Fundaron la ciudad sobre sus huesos;
y por quien escogió primero el sitio,
Mantua, sin otro augurio, la llamaron.

Sus moradores fueron abundantes,
antes que la torpeza de Casoldi,
de Pinamonte engaño recibiese.

Esto te advierto por si acaso oyeras
que se fundó de otro modo mi patria,
que a la verdad mentira alguna oculte.»

Y yo: «Maestro, tus razonamientos
me son tan ciertos y tan bien los creo,
que apagados carbones son los otros.

Mas dime, de la gente que camina,
si ves alguna digna de noticia,
pues sólo en eso mi mente se ocupa.»

Entonces dijo: «Aquel que desde el rostro
la barba ofrece por la espalda oscura,
fue, cuando Grecia falta de varones

tanto, que había apenas en las cunas
augur, y con Calcante dio la orden
de cortar en Aulide las amarras.

Se llamaba Euripilo, y así canta
algún pasaje de mi gran tragedia:
tú bien lo sabes pues la sabes toda.

Aquel otro en los flancos tan escaso,
Miguel Escoto fue, quien en verdad
de los mágicos fraudes supo el juego.

Mira a Guido Bonatti, mira a Asdente,
que haber tomado el cuero y el bramante
ahora querría, mas tarde se acuerda;

Y a las tristes que el huso abandonaron,
las agujas y ruecas, por ser magas
y hechiceras con hierbas y figuras.

Mas ahora ven, que llega ya al confín
de los dos hemisferios, y a las ondas
bajo Sevilla, Caín con las zarzas,

y la luna ayer noche estaba llena:
bien lo recordarás, que no fue estorbo
alguna vez en esa selva oscura.»
Así me hablaba, y mientras caminábamos.

CANTO XXI

Así de puente en puente, conversando
de lo que mi Comedia no se ocupa,
subimos, y al llegar hasta la cima

nos paramos a ver la otra hondonada
de Malasbolsas y otros llantos vanos;
y la vi tenebrosamente oscura.

Como en los arsenales de Venecia
bulle pez pegajosa en el invierno
al reparar sus leños averiados,

que navegar no pueden; y a la vez
quién hace un nuevo leño, y quién embrea
los costados a aquel que hizo más rutas;

quién remacha la popa y quién la proa;
hacen otros los remos y otros cuerdas;
quién repara mesanas y trinquetas;

así, sin fuego, por divinas artes,
bullía abajo una espesa resina,
que la orilla impregnaba en todos lados.

La veía, mas no veía en ella
más que burbujas que el hervor alzaba,
todas hincharse y explotarse luego.

Mientras allá miraba fijamente,
el poeta, diciendo: «¡Atento, atento!»
a él me atrajo del sitio en que yo estaba.

Me volví entonces como aquel que tarda
en ver aquello de que huir conviene,
y a quien de pronto le acobarda el miedo,

y, por mirar, no demora la marcha;
y un diablo negro vi tras de nosotros,
que por la roca corriendo venía.

¡Ah, qué fiera tenía su apariencia,
y parecían cuán amenazantes
sus pies ligeros, sus abiertas alas!

En su hombro, que era anguloso y soberbio,
cargaba un pecador por ambas ancas,
agarrando los pies por los tendones.

«¡Oh Malasgarras --dijo desde el puente-,
os mando a un regidor de Santa Zita!
Ponedlo abajo, que voy a por otro

a esa tierra que tiene un buen surtido:
salvo Bonturo todos son venales;
del “sí” allí hacen “no” por el dinero.»

Abajo lo tiró, y por el escollo
se volvió, y nunca fue un mastín soltado
persiguiendo a un ladrón con tanta prisa.

Aqué! se hundió, y se salía de nuevo;
mas los demonios que albergaba el puente
gritaron: «¡No está aquí la Santa Faz,

y no sé nada aquí como en el Serquio!
así que, si no quieres nuestros garfios,
no te aparezcas sobre la resina.»

Con más de cien arpones le pinchaban,
dicen: «Cubierto bailar aquí debes,
tal que, si puedes, a escondidas hurtes.»

No de otro modo al pinche el cocinero
hace meter la carne en la caldera,
con los tridentes, para que no flote.

Y el buen Maestro: «Para que no sepan
que estás agua -me dijo- ve a esconderte
tras una roca que sirva de abrigo;

y por ninguna ofensa que me hagan,
debes temer, que bien conozco esto,
y otras veces me he visto en tales líos.»

Después pasó del puente a la otra parte;
y cuando ya alcanzó la sexta fosa;
le fue preciso un ánimo templado.

Con la ferocidad y con la saña
que los perros atacan al mendigo,
que de pronto se para y limosnea,

del puentecillo aquéllos se arrojaron,
y en contra de él volvieron los arpones;
mas él gritó: «¡Que ninguno se atreva!

Antes de que me pinchen los tridentes,
que se adelante alguno para oírme,
pensad bien si debéis arponearme.»

«¡Que vaya Malacola!» -se gritaron;
y uno salió de entre los otros quietos,
y vino hasta él diciendo: «¿De qué sirve?»

«Es que crees, Malacola, que me habrías
visto venir -le dijo mi maestro-
seguro ya de todas vuestras armas,

sin el querer divino y diestro hado?
Déjame andar, que en el cielo se quiere
que el camino salvaje enseñe a otros.»

Su orgullo entonces fue tan abatido
que el tridente dejó caer al suelo,
y a los otros les dijo: «No tocarlo.»

Y el guía a mí: «Oh tú que allí te encuentras
tras las rocas del puente agazapado,
puedes venir conmigo ya seguro.»

Por lo que yo avancé hasta él de prisa;
y los diablos se echaron adelante,
tal que temí que el pacto no guardaran;

así yo vi temer a los infantes
yéndose, tras rendirse, de Caprona,
al verse ya entre tantos enemigos.

Yo me arrimé con toda mi persona
a mi guía, y los ojos no apartaba
de sus caras que no eran nada buenas.

Inclinaban los garfios: «¿Que le pinche
-decíanse- queréis, en el trasero?»

Y respondían: «Sí, pínchale fuerte.»

Pero el demonio aquel que había hablado
con mi guía, volviose raudamente,
y dijo: «Para, para, Arrancapelos.»

Luego nos dijo: « Más andar por este
escollo no se puede, pues que yace
todo despedazado el arco sexto;

y si queréis seguir más adelante
podéis andar aquí, por esta escarpa:
hay otro escollo cerca, que es la ruta.

Ayer, cinco horas más que en esta hora,
mil y doscientos y sesenta y seis
años hizo, que aquí se hundió el camino.

Hacia allá mando a alguno de los míos
para ver si se escapa alguno de esos;
id con ellos, que no han de molestaros.

¡Adelante Aligacho, Patasfrías,
-él comenzó a decir- y tú, Malchucho;
y Barbatiesa guíe la decena.

Vayan detrás Salido y Ponzoñoso,
jabalí Colmilludo, Arañaperros,
el Tartaja y el loco del Berrugas.

Mirad en torno de la pez hirviente;
éstos a salvo lleguen al escollo
que todo entero va sobre la fosa.»

«¡Ay maestro, qué es esto que estoy viendo!
-dije- vayamos solos sin escolta,
si sabes ir, pues no la necesito.

Si eres tan avisado como sueles,
¿no ves cómo sus dientes les rechinan,
y su entrecejo males amenaza?»

Y él me dijo: «No quiero que te asustes;
déjalos que rechinan a su gusto,
pues hacen eso por los condenados.»

Dieron la vuelta por la orilla izquierda,
mas primero la lengua se mordieron
hacia su jefe, a manera de seña,
y él hizo una trompeta de su culo.

CANTO XXII

Caballeros he visto alzar el campo,
comenzar el combate, o la revista,
y alguna vez huir para salvarse;

en vuestra tierra he visto exploradores,
¡Oh aretinos! y he visto las mesnadas,
hacer torneos y correr las justas,

ora con trompas, y ora con campanas,
con tambores, y hogueras en castillos,
con cosas propias y también ajenas;

mas nunca con tan rara cornamusa,
moverse caballeros ni pendones,
ni nave al ver una estrella o la tierra.

Caminábamos con los diez demonios,
¡fiera compañía!, mas en la taberna
con borrachos, con santos en la iglesia.

Mas a la pez volvía la mirada,
por ver lo que la bolsa contenía
y a la gente que adentro estaba ardiendo.

Cual los delfines hacen sus señales
con el arco del lomo al marinero,
que le preparan a que el leño salve,

por aliviar su pena, de este modo
enseñaban la espalda algunos de ellos,
escondiéndose en menos que hace el rayo.

Y como al borde del agua de un charco
hay renacuajos con el morro fuera,
con el tronco y las ancas escondidas,

se encontraban así los pecadores;
mas, como se acercaba Barbatiesa,
bajo el hervor volvieron a meterse.

Yo vi, y el corazón se me acongoja,
que uno esperaba, así como sucede
que una rana se queda y otra salta;

Y Arañaperros, que a su lado estaba,
le agarró por el pelo empégotado
y le sacó cual si fuese una nutria.

Ya de todos el nombre conocía,
pues lo aprendí cuando fueron nombrados,
y atento estuve cuando se llamaban.

«Ahora, Berrugas, puedes ya clavarle
los garfios en la espalda y desollarlo»
gritaban todos juÑtos los malditos.

Y yo: «Maestro, intenta, si es que puedes,
saber quién es aquel desventurado,
llegado a manos de sus enemigos.»

Y junto a él se aproximó mi guía;
preguntó de dónde era, y él rEpuso:
«Fui nacido en el reino de Navarra.

Criado de un señor me hizo mi madre,
que me había engendrado de un bellaco,
destructor de sí mismo y de sus cosas.

Después fui de la corte de Teobaldo:
allí me puse a hacer baratertas;
y en este caldo estoy rindiendo cuentas.»

Y Colmilludo a cuya boca asoman,
tal jabalí, un colmillo a cada lado,
le hizo sentir cómo uno descosía.

Cayó el ratón entre malvados gatos;
mas le agarró en sus brazos Barbatiesa,
y dijo: «Estaros quietos un momeÑto.»

Y volviendo la cara a mi maestro
«Pregunta -dijo- aún, si más deseas
de él saber, antes que esos lo destrocen».

El guía entonces: «De los otros reos,
di ahOra si de algún latino sabes
que esté bajo la pez.» Y él: «Hace poco

a uno dejé que fue de allí vecino.
¡Si estuviese con él aún recubierto
no temería tridentes ni garras!»

Y el Salido: «Esperamos ya bastante»,
dijo, y cogióle el brazo con el gaÑcho,
tal que se llevó un trozo desgarrado.

También quiso agarrarle Ponzoñoso
piernas abajo; mas el decurión
miró a su alrededor con mala cara.

Cuando estuvieron algo más calmados,
a aquel que aún contemplaba sus heridas
le preguntó mi guía sin tardanza:

«¿Y quién es ése a quien enhoramala
dejaste, has dicho, por salir a flote?»
Y aquél rEpuso: «Fue el fraile Gomita,

el de Gallura, vaso de mil fraudes;
que apresó a los rivales de su amo,
consiguieÑdo que todos lo alabasen.

Cogió el dinero, y soltoles de plano,
como dice; y fue en otros menesteres,
no chico, mas eximio baratero.

Trata con él maese Miguel Zaque
de Logodoro; y hablan Cerdeña
sin que sus lenguas nunca se fatiguen.

¡Ay de mí! ved que aquél rechina el diente:
más te diría pero tengo miedo
que a rascarme la tiña se aparezcan.»

Y vuelto hacia el Tartaja el gran preboste,
cuyos ojos herirle amenazaban,
dijo: «Hazte a un lado, pájaro malvado.»

«Si queréis conocerles o escucharles
-volvió a empezar el preso temeroso-
haré venir toscanos o lombardos;

pero quietos estén los Malasgarras
para que éstos no teman su venganza,
y yo, siguiendo en este mismo sitio,

por uno que soy yo, haré venir siete
cuando les silbe, como acostúmbamos
hacEr cuando del fondo sale alguno.»

Malchucho en ese instante alzó el hocico,
moviendo la cabeza, y dijo: «Ved
qué malicia pensó para escaparse.»

Mas él, que muchos trucos conocía
respondió: «¿Malicioso soy acaso,
cuando busco a los míos más tristeza?»

No se aguantó Aligacho, y, al contrario
de los otros, le dijo: «Si te tiras,
yo no iré tras de ti con buen galope,

mas batiré sobre la pez las alas;
deja la orilla y corre tras la roca;
ya veremos si tú nos aventajas.»

Oh tú que lees, oirás un nuevo juego:
todos al otro lado se volvieron,
y el primero aquel que era más contrario.

Aprovechó su tiempo el de Navarra;
fijó la planta en tierra, y en un punto
dio un salto y se escapó de su preboste.

Y por esto, culpables se sintieron,
más aquel que fue causa del desastre,
que se marchó gritando: «Ya te tengo.»

Mas de poco valió, pues que al miedoso
no alcanzaron las alas: se hundió éste,
y aquél alzó volando arriba el pecho.

No de otro modo el ánade de golpe,
cuando el halcón se acerca, se sumerge,
y éste, roto y cansado, se remonta.

Airado Patasfrías por la broma,
volando atrás, lo cogió, deseando
que aquél huyese para armar camorra;

y al desaparecer el baratero,
volvió las garras a su camarada,
tal que con él se enzarzó sobre el foso.

Fue el otro gavián bien amaestrado,
sujetándole bien, y ambos cayeron
en la mitad de aquel pantano hirviente.

Los separó el calor a toda prisa,
pero era muy difícil remontarse,
pues tenían las alas pegajosas.

Barbatiesa, enfadado cual los otros,
a cuatro hizo volar a la otra parte,
todos con grafios y muy prestamente.

Por un lado y por otro descendieron:
echaron garfios a los atrapados,
que cocidos estaban en la costra,
y así enredados los abandonamos.

CANTO XXIII

Callados, solos y sin compañía
caminábamos uno tras del otro,
lo mismo que los frailes franciscanos.

Vuelto había a la fábula de Esopo
mi pensamiento la presente riña,
donde él habló del ratón y la rana,

porque igual que «enseguida» y «al instante»,
se parecen las dos si se compara
el principio y el fin atentamente.

Y, cual de un pensamiento el otro sale,
así nació de aquel otro después,
que mi primer espanto redoblaba.

Yo así pensaba: «Si estos por nosotros
quedan burlados con daño y con befa,
supongo que estarán muy resentidos.

Si sobre el mal la ira se acrecienta,
ellos vendrán detrás con más crueldad
que el can lleva una liebre con los dientes.»

Ya sentía erizados los cabellos
por el miedo y atrás atento estaba
cuando dije: «Maestro, si escondite

no encuentras enseguida, me amedrentan
los Malasgarras: vienen tras nosotros:
tanto los imagino que los siento.»

Y él: «Si yo fuese de azogado vidrio,
tu imagen exterior no copiaría
tan pronto en mí, cual la de dentro veo;

tras mi pensar el tuyo ahora venía,
con igual acto y con la misma cara,
que un único consejo hago de entrambos.

Si hacia el lado derecho hay una cuesta,
para poder bajar a la otra bolsa,
huiremos de la caza imaginada.»

Este consejo apenas proferido,
los vi venir con las alas extendidas,
no muy de lejos, para capturarnos.

De súbito mi guía me cogió
cual la madre que al ruido se despierta
y ve cerca de sí la llama ardiente,

que coge al hijo y huye y no se para,
teniéndolo, más que de ella, de él cuidado,
aunque tan sólo vista una camisa.

Y desde lo alto de la dura margen,
de espaldas resbaló por la pendiente,
que cierra la otra bolsa por un lado.

No corre por la aceña agua tan rauda,
para mover la rueda del molino,
cuando más a los palos se aproxima,

cual mi maestro por aquel barranco,
sosteniéndome encima de su pecho,
como a su hijo, y no cual compañero.

Y llegaron sus pies al lecho apenas
del fondo, cuando aquéllos a la cima
sobre nosotros; pero no temíamos,

pues la alta providencia que los quiere
hacer ministros de la quinta fosa,
poder salir de allí no les permite.

Allí encontramos a gente pintada
que alrededor marchaba a lentos pasos,
llorando fatigados y abatidos.

Tenían capas con capuchas bajas
hasta los ojos, hechas del tamaño
que se hacen en Cluní para los monjes:

por fuera son de oro y deslumbrantes,
mas por dentro de plomo, y tan pesadas
que Federico de paja las puso.

¡Oh eternamente fatigoso manto!
Nosotros aún seguimos por la izquierda
a su lado, escuchando el triste lloro;

mas cansados aquéllos por el peso,
venían tan despacio, que con nuevos
compañeros a cada paso estábamos.

Por lo que dije al guía: «Ve si encuentras
a quien de nombre o de hechos se conozca,
y los ojos, andando, mueve entorno.»

Uno entonces que oyó mi hablar toscano,
de detrás nos gritó: « Parad los pasos,
los que corréis por entre el aire oscuro.

Tal vez tendrás de mí lo que buscabas.»
Y el guía se volvió y me dijo: «Espera,
y luego anda conforme con sus pasos.»

Me detuve, y vi a dos que una gran ansia
mostraban, en el rostro, de ir conmigo,
mas la carga pesaba y el sendero.

Cuando estuvieron cerca, torvamente,
me remiraron sin decir palabra;
luego así se volvieron y decían:

«Ése parece vivo en la garganta;
y, si están muertos ¿por qué privilegio
van descubiertos de la gran estola?»

Dijéronme: «Oh Toscano, que al colegio
de los tristes hipócritas viniste,
dinos quién eres sin tener reparo.»

«He nacido y crecido -les repuse-
en la gran villa sobre el Arno bello,
y con el cuerpo estoy que siempre tuve.

¿Quién sois vosotros, que tanto os destila
el dolor, que así veo por el rostro,
y cuál es vuestra pena que reluce?»

«Estas doradas capas -uno dijo-
son de plomo, tan gruesas, que los pesos
hacen así chirriar a sus balanzas.

Frtales gozosos fuimos, boloñeses;
yo Catalano y éste Loderingo
llamados, y elegidos en tu tierra,

como suele nombrarse a un imparcial
por conservar la paz; y fuimos tales
que en torno del Gardingo aún puede verse.»

Yo comencé: «Oh hermanos, vuestros males »
No dije más, porque vi por el suelo
a uno crucificado con tres palos.

Al verme, por entero se agitaba,
soplándose en la barba con suspiros;
y el fraile Catalán que lo advirtió,

me dijo: «El condenado que tú miras,
dijo a los fariseos que era justo
ajusticiar a un hombre por el pueblo.

Desnudo está y clavado en el camino
como ves, y que sienta es necesario
el peso del que pasa por encima;

y en tal modo se encuentra aquí su suegro
en este foso, y los de aquel concilio
que a los judíos fue mala semilla.»

Vi que Virgilio entonces se asombraba
por quien se hallaba allí crucificado,
en el eterno exilio tan vilmente.

Después dirigió al fraile estas palabras:
«No os desagrade, si podéis, decirnos
si existe alguna trocha a la derecha,

por la cual ambos dos salir podamos,
sin obligar a los ángeles negros,
a que nos saquen de este triste foso.»

Repuso entonces: «Antes que lo esperes,
hay un peñasco, que de la gran roca
sale, y que cruza los terribles valles,

salvo aquí que está roto y no lo salva.
Subir podréis arriba por la ruina
que yace al lado y el fondo recubre.»

El guía inclinó un poco la cabeza:
dijo después: « Contaba mal el caso
quien a los pecadores allí ensarta.»

Y el fraile: « Ya en Bolonia oí contar
muchos vicios del diablo, y entre otros
que es mentiroso y padre del embuste.»

Rápidamente el guía se marchó,
con el rostro turbado por la ira;
y yo me separé de los cargados,
detrás siguiendo las queridas plantas.

CANTO XXIV

En ese tiempo en el que el año es joven
y el sol sus crines bajo Acuario templea,
y las noches se igualan con los días,

cuando la escarcha en tierra se asemeja
a aquella imagen de su blanca hermana,
mas poco dura el temple de su pluma;

el campesino falto de forraje,
se levanta y contempla la campiña
toda blanca, y el muslo se golpea,

vuelve a casa, y aquí y allá se duele,
tal mezquino que no sabe qué hacerse;
sale de nuevo, y cobra la esperanza,

viendo que al monte ya le cambió el rostro
en pocas horas, toma su cayado,
y a pacer fuera saca las ovejas.

De igual manera me asustó el maestro
cuando vi que su frente se turbaba,
mas pronto al mal siguió la medicina;

pues, al llegar al derruido puente,
el guía se volvió a mí con el rostro
dulce que vi al principio al pie del monte;

abrió los brazos, tras de haber tomado
una resolución, mirando antes
la ruina bien, y se acercó a empinarme.

Y como el que trabaja y que calcula,
que parece que todo lo prevea,
igual, encaramándome a la cima

de un peñasco, otra roca examinaba,
diciendo: «Agárrate luego de aquélla;
pero antes ve si puede sostenerte.»

No era un camino para alguien con capa,
pues apenas, él leve, yo sujeto,
podíamos subir de piedra en piedra.

Y si no fuese que en aquel recinto
más corto era el camino que en los otros,
no sé de él, pero yo vencido fuera.

Mas como hacia la boca Malasbolsas
del pozo más profundo toda pende,
la situación de cada valle hace

que se eleve un costado y otro baje;
y así llegamos a la punta extrema,
donde la última piedra se destaca.

Tan ordeñado del pulmón estaba
mi aliento en la subida, que sin fuerzas
busqué un asiento en cuanto que llegamos.

«Ahora es preciso que te despereces
-dijo el maestro-, pues que andando en plumas
no se consigue fama, ni entre colchas;

el que la vida sin ella malgasta
tal vestigio en la tierra de sí deja,
cual humo en aire o en agua la espuma.

Así que arriba: vence la pereza
con ánimo que vence cualquier lucha,
si con el cuerpo grave no lo impide.

Hay que subir una escala aún más larga;
haber huido de éstos no es bastante:
si me entiendes, procura que te sirva.»

Alcé entonces, mostrándome provisto
de un ánimo mayor del que tenía,
«Vamos -dije-. Estoy fuerte y animoso.»

Por el derrumbe empezamos a andar,
que era escarpado y rocoso y estrecho,
y mucho más pendiente que el de antes.

Hablando andaba para hacerme el fuerte;
cuando una voz salió del otro foso,
que incomprensibles voces profería.

No le entendí, por más que sobre el lomo
ya estuviese del arco que cruzaba:
mas el que hablaba parecía airado.

Miraba al fondo, mas mis ojos vivos,
por lo oscuro, hasta el fondo no llegaban,
por lo que yo: «Maestro alcanza el otro

recinto, y descendamos por el muro;
pues, como escucho a alguno que no entiendo,
miro así al fondo y nada reconozco.

«Otra rEspuesta -dijo- no he de darte
más que hacerlo; pues que demanda justa
se ha de cumplir con obras, y callando.»

Desde lo alto del puente descendimos
donde se cruza con la octava orilla,
luego me fue la bolsa manifiesta;

y yo vi dentro terrible maleza
de serpientes, de especies tan distintas,
que la sangre aún me hiel a recordarlo.

Más no se ufane Libia con su arena;
que si quelidras, yáculos y faras
produce, y caneros con anfisibenas,

ni tantas pestilencias, ni tan malas,
mostró jamás con la Etiopía entera,
ni con aquel que está sobre el mar Rojo.

Entre el montón tristísimo corrían
gentes desnudas y aterrorizadas,
sin refugio esperar o heliotropía:

esposados con sierpes a la espalda;
les hincaban la cola y la cabeza
en los riñones, encima montadas.

De pronto a uno que se hallaba cerca,
se lanzó una serpiente y le mordió
donde el cUello se anuda con los hombros.

Ni la O tan pronto, ni la I, se escribe,
cual se encendió y ardió, y todo en cEnizas
se convirtió cayendo todo entero;

y luego estando así deshecho en tierra
amontonose el polvo por sí solo,
y en aquel mismo se tornó de súbito.

Así los grandes sabios aseguran
que muere el Fénix y después renace,
cuando a los cinco siglos ya se acerca:

no pace en vida cebada ni hierba,
sólo de incienso lágrimas y amomo,
y nardo y mirra son su último nido.

Y como aquel que cae sin saber cómo,
porque fuerza diabólica lo tira,
o de otra opilación que liGa el ánimo,

que levantado mira alrededor,
muy conturbado por la gran angustia
que le ha ocurrido, y suspira al mirar:

igual el pecador al levantarse.
¡Oh divina potencia, cuán severa,
que tales gOlpes das en tu venganza!

El guía preguntó luego quién era:
y él respondió: «Lloví de la Toscana,
no ha mucho tiempo, en este fiero abismo.

Vida de bestia me plació, no de hombre,
como al mulo que fui: soy Vanni Fucci
bestia, y Pistoya me fue buena cuadra.»

Y yo a mi guía: «Dile que no huya,
y pregunta qué culpa aquí le arroja;
que hombre le vi de maldad y de sangre.»

Y el pecador, que oyó, no se escondía,
más volvió contra mí el ánimo y rostro,
y de triste vergüenza enrojeció;

y dijo: «Más me duele que me halles
en la miseria en la que me estás viendo,
que cuando fui arrancado en la otra vida.

Yo no puedo ocultar lo que preguntas:
aquí estoy porque fui en la sacristía
ladrón de los hermosos ornamentos,

y acusaron a otro hombre falsamente;
mas porque no disfrutes al mirarme,
si del lugar oscuro tal vez sales,

abre el oído y este anuncio escucha:
Pistoya de los negros enflaquece:
luego en Florencia cambian gente y modos.

De Val de Magra Marte manda un rayo
rodeado de turbios nubarrones;
y en agria tempestad impetuosa,

sobre el campo Piceno habrá un combate;
y de repente rasgará la niebla,
de modo que herirá a todos los blancos.
¡Esto te digo para hacerte daño!»

CANTO XXV

El ladrón al final de sus palabras,
alzó las manos con un par de higas,
gritando: «Toma, Dios, te las dedico.»

Desde entonces me agradan las serpientes,
pues una le envolvió entonces el cuello,
cual si dijese: «No quiero que sigas»;

y otra a los brazos, y le sujetó
ciñéndose a sí misma por delante.
que no pudo con ella ni moverse.

¡Ah Pistoya, Pistoya, por qué niegas
incinerarte, así que más no dures,
pues superas en mal a tus mayores!

En todas las regiones del infierno
no vi a Dios tan soberbio algún espíritu,
ni el que cayó de la muralla en Tebas.

Aquel huyó sin decir más palabra;
y vi venir a un centauro rabioso,
llamando: «¿Dónde, dónde está el soberbio?»

No creo que Maremma tantas tenga,
cuantas bichas tenía por la grupa,
hasta donde comienzan nuestras formas.

Encima de los hombros, tras la nuca,
con las alas abiertas, un dragón
tenía; y éste quema cuanto toca.

Mi maestro me dijo: « Aquel es Caco,
que, bajo el muro del monte Aventino,
hizo un lago de sangre muchas veces.

No va con sus hermanos por la senda,
por el hurto que fraudulento hizo
del rebaño que fue de su vecino;

hasta acabar sus obras tan inicuas
bajo la herculea maza, que tal vez
ciento le dio, mas no sintió el deceno.»

Mientras que así me hablaba, se marchó,
y a nuestros pies llegaron tres espíritus,
sin que ni yo ni el guía lo advirtiésemos,

hasta que nos gritaron: «¿Quiénes sois?:»
por lo cual dimos fin a nuestra charla,
y entonces nos volvimos hacia ellos.

Yo no les conocí, pero ocurrió,
como suele ocurrir en ocasiones,
que tuvo el uno que llamar al otro,

diciendo: «Cianfa, ¿dónde te has metido?»
Y yo, para que el guía se fijase,
del mentón puse el dedo a la nariz.

Si ahora fueras, lector, lento en creerte
lo que diré, no será nada raro,
pues yo lo vi, y apenas me lo creo.

A ellos tenía alzada la mirada,
y una serpiente con seis pies a uno,
se le tira, y entera se le enrosca.

Los pies de en medio cogieronle el vientre,
los de delante prendieron sus brazos,
y después le mordió las dos mejillas.

Los delanteros lanzole a los muslos
y le metió la cola entre los dos,
y la trabó detrás de los riñones.

Hiedra tan arraigada no fue nunca
a un árbol, como aQuella horrible fiera
por otros miembros enroscó los suyos.

Se juntan luego, tal si cera ardiente
fueran, y mezclan así sus colores,
no parecían ya lo que antes eran,

como se extiende a causa del ardor,
por el papel, ese color oscuro,
que aún no es negro y ya deja de ser blanco.

Los otros dos miraban, cada cual
gritando: «¡Agnel, ay, cómo estás cambiando!
¡mira que ya no sois ni dos ni uno!

Las dos cabezas eran ya una sola,
y mezcladas se vieron dos figuras
en una cara, donde se perdían.

Cuatro miembros hiciéronse dos brazos;
los muslos con las piernas, vientre y tronco
en miembros nunca vistos se tornaron.

Ya no existían las antiguas formas:
dos y ninguna la perversa imagen
parecía; y se fue con paso lento.

Como el lagarto bajo el gran azote
de la canícula, al cambiar de seto,
parece un rayo si cruza el camino;

tal parEcía, yendo a las barrigas
de los restantes, una sierpe airada,
tal grano de pimienta negra y lívida;

y en aquel sitio que primero toma
nuestro alimento, a uno le golpea;
luego al suelo cayó a sus pies tendida.

El herido miró, mas nada dijo;
antes, con los pies quietos, bostezaba,
como si fiebre o sueño le asaltase.

Él a la sierpe, y ella a él miraba;
él por la llaga, la otra por la boca
humeaban, el humo confundiendo.

Calle Lucano ahora donde habla
del mísero Sabello y de Nasidio,
y espere a oír aquello que describo.

Calle Ovidio de Cadmo y de Aretusa;
que si aquél en serpiente, en fuente a ésta
convirtió, poetizando, no le envidio;

que frente a frente dos naturalezas
no trasmutó, de modo que ambas formas
a cambiar dispusieran sus materias.

Se respondieron juntos de tal modo,
que en dos partió su cola la serpiente,
y el herido juntaba las dos hormas.

Las piernas con los mUslos a sí mismos
tal se unieron, que a poco la juntura
de ninguna manera se veía.

Tomó la cola hendida la figura
que perdía aquel otro, y su pellejo
se hacía blando y el de aquélla, duro.

Vi los brazos entrar por las axilas,
y los piEs de la fiera, que eran cortos,
tanto alargar como acortarse aquéllos.

Luego los pies de atrás, torcidos juntos,
el miembro hicieron que se oculta el hombre,
y el mísero del suyo hizo dos patas.

Mientras el humo al uno y otro empaña
de color nuevo, y pelo hace crecer
por una parte y por la otra depila,

cayó el uno y el otro levantose,
sin desviarse la mirada impía,
bajo la cual cambiaban sus hocicos.

El que era en pie lo trajo hacia las sienes,
y de mucha materia que allí había,
salió la oreja del carrillo liso;

lo que no fue detrás y se retuvo
de aquel sObrante, a la nariz dio forma,
y engrosó los dos labios, cual conviene.

El que yacía, el morro adelantaba,
y escondió en la cabeza las orejas,
como del caracol hacen los cuernos.

Y la lengua, que estaba unida y presta
para hablar antes, se partió; y la otra
partida, se cerró; y cesó ya el humo.

El alma que era en fiera convertida,
se echó a correr silbando por el valle,
y la otra, en pos de ella, hablando escupe.

Luego volvíole las espaldas nuevas,
y dijo al otro: «Quiero que ande Buso
como hice yo, reptando, su camino.»

Así yo vi la séptima zahúrda
mutar y transmutar; y aquí me excuse
la novedad, si oscura fue la pluma.

Y sucedió que, aunque mi vista fuese
algo confusa, y encogido el ánimo,
no pudieron huir, tan a escondidas

que no les viese bien, Puccio Sciancato
-de los tres compañeros era el único
que no cambió de aquellos que vinieron-
era el otro a quien tú, Gaville, lloras,

CANTO XXVI

¡Goza, Florencia, ya que eres tan grande,
que por mar y por tierra bate alas,
y en el infierno se expande tu nombre!

Cinco nobles hallé entre los ladrones
de tus vecinos, de donde me vino
vergüenza, y para ti no mucha honra.

Mas si el soñar al alba es verdadero,
conocerás, de aquí a no mucho tiempo,
lo que Prato, no ya otras, te aborrece.

No fuera prematuro, si ya fuese:
¡Ojalá fuera ya, lo que ser debe!
que más me pesará, cuanto envejezco.

Nos marchamos de allí, y por los peldaños
que en la bajada nos sirvieron antes,
subió mi guía y tiraba de mí.

Y siguiendo el camino solitario,
por los picos y rocas del escollo,
sin las manos, el pie no se valía.

Entonces me dolió, y me duele ahora,
cuando, el recuerdo a lo que vi dirijo,
y el ingenio refreno más que nunca,

porque sin guía de virtud no corra;
tal que, si buena estrella, o mejor cosa,
me ha dado el bien, yo mismo no lo enturbie.

Cuantas el campesino que descansa
en la colina, cuando aquel que alumbra
el mundo, oculto menos tiene el rostro,

cuando a las moscas siguen los mosquitos,
luciérnagas contempla allá en el valle,
en el lugar tal vez que ara y vendimia;

toda resplandecía en llamaradas
la bolsa octava, tal como advirtiera
desde el sitio en que el fondo se veía.

Y como aquel que se vengó con osos,
vio de Elías el carro al remontarse,
y erguidos los caballos a los cielos,

que con los ojos seguir no podía,
ni alguna cosa ver salvo la llama,
como una nubecilla que subiese;

tal se mueven aquéllas por la boca
del foso, más ninguna enseña el hurto,
y encierra un pecador cada centella.

Yo estaba tan absorto sobre el puente,
que si una roca no hubiese agarrado,
sin empujarme hubiérame caído.

Y viéndome mi guía tan atento
dijo: «Dentro del fuego están las almas,
todas se ocultan en donde se queman.»

«Maestro -le repuse-, al escucharte
estoy más cierto, pero ya he notado
que así fuese, y decírtelo quería:

¿quién viene en aquel fuego dividido,
que parece surgido de la pira
donde Eteocles fue puesto con su hermano?»

Me respondió: «Allí dentro se tortura
a Ulises y a Diomedes, y así juntos
en la venganza van como en la ira;

y dentro de su llama se lamenta
del caballo el ardid, que abrió la puerta
que fue gentil semilla a los romanos.

Se llora la traición por la que, muerta,
aún Daidamia se duele por Aquiles,
y por el Paladión se halla el castigo.»

«Si pueden dentro de aquellas antorchas
hablar -le dije- pídate, maestro,
y te suplico, y valga mil mi súplica,

que no me impidas que aguardar yo pueda
a que la llama cornuda aquí llegue;
mira cómo a ellos lleva mi deseo.»

Y él me repuso: «Es digno lo que pides
de mucha loa, y yo te lo concedo;
pero procura reprimir tu lengua.

Déjame hablar a mí, pues que comprendo
lo que quieres; ya que serán esquivos
por ser griegos, tal vez, a tus palabras.»

Cuando la llama hubo llegado a donde
lugar y tiempo pareció a mi guía,
yo le escuché decir de esta manera:

«¡Oh vosotros que sois dos en un fuego,
si os merecí, mientras que estaba vivo,
si os merecí, bien fuera poco o mucho,

cuando altos versos escribí en el mundo,
no os alejéis; mas que alguno me diga
dónde, por él perdido, halló la muerte.»

El mayor cuerno de la antigua llama
empezó a retorcerse murmurando,
tal como aquella que el viento fatiga;

luego la punta aquí y acá moviendo,
cual si fuese una lengua la que hablara,
fuera sacó la voz, y dijo: «Cuando

me separé de Circe, que sustrajo-
me más de un año allí junto a Gaeta,
antes de que así Eneas la llamase,

ni la filial dulzura, ni el cariño
del viejo padre, ni el amor debido,
que debiera alegrar a Penélope,

vencer pudieron el ardor interno
que tuve yo de conocer el mundo,
y el vicio y la virtud de los humanos;

más me arrojé al profundo mar abierto,
con un leño tan sólo, y la pequeña
tripulación que nunca me dejaba.

Un litoral y el otro vi hasta España,
y Marruecos, y la isla de los sardos,
y las otras que aquel mar baña en torno.

Viejos y tardos ya nos encontrábamos,
al arribar a aquella boca estrecha
donde Hércules plantara sus columnas,

para que el hombre más allá no fuera:
a mano diestra ya dejé Sevilla,
y la otra mano se quedaba Ceuta.»

«Oh hermanos -dije-, que tras de cien mil
peligros a occidente habéis llegado,
ahora que ya es tan breve la vigilia

de los pocos sentidos que aún nos quedan,
negaros no queráis a la experiencia,
siguiendo al sol, del mundo inhabitado.

Considerar cuál es vuestra progenie:
hechos no estáis a vivir como brutos,
mas para conseguir virtud y ciencia.»

A mis hombres les hice tan ansiosos
del camino con esta breve arenga,
que no hubiera podido detenerlos;

y vuelta nuestra proa a la mañana,
alas locas hicimos de los remos,
inclinándose siempre hacia la izquierda.

Del otro polo todas las estrellas
vio ya la noche, y el nuestro tan bajo
que del suelo marino no surgía.

Cinco veces ardiendo y apagada
era la luz debajo de la luna,
desde que al alto paso penetramos,

cuando vimos una montaña, oscura
por la distancia, y pareció tan alta
cual nunca hubiera visto monte alguno.

Nos alegramos, mas se volvió llanto:
pues de la nueva tierra un torbellino
nació, y le golpeó la proa al leño.

Le hizo girar tres veces en las aguas;
a la cuarta la popa alzó a lo alto,
bajó la proa -como Aquél lo quiso-
hasta que el mar cerró sobre nosotros.

CANTO XXVII

Quieta estaba la llama ya y derecha
para no decir más, y se alejaba
con la licencia del dulce poeta,

cuando otra, que detrás de ella venía,
hizo volver los ojos a su punta,
porque salía de ella un son confuso.

Como mugía el toro siciliano
que primero mugió, y eso fue justo,
con el llanto de aquel que con su lima

lo templó, con la voz del afligido,
que, aunque estuviese forjado de bronce,
de dolor parecía traspasado;

así, por no existir hueco ni vía
para salir del fuego, en su lenguaje
las palabras amargas se tornaban.

Mas luego al encontrar ya su camino
por el extremo, con el movimiento
que la lengua le diera con su paso,

escuchamos: «Oh tú, a quien yo dirijo
la voz y que has hablado cual lombardo,
diciendo: "Vete ya; más no te incito",

aunque he llegado acaso un poco tarde,
no te pese el quedarte a hablar conmigo:
¡Mira que no me pesa a mí, que ardo!

Si tú también en este mundo ciego
has oído de aquella dulce tierra
latina, en que yo fui culpable, dime

si tiene la Romana paz o guerra;
pues yo nací en los montes entre Urbino
y el yugo del que el Tiber se desata.»

Inclinado y atento aún me encontraba,
cuando al costado me tocó mi guía,
diciéndome: «Habla tú, que éste es latino.»

Yo, que tenía la respuesta pronta,
comencé a hablarle sin demora alguna:
«Oh alma que te escondes allá abajo,

tu Romana no está, no estuvo nunca,
sin guerra en el afán de sus tiranos;
más palpable ninguna dejé ahora.

Rávena está como está ha muchos años:
le los Polenta el águila allí anida,
al que a Cervia recubre con sus alas.

La tierra que sufrió la larga prueba
hizo de francos un montón sangriento,
bajo las garras verdes permanece.

El mastín viejo y joven de Verruchio,
que mala guardia dieron a Montaña,
clavan, donde solían, sus colmillos.

Las villas del Santerno y del Camone
manda el leoncito que campea en blanco,
que de verano a invierno el bando muda;

y aquella cuyo flanco el Savio baña,
como entre llano y monte se sitúa,
vive entre estado libre y tiranía.

Ahora quién eres, pido que me cuentes:
no seas más duro que lo fueron otros;
tu nombre así en el mundo tenga fama.»

Después que el fuego crepitó un momento
a su modo, movió la aguda punta
de aquí, de allí, y después lanzó este soplo:

«Si creyera que diese mi respuesta
a persona que al mundo regrese,
dejaría esta llama de agitarse;

pero, como jamás desde este fondo
nadie vivo volvió, si bien escucho,
sin temer a la infamia, te contestó:

Guerrero fui, y después fui cordelero,
creyendo, así ceñido, hacer enmienda,
y hubiera mi deseo realizado,

si a las primeras culpas, el gran Preste,
que mal haya, tornado no me hubiese;
y el cómo y el porqué, quiero que escuches:

Mientras que forma fui de carne y huesos
que mi madre me dio, fueron mis obras
no leoninas sino de vulpeja;

las acechanzas, las ocultas sendas
todas las supe, y tal llevé su arte,
que iba su fama hasta el confín del mundo.

Cuando vi que llegaba a aquella parte
de mi vida, en la que cualquiera debe
arriar las velas y lanzar amarras,

lo que antes me plació, me pesó entonces,
y arrepentido me volví y confeso,
¡ah miserable!, y me hubiera salvado.

El príncipe de nuevos fariseos,
haciendo guerra cerca de Letrán,
y no con sarracenos ni judíos,

que su enemigo todo era cristiano,
y en la toma de Acre nadie estuvo
ni comerciando en tierras del Sultán;

ni el sumo oficio ni las sacras órdenes
en sí guardó, ni en mí el cordón aquel
que suele hacer delgado a quien lo ciñe.

Pero, como a Silvestre Constantino,
allí en Sirati a curarle de lepra,
así como doctor me llamó éste

para curarle la soberbia fiebre:
pidiome mi consejo, y yo callaba,
pues sus palabras ebrias parecían.

Luego volvió a decir: «Tu alma no tema;
de antemano te absuelvo; enséñame
la forma de abatir a Penestrino.

El cielo puedo abrir y cerrar puedo,
porque son dos las llaves, como sabes,
que mi predecesor no tuvo aprecio.»

Los graves argumentos me punzaron
y, pues callar peor me parecía,
le dije: “Padre, ya que tú me lavas

de aquel pecado en el que caigo ahora,
larga promesa de cumplir escaso
hará que triunfes en el alto solio.”

Luego cuando morí, vino Francisco,
más uno de los negros querubines
le dijo: “No lo llesves: no me enfades.

Ha de venirse con mis condenados,
puesto que dio un consejo fraudulento,
y le agarro del pelo desde entonces;

que a quien no se arrepiente no se absuelve,
ni se puede querer y arrepentirse,
pues la contradicción no lo consiente.”

¡Oh miserable, cómo me aterraba
al agarrarme diciéndome: “¿Acaso
no pensabas que lógico yo fuese?”

A Minos me condujo, y ocho veces
al duro lomo se ciñó la cola,
y después de morderse enfurecido,

dijo: “Este es reo de rabiosa llama”,
por lo cual donde ves estoy perdido
y, así vestido, andando me lamento.»

Cuando hubo terminado su relato,
se retiró la llama dolorida,
torciendo y debatiendo el cuerno agudo.

A otro lado pasamos, yo y mi guía,
por cima del escollo al otro arco
que cubre el foso, donde se castiga
a los que, discordiando, adquieren pena.

CANTO XXVIII

Aun si en prosa lo hiciese, ¿quién podría
de tanta sangre y plagas como vi
hablar, aunque contase muchas veces?

En verdad toda lengua fuera escasa
porque nuestro lenguaje y nuestra mente
no tienen juicio para abarcar tanto.

Aunque reuniesen a todo aquel gentío
que allí sobre la tierra infortunada
de Apulia, fue de su sangre doliente

por los troyanos y la larga guerra
que tan grande despojo hizo de anillos,
cual Livio escribe, y nunca se equivoca;

y quien sufrió los daños de los golpes
por oponerse a Roberto Guiscardo;
y la otra cuyos huesos aún se encuentran

en Caperano, donde fue traidor
todo el pullés; y la de Tegliacozzo,
que venció desarmado el viejo Alardo,

y cuál cortado y cuál roto su miembro
mostrase, vanamente imitaría
de la novena bolsa el modo inmundo.

Una cuba, que duela o fondo pierde,
como a uno yo vi, no se vacía,
de la barbilla abierto al bajo vientre;

por las piernas las tripas le colgaban,
vela la asadura, el triste saco
que hace mierda de todo lo que engulle.

Mientras que en verlo todo me ocupaba,
me miró y con la mano se abrió el pecho
diciendo: «¡Mira cómo me desgarró!

y mira qué tan maltrecho está Mahoma!
Delante de mí Alí llorando marcha,
rota la cara del cuello al copete.

Todos los otros que tú ves aquí,
sembradores de escándalo y de cisma
vivos fueron, y así son desgarrados.

Hay detrás un demonio que nos abre,
tan crudamente, al tajo de la espada,
cada cual de esta fila sometiendo,

cuando la vuelta damos al camino;
porque nuestras heridas se nos cierran
antes que otros delante de él se pongan.

Más ¿quién eres, que husmeas en la roca,
tal vez por retrasar ir a la pena,
con que son castigadas tus acciones?»

«Ni le alcanza aún la muerte, ni el castigo
-respondió mi maestro- le atormenta;
más, por darle conocimiento pleno,

yo, que estoy muerto, debo conducirlo
por el infierno abajo vuelta a vuelta:
y esto es tan cierto como que te hablo.»

Mas de cien hubo que, cuando lo oyeron,
en el foso a mirarme se pararon
llenos de asombro, olvidando el martirio.

« Pues bien, di a Fray Dolcín que se
abastezca,
tú que tal vez verás el sol en breve,
si es que no quiere aquí seguirme pronto,

tanto, que, rodeado por la nieve,
no deje la victoria al de Novara,
que no sería fácil de otro modo.»

Después de alzar un pie para girarse,
estas palabras díjome Mahoma;
luego al marcharse lo fijó en la tierra.

Otro, con la garganta perforada,
cortada la nariz hasta las cejas,
que una oreja tenía solamente,

con los otros quedó, maravillado,
y antes que los demás, abrió el gáznate,
que era por fuera rojo por completo;

y dijo: «Oh tú a quien culpa no condena
y a quien yo he visto en la tierra latina,
si mucha semejanza no me engaña,

acuérdate de Pier de Medicina,
si es que vuelves a ver el dulce llano,
que de Vercelli a Marcabó desciende.

Y haz saber a los dos grandes de Fano,
a maese Guido y a maese Angiolello,
que, si no es vana aquí la profecía,

arrojados serán de su bajel,
y agarrotados cerca de Cattolica,
por traición de tirano fermentido.

Entre la isla de Chipre y de Mallorca
no vio nunca Neptuno tal engaño,
no de piratas, no de gente argólica.

Aquel traidor que ve con sólo uno,
y manda en el país que uno a mi lado
quisiera estar ayuno de haber visto,

ha de hacerles venir a una entrevista;
luego hará tal, que al viento de Focara
no necesitarán preces ni votos.»

Y yo le dije: «Muéstrame y declara,
si quieres que yo lleve tus noticias,
quién es el de visita tan amarga.»

Puso entonces la mano en la mejilla
de un compañero, y abriole la boca,
gritando: «Es éste, pero ya no habla;

éste, exiliado, sembraba la duda,
diciendo a César que el que está ya listo
siempre con daño el esperar soporta.»

¡Oh cuán acobardado parecía,
con la lengua cortada en la garganta,
Curión que en el hablar fue tan osado!

Y uno, con una y otra mano mochas,
que alzaba al aire oscuro los muñones,
tal que la sangre le ensuciaba el rostro,

gritó: «Te acordarás también del Mosca,
que dijo: “Lo empezado fin requiere”,
que fue mala simiente a los toscanos.»

Y yo le dije: «Y muerte de tu raza.»
Y él, dolor a dolor acumulado,
se fue como persona triste y loca.

Más yo quedé para mirar el grupo,
y vi una cosa que me diera miedo,
sin más pruebas, contarla solamente,

si no me asegurase la conciencia,
esa amiga que al hombre fortifica
en la confianza de sentirse pura.

Yo vi de cierto, y parece que aún vea,
un busto sin cabeza andar lo mismo
que iban los otros del rebaño triste;

la testa trunca agarraba del pelo,
cual un farol llevándola en la mano;
y nos miraba, y «¡Ay de mí!» decía.

De sí se hacía a sí mismo lucerna,
y había dos en uno y uno en dos:
cómo es posible sabe Quien tal manda.

Cuando llegado hubo al pie del puente,
alzó el brazo con toda la cabeza,
para decir de cerca sus palabras,

que fueron: «Mira mi pena tan cruda
tú que, inspirando vas viendo a los muertos;
mira si alguna hay grande como es ésta.

Y para que de mí noticia lleves
sabrás que soy Bertrand de Born, aquel
que diera al joven rey malos consejos.

Yo hice al padre y al hijo enemistarse:
Aquitael no hizo más de Absalón
y de David con perversas punzadas:

Y como gente unida así he partido,
partido llevo mi cerebro, ¡ay triste!,
de su principio que está en este tronco.
Y en mí se cumple la contrapartida.»

CANTO XXIX

La mucha gente y las diversas plagas,
tanto habían mis ojos embriagado,
que quedarse llorando deseaban;

mas Virgilio me dijo: «¿En qué te fijas?
¿Por qué tu vista se detiene ahora
tras de las tristes sombras mutiladas?

Tú no lo hiciste así en las otras bolsas;
piensa, si enumerarlas crees posible,
que millas veintidós el valle abarca.

Y bajo nuestros pies ya está la luna:
Del tiempo concedido queda poco,
y aún nos falta por ver lo que no has visto.»

«Si tú hubieras sabido -le repuse-
la razón por la cual miraba, acaso
me hubieses permitido detenerme.»

Ya se marchaba, y yo detrás de él,
mi guía, respondiendo a su pregunta
y añadiéndole: «Dentro de la cueva,

donde los ojos tan atento puse,
creo que un alma de mi sangre llora
la culpa que tan caro allí se paga.»

Dijo el maestro entonces: «No entretengas
de aquí adelante en ello el pensamiento:
piensa otra cosa, y él allá se quede;

que yo le he visto al pie del puentecillo
señalarte, con dedo amenazante,
y llamarlo escuché Geri del Bello.

Tan distraído tú estabas entonces
con el que tuvo Altaforte a su mando,
que se fue porque tú no le atendías.»

«Oh guía mío, la violenta muerte
que aún no le ha vengado -yo repuse-
ninguno que comparta su vergüenza,

hácele desdeñoso; y sin hablarme
se ha marchado, del modo que imagino;
con él por esto he sido más piadoso.»

Conversamos así hasta el primer sitio
que desde el risco el otro valle muestra,
si hubiese allí más luz, todo hasta el fondo.

Cuando estuvimos ya en el postrer claustro
de Malasbolsas, y que sus profesos
a nuestra vista aparecer podían,

lamentos saeteáronme diversos,
que herrados de piedad dardos tenían;
y me tapé por ello los oídos.

Como el dolor, si con los hospitales
de Valdiquiana entre junio y septiembre,
los males de Maremma y de Cerdeña,

en una fosa juntos estuvieran,
tal era aquí; y tal hedor desprendía,
como suele venir de miembros muertos.

Descendimos por la última ribera
del largo escollo, a la siniestra mano;
y entonces pude ver más claramente

allí hacia el fondo, donde la ministra
del alto Sir, inefable justicia,
castiga al falseador que aquí condena.

Yo no creo que ver mayor tristeza
en Egina pudiera el pueblo enfermo,
cuando se llenó el aire de ponzoña,

pues, hasta el gusanillo, perecieron
los animales; y la antigua gente,
según que los poeta aseguran,

se engendró de la estirpe de la hormiga;
como era viendo por el valle oscuro
languidecer las almas a montones.

Cuál sobre el vientre y cuál sobre la espalda,
yacía uno del otro, y como a gatas,
por el triste sendero caminaban.

Muy lentamente, sin hablar, marchábamos,
mirando y escuchando a los enfermos,
que levantar sus cuerpos no podían.

Vi sentados a dos que se apoyaban,
como al cocer se apoyan teja y teja,
de la cabeza al pie llenos de pústulas.

Y nunca vi moviendo la almohaza
a muchacho esperado por su amo,
ni a aquel que con desgana está aún en vela,

como éstos se mordían con las uñas
a ellos mismos a causa de la saña
del gran picor, que no tiene remedio;

y arrancaban la sarna con las uñas,
como escamas de meros el cuchillo,
o de otro pez que las tenga más grandes.

«Oh tú que con los dedos te desuellas
-se dirigió mi guía a uno de aquéllos-
y que a veces tenazas de ellos haces,

dime si algún latino hay entre éstos
que están aquí, así te duren las uñas
eternamente para esta tarea.»

«Latinos somos quienes tan gastados
aquí nos ves -llorando uno repuso-;
¿Y quién tú, que preguntas por nosotros?»

Y el guía dijo: «Soy uno que baja
con este vivo aquí, de grada en grada,
y enseñarle el infierno yo pretendo.»

Entonces se rompió el común apoyo;
y temblando los dos a mí vinieron
con otros que lo oyeron de pasada.

El buen maestro a mí se volvió entonces,
diciendo: «Diles todo lo que quieras»;
y yo empecé, pues que él así quería:

«Así vuestra memoria no se borre
de las humanas mentes en el mundo,
mas que perviva bajo muchos soles,

decidme quiénes sois y de qué gente:
vuestra asquerosa y fastidiosa pena
el confesarlo espanto no os produzca.»

«Yo fui de Arezzo, y Albergo el de Siena
-repuso uno- púsome en el fuego,
pero no me condena aquella muerte.

Verdad es que le dije bromeando:
“Yo sabré alzarme en vuelo por el aire”
y aquél, que era curioso a insensato,

quiso que le enseñase el arte; y sólo
porque no le hice Dédalo, me hizo
arder así como lo hizo su hijo.

Mas en la última bolsa de las diez,
por la alquimia que yo en el mundo usaba,
me echó Minos, que nunca se equivoca.»

Y yo dije al maestro: «¿Ha habido nunca
gente tan vana como la sienesa?
cierto, ni la francesa llega a tanto.»

Como el otro leproso me escuchara,
repuso a mis palabras: «Quita a Stricca,
que supo hacer tan moderados gastos;

y a Niccolò, que el uso dispendioso
del clavo descubrió antes que ninguno,
en el huerto en que tal simiente crece;

y quita la pandilla en que ha gastado
Caccia d'Ascian la viña y el gran bosque,
y el Abbagliato ha perdido su juicio.

Más por que sepas quién es quien te sigue
contra el sienés, en mí la vista fija,
que mi semblante habrá de responderte:

verás que soy la sombra de Capoccio,
que falseé metales con la alquimia;
y debes recordar, si bien te miro,
que por naturaleza fui una mona.»

CANTO XXX

Cuando Juno por causa de Semele
odio tenía a la estirpe tebana,
como lo demostró en tantos momentos,

Atamante volviose tan demente,
que, viendo a su mujer con los dos hijos
que en cada mano a uno conducía,

gritó: «¡Tendamos redes, y atrapemos
a la leona al pasar y a los leoncitos!»;
y luego con sus garras despiadadas.

agarró al que Learco se llamaba,
le volteó y le dio contra una piedra;
y ella se ahogó cargada con el otro.

Y cuando la fortuna echó por tierra
la soberbia de Troya tan altiva,
tal que el rey junto al reino fue abatido,

Hécuba triste, mísera y cautiva,
luego de ver a Polixena muerta,
y a Polidoro allí, junto a la orilla

del mar, pudo advertir con tanta pena,
desgarrada ladró tal como un perro;
tanto el dolor su mente trastornaba.

Mas ni de Tebas furias ni troyanas
se vieron nunca en nadie tan cñueles,
ni a las bestias hiriendo, ni a los hombres,

cuanto en dos almas pálidas, desnudas,
que mordiendo corrían, vi, del modo
que el cerdo cuando deja la pocilga.

Una cogió a Capocchio, y en el nudo
del cuello le mordió, y al empujarle,
le hizo arañar el suelo con el vientre.

Y el aretino, que quedó temblando,
me dijo: « El loco aquel es Gianni Schichi,
que rabioso a los otros así ataca.»

«Oh -le dije- así el otro no te hingue
los dientes en la espalda, no te importe
el decirme quién es antes que escape.»

Y él me repuso: «El alma antigua es ésa
de la perversa Mirra, que del padre
lejos del recto amor, se hizo querida.

El pecar con aquél consiguió ésta
falsificándose en forma de otra,
igual que osó aquel otro que se marcha,

por ganarse a la reina de las yeguas,
falsificar en sí a Buoso Donati,
testando y dando norma al testamento.»

Y cuando ya se fueron los rabiosos,
sobre los cuales puse yo la vista,
la volví por mirar a otros malditos.

Vi a uno que un laúd parecería
si le hubieran cortado por las ingles
del sitio donde el hombre se bifurca.

La grave hidropesía, que deforma
los miembros con humores retenidos,
no casado la cara con el vientre,

le obliga a que los labios tenga abiertos,
tal como a causa de la sed el hético,
que uno al mentón, y el otro lleva arriba.

«Ah vosotros que andáis sin pena alguna,
y yo no sé por qué, en el mundo bajo
-él nos dijo-, mirad y estad atentos

a la miseria de maese Adamo:
mientras viví yo tuve cuanto quise,
y una gota de agua, ¡ay triste!, ansío.

Los arroyuelos que en las verdes lomas
de Casentino bajan hasta el Arno,
y hacen sus cauces fríos y apacibles,

siempre tengo delante, y no es en vano;
porque su imagen aún más me reseca
que el mal con que mi rostro se descarna.

La rígida justicia que me hiere
se sirve del lugar en que pequé
para que ponga en fuga más suspiros.

Está Romena allí, donde hice falsa
la aleación sigilada del Bautista,
por lo que el cuerpo quemado dejé.

Pero si viese aquí el ánima triste
de Guido o de Alejandro o de su hermano,
Fuente Branda, por verlos, no cambiase.

Una ya dentro está, si las rabiosas
sombras que van en torno no se engañan,
¿mas de qué sirve a mis miembros ligados?

Si acaso fuese al menos tan ligero
que anduviese en un siglo una pulgada,
en el camino ya me habría puesto,

buscándole entre aquella gente infame,
aunque once millas abarque esta fosa,
y no menos de media de través.

Por aquellos me encuentro en tal familia:
pues me indujeron a acuñar florines
con tres quilates de oro solamente.»

Y yo dije: «¿Quién son los dos mezquinos
que humean, cual las manos en invierno,
apretados yaciendo a tu derecha?»

«Aquí los encontré, y no se han movido
-me repuso- al llover yo en este abismo
ni eternamente creo que se muevan.

Una es la falsa que acusó a José;
otro el falso Sinón, griego de Troya:
por una fiebre aguda tanto hieden.»

Y uno de aquéllos, lleno de fastidio
tal vez de ser nombrados con desprecio,
le dio en la dura panza con el puño.

Ésta sonó cual si fuese un tambor;
y maese Adamo le pegó en la cara
con su brazo que no era menos duro,

diciéndole: «Aunque no pueda moverme,
porque pesados son mis miembros, suelto
para tal menester tengo mi brazo.»

Y aquél le respondió: « Al encaminarte
al fuego, tan veloz no lo tuviste:
pero sí, y más, cuando falsificabas.»

Y el hidrópico dijo: «Eso es bien cierto;
más tan veraz testimonio no diste
al requerirte la verdad en Troya.»

«Si yo hablé en falso, el cuño falseaste
-dijo Sinón- y aquí estoy por un yerro,
y tú por más que algún otro demonio.»

«Acuérdate, perjuro, del caballo
-repuso aquel de la barriga hinchada-;
y que el mundo lo sepa y lo castigue.»

«Y te castigue a ti la sed que agrieta
-dijo el griego- la lengua, el agua inmunda
que al vientre le hace valla ante tus ojos.»

Y el monedero dilo: «Así se abra
la boca por tu mal, como acostumbra;
que si sed tengo y me hincha el humor,

te duele la cabeza y tienes fiebre;
y a lamer el espejo de Narciso,
te invitarían muy pocas palabras.»

Yo me estaba muy quieto para oírles
cuando el maestro dijo: «¡Vamos, mira!
no comprendo qué te hace tanta gracia.»

Al oír que me hablaba con enojo,
hacia él me volví con tal vergüenza,
que todavía gira en mi memoria.

Como ocurre a quien sueña su desgracia,
que soñando aún desea que sea un sueño,
tal como es, como si no lo fuese,

así yo estaba, sin poder hablar,
deseando excusarme, y excusábame
sin embargo, y no pensaba hacerlo.

«Falta mayor menor vergüenza lava
-dijo el maestro-, que ha sido la tuya;
así es que ya descarga tu tristeza.

Y piensa que estaré siempre a tu lado,
si es que otra vez te lleva la fortuna
donde haya gente en pleitos semejantes:
pues el querer oír eso es vil deseo.»

CANTO XXXI

La misma lengua me mordió primero,
haciéndome teñir las dos mejillas,
y después me aplicó la medicina:

así escuché que solía la lanza
de Aquiles y su padre ser causante
primero de dolor, después de alivio,

Dimos la espalda a aquel mísero valle
por la ribera que en torno le ciñe,
y sin ninguna charla lo cruzamos.

No era allí ni de día ni de noche,
y poco penetraba con la vista;
pero escuché sonar un alto cuerno,

tanto que habría a los truenos callado,
y que hacia él su camino siguiendo,
me dirigió la vista sólo a un punto.

Tras la derrota dolorosa, cuando
Carlomagno perdió la santa gesta,
Orlando no tocó con tanta furia.

A poco de volver allí mi rostro,
muchas torres muy altas creí ver;
y yo: «Maestro, di, ¿qué muro es éste?»

Y él a mí: «Como cruzas las tinieblas
demasiado a lo lejos, te sucede
que en el imaginar estás errado.

Bien lo verás, si llegas a su vera,
cuánto el seso de lejos se confunde;
así que marcha un poco más aprisa.»

Y con cariño cogiome la mano,
y dijo: «Antes que hayamos avanzado,
para que menos raro te parezca,

sabe que no son torres, más gigantes,
y en el pozo al que cerca esta ribera
están metidos, del ombligo abajo.»

Como al irse la niebla disipando,
la vista reconoce poco a poco
lo que esconde el vapor que arrastra el aire,

así horadando el aura espesa y negra,
más y más acercándonos al borde,
se iba el error y el miedo me crecía;

pues como sobre la redonda cerca
Monterregión de torres se corona,
así aquel margen que el pozo circunda

con la mitad del cuerpo torreaban
los horribles gigantes, que amenaza
aún desde el cielo Júpiter tronando.

Y yo miraba ya de alguno el rostro,
la espalda, el pecho y gran parte del vientre,
y los brazos cayendo a los costados.

Cuando dejó de hacer Naturaleza
aquellos animales, muy bien hizo,
porque tales ayudas quitó a Marte;

Y si ella de elefantes y ballenas
no se arrepiente, quien atento mira,
más justa y más discreta ha de tenerla;

pues donde el argumento de la mente
al mal querer se junta y a la fuerza,
el hombre no podría defenderse.

Su cara parecía larga y gruesa
como la Piña de San Pedro, en Roma,
y en esta proporción los otros huesos;

y así la orilla, que les ocultaba
del medio abajo, les mostraba tanto
de arriba, que alcanzar su cabellera

tres frisiones en vano pretendiesen;
pues treinta grandes palmos les veía
de abajo al sitio en que se anuda el manto.

«Raphel may amech zabi almi»,
a gritar empezó la fiera boca,
a quien más dulces salmos no convienen.

Y mi guía hacia él: « ¡Alma insensata,
coge tu cuerno, y desfoga con él
cuanta ira o pasión así te agita!

Mírate al cuello, y hallarás la sogá
que amarrado lo tiene, alma turbada,
mira cómo tu enorme pecho aprieta.»

Después me dijo: «A sí mismo se acusa.
Este es Nembrot, por cuya mala idea
sólo un lenguaje no existe en el mundo.

Dejémosle, y no hablemos vanamente,
porque así es para él cualquier lenguaje,
cual para otros el suyo: nadie entiende.»

Seguimos el viaje caminando
a la izquierda, y a un tiro de ballesta,
otro encontramos más feroz y grande.

Para ceñirlo quién fuera el maestro,
decir no sé, pero tenía atados
delante el otro, atrás el brazo diestro,

una cadena que le rodeaba
del cuello a abajo, y por lo descubierto
le daba vueltas hasta cinco veces.

«Este soberbio quiso demostrar
contra el supremo Jove su potencia
-dijo mi guía- y esto ha merecido.

Se llama Efialte; y su intentona hizo
al dar miedo a los dioses los gigantes:
los brazos que movió, ya más no mueve.»

Y le dije: «Quisiera, si es posible,
que del desmesurado Briareo
puedan tener mis ojos experiencia.»

Y él me repuso: «A Anteo ya verás
cerca de aquí, que habla y está libre,
que nos pondrá en el fondo del infierno.

Aquel que quieres ver, está muy lejos,
y está amarrado y puesto de igual modo,
salvo que aún más feroz el rostro tiene.»

No hubo nunca tan fuerte terremoto,
que moviese una torre con tal fuerza,
como Efialte fue pronto en revolverse.

Más que nunca temí la muerte entonces,
y el miedo solamente bastaría
aunque no hubiese visto las cadenas.

Seguimos caminando hacia adelante
y llegamos a Anteo: cinco alas
salían de la fosa, sin cabeza.

«Oh tú que en el afortunado valle
que heredero a Escipión de gloria hizo,
al escapar Aníbal con los suyos,

mil leones cazaste por botín,
y que si hubieses ido a la alta lucha
de tus hermanos, hay quien ha pensado

que vencieran los hijos de la Tierra;
bájanos, sin por ello despreciarnos,
donde al Cocito encierra la friura.

A Ticio y a Tifeo no nos mandes;
éste te puede dar lo que desees;
inclínate, y no tuerzas el semblante.

Aún puede darte fama allá en el mundo,
pues que está vivo y larga vida espera,
si la Gracia a destiempo no le llama.»

Así dijo el maestro; y él deprisa
tendió la mano, y agarró a mi guía,
con la que a Hércules diera el fuerte abrazo.

Virgilio, cuando se sintió cogido,
me dijo: «Ven aquí, que yo te coja»;
luego hizo tal que un haz éramos ambos.

Cual parece al mirar la Garisenda
donde se inclina, cuando va una nube
sobre ella, que se venga toda abajo;

tal pareciome Anteo al observarle
y ver que se inclinaba, y fue en tal hora
que hubiera preferido otro camino.

Más levemente al fondo que se traga
a Lucifer con Judas, nos condujo;
y así inclinado no hizo más demora,
y se alzó como el mástil en la nave.

CANTO XXXII

Si rimas broncas y ásperas tuviese,
como merecería el agujero
sobre el que apoyan las restantes rocas

exprimiría el jugo de mi tema
más plenamente; más como no tengo,
no sin miedo a contarlo me dispongo;

que no es empresa de tomar a juego
de todo el orbe describir el fondo,
ni de lengua que diga «mama» o «papa».

Más a mi verso ayuden las mujeres
que a Anfión a cerrar Tebas ayudaron,
y del hecho el decir no sea diverso.

¡Oh sobre todas mal creada plebe,
que el sitio ocupas del que hablar es duro,
mejor sería ser cabras u ovejas!

Cuando estuvimos ya en el negro pozo,
de los pies del gigante aún más abajo,
y yo miraba aún la alta muralla,

oí decirme: «Mira dónde pisas:
anda sin dar patadas a la triste
cabeza de mi hermano desdichado.»

Por lo cual me volví, y vi por delante
y a mis plantas un lago que, del hielo,
de vidrio, y no de agua, tiene el rostro.

A su corriente no hace tan espeso
velo, en Austria, el Danubio en el invierno,
ni bajo el frío cielo allá el Tanais,

como era allí; porque si el Pietrapana
o el Tambernica, encima le cayese,
ni «crac» hubiese hecho por el golpe.

Y tal como croando está la rana,
fuera del agua el morro, cuando sueña
con frecuencia espigar la campesina,

lúvidas, hasta el sitio en que aparece
la vergüenza, en el hielo había sombras,
castañeteando el diente cual cigüeñas.

Hacia abajo sus rostros se volvían:
el frío con la boca, y con los ojos
el triste corazón testimoniaban.

Después de haber ya visto un poco en torno,
miré, a mis pies, a dos tan estrechados,
que mezclados tenían sus cabellos.

«Decidme, los que así apretáis los pechos
-les dije- ¿Quiénes sois?» Y el cuello irguieron;
y al alzar la cabeza, chorrearon

sus ojos, que antes eran sólo blandos
por dentro, hasta los labios, y ató el hielo
las lágrimas entre ellos, encerrándolos.

Leño con leño grapa nunca une
tan fuerte; por lo que, como dos chivos,
los dos se golpearon iracundos.

Y uno, que sin orejas se encontraba
por la friura, con el rostro gacho,
dijo: «¿Por qué nos miras de ese modo?

Si saber quieres quién son estos dos,
el valle en que el Bisenzo se derrama
fue de Alberto, su padre, y de estos hijos.

De igual cuerpo salieron; y en Caína
podrás buscar, y no encontrarás sombra
más digna de estar puesta en este hielo;

no aquel a quien rompiera pecho y sombra,
por la mano de Arturo, un solo golpe;
no Focaccia; y no éste, que me tapa

con la cabeza y no me deja ver,
y fue llamado Sassol Mascheroni:
si eres toscano bien sabrás quién fue.

Y porque en más sermones no me metas,
sabe que fui Camincion dei Pazzi;
y espero que Carlino me haga bueno.»

Luego yo vi mil rostros por el frío
amoratados, y terror me viene,
y siempre me vendrá de aquellos hielos.

Y mientras que hacia el centro caminábamos,
en el que toda gravedad se aúna,
y yo en la eterna lóbreguez temblaba,

si el azar o el destino o Dios lo quiso,
no sé; mas paseando entre cabezas,
golpeé con el pie el rostro de una.

Llorando me gritó: «¿Por qué me pisas?
Si a aumentar tú no vienes la venganza
de Monteaperti, ¿por qué me molestas?»

Y yo: «Maestro mío, espera un poco
pues quiero que me saque éste de dudas;
y luego me darás, si quieres, prisa.»

El guía se detuvo y dije a aquel
que blasfemaba aún muy duramente:
«¿Quién eres tú que así reprendes a otros?»

«Y tú ¿quién eres que por la Antenora
vas golpeando -respondió- los rostros,
de tal forma que, aun vivo, mucho fuera?»

«Yo estoy vivo, y acaso te convenga
-fue mi respuesta-, si es que quieres fama,
que yo ponga tu nombre entre los otros.»

Y él a mí: «Lo contrario desearía;
márchate ya de aquí y no me molestes,
que halagar sabes mal en esta gruta.»

Entonces le cogí por el cogote,
y dije: «Deberás decir tu nombre,
o quedarte sin pelo aquí debajo.»

Por lo que dijo: «Aunque me descabelles,
no te diré quién soy, ni he de decirlo,
aunque mil veces golpees mi cabeza.»

Ya enroscados tenía sus cabellos,
y ya más de un mechón le había arrancado,
mientras ladraba con la vista gacha,

cuando otro le gritó: «¿Qué tienes, Bocca?
¿No te basta sonar con las quijadas,
sino que ladras? ¿quién te da tormento?»

«Ahora -le dije yo- no quiero oírte,
oh malvado traidor: que en tu deshonra,
he de llevar de ti veraces nuevas.»

«Vete -repuso- y di lo que te plazca,
pero no calles, si de aquí salieras,
de quien tuvo la lengua tan ligera.

Él llora aquí el dinero del francés:
“Yo vi -podrás decir- a aquel de Duera,
donde frescos están los pecadores.”

Si fuera preguntado “¿y esos otros?”,
tienes al lado a aquel de Beccaria,
del cual segó Florencia la garganta.

Gianni de Soldanier creo que está
allá con Ganelón y Teobaldo,
que abrió Faenza mientras que dormía.»

Nos habíamos de estos alejado,
cuando vi a dos helados en un hoyo,
y una cabeza de otra era sombrero;

y como el pan con hambre se devora,
así el de arriba le mordía al otro
donde se juntan nuca con cerebro.

No de otra forma Tideo roía
la sien a Menalipo por despecho,
que aquél el cráneo y las restantes cosas.

«Oh tú, que muestras por tan brutal signo
un odio tal por quien así devoras,
dime el porqué -le dije- de ese trato,

que si tú con razón te quejas de él,
sabiendo quiénes sois, y su pecado,
aún en el mundo pueda yo vengarte,
si no se seca aquella con la que hablo.»

CANTO XXXIII

De la feroz comida alzó la boca
el pecador, limpiándola en los pelos
de la cabeza que detrás roía.

Luego empezó: «Tú quieres que renueve
el amargo dolor que me atenaza
sólo al pensarlo, antes que de ello hable.

Más si han de ser simiente mis palabras
que dé frutos de infamia a este traidor
que muerdo, al par verás que lloro y hablo.

Ignoro yo quién seas y en qué forma
has llegado hasta aquí, mas de Florencia
de verdad me pareces al oírte.

Debes saber que fui el conde Ugolino
y este ha sido Ruggieri, el arzobispo;
por qué soy tal vecino he de contarte.

Que a causa de sus malos pensamientos,
y fiándome de él fui puesto preso
y luego muerto, no hay que relatarlo;

mas lo que haber oído no pudiste,
quiero decir, lo cruel que fue mi muerte,
escucharás: sabrás si me ha ofendido.

Un pequeño agujero de «la Muda»
que por mí ya se llama «La del Hambre»,
y que conviene que a otros aún encierre,

enseñado me había por su hueco
muchas lunas, cuando un mal sueño tuve
que me rasgó los velos del futuro.

Éste me apareció señor y dueño,
a la caza del lobo y los lobeznos
en el monte que a Pisa oculta Lucca.

Con perros flacos, sabios y amaestrados,
los Gualandis, Lanfrancos y Sismondís
al frente se encontraban bien dispuestos.

Tras de corta carrera vi rendidos
a los hijos y al padre, y con colmillos
agudos vi morderles los costados.

Cuando me desperté antes de la aurora,
llorar sentí en el sueño a mis hijitos
que estaban junto a mí, pidiendo pan.

Muy cruel serás si no te dueles de esto,
pensando lo que en mi alma se anunciaba:
y si no lloras, ¿de qué llorar sueles?

Se despertaron, y llegó la hora
en que solían darnos la comida,
y por su sueño cada cual dudaba.

Y oí clavar la entrada desde abajo
de la espantosa torre; y yo miraba
la cara a mis hijitos sin moverme.

Yo no lloraba, tan de piedra era;
lloraban ellos; y Anselmuccio dijo:
«Cómo nos miras, padre, ¿qué te pasa?»

Pero yo no lloré ni le repuse
en todo el día ni al llegar la noche,
hasta que un nuevo sol salía a mundo.

Como un pequeño rayo penetrase
en la penosa cárcel, y mirara
en cuatro rostros mi apariencia misma,

ambas manos de pena me mordía;
y al pensar que lo hacía yo por ganas
de comer, bruscamente levantaron,

diciendo: «Padre, menos nos doliera
si comes de nosotros; pues vestiste
estas miserables carnes, las despoja.»

Por más no entristecerlos me calmaba;
ese día y al otro nada hablamos:
Ay, dura tierra, ¿por qué no te abriste?

Cuando hubieron pasado cuatro días,
Gaddo se me arrojó a los pies tendido,
diciendo: «Padre, ¿por qué no me ayudas?»

Allí murió: y como me estás viendo,
vi morir a los tres uno por uno
al quinto y sexto día; y yo me daba

ya ciego, a andar a tientas sobre ellos.
Dos días les llamé aunque estaban muertos:
después más que el dolor pudo el ayuno.»

Cuando esto dijo, con torcidos ojos
volvió a morder la mísera cabeza,
y los huesos tan fuerte como un perro.

¡Ah Pisa, vituperio de las gentes
del hermoso país donde el «sí» suena!,
pues tardos al castigo tus vecinos,

muévanse la Gorgona y la Capraia,
y hagan presas allí en la hoz del Arno,
para anegar en ti a toda persona;

pues si al conde Ugolino se acusaba
por la traición que hizo a tus castillos,
no debiste a los hijos dar tormento.

Inocentes hacía la edad nueva,
nueva Tebas, a Uguiccion y al Brigada
y a los otros que el canto ya ha nombrado.»

A otro lado pasamos, y a otra gente
envolvía la helada con crudeza,
y no cabeza abajo sino arriba.

El llanto mismo el lloro no permite,
y la pena que encuentra el ojo lleno,
vuelve hacia atrás, la angustia acrecentando;

pues hacen muro las primeras lágrimas,
y así como viseras cristalinas,
llenan bajo las cejas todo el vaso.

Y sucedió que, aun como encallecido
por el gran frío cualquier sentimiento
hubiera abandonado ya mi rostro,

me parecía ya sentir un viento,
por lo que yo: «Maestro, ¿quién lo hace?,
¿No están extintos todos los vapores?»

Y él me repuso: «En breve será cuando
a esto darán tus ojos la respuesta,
viendo la causa que este soplo envía.»

Y un triste de esos de la fría costra
gritó: «Ah voSotras, almas tan crueles,
que el último lugar os ha tocado,

del rostro levantar mis duros velos,
que el dolor que me oprime expulsar pueda,
un poco antes que el llanto se congele.»

Y le dije: «Si quieres que te ayude,
dime quién eres, y si no te libro,
merezca yo ir al fondo de este hielo.»

Me respondió: «Yo soy fray Alberigo;
soy aquel de la fruta del mal huerto,
que por el higo el dátil he cambiado.»

«Oh, ¿ya estás muerto --díjele yo- entonces?
Y él repuso: «De cómo esté mi cuerpo
en el mundo, no tengo ciencia alguna.

Tal ventaja tiene esta Tolomea,
que muchas veces caen aquí las almas
antes de que sus dedos mueva Atropos;

y para que de grado tú me quites
las lágrimas vidriosas de mi rostro,
sabe que luego que el alma traiciona,

como yo hiciera, el cuerpo le es quitado
por un demonio que después la rige,
hasta que el tiempo suyo todo acabe.

Ella cae en cisterna semejante;
y es posible que arriba esté aún el cuerpo
de la sombra que aquí detrás inverna.

Tú lo debes saber, si ahora has venido:
que es Branca Doria, y ya han pasado muchos
años desde que fuera aquí encerrado.»

«Creo -le dije yo- que tú me engañas;
Branca Doria no ha muerto todavía,
y come y bebe y duerme y paños viste.»

«Al pozo -él respondió- de Malasgarras,
donde la pez rebulle pegajosa,
aún no había caído Miguel Zaque,

cuando éste le dejó al diablo un sitio
en su cuerpo, y el de un pariente suyo
que la traición junto con él hiciera.

Más extiende por fin aquí la mano;
abre mis ojos.» Y no los abrí;
y cortesía fue el villano serle.

¡Ah genoveses, hombres tan distantes
de todo bien, de toda lacra llenos!,
¿por qué no sois del mundo desterrados?

Porque con la peor alma de Romaña
hallé a uno de vosotros, por sus obras
su espíritu bañando en el Cocito,
y aún en la tierra vivo con el cuerpo.

CANTO XXXIV

«Vexilla regis prodeunt inferni
contra nosotros, mira, pues, delante
-dijo el maestro- a ver si los distingues.»

Como cuando una espesa niebla baja,
o se oscurece ya nuestro hemisferio,
girando lejos vemos un molino,

una máquina tal creí ver entonces;
luego, por aquel viento, busqué abrigo
tras de mi guía, pues no hallé otra gruta.

Ya estaba, y con terror lo pongo en verso,
donde todas las sombras se cubrían,
traspareciendo como paja en vidrio:

Unas yacen; y están erguidas otras,
con la cabeza aquella o con las plantas;
otra, tal arco, el rostro a los pies vuelve.

Cuando avanzamos ya lo suficiente,
que a mi maestro le plació mostrarme
la criatura que tuvo hermosa cara,

se me puso delante y me detuvo,
«Mira a Dite -diciendo-, y mira el sitio
donde tendrás que armarte de valor.»

De cómo me quedé helado y atónito,
no lo inquieras, lector, que no lo escribo,
porque cualquier hablar poco sería.

Yo no morí, más vivo no quedé:
piensa por ti, si algún ingenio tienes,
cual me puse, privado de ambas cosas.

El monarca del doloroso reino,
del hielo aquel sacaba el pecho afuera;
y más con un gigante me comparo,

que los gigantes con sus brazos hacen:
mira pues cuánto debe ser el todo
que a semejante parte corresponde.

Si igual de bello fue como ahora es feo,
y contra su hacedor alzó los ojos,
con razón de él nos viene cualquier luto.

¡Qué asombro tan enorme me produjo
cuando vi su cabeza con tres caras!
Una delante, que era toda roja:

las otras eran dos, a aquella unidas
por encima del uno y otro hombro,
y uníanse en el sitio de la cresta;

entre amarilla y blanca la derecha
parecía; y la izquierda era tal los que
vienen de allí donde el Nilo discurre.

Bajo las tres salía un gran par de alas,
tal como convenía a tanto pájaro:
velas de barco no vi nunca iguales.

No eran plumosas, sino de murciélago
su aspecto; y de tal forma aleteaban,
que tres vientos de aquello se movían:

por éstos congelábase el Cocito;
con seis ojos lloraba, y por tres barbas
corría el llanto y baba sanguinosa.

En cada boca hería con los dientes
a un pecador, como una agramadera,
tal que a los tres atormentaba a un tiempo.

Al de delante, el morder no era nada
comparado a la espalda, que a zarpazos
toda la piel habíale arrancado.

«Aquella alma que allí más pena sufre
-dijo el maestro- es Judas Iscariote,
con la cabeza dentro y piernas fuera.

De los que la cabeza afuera tienen,
quien de las negras fauces cuelga es Bruto:
-¡mírale retorcerse! ¡y nada dice!-

Casio es el otro, de aspecto membrudo.
Más retorna la noche, y ya es la hora
de partir, porque todo ya hemos visto.»

Como él lo quiso, al cuello le abracé;
y escogió el tiempo y el lugar preciso,
y, al estar ya las alas bien abiertas,

se sujetó de los peludos flancos:
y descendió después de pelo en pelo,
entre pelambre hirsuta y costra helada.

Cuando nos encontramos donde el muslo
se ensancha y hace gruesas las caderas,
el guía, con fatiga y con angustia,

la cabeza volvió hacia los zancajos,
y al pelo se agarró como quien sube,
tal que al infierno yo creí volver.

«Cógete bien, ya que por esta escala
-dijo el maestro exhausto y jadeante
es preciso escapar de tantos males.»

Luego salió por el hueco de un risco,
y junto a éste me dejó sentado;
y puso junto a mí su pie prudente.

Yo alcé los ojos, y pensé mirar
a Lucifer igual que lo dejamos,
y le vi con las piernas para arriba;

y si desconcertado me vi entonces,
el vulgo es quien lo piensa, pues no entiende
cuál es el trago que pasado había.

«Ponte de pie -me dijo mi maestro-:
la ruta es larga y el camino es malo,
y el sol ya cae al medio de la tercia.»

No era el lugar donde nos encontrábamos
pasillo de palacio, más caverna
que poca luz y mal suelo tenía.

«Antes que del abismo yo me aparte,
maestro -dije cuando estuve en pie-,
por sacarme de error hálame un poco:

¿Dónde está el hielo?, ¿y cómo éste se encuentra
tan boca abajo, y en tan poco tiempo,
de noche a día el sol ha caminado?»

Y él me repuso: « Piensas todavía
que estás allí en el centro, en que agarré
el pelo del gusano que perfora

el mundo: allí estuviste en la bajada;
cuando yo me volví, cruzaste el punto
en que converge el peso de ambas partes:

y has alcanzado ya el otro hemisferio
que es contrario de aquel que la gran seca
recubre, en cuya cima consumido

fue el hombre que nació y vivió sin culpa;
tienes los pies sobre la breve esfera
que a la Judea forma la otra cara.

Aquí es mañana, cuando allí es de noche:
y aquél, que fue escalera con su pelo,
aún se encuentra plantado igual que antes.

Del cielo se arrojó por esta parte;
y la tierra que aquí antes se extendía,
por miedo a él, del mar hizo su velo,

y al hemisferio nuestro vino; y puede
que por huir dejara este vacío
eso que allí se ve, y arriba se alza.»

Un lugar hay de Belcebú alejado
tanto cuanto la cárcava se alarga,
que el sonido denota, y no la vista,

de un arroyuelo que hasta allí desciende
por el hueco de un risco, al que perfora
su curso retorcido y sin pendiente.

Mi guía y yo por esa oculta senda
fuimos para volver al claro mundo;
y sin preocupación de descansar,

subimos, él primero y yo después,
hasta que nos dejó mirar el cielo
un agujero, por el cual salimos
a contemplar de nuevo las estrellas.